



UN
CIELO
DE
HECHIZOS

LIBRO #9
DE EL ANILLO DEL HECHICERO

MORGAN RICE

UNCIELODEHECHIZOS

LIBRO #9 DE EL ANILLO DEL
HECHICERO

Morgan Rice

—Nosotros pocos, nosotros felices pocos,
nosotros una banda de hermanos;
Porque aquel que hoy derrame su
sangre conmigo será mi hermano—.

--William Shakespeare

Enrique V

CAPÍTULO UNO

Thor enfrentó a Gwendolyn, sosteniendo su espada a su lado, con todo su cuerpo temblando. Se dio cuenta de que todos los rostros lo miraban asombrados, en silencio — Alistair, Erec, Kendrick, Steffen y una gran cantidad de sus compatriotas — gente que había conocido y amado. Su gente. Sin embargo, aquí estaba, enfrentándolos, con la espada a su lado. Estaba en el lado equivocado de la batalla. Finalmente, se dio cuenta. El velo de Thor se había levantado cuando las palabras de Alistair sonaron a través de él, llenándolo de claridad. Él era Thorgrin.

Un miembro de la Legión. Un miembro del Reino Occidental del Anillo. No era un soldado del Imperio. Él no amaba a su padre.

Amaba a todas estas personas. Sobre todo, amaba a Gwendolyn. Thor miró hacia abajo y vio el rostro de ella, viéndolo con tanto amor, con sus ojos llenos de lágrimas. Se llenó de vergüenza y terror al darse cuenta de que estaba frente a ella, sosteniendo esta espada. Las palmas de sus manos ardieron de humillación y arrepentimiento. Thor tiró la espada, dejándola caer de sus manos. Dio un paso adelante y la abrazó. Gwendolyn también lo abrazó con fuerza y él la oyó llorar y sintió sus lágrimas calientes cayendo por su cuello. Thor se sintió abrumado por el remordimiento, y no podía concebir cómo había sucedido todo esto. Todo era borroso. Lo único que sabía era que estaba feliz de volver a ser él mismo, de tener claridad y estar de vuelta con su gente.

—Te amo—, le susurró ella en el oído

—Y siempre lo haré—.

—Te amo con todas mis fuerzas—, contestó Thor. Krohn lloriqueó a sus pies, cojeando y lamiendo las palmas de Thor; Thor se agachó y besó su cara. —Lo siento—, le dijo Thor, recordando cómo lo golpeó mientras Krohn había defendido a Gwendolyn.

—Perdóname, por favor—. La tierra, que había temblado violentamente unos momentos atrás, finalmente volvió a la quietud.

—¡THORGRIN!—, se escuchó un grito en el aire. Thor se volvió para ver

a Andrónico. Dio un paso al frente, hacia el claro, con el ceño fruncido y la cara roja de rabia. Ambos ejércitos miraron con un silencio de asombro, mientras padre e hijo estaban uno frente al otro.

—¡Te lo ordeno!—, dijo Andrónico. —¡Mátalos!

¡Mátalos a todos! Soy tu padre. ¡Escúchame a mí y solamente a mí!—. Pero esta vez, mientras Thor miraba a Andrónico, algo se sentía diferente. Algo cambió por dentro. Thor ya no vio a Andrónico como su padre, como un miembro de la familia, como alguien a quien debía responder y dar su vida a cambio, lo vio como a un enemigo. Un monstruo. Thor ya no sentía ninguna obligación de dar su vida por este hombre. Por el contrario: sintió una ardiente rabia contra él. Aquí estaba el hombre que había ordenado el ataque a Gwendolyn; era el hombre que había matado a sus compatriotas, que había invadido y saqueado su patria; aquí estaba el hombre que había asumido el control de su propia mente, que lo mantuvo como rehén con su magia negra. Este no era un hombre al que amaba. Por el contrario, era un hombre al que quería matar más que nada en la tierra. Fuera su padre o no. Thor se sintió de repente inundado de rabia. Se agachó, recogió su espada y fue a toda velocidad a través del claro, listo para matar a su padre. Andrónico vio sorprendido cómo Thor iba a toda velocidad, levantaba su espada por lo alto y la bajaba con ambas manos, con toda su fuerza, hacia su cabeza. Andrónico elevó su enorme hacha de batalla en el último segundo, girándola hacia un lado y bloqueando el golpe con su eje metálico. Thor no cedió: esgrimió su espada una y otra vez, yendo a matarlo, y cada vez Andrónico elevaba su hacha y lo bloqueaba. El gran sonido metálico de las dos armas enfrentándose se escuchaba por el aire, mientras ambos ejércitos observaban en silencio. Volaban chispas con cada golpe. Thor gritó y refunfuñó, usando cada habilidad que tenía, con la esperanza de matar a su padre en ese instante. Tenía que hacerlo, por sí mismo, por Gwendolyn, por todos aquellos que habían sufrido a manos de este monstruo. Con cada golpe, Thor quería, más que nada, acabar con su linaje, con su origen, empezar de cero otra vez. Elegir a un padre diferente.

Andrónico, en la defensa, sólo bloqueaba los golpes de Thor y no contraatacaba. Evidentemente, se abstenía de atacar a su hijo.

—¡Thorgrin!—, dijo Andrónico, entre golpes.

—¡Tú eres mi hijo! No quiero hacerte daño. Soy tu padre. Has salvado mi vida.

Te quiero vivo—.

—¡Y yo te quiero muerto!—, gritó Thor. Thor giró hacia abajo una y otra vez, haciéndolo retroceder, a través del claro, a pesar del gran tamaño y fuerza de Andrónico. Aun así, Andrónico no la esgrimía hacia Thor. Era como si esperara que Thor volviera a su lado otra vez. Pero esta vez, Thor no lo haría.

Ahora, finalmente, Thor sabía quién era él. Finalmente, las palabras de Andrónico estaban fuera de su cabeza. Thor prefería estar muerto que a merced de Andrónico otra vez.

—Thorgrin, ¡tienes que parar esto!—, gritó Andrónico.

Volaron chispas por su cara mientras bloqueaba un golpe especialmente violento con su cabeza de hacha.

—Me obligarás a matarte y no quiero hacerlo. Tú eres mi hijo. Matarte sería como matarme a mí mismo—.

—¡Entonces mátate a ti mismo!—, dijo Thor.

—¡O si no quieres, entonces lo haré por ti!—. Con un gran grito Thor dio un salto y pateó a Andrónico con ambos pies en el pecho, haciéndolo dar tumbos y cayendo de espaldas. Andrónico miró para arriba, como aturdido por lo que pudo haber pasado. Thor estaba parado sobre él y levantó su espada para acabarlo.

—¡NO!—, gritó una voz. Era una voz horrible, parecía como si surgiera desde lo más profundo del infierno y Thor vio a un hombre entrando en el claro. Vestía una túnica larga escarlata, su rostro estaba escondido detrás de una capucha, y un gruñido sobrenatural surgió de su garganta. Rafi. De alguna manera, Rafi había logrado regresar de su batalla con Argon. Él estaba ahí parado, con los brazos en sus costados. Sus mangas se bajaron al levantar sus brazos, revelando la piel pálida, ampulosa, que parecía como si nunca hubiese visto el sol. Emitió un sonido horrible de la parte posterior de su garganta, como un gruñido, y abrió mucho su boca, y se hizo más y más fuerte hasta que llenó el aire, el timbre vibraba y hacía que a Thor le dolieran los oídos.

La tierra comenzó a temblar. Hizo que Thor perdiera el equilibrio mientras toda la tierra se movía. Siguió las manos de Rafi y vio delante de él un espectáculo que nunca olvidaría. La tierra comenzó a dividirse en dos, se

abrió un gran abismo, separándose más y más ampliamente. Al hacerlo, los soldados de ambos bandos cayeron, gritando mientras eran arrojados en la creciente grieta. Un brillo naranja surgía de debajo de la tierra y hubo un siseo espantoso mientras salía vapor y niebla. Allí apareció una sola mano, emergiendo de la grieta, agarrando la tierra. La mano era negra, aterronada, desfigurada, y mientras trataba de elevarse, Thor, para horror suyo, vio emerger de la tierra una criatura horrible. Tenía forma humana, pero era totalmente negra, con grandes ojos rojos y colmillos largos, rojos. Una larga cola negra se arrastraba detrás de ella. Su cuerpo estaba lleno de grumos, y parecía un cadáver. Reclinó su cabeza y hubo un rugido horrible, como el de Rafi. Parecía ser una especie de muerto viviente, convocada desde las profundidades del infierno.

De repente, detrás de esta criatura, surgió otra. Luego otra más. Miles más de estas criaturas salieron a la superficie, tratando de subir desde las entrañas del infierno, un ejército de muertos vivientes. El ejército de Rafi. Poco a poco, se acercaron al lado de Rafi, quedando frente a Thorgrin y a los demás. Thor miró en estado de shock a este ejército que estaba frente a él; mientras estaba allí parado, con su espada aún en alto, de repente Andrónico rodó por debajo de él y retiró a su ejército, evidentemente no quería tener que enfrentarse a Thorgrin. De pronto, las miles de criaturas se abalanzaron sobre Thor, inundando el claro, llegando para matar a Thor y a toda su gente. Thor reaccionó y levantó su espada por lo alto, mientras la primera criatura saltaba hacia él, gruñendo, con las garras extendidas. Thor se hizo a un lado, esgrimió su espada y le cortó la cabeza. Cayó dando tumbos en el suelo, inmóvil, y Thor se preparó para el siguiente. Estas criaturas eran fuertes y rápidas, pero de uno en uno no eran rivales para

Thor y los hábiles guerreros del Anillo. Thor luchó contra ellos con destreza, matándolos a diestra y siniestra. Sin embargo, la pregunta era, ¿con cuántos podría pelear a la vez? Fue rodeado por miles de ellas, desde todas direcciones, al igual que todos a su alrededor. Thor se quedó al lado de Erec, Kendrick, Srog y los otros, cada uno luchando uno al lado del otro, cuidándose las espaldas mientras blandían sus armas de un lado al otro, matando a una o dos criaturas a la vez. Una de ellas resbaló, agarró a Thor del brazo y lo rasguñó, haciéndolo sangrar, y Thor gritó de dolor, giró y lo apuñaló en el

corazón, matándola. Thor era un luchador superior, pero su brazo le punzaba, y no sabía cuánto tiempo tomaría hasta que estas criaturas pagaran factura. Pero antes que nada, en su mente, estaba llevar a Gwendolyn a un lugar seguro.

—¡Llévala atrás!—, gritó Thor, sujetando a Steffen, quien luchaba con un monstruo, y lo empujó hacia Gwen.

—¡AHORA!—. Steffen agarró a Gwen y se la llevó arrastrando, a través del ejército de soldados, alejándola de las bestias.

—¡NO!—, gritó Gwen, protestando.

—¡Quiero estar aquí, con ustedes!—. Pero Steffen obedeció dócilmente, arrastrando su espalda a la retaguardia de la batalla, protegiéndola detrás de los miles de MacGil y de Los Plateados, quienes valientemente se quedaron allí y pelearon con las criaturas. Thor, viendo que ella estaba segura, se sintió aliviado y se dio vuelta y se lanzó a la lucha con los muertos vivientes. Thor trató de convocar su poder de Druida, para luchar con su espíritu junto con su espada; pero por alguna razón, no pudo. Estaba muy cansado, por su experiencia con Andrónico, por el control mental de Rafi, y su poder necesitaba más tiempo para sanar. Tuvo que luchar con las armas convencionales. Alistair dio un paso adelante, al lado de Thor, subió una mano y la dirigió a la multitud de muertos vivientes. Una bola de luz emanó de ella, y mató a varias criaturas a la vez. Levantó ambas manos en varias ocasiones, matando criaturas alrededor de ella, y al hacerlo, Thor se sintió inspirado con la infusión de la energía de su Hermana. Una vez más intentó convocar a alguna otra parte de sí mismo, para luchar, no sólo con su espada, sino con su mente, con su espíritu. Cuando se acercó la siguiente criatura, él levantó una palma y trató de invocar al viento. Thor sentía correr el viento a través de la palma de su mano y de repente, una docena de criaturas salió volando por el aire, el viento llevándolos, aullando mientras caían en una grieta de la tierra. Kendrick, Erec y los demás, al lado de Thor, luchaban valientemente, cada uno matando a docenas de criaturas, mientras todos sus hombres a su alrededor dejaban salir un grito de guerra, mientras luchaban con todas sus fuerzas. El ejército del Imperio se sentó atrás y dejó que el ejército de Rafi, de muertos vivientes, peleara por ellos, dejándolos a los hombres cansados de Thor. Estaba funcionando. Pronto, los hombres de Thor, exhaustos, luchaban más lentamente. Sin embargo, los muertos vivientes nunca dejaron de salir de la

tierra, en una corriente interminable. Thor se encontró respirando con dificultad, al igual que los demás. Los muertos vivientes estaban empezando a salir de las filas, y sus hombres estaban empezando a caer. Eran demasiados. Alrededor de Thor se escuchaban los gritos de sus hombres, mientras los muertos vivientes los sujetaban, hundiendo sus colmillos en las gargantas de los soldados y chupando su sangre. Con cada soldado que mataba una criatura, los muertos vivientes parecían hacerse más fuertes. Thor sabía que tenían que hacer algo más rápido. Necesitaban invocar a un poder tremendo para contrarrestar esto, un poder más fuerte que el que él o Alistair tenían.

—¡Argon!—, le dijo Thor de repente a Alistair.

—¿Dónde está él?—. ¡Debo encontrarlo!—. Thor vio que Alistair se estaba cansando, su fuerza menguaba; una bestia pasó cruzando ante ella, le dio un golpe de revés y ella cayó, gritando. Mientras la bestia saltaba encima de ella, Thor se adelantó y empujó su espada en la parte posterior de la criatura, salvándola en el último segundo. Thor extendió una mano y tiró de sus pies rápidamente.

—¡Argon!—, gritó Kolk.

—Es nuestra única esperanza.

Debes encontrarlo. ¡Ahora!—.

Alistair le dio una mirada de complicidad y corrió hacia la multitud. Una criatura se acercó, bajó sus garras hacia la garganta de Thor y Krohn se abalanzó y saltó sobre él, gruñendo, inmovilizándolo en la tierra. Otra criatura se lanzó sobre la espalda de Krohn, y Thor lo apuñaló, matándolo. Otra criatura saltó a la espalda de Erec, y Thor se abalanzó, lo sacó, lo agarró con ambas manos, lo levantó por lo alto y lo lanzó hacia otras criaturas, derribándolo. Otra bestia se dirigió hacia Kendrick, quien no se lo esperaba, y Thor tomó su daga y lo apuñaló en el cuello, justo antes de que hundiera sus colmillos en el hombro de Kendrick. Thor sentía que esto era lo menos que podía hacer para compensarlo por enfrentarse a Erec ya Kendrick y a todos los demás. Se sentía bien luchar a su lado otra vez, en el lado adecuado; se sentía bien saber quién era él otra vez y saber contra quién luchaba. Mientras Rafi estaba allí parado, con los brazos abiertos, cantando, miles más de estas bestias salían de las entrañas de la tierra, y Thor sabía que no serían capaces de retenerlos mucho tiempo más.

Un enjambre negro los envolvió, mientras más muertos vivientes, codo con codo, corrían hacia adelante. Thor sabía que pronto, él y toda su gente se consumirían. Por lo menos, pensó que moriría en el lado correcto de la batalla.

CAPÍTULO DOS

Luanda luchó y destrozó, mientras Rómulo la llevaba cargando en sus brazos; cada paso la llevaba más lejos de su patria, mientras cruzaban el puente. Ella gritó y se agitó, clavando sus uñas en la piel de él, hizo todo lo posible por liberarse a sí misma. Pero los brazos de él eran demasiado musculosos, sus hombros demasiado amplios y la tenía abrazada con tanta fuerza como un pitón, apretándola hasta morir. Ella apenas podía respirar, sus costillas le dolían demasiado. A pesar de todo eso, no era por ella por quien estaba más preocupada.

Ella miró hacia adelante y vio al otro extremo del puente, un vasto mar de soldados del Imperio, allí de pie, con las armas en ristre, esperando. Todos estaban muy ansiosos por ver el Escudo desactivado, para que pudieran pasar corriendo por el puente.

Luanda miró y vio el extraño manto que Rómulo tenía puesto, vibrante y brillante, mientras la cargaba, y ella presintió, que de alguna manera, ella era la clave para desactivar el Escudo. Debía tener algo que ver con ella. ¿Por qué otro motivo la habría secuestrado?

Luanda sintió una renovada determinación: tenía que liberarse — no sólo por sí misma, sino por su reino, por su pueblo.

Cuando Rómulo desactivara el Escudo, esos miles de hombres que lo esperaban, pasarían al otro lado, una enorme horda de soldados del Imperio, y como langostas, descenderían en el Anillo. Destruirían lo que quedaba de su tierra natal para siempre, y ella no podía permitir que eso ocurriera. Luanda odiaba a Rómulo con todas sus fuerzas; odiaba a todos los del Imperio, y a Andrónico más que a nadie. Hubo un vendaval y ella sintió el frío viento contra su cabeza calva, y refunfuñó mientras recordaba su cabeza rapada, su humillación a manos de estas bestias. Mataría a todos y cada uno de ellos, si pudiera. Cuando Rómulo la había liberado de las ataduras del campamento de Andrónico, Luanda pensó primero que la estaba salvando de un destino horrible, que la estaba salvando de desfilarse alrededor, como si fuera un animal, en el Imperio de Andrónico. Pero Rómulo resultó ser incluso peor que

Andrónico. Ella estaba segura de que en cuanto cruzaran el puente, él la mataría — si no la torturaba primero. Tenía que encontrar alguna manera de escapar.

Rómulo se inclinó y le habló en la oreja, con un sonido profundo y gutural que le dejó los pelos de punta.

—No falta mucho tiempo, querida—, dijo él. Tenía que pensar rápido. Luanda no era ninguna esclava; ella era la hija primogénita del rey. Sangre real corría en ella, la sangre de los guerreros, y no le temía a nadie. Ella haría cualquier cosa que tuviera que hacer para luchar contra cualquier adversario; incluso alguien tan grotesco y poderoso como Rómulo. Luanda convocó a todas sus fuerzas restantes y con un rápido movimiento, estiró su cuello, se inclinó hacia adelante y hundió sus dientes en la garganta de Rómulo.

Lo mordió con todas sus fuerzas, apretando más y más fuerte, hasta que su sangre chorreó toda su cara y él gritó, soltándola. Luanda se puso rápidamente de rodillas, se dio vuelta y se marchó, corriendo a toda velocidad por el puente hacia su patria. Escuchó los pasos de él, yendo hacia ella. Era mucho más rápido de lo que ella había imaginado y al mirar hacia atrás, ella lo vio, mirándola con mucha rabia. Miró hacia adelante y vio el terreno del Anillo ante ella, a sólo seis metros de distancia, y corrió aún más. A sólo unos pasos de distancia, de repente, Luanda sintió un dolor horrible en su columna vertebral, mientras Rómulo se abalanzaba hacia adelante y clavaba su codo en su espalda. Sintió como si él la hubiese aplastado, mientras se derrumbaba, de bruces sobre la tierra. Un momento después, Rómulo estaba encima de ella. Le dio vuelta y la golpeó en la cara. Le pegó con tanta fuerza, que todo su cuerpo se volteó y aterrizó en la tierra. El dolor resonó a lo largo de su mandíbula, mientras estaba allí tirada, apenas consciente. Luanda sintió que era izada por lo alto, por encima de la cabeza de Rómulo, y vio con terror que corría hacia el borde del puente, preparándose para lanzarla. Él gritó mientras ella estaba allí parada, sosteniéndola por lo alto, preparándose para arrojarla. Luanda miró hacia la pendiente empinada y sabía que su vida estaba a punto de terminar. Pero Rómulo la mantuvo allí, congelada, en el precipicio, agitando los brazos y al parecer, lo pensó mejor. Mientras su vida pendía del equilibrio, parecía que Rómulo debatía. Evidentemente, él quería arrojarla sobre el borde en su ataque de furia — pero no pudo.

Él la necesitaba para cumplir su propósito. Finalmente, la bajó y envolvió sus brazos alrededor de ella, apretándola casi hasta matarla. Entonces él se apresuró a través del Cañón, dirigiéndose hacia su gente. Esta vez, Luanda quedó colgada ahí, sin fuerzas, aturdida por el dolor, no podía hacer nada más.

Ella lo había intentado — y había fallado. Ahora todo lo que podía hacer era ver que su destino se acercaba a ella, paso a paso, mientras era llevada al otro lado del Cañón, con remolinos de niebla levantándose y envolviéndola, y después desapareciendo con la misma rapidez. Luanda sentía como si estuviera siendo llevada a otro planeta, a un lugar del que nunca volvería. Finalmente, llegaron al otro lado del Cañón, y cuando Rómulo dio su paso final, puso el manto alrededor de sus hombros, vibrando con un gran ruido, y con un brillo rojo luminiscente. Rómulo dejó caer a Luanda en el suelo, como si fuera una vieja papa, y azotó con fuerza en el suelo, golpeando su cabeza y se quedó ahí tirada. Los soldados de Rómulo se quedaron ahí, en el borde del puente, mirando, todos con un miedo evidente de dar un paso hacia adelante y comprobar si efectivamente el Escudo se había desactivado. Rómulo, harto, agarró a un soldado, lo izó por lo alto y lo lanzó hacia el puente, al muro invisible que alguna vez fue el Escudo. El soldado levantó las manos y gritó, preparándose para una muerte segura, mientras esperaba desintegrarse. Pero esta vez, sucedió algo diferente. El soldado salió volando por el aire, aterrizó en el puente y rodó y rodó. La multitud miraba en silencio mientras seguía rodando hasta detenerse — vivo. El soldado se volvió y se sentó y miró hacia atrás a todos ellos, la mayoría estaban sorprendidos por todo. Lo había logrado. Que sólo puede significar una cosa: el Escudo se había desactivado. El ejército de Rómulo soltó un gran rugido, y al unísono, todos fueron a la carga. Se arremolinaron sobre él, corriendo hacia el Anillo.

Luanda se encogió de miedo, tratando de permanecer fuera del camino, mientras todos pasaban en

estampida ante ella, como una manada de elefantes, rumbo a su patria. Ella miraba con desagrado. Su país, como lo había conocido, estaba acabado.

CAPÍTULO TRES

Reece estaba parado en el borde de la fosa de lava, mirando hacia abajo con total incredulidad, mientras la tierra se sacudía violentamente debajo de él. Dificilmente podía procesar lo que había hecho, sus músculos aún le dolían por haber liberado la roca, por haber lanzado la Espada del Destino en el pozo. Sólo había destruido el arma más poderosa del Anillo, el arma de la leyenda, la espada de sus antepasados durante generaciones, el arma del Elegido, la única arma que sostenía al Escudo. Él la había lanzado hacia un pozo de fuego derretido y con sus propios ojos la había visto derretirse, estallando en una gran bola de color rojo y luego, desaparecer en el vacío. Se había ido para siempre. La tierra había empezado a temblar desde entonces y no había dejado de hacerlo. Reece luchó por equilibrarse, al igual que los demás, mientras se alejaba de la orilla. Sentía como si el mundo se desmoronara alrededor de él.

¿Qué había hecho? ¿Había destruido el Escudo? ¿El Anillo?

¿Había cometido el mayor error de

su vida? Reece se reafirmó diciéndose a él mismo que no tenía elección.

La roca y la Espada eran simplemente demasiado pesadas para que todos se la llevaran cargando de aquí — mucho menos para escalar las paredes — o para escapar de estos salvajes violentos. Había estado en una situación desesperada, y había necesitado medidas desesperadas. Su situación no había cambiado aún. Reece escuchó un gran grito a su alrededor y surgió un sonido de mil de estas criaturas, castañeando los dientes de una manera inquietante y riendo y gruñendo al mismo tiempo. Sonaba como un ejército de chacales. Claramente, Reece los había encolerizado; se habían llevado su preciado objeto, y ahora todos ellos parecían resignados a hacerlo pagar. A pesar de lo mala que había sido la situación antes, ahora era aún peor. Reece vio a los otros — Elden, Indra, O'Connor, Conven, Krog y Serna — todos mirando con horror hacia el pozo de lava, luego giraron y miraron alrededor con desesperación. Miles de Faws se acercaban de todas direcciones. Reece había logrado prescindir de la Espada, pero no había pensado más allá de eso, no

había pensado en cómo sacar a los demás y a sí mismo del peligro.

Estaban todavía completamente rodeados, sin posibilidad de salir. Reece estaba decidido a encontrar una salida, y sin la carga de la Espada en sus cabezas, por lo menos ahora podrían moverse rápidamente. Reece sacó su espada y la blandió en el aire, con un timbre especial. ¿Por qué sentarse y esperar a que estas criaturas atacaran? Al menos moriría peleando.

—¡A LA CARGA!—, gritó Reece a los demás. Todos sacaron sus armas y se unieron detrás de él, siguiéndolo mientras se alejaba del borde de la fosa de lava hacia la densa multitud de Faws, blandiendo su espada en todos los sentidos, matándolos de izquierda a derecha. Junto a él, Elden levantó su hacha y cortó dos cabezas a la vez, mientras O'Connor sacaba su arco y disparaba corriendo, matando a todos los que se encontraban en su camino. Indra se precipitó hacia adelante y con su espada corta, apuñaló a dos en el corazón, mientras Conven sacaba sus dos espadas y, gritando como loco, fue a la carga, blandiéndolas violentamente y matando Faws en todas direcciones. Serna empuñó su maza y Krog su lanza, protegiendo la retaguardia.

Eran una máquina de combate unificada, luchando al unísono, peleando por sus vidas, abriéndose paso a través de la densa multitud que desesperadamente intentaba escapar. Reece los llevó hasta una pequeña colina, intentando llegar a tierras altas. Resbalaban al caminar, la tierra seguía moviéndose, la ladera era escarpada, fangosa. Habían perdido impulso, y varios Faws saltaron sobre Reece, arañándolo y mordiéndolo. Se giró y los golpeó; eran persistentes y se aferraban a él, pero se las arregló para echarlos, pateándolos también, después apuñalándolos antes de que pudieran volver a atacar. Con cortadas y moretones, Reece siguió luchando, al igual que ellos, todos peleando por sus vidas, para subir la colina y escapar de ese lugar. Cuando finalmente llegaron a las tierras altas, Reece tuvo un momento de respiro. Estaba allí parado, jadeando por aire y a lo lejos, logró vislumbrar la pared del Cañón antes de ser cubierta por la niebla. Sabía que por ahí estaba su salvavidas de regreso a la superficie, y él sabía que tenían que llegar ahí. Reece miró hacia atrás sobre su hombro y vio a miles de Faws corriendo cuesta arriba hacia ellos, zumbando, castañeando los dientes, haciendo un ruido espantoso, más fuerte que nunca, y él sabía que no los dejarían ir.

—¿Y yo qué?—, gritó una voz, a través del aire. Reece se volvió y vio allí

a Centra. Todavía seguía siendo prisionero, además del líder, y un Faw todavía sostenía un cuchillo en su garganta. —¡No me dejen!

—, gritó. —¡Van a matarme!

—. Reece se quedó allí parado, ardiendo de frustración. Por supuesto, Centra tenía razón: lo matarían. Reece no podía dejarlo ahí; iría contra su código de honor. Después de todo, Centra los había ayudado cuando habían necesitado ayuda. Reece se quedó ahí parado, dudando.

Se dio vuelta y vio, a lo lejos, el muro del Cañón, la salida, tentándolo. — ¡No podemos regresar por él!

—, dijo Indra, frenética.

—Nos matarán a todos

—. Ella pateó a un Faw que se le acercó y cayó hacia atrás, deslizándose sobre la espalda, cuesta abajo. —¡Ya como estamos, tendremos suerte de escapar vivos!

—, dijo Serna. —¡No es uno de los nuestros!

—, dijo Krog. —¡No podemos poner en peligro a nuestro grupo por él!

—. Reece se quedó allí parado, debatiendo.

Los Faws se estaban acercando cada vez más, y él sabía que tenía que tomar una decisión. —Tienen razón

—, admitió Reece. —Él no es uno de los nuestros. Pero nos ayudó. Y es un buen hombre.

No puedo dejarlo a merced de esas cosas. ¡Nadie se queda atrás!

—, dijo Reece con firmeza. Reece comenzó a bajar la cuesta, a regresar por Centra — pero antes de que pudiera hacerlo, Conven repentinamente se separó del grupo y fue a la carga, corriendo, saltando y deslizándose en la cuesta fangosa, con la espada desenvainada, yendo hacia abajo y blandiendo su espada al avanzar, matando Faws de izquierda a derecha.

Estaba yendo hacia dónde venían, por su propia cuenta, imprudentemente, arrojándose al grupo de Faws y, de alguna manera, cortando camino a través de ellos con gran determinación. Reece saltó en acción justo detrás de él. — ¡El resto se queda aquí!

—, gritó Reece. —¡Esperen a que regresemos!—. Reece siguió las pistas de Conven, acuchillando Faws de izquierda a derecha; alcanzó a Conven y le dio su respaldo, los dos combatían camino hacia la montaña para buscar a

Centra. Conven fue a la carga, abriéndose paso entre la multitud de Faws, mientras Reece luchaba todo el camino para llegar a Centra, quien miró hacia atrás, con los ojos bien abiertos de miedo. Un Faw levantó su puñal para cortar la garganta de Centra, pero Reece no le dio la oportunidad: dio un paso hacia adelante, levantó su espada, apuntó y la arrojó con todas sus fuerzas. La espada salió volando por el aire, dando tumbos, y se alojó en la garganta del Faw, un momento antes de que matara a Centra. Centra gritó mientras veía al Faw muerto, a sólo unos centímetros de él, sus caras casi se tocaban. Para sorpresa de Reece, Conven no fue hacia Centra; en cambio, siguió corriendo por la pequeña colina, y Reece miró hacia arriba, horrorizado, al ver lo que estaba haciendo. Conven parecía suicida. Se abrió camino a través del grupo de Faws que estaba alrededor de su líder, quien estaba sentado en lo alto de su plataforma, mirando la batalla. Conven los mató de izquierda a derecha. No se lo esperaban, y todo pasó demasiado rápido para que reaccionaran. Reece se dio cuenta que Conven apuntaba a su líder. Conven se acercó más, saltó en el aire, levantó su espada y mientras el líder se daba cuenta y trataba de huir, Conven le atravesó el corazón. El líder gritó — y de repente, hubo un coro de 10 mil gritos de todos los Faws, como si ellos mismos hubieran sido apuñalados. Era como si todos compartieran el mismo sistema nervioso — y Conven lo había apuñalado.

—No debiste haber hecho eso—, le dijo Reece a Conven, mientras corría a su lado.

—Ahora has empezado una guerra—. Mientras Reece miraba con horror, una pequeña colina explotó y de ahí salieron miles y miles de Faws, como un montículo de hormigas. Reece se dio cuenta que Conven había matado a su abeja reina, que había incitado la ira de una nación de estas cosas. La tierra tembló con sus pasos, mientras todos rechinaban sus dientes e iban a la carga hacia Reece y Conven y Centra.

—¡CORRAN!—, gritó Reece. Reece empujó a Centra, quien estaba en estado de shock, y todo se volvieron y corrieron hacia los demás, abriéndose paso hacia la pista fangosa.

Reece sintió que un Faw saltaba sobre su espalda y lo derribaba.

Lo arrastró por los tobillos, cuesta abajo y acercó sus colmillos hacia su cuello. Una flecha navegó por la cabeza de Reece y llegó el ruido de una

flecha, impactando la carne y Reece volteó a ver a O'Connor, en la cima de la colina, sosteniendo un arco. Reece se puso de pie, Centra lo ayudaba, mientras Conven protegía su retaguardia, contraatacando a los Faws. Finalmente, todos corrieron el resto de la colina y llegaron hasta donde estaban los demás.

—¡Qué gusto tenerlos de vuelta!—, dijo Elden, mientras se abalanzaba y mataba a varios Faws con su hacha. Reece hizo una pausa en la parte superior, asomándose por la niebla y preguntándose qué camino tomar. La senda tenía una bifurcación y estaba a punto de ir a la derecha. Pero de repente, Centra corrió delante de él, yendo hacia la izquierda. ¡Sígueme!—, gritó Centra mientras corría.

—¡Es la única manera!—. Miles de Faws comenzaron a subir la cuesta; Reece y los demás se volvieron y corrieron, siguiendo a Centra, deslizándose y resbalando por el otro lado de la colina, mientras la tierra seguía moviéndose. Siguieron la pista de Centra y Reece estaba agradecido de que le había salvado la vida.

—¡Tenemos que llegar al Cañón!—. Reece gritó, sin estar seguro de qué camino seguiría Centra. Corrieron, zigzagueando a través de los gruesos y retorcidos árboles, esforzándose por seguir a Centra, mientras él avanzaba hábilmente a través de la niebla, en un camino de tierra áspera, cubierta de raíces.

—¡Sólo hay una manera de perder esas cosas!—, dijo Centra.

—¡Sigam mi camino!—. Siguieron de cerca a Centra mientras corrían, tropezando con las raíces, arañados por las ramas; Reece luchaba por ver a través de la espesa niebla. Más de una vez tropezó con los cimientos dispares. Corrieron hasta que los pulmones les dolían, el horrible chillido de esas cosas detrás de ellos, miles de ellos, se aproximaban. Elden y O'Connor, que ayudaban a Krog, los retrasaban. Él esperaba y rezaba para que Centra supiera hacia dónde iba; no podía ver el muro del Cañón desde aquí. De repente, Centra se detuvo en seco y estiró su mano y golpeó el pecho de Reece, deteniéndolo. Reece miró hacia abajo y vio a sus pies una pendiente empinada, hacia un río. Reece volteó a ver a Centra, extrañado.

—Agua—, explicó Centra, faltándole el aire.

—Tienen miedo de cruzar el agua—. Todos los demás se detuvieron al lado de ellos, mirando a los rugientes rápidos, mientras trataban de recuperar

el aliento.

—Es su única oportunidad—, agregó Centra.

—Crucen el río y les perderán la pista por ahora y ganarán tiempo—.

—Pero, ¿cómo?—, preguntó Reece, mirando las espumosas aguas verdes.

—¡Esa corriente nos mataría!—, dijo Elden. Centra hizo una mueca.

—Ésa es la menor de sus preocupaciones—, respondió.

—El agua está llena de Fourens — el animal más mortífero del planeta. Si caes, te harán pedazos—. Reece miró hacia abajo, al agua, sorprendido.

—Entonces no podemos nadar—, dijo O'Connor.

—Y no veo un barco—. Reece miró sobre su hombro, el sonido de los Faws se escuchaba cada vez más cerca.

—Ésta es su única oportunidad—, dijo Centra, estirando la mano hacia atrás y tirando de una vid larga atada a un árbol; sus ramas colgaban sobre el río.

—Debemos cruzar balanceándonos—, dijo él.

—No resbales. Y no caigas cerca de la orilla. Regrésanosla cuando termines—. Reece miró hacia abajo al agua que gorgoteaba, y al hacerlo, vio a unas horribles criaturas amarillas muy pequeñas saltando, parecidas al pez luna, con grandes mandíbulas, haciendo chasquidos y ruidos extraños. Había escuelas de ellos y todas parecían como si estuvieran en espera de su próxima comida. Reece miró sobre su hombro y vio al ejército de Faws en el horizonte, acercándose.

No tenían elección.

—Puedes ir primero—, le dijo Centra a Reece. Reece movió la cabeza.

—Iré al final—, respondió.

—En caso de que no todos lleguemos a tiempo. Ve tú primero. Tú nos trajiste aquí—. Centra asintió con la cabeza.

—No tienes que decírmelo dos veces—, dijo con una sonrisa, mirando nerviosamente a los Faws acercándose. Centra sujetó la vid y con un grito saltó, balanceándose rápidamente sobre las aguas, mientras colgaba por lo bajo en la vid, levantando sus pies del agua y de las criaturas que chasqueaban. Finalmente, aterrizó en la orilla, cayendo al suelo. Lo logró. Centra estaba parado, sonriendo; agarró la vid mientras se balanceaba y la envió de regreso hacia el río. Elden estiró la mano y la sujetó, y se la dio a

Indra.

—Las damas primero—, dijo. Ella hizo una mueca.

—No necesito mimos—, dijo.

—Eres pesado. Podrías romper la vid. Ve y acaba con esto de una vez. No te caigas — o esta mujer tendrá que salvarte—. Elden hizo una mueca, nada divertido, mientras ella agarraba la vid.

—Sólo trataba de ayudar—, dijo él. Elden saltó con un grito, navegando por el aire y cayó sobre la orilla lejana, al lado de Centra. Envío la cuerda de regreso, y se fue O'Connor, seguido por Serna, Indra y luego Conven. Los últimos que quedaban eran Reece y Krog.

—Bueno, supongo que sólo quedamos nosotros dos—, le dijo Krog a Reece.

—Anda. Sálvate—, le dijo Krog, mirando sobre su hombro nerviosamente. —Los Faws estaban demasiado cerca. No hay tiempo para que los dos lo hagamos

—. Reece movió la cabeza. —Nadie se queda atrás

—, dijo.

—Si no vas, entonces yo tampoco lo haré

—. Ambos permanecieron allí, obstinadamente, Krog se veía cada vez más nervioso. Krog meneó la cabeza.

—Eres un tonto. ¿Por qué cuidas tanto de mí? A mí tú no me importarías ni la mitad—.

—Yo soy el líder ahora, lo que hace que tú seas mi responsabilidad—, respondió Reece.

—Tú no me importas. Me importa el honor. Y mi honor me ordena no dejar a nadie atrás—. Ambos se dieron vuelta nerviosamente cuando el primero de los Faws los alcanzó. Reece dio un paso adelante, al lado de Krog, y los acuchillaron con sus espadas, matando a varios de ellos.

—¡Vamos juntos!—, gritó Reece. Sin perder un momento más, Reece agarró a Krog, lo rodeó sobre su hombro, agarró la cuerda y los dos gritaron mientras volaban por el aire, un momento antes de que los Faws irrumpieran en la orilla. Los dos navegaban a través del aire, balanceándose hacia el otro lado.

—¡Auxilio!—, gritó Krog. Krog se estaba resbalando del hombro de

Reece, y agarró la vid; pero ahora estaba mojada con el rocío de los rápidos, y las manos de Krog se resbalaron por la vid, mientras caía en picado hacia abajo. Reece se agachó para atraparlo, pero todo pasó demasiado rápido: Reece se descorazonó cuando se vio obligado a ver caer a Krog, fuera de su alcance, hacia las aguas brotantes.

Reece aterrizó en el otro extremo de la orilla y cayó al suelo. Se hizo ovillo, preparado para correr hacia el agua — pero antes de que pudiera reaccionar, Conven se separó del grupo, corrió hacia adelante y se sumergió de cabeza en las aguas embravecidas. Reece y los demás miraban, sin aliento. ¿Conven era tan valiente?, se preguntó Reece. ¿O tan suicida? Conven nadó sin temor a través de la corriente. Alcanzó a Krog, de alguna manera, no siendo mordido por las criaturas, y lo sujetó mientras él se agitaba, poniendo un brazo alrededor de su hombro y flotando en el agua con él. Conven nadaba contra la corriente, rumbo a la orilla. De repente, Krog gritó.

—¡MI PIERNA!—. Krog se retorció de dolor mientras un Fouren se alojaba en su pierna, mordiéndolo, con su color amarillo brillante y escamas visibles sobre la corriente. Conven nadó y nadó hasta que finalmente se acercó a la costa y Reece y los demás estiraron la mano y tiraron de ellos. Al hacerlo, una escuela de Fourens saltó en el aire tras ellos y Reece y los demás los alejaron de un golpe. Krog agitó las manos y Reece miró hacia abajo y vio al Fouren aún en su pierna; Indra sacó su daga, se inclinó y la clavó en el muslo de Krog mientras él gritaba, alejando al animal. Éste cayó en la costa, y luego en el agua.

—¡Te odio!—, le dijo Krog a ella.

—Bien—, respondió Indra, sin inmutarse. Reece miró a Conven, quien estaba allí parado, empapado, sorprendido de su intrepidez. Conven echó un vistazo, inexpresivo, y Reece notó asombrado que un Fouren se había alojado en su brazo, agitándose en el aire. Reece no podía creer lo calmado que estaba Conven, cuando se acercó lentamente, tiró de él y lo lanzó de vuelta al agua.

—¿No te dolió?—, le preguntó Thor, confundido. Conven se encogió de hombros. Reece se preocupó por Conven más que nunca; mientras admiraba su valor, no podía creer su imprudencia. Se había zambullido de cabeza a una escuela de feroces criaturas y ni siquiera lo había pensado dos veces.

Al otro lado del río, cientos de Faws estaban ahí parados, mirando,

enfurecidos, castañeando sus dientes.

—Finalmente—, dijo O'Connor,

—estamos a salvo—. Centra meneó la cabeza. —Sólo por ahora. Esos Faws son inteligentes. Conocen los meandros del río. Tomarán el camino largo, correrán alrededor de él, encontrarán el cruce. Pronto van a estar de nuestro lado.

Tenemos el tiempo limitado. Debemos avanzar

—. Todos siguieron a Centra mientras él corría a través de los campos de fango, más allá de géiseres que explotaban, navegando a lo largo de este paisaje exótico. Corrieron y corrieron, hasta que finalmente la niebla se abrió y el corazón de Reece estaba eufórico al ver, ante ellos, al muro del Cañón, con su antigua piedra brillante. Él miró hacia arriba, y sus paredes parecían ser increíblemente altas. No sabía cómo podrían subir. Reece se quedó allí parado con los demás y miraron hacia arriba con temor. La pared parecía aún más imponente ahora de lo que había sido en el camino. Miró y vio su estado desigual y se preguntaba cómo podrían escalarlo. Todos estaban muy agotados, golpeados y magullados, cansados de la batalla. Sus manos y pies estaban en carne viva. ¿Cómo podrían ir hacia arriba, cuando les había costado todas sus fuerzas simplemente descender? —No puedo seguir—, dijo Krog, sibilante, con una voz entrecortada. Reece sentía lo mismo, aunque no lo decía. Estaban acorralados. Habían corrido más rápido que los Faws, pero no por mucho tiempo. Pronto les encontrarían, y serían todos superados en número y los matarían. Todo este duro trabajo, todos sus esfuerzos, habían sido en vano. Reece no quería morir ahora. No en este lugar. Si tenía que morir, quería morir allí, en su propio suelo, en tierra firme, y con Selese a su lado. Si tan sólo pudiera tener otra oportunidad para escapar. Reece escuchó un ruido horrible, y se volvió y vio a los Faws, como a noventa metros de distancia. Había miles de ellos, y ya habían bordeado el río y se acercaban. Todos sacaron sus armas.

—No queda ningún lugar a dónde correr—, dijo Centra.

—¡Entonces peharemos a muerte!—, gritó Reece.

—¡Reece!—, se escuchó una voz. Reece miró hacia arriba de las paredes del Cañón y cuando la niebla se disipó, vio una cara que pensó primeramente que era una aparición. No lo podía creer. Allí, delante de él, estaba la mujer en la que había estado pensando. Selese. ¿Qué hacía aquí? ¿Cómo había

llegado aquí?

¿Y quién era esa otra mujer que estaba con ella? Parecía la curandera real, Illepra. Las dos estaban ahí colgadas, a un costado del acantilado, con una larga y gruesa cuerda enrollada alrededor de sus cinturas y manos. Bajaban rápidamente, en una cuerda larga y gruesa, fácil de sujetar. Selese estiró la mano hacia atrás y lanzó el resto hacia abajo, cayendo unos quince metros por el aire, como maná del cielo y aterrizando en los pies de Reece. Era su escape. No lo dudaron. Todos corrieron hacia ella y en unos momentos estaban subiendo tan rápidamente como podían. Reece dejó que subieran todos primero, y al saltar al final, subió y jaló la cuerda con él mientras se elevaba, para que los Faws no pudieran alcanzarla. Al despejar el terreno, los Faws aparecieron, estirándose y saltando sobre sus pies — fallando por poco, mientras Reece subía, fuera de su alcance. Reece se detuvo al alcanzar a Selese, quien lo esperaba en una cornisa; se inclinó y se besaron.

—Te amo—, dijo Reece, con todo su ser lleno de amor por ella.

—Y yo a ti—, respondió. Los dos se volvieron y subieron el muro del Cañón junto con los demás. Subían, más y más alto. Pronto, estarían en casa. Reece casi no lo podía creer. En su hogar.

CAPÍTULO CUATRO

Alistair corrió a través del caótico campo de batalla, zigzagueando entre los soldados, mientras luchaban por sus vidas contra el ejército de los muertos vivientes alrededor de ellos. Los gemidos y gritos llenaban el aire, mientras los soldados mataban a los espíritus malignos — y los demonios, a su vez, mataban a los soldados. Los Plateados y los MacGil y los Silesios luchaban con denuedo — pero eran ampliamente superados en número. Por cada muerto viviente que mataban, aparecían tres más. Era sólo cuestión de tiempo, como podía ver Alistair, para que su gente fuera aniquilada. Alistair duplicó su velocidad, corriendo con todas sus fuerzas, sus pulmones estallando, agachándose, mientras un muerto viviente iba a golpearle la cara y gritaba, y otro le arañaba el brazo, sacándole sangre. Ella no se detuvo para luchar contra ellos. No había tiempo. Tenía que encontrar a Argon. Corrió en la dirección en que lo había visto por última vez, cuando estaba luchando contra Rafi y se había derrumbado por el esfuerzo. Ella oró para que no lo hubiese matado, para que ella pudiera despertarlo y para que pudiera llegar antes de que ella y toda su gente fueran asesinadas. Un muerto viviente apareció ante ella, bloqueando su camino, y ella extendió la palma de su mano; una bola blanca de luz lo golpeó en el pecho, derribándolo hacia atrás. Cinco más aparecieron y ella extendió la mano — pero esta vez, solamente apareció una bola de luz y las otras cuatro se quedaron cerca de ella. Se sorprendió al darse cuenta de que sus poderes eran limitados. Alistair se preparó para el ataque mientras se acercaban — cuando escuchó un gruñido y vio a Krohn, saltando a su lado y hundiendo sus colmillos en los cuellos de ellos. Los muertos vivientes se volvieron contra él, y Alistair encontró su oportunidad. Ella le dio un codazo a uno en la garganta, derribándolo y corrió. Alistair se abrió camino a través del caos, desesperada, los espíritus malignos aumentaban en número por el momento, su gente empezaba a retroceder. Mientras ella se agachó y se movió de un lado al otro, finalmente emergió en un pequeño claro, el lugar donde ella recordaba haber visto a Argon.

Alistair había explorado el terreno, desesperada, y finalmente, entre todos

los cadáveres, lo encontró. Él estaba ahí tirado, desplomado en el suelo, hecho un ovillo. Yacía en un pequeño claro y evidentemente había hecho algún hechizo para alejar a los demás de él. Estaba inconsciente, y cuando Alistair corrió a su lado, ella esperaba y oraba para que todavía estuviese vivo. Cuando se acercó más, Alistair se sentía envuelta, protegida en su burbuja mágica. Ella se arrodilló junto a él y respiró hondo, finalmente a salvo de la batalla alrededor de ella, encontrando un descanso en el ojo de la tormenta. Sin embargo, Alistair también estaba llena de terror mientras miraba a Argon: yacía allí, con los ojos cerrados, sin respirar. Estaba llena de pánico.

—¡Argon!—, gritó ella, moviendo los hombros de él con ambas manos, temblando.

—¡Argon, soy yo! ¡Alistair! ¡Despierta!

¡Tienes que despertar!—. Argon yacía ahí, sin responder, mientras alrededor de ella, la batalla se intensificaba.

—¡Argon, por favor!

Te necesitamos. No podemos combatir la magia de Rafi. No tenemos las habilidades que tienes tú. Regresa, por favor. Por el Anillo. Por Gwendolyn. Por Thorgrin—. Alistair lo sacudió, sin embargo, no respondió. Desesperada, se le ocurrió una idea.

Puso ambas palmas de las manos en su pecho, cerró los ojos y se centró. Convocó a toda la energía interna que le quedaba, y lentamente, sintió las manos calientes. Cuando abrió los ojos, vio una luz azul que emanaba de sus palmas, esparciéndose sobre el pecho y hombros de él. Pronto envolvió todo su cuerpo. Alistair estaba usando un antiguo conjuro que había aprendido una vez, para revivir a los enfermos. La estaba agotando y sintió que toda la energía salía de su cuerpo. Debilitándose, deseó que Argon regresara. Alistair se derrumbó, agotada por el esfuerzo y quedó al lado de Argon, demasiado débil para moverse. Sintió movimiento, y miró, y para su sorpresa vio a Argon comenzar a agitarse. Ella se sentó y volteó hacia él, con sus ojos brillando con una intensidad que la asustó. Él la miró fijamente, inexpresivo, después estiró la mano, tomó su bastón y se puso de pie. Él extendió una mano, agarró la de ella y sin esfuerzo, tiró de sus pies.

Mientras sostenía su mano, ella sentía que toda su energía era restaurada.

—¿Dónde está él?—, preguntó Argon. Argon no esperó una respuesta; era

como si supiera exactamente donde tenía que ir, al darse vuelta, con el bastón a su lado, caminó en el fragor de la batalla. Alistair no podía entender cómo Argon no vacilaba a caminar entre los soldados. Entonces comprendió por qué: era capaz de lanzar una burbuja mágica alrededor de él mientras avanzaba, y aunque los muertos vivientes lo atacaban por todos lados, ninguno era capaz de penetrar en él. Alistair se quedó cerca de él mientras caminaba sin temor, sin que le hicieran daño en el fragor de la batalla, como si diera un paseo en un prado, en un día soleado. Los dos se abrieron paso a través del campo de batalla, y él siguió en silencio, marchando, ataviado con su manto blanco y con su capucha, caminando tan rápido que Alistair apenas podía mantener el paso. Finalmente se detuvo en el centro de la batalla, en un claro, opuesto a donde estaba parado Rafi. Rafi todavía estaba ahí, sosteniendo ambos brazos en sus costados, con los ojos en blanco, mientras convocaba a miles de muertos vivientes, saliendo de la grieta de la tierra. Argon había levantado una sola palma de la mano, hacia arriba, mirando al cielo y abrió sus ojos de par en par.

—¡RAFI!—, gritó desafiante. A pesar de todo ese ruido, el grito de Argon se escuchaba a través de la batalla, resonando en las colinas. Mientras Argon gritaba, de repente las nubes se abrieron en lo alto. Un chorro de luz blanca salió volando hacia abajo, desde el cielo, directamente a la palma de la mano de Argon, como si lo conectara hasta el mismo cielo. La corriente de luz se hizo más y más amplia, como un tornado, envolviendo el campo de batalla, envolviendo todo a su alrededor. Hubo un fuerte viento y un gran ruido silbante, y Alistair vio con incredulidad cómo, debajo de ella, la tierra comenzaba a temblar aún más violentamente, y la enorme grieta en la tierra comenzó a moverse en la dirección opuesta, lentamente, acordonándose a sí misma. Mientras empezaba a cerrarse sola, docenas de muertos vivientes gritaron, aplastados al tratar de salir. En pocos momentos, cientos de muertos vivientes se resbalaban hacia la tierra, mientras la grieta se hacía más y más estrecha. La tierra tembló una última vez, y luego hubo un silencio, mientras la grieta finalmente se cerraba sola, y aparecía la tierra, como si ninguna fisura hubiese aparecido. Los gritos horribles de los muertos vivientes llenaron el aire, silenciado debajo de la tierra. Hubo un silencio, una pausa momentánea en la batalla, como si todos se hubiesen quedado parados a observar. Rafi

gritó, se volvió y puso su mirada en Argon.

—¡ARGON!—, gritó Rafi. Había llegado el momento para el choque final de estos dos Titanes. Rafi corrió al claro abierto, sosteniendo su bastón rojo por lo alto, y Argon no dudó, corriendo a recibir a Rafi. Los dos se reunieron en el centro, cada uno blandiendo sus bastones por arriba de sus cabezas.

Sin determinar

Rafi bajó su bastón hacia Argon y Argon subió el suyo y lo bloqueó. Surgió una gran luz blanca, como chispas, cuando se encontraron. Argon lo blandió hacia atrás y Rafi lo bloqueó. Iban hacia adelante y hacia atrás, golpe tras golpe, atacando, bloqueando, con la luz blanca volando por todos lados. La tierra temblaba con cada uno de sus golpes, y Alistair podía sentir una energía monumental en el aire. Finalmente, Argon encontró su brecha, empuñando su bastón de abajo hacia arriba, y al hacerlo, hizo pedazos el bastón de Rafi. La tierra se sacudió violentamente. Argon dio un paso adelante, levantó su bastón por lo alto con las dos manos, y lo hundió hacia abajo, en el pecho de Rafi. Rafi soltó un grito terrible, miles de pequeños murciélagos salieron volando de su boca, mientras su mandíbula permanecía abierta. El cielo se puso negro por un momento, mientras espesas nubes negras se reunían desde los cielos sobre la cabeza de Rafi, y se arremolinaban hacia la tierra. Se lo tragaron entero y Rafi gritó mientras daba vueltas en el aire, siendo tirado hacia arriba, en los cielos, rumbo a un destino horrible que Alistair no quería imaginar.

Argon se quedó allí parado, jadeando, mientras todo quedaba en silencio, con Rafi muerto. El ejército de muertos vivientes, uno a uno, se desintegraron ante los ojos de Argon, cada uno cayendo en un montón de cenizas. Pronto el campo de batalla estaba lleno de miles de montículos, que era todo lo que quedaba de los maleficios de Rafi. Alistair examinó el campo de batalla y vio que quedaba sólo una batalla por emprender: a través del claro, su hermano, Thorgrin, ya estaba frente a frente con su padre, Andrónico. Ella sabía que en la batalla venidera, uno de estos hombres decididos, perdería la vida: su hermano o su padre.

Oraba para que fuera su hermano quien saliera vivo.

CAPÍTULO CINCO

Luanda yacía en el suelo, a los pies de Rómulo, viendo con horror cómo miles de soldados del Imperio inundaban el puente, gritando triunfalmente, mientras cruzaban el Anillo.

Ellos estaban invadiendo su patria, y no había nada que ella pudiera hacer excepto sentarse ahí, indefensa, y mirar y preguntarse si todo eso era su culpa, de alguna manera. No pudo evitar sentir que de alguna manera era responsable de haber desactivado el Escudo. Luanda se volvió y miró hacia el horizonte, vio las naves interminables del Imperio, y sabía que pronto, millones de tropas del Imperio los inundarían.

Su pueblo estaba acabado, el Anillo estaba acabado. Todo había acabado. Luanda cerró los ojos y movió la cabeza, una y otra vez. Hubo un tiempo en que había estado tan enojada con Gwendolyn, con su padre y le habría alegrado presenciar la destrucción del Anillo. Pero su mentalidad había cambiado, desde la traición de Andrónico y su trato hacia ella, desde que le había afeitado la cabeza, desde que la había golpeado frente a su pueblo. Le hizo darse cuenta de lo

equivocada que había estado, de lo ingenua que había sido en su propia búsqueda por el poder. Ahora, daría cualquier cosa por volver a su antigua vida, de nuevo. Todo lo que quería ahora era una vida de paz y satisfacción. Ya no deseaba la ambición ni el poder; ahora, sólo quería sobrevivir, para enmendar sus errores. Pero mientras observaba, Luanda se dio cuenta de que era demasiado tarde. Ahora su amada patria estaba camino a la destrucción, y no había nada que pudiera hacer. Luanda oyó un ruido espantoso, de risas mezcladas con un gruñido, y miró hacia arriba y vio a Rómulo allí parado, con las manos en la cadera, viendo todo, con una enorme sonrisa de satisfacción en su rostro, mostrando sus dientes largos y chuecos. Echó atrás la cabeza y se reía y se reía, eufórico. Luanda deseaba matarlo; si tuviera un puñal en la mano, le atravesaría el corazón. Pero conociéndolo, con lo grueso de su piel, con lo inmune que era a todo, seguramente la daga ni siquiera lo perforaría. Rómulo miró hacia abajo para verla, y su sonrisa se convirtió en una mueca.

—Ahora—, dijo,

—es hora de matarte lentamente—.

Luanda oyó un sonido metálico distintivo y vio a Rómulo sacar un arma de su cintura. Parecía una espada corta, excepto que tenía una punta larga y estrecha. Era un arma maligna, evidentemente diseñada para la tortura.

—Vas a sufrir mucho, mucho—, dijo él. Mientras bajaba su arma, Luanda puso sus manos en su rostro, como para bloquearlo todo. Ella cerró los ojos y gritó. Fue entonces cuando ocurrió algo extraño: mientras Luanda gritaba, el grito hizo eco en un grito aún mayor. Era el aullido de un animal. De un monstruo. Un rugido instintivo, más fuerte y más resonante que cualquiera que hubiera escuchado en su vida. Era como un trueno, destrozando los cielos. Luanda abrió los ojos y miró al cielo, preguntándose a sí misma si lo había imaginado. Sonaba como si hubiera sido el chillido de Dios mismo. Rómulo, también sorprendido, miró al cielo, desconcertado. Por su expresión, Luanda podría decir que realmente había sucedido; no lo había imaginado. Volvió a surgir un segundo grito, incluso peor que el primero, con tal ferocidad, con tal poder, que Luanda se dio cuenta de que sólo podía ser una cosa:

Un dragón. Mientras los cielos se separaban, Luanda estaba asombrada de ver a dos inmensos dragones a lo alto, eran las criaturas más grandes y aterradoras que había visto, tapando el sol, convirtiendo el día en noche, mientras lanzaban una sombra sobre ellos. El arma de Rómulo cayó de sus manos, con su boca abierta en estado de shock. Evidentemente, nunca había visto algo como esto, especialmente mientras los dos dragones volaban tan bajo en el suelo, apenas a seis metros arriba de sus cabezas, casi picoteando sus cabezas. Sus grandes patas colgaban debajo de ellos, y mientras chillaban otra vez, arquearon sus espaldas y abrieron sus alas. Al principio, Luanda, se preparó, asumiendo que iban a matarla. Pero al verlos volar tan rápido arriba de su cabeza, sintió que el viento que dejaban la derribaba, y se dio cuenta de que iban hacia otra parte: sobre el Cañón. Al Anillo. Los dragones deben haber visto a los soldados cruzando hacia el Anillo y se dieron cuenta de que el Escudo estaba desactivado. Debe haberse dado cuenta de que ésta era su oportunidad para entrar en el Anillo, también.

Luanda observó, cautivada, cómo un dragón de repente abría su boca, bajaba en picado y soplaba un chorro de fuego a los hombres que estaban en el

puede. Se escucharon los gritos de miles de soldados del Imperio, chillando hacia los cielos, mientras una gran pared de fuego los envolvía. Los dragones continuaron volando, soplando fuego, mientras cruzaban el puente, quemando a todos los hombres de Rómulo. Luego siguieron volando hacia el Anillo mismo, soplando fuego y destruyendo a todo hombre del Imperio que entrara, enviando ola tras ola de destrucción. En pocos momentos, no quedaban hombres del Imperio en el puente, o en la tierra del Anillo. Los hombres del Imperio que se dirigían hacia el puente, que estaban a punto de cruzar, se detuvieron en seco. No se atrevieron a entrar. En cambio, se dieron vuelta y huyeron, corriendo hacia las embarcaciones. Rómulo se volvió para ver, furioso, cómo se iban sus hombres. Luanda se quedó ahí sentada, aturdida, y se dio cuenta de que ésta era su oportunidad. Rómulo estaba distraído, mientras se daba vuelta y perseguía a sus

hombres e intentaba hacerlos dirigirse hacia el puente. Esta era la oportunidad de ella. Luanda se puso de pie de un salto, con su corazón latiendo a toda velocidad y se dio vuelta y corrió hacia el puente. Ella sabía que tenía sólo unos momentos preciosos. Si tenía suerte, tal vez, sólo tal vez, correría el tiempo suficiente antes de que Rómulo se diera cuenta y llegaría al otro lado. Y si llegaba al otro lado, tal vez estar en su tierra, le ayudaría a activar el Escudo. Tenía que intentarlo, y sabía que tenía que hacerlo ahora o nunca. Luanda corrió y corrió, respirando tan fuerte que apenas podía pensar, sus piernas le temblaban. Tropezó, sus piernas le pesaban, su garganta estaba seca, agitaba sus brazos al avanzar, el frío viento golpeaba su cabeza calva. Corrió más y más rápido, su corazón latía en sus oídos, el sonido de su propia respiración llenaba su mundo, mientras todo se volvía borroso. Ella logró correr cuarenta y cinco buenos metros a través del puente, antes de escuchar el primer grito. Rómulo. Evidentemente, la había visto.

Detrás de ella, de repente se escuchó el sonido de los hombres yendo a la carga, a caballo, cruzando el puente, tras ella. Luanda corrió a toda velocidad, aumentando su ritmo, mientras sentía a los hombres cerca de ella. Corrió más allá de todos los cadáveres de los hombres del Imperio, quemados por los dragones, algunos aún en llamas, haciendo lo posible para evitarlos. Detrás de ella, los caballos se escuchaban con mayor fuerza. Miró sobre su hombro, vio sus lanzas levantadas por lo alto y sabía que esta vez, Rómulo pretendía

matarla. Ella sabía que, en pocos minutos, las lanzas se incrustarían en su espalda. Luanda miró hacia adelante y vio el Anillo, la tierra, a pocos metros delante de ella. Si tan sólo pudiera lograrlo.

Faltaban tres metros más. Si tan solo pudiera cruzar la frontera, tal vez, sólo tal vez, el Escudo se activaría y la salvaría. Los hombres iban hacia ella de manera amenazante, mientras daba sus pasos finales. El sonido de los caballos le era ensordecedor, y olió el sudor de los caballos y de los hombres. Se preparó, esperando que una lanza le perforara la espalda en cualquier momento. Ellos estaban a pocos metros de distancia. Pero ella también. En un último acto de desesperación, Luanda se zambulló, justo al ver a un soldado levantar su mano con una lanza detrás de ella. Cayó al suelo dando una voltereta. Con el rabillo del ojo vio volar una lanza por el aire, dirigiéndose hacia ella. Pero tan pronto como Luanda cruzó la línea, aterrizó en la tierra del Anillo, de repente, detrás de ella, el Escudo se activó nuevamente. La lanza, a centímetros de ella, se desintegró en el aire. Y detrás de él, todos los soldados en el puente gritaron, llevando sus manos hacia sus rostros, mientras ardían en llamas, desintegrándose. En momentos, todos quedaron hechos un montón de cenizas. Al otro lado del puente, Rómulo estaba parado, observando todo. Él gritó y golpeó su pecho. Fue un grito de agonía. Un grito de alguien que había sido derrotado.

Burlado. Luanda yacía ahí, respirando con dificultad, en estado de shock. Ella se agachó y besó el suelo en el que estaba. Luego echó la cabeza hacia atrás y rio de placer. Lo había logrado.

Estaba a salvo.

CAPÍTULO SEIS

Thorgrin estaba parado en el claro, frente a Andrónico, rodeado de ambos ejércitos. Estaban parados en un punto muerto, viendo como padre e hijo se enfrentaban una vez más.

Andrónico se quedó ahí parado, en toda su gloria, por encima de Thor, blandiendo una enorme hacha en una mano y una espada en la otra. Mientras Thor lo enfrentaba, se obligó a respirar lenta y profundamente, para controlar sus emociones. Thor tenía que tener la mente clara, para centrarse mientras luchaba contra este hombre, del mismo modo que lo haría con cualquier otro enemigo. Tenía que decirse a él mismo que no estaba enfrentando a su padre, sino a su peor enemigo. El hombre que había lastimado a Gwendolyn; el hombre que había lastimado a todos sus compatriotas; el hombre que le había lavado el cerebro. El hombre que merecía morir. Con Rafi muerto, Argon en control, y todos los muertos vivientes debajo de la tierra, no tenía caso retrasar esta confrontación final: Andrónico enfrentándose a Thorgrin. Era la batalla que debía determinar el destino de la guerra. Thor no lo dejaba escapar, no esta vez, y Andrónico, acorralado, por fin parecía estar dispuesto a enfrentarse con su hijo.

—Thornicus, tú eres mi hijo—, dijo Andrónico, con su voz baja reverberante.

—No quiero hacerte daño—.

—Pero yo sí quiero hacerle daño—, respondió Thor, negándose a ceder ante los juegos mentales de Andrónico.

—Thornicus, hijo mío—, repitió Andrónico, mientras Thor daba un paso más, con cautela.

—No quiero matarte. Depón las armas y acompáñame. Únete a mí, como antes. Tú eres mi hijo. Tú no eres hijo de ellos. Llevas mi sangre; no la de ellos. Mi patria es tu patria; el Anillo no es más que un lugar adoptado por ti. Tú eres mi pueblo. Estas personas no significan nada para ti.

Ven a casa. Vuelve al Imperio. Permíteme ser el padre que siempre quisiste. Y sé el hijo que siempre quise que fueras. —No lucharé contra ti

—, dijo Andrónico finalmente, mientras bajaba su hacha. Thor ya había escuchado suficiente. Tenía que hacer algo ahora, antes de permitir que influenciara su mente este monstruo.

Thor soltó un grito de guerra, subió su espada por lo alto y se fue a la carga, bajándola con ambas manos hacia la cabeza de Andrónico. Andrónico lo miró con sorpresa, luego, en el último segundo, bajó la mano, agarró su hacha del suelo, la levantó y bloqueó el golpe de Thor. Salieron chispas de la espada de Thor, mientras los dos entrelazaban armas, a unos centímetros de distancia, cada uno gimiendo, mientras Andrónico frenaba el golpe de Thor. —
Thornicus

—, gruñó Andrónico, —tu fuerza es grande. Pero es mi fuerza. Te di esto. Mi sangre corre por tus venas. ¡Para esta locura y únete a mí!

—. Andrónico hizo retroceder a Thor, y Thor tambaleó hacia atrás. —
¡Nunca!

—, gritó Thor, desafiante. —Nunca volveré contigo. Tú no eres un padre para mí. Eres un extraño. ¡No mereces ser mi padre!

—. Thor volvió a la carga, gritando, y bajó su espada.

Andrónico la bloqueó, y Thor, esperándolo, rápidamente se dio vuelta con su espada y cortó el brazo de Andrónico. Andrónico gritó, mientras salía sangre a chorros de su herida. Tambaleó hacia atrás y miró a Thor con incredulidad, estirando la mano y tocando su herida, y después examinando la sangre en su mano. —Quieres matarme

—, dijo Andrónico, como dándose cuenta por primera vez. —Después de todo lo que he hecho por ti

—. —Sin duda

—, dijo Thorgrin. Andrónico lo había analizado, como si fuera una nueva persona, y pronto su mirada cambió de ser de asombro y desilusión, a una de ira. —¡Entonces tú no eres hijo mío!

—, gritó. —¡El Gran Andrónico no pregunta dos veces!—. Andrónico arrojó su espada, levantó su hacha de batalla con ambas manos, soltó un gran grito y fue hacia Thor.

Finalmente, la batalla había comenzado. Thor levantó su espada para bloquear el golpe, pero cayó con tanta fuerza que, para su asombro, rompió su espada, partiéndola en dos. Thor rápidamente improvisó, quitándose del

camino mientras el golpe continuaba bajando; sólo lo rozó, fallando por unos dos centímetros; estuvo tan cerca que pudo sentir el viento soplar en su hombro. Su padre tenía una fuerza tremenda, mayor que cualquier guerrero que hubiese enfrentado, y Thor sabía que no sería fácil. Su padre también era demasiado rápido — una combinación mortal. Y ahora Thor no tenía arma alguna. Andrónico giró nuevamente sin vacilar, moviéndose lateralmente, con el objetivo de cortar a Thor en dos. Thor saltó en el aire, sobre la cabeza de Andrónico, haciendo una voltereta, usando sus poderes internos para impulsarlo, para hacerlo volar en el aire y caer detrás de Andrónico. Él aterrizó sobre sus pies, se inclinó y tomó la espada de su padre del suelo, giró y fue a la carga, moviéndose hacia la espalda de Andrónico. Pero para sorpresa de Thor, Andrónico fue tan rápido, que estaba preparado. Giró y bloqueó el golpe. Thor sintió el impacto del metal contra metal reverberando en todo su cuerpo. La espada de Andrónico, por lo menos, resistía; era más fuerte que la suya. Era extraño sostener la espada de su padre — especialmente cuando se enfrentaba a él. Thor giró y bajó hacia los costados, hacia el hombro de Andrónico.

Andrónico lo bloqueó y bajó hacia Thor.

Iban de allá para acá, atacando y bloqueando, Thor hacía retroceder a Andrónico, y Andrónico, a su vez, empujaba a Thor hacia atrás. Volaban chispas, las armas se movían tan rápido, brillando en la luz, su gran resueno remachaba el campo de batalla, los dos ejércitos observaban, petrificados. Los dos grandes guerreros se empujaban mutuamente hacia atrás y hacia adelante en el claro abierto, y ninguno ganaba ni un ápice. Thor levantó su espada para atacar nuevamente, pero esta vez Andrónico le sorprendió, al dar un paso adelante y patearlo en el pecho. Thor salió volando hacia atrás, aterrizando de espaldas. Andrónico se abalanzó y bajó su hacha. Thor rodó fuera del camino, pero no con la suficiente rapidez: cortó el bíceps de Thor, lo suficiente como para sacarle sangre. Thor gritó, pero no obstante, giró y esgrimió su espada y cortó la pantorrilla de Andrónico. Andrónico tropezó y gritó, y Thor se reviró a sus pies, mientras los dos se enfrentaban uno al otro, heridos.

—Yo soy más fuerte que tú, hijo—, dijo Andrónico.

—Y más experimentado en la batalla. Ríndete ya. Tus poderes druidas no

funcionarán en mi contra. Soy yo contra ti, hombre a hombre, espada contra espada. Y como guerrero, soy mejor. Lo sabes.

Ríndete ante mí, y no te voy a matar—. Thor frunció el ceño.

—¡No me rindo ante nadie! ¡Y menos ante ti!—. Thor se forzó a sí mismo a pensar en Gwendolyn, en lo que Andrónico le había hecho a ella y su ira se intensificó. Ahora era el momento.

Thor estaba decidido a acabar con Andrónico, de una vez por todas, a enviar a esta horrible criatura de vuelta al infierno. Thor fue al ataque con una ráfaga de fuerza final, dando todo lo que tenía, soltando un gran grito. Esgrimió su espada de izquierda a derecha, moviéndose tan rápido que apenas podía contenerla; Andrónico bloqueaba cada golpe, aun cuando era hecho retroceder, paso por paso. La lucha continuó y continuó, y Andrónico parecía sorprendido de que su hijo pudiera exhibir tanta fuerza y por tanto tiempo. Thor encontró su oportunidad cuando, por un momento, los brazos de Andrónico se cansaron. Thor giró hacia la cabeza del hacha y la unió y logró quitar la navaja de las manos de Andrónico.

Andrónico la vio volar por el aire, sorprendido, y luego, Thor pateó a su padre en el pecho, derribándolo, de espaldas. Antes de que él pudiera levantarse, Thor se adelantó y colocó un pie en su garganta. Thor lo tenía sujetado, y se quedó allí, mirándolo. El campo de batalla llamaba la atención, mientras Thor estaba parado encima de él, sosteniendo la punta de su espada en la garganta. Andrónico, sangrando por la boca, sonrió entre sus colmillos. —No puedes hacerlo, hijo

—, dijo. —Ésa es tu gran debilidad. Me amas. Es también mi debilidad por ti. Nunca podrías matarme. Ni ahora ni en toda tu vida. Toda esta batalla es inútil. Me dejarás ir. Porque tú y yo somos uno

—. Thor estaba parado encima de él, las manos le temblaban mientras sostenía la punta de la espada en la garganta de su padre. Lentamente, la levantó. Una parte de él sentía que las palabras de su padre eran ciertas. ¿Cómo podría matar a su padre? Pero mientras miraba hacia abajo, pensó en todo el dolor, en todo el daño que su padre había infligido en todos a su alrededor. Pensó en el precio de dejarlo vivir. El precio de la compasión. Era un precio demasiado alto que pagar, no sólo para Thorgrin, sino para todos los que amaba y le preocupaban. Thor miró detrás de él y vio las decenas de miles

de soldados del Imperio que habían invadido su patria, allí de pie, listos para atacar a su pueblo. Y

este hombre era su líder. Thor estaba en deuda con su patria.

Con Gwendolyn. Y sobre todo, consigo mismo. Este hombre podría ser su padre de sangre, pero eso era todo. No era su padre en ningún otro sentido de la palabra. Y la sangre en sí, no hacía un padre. Thor levantó su espada por lo alto, y con un gran grito, la dejó caer. Thor cerró sus ojos y los abrió para ver la espada, incrustada en el suelo, justo al lado de la cabeza de Andrónico. Thor la dejó allí y dio un paso atrás. Su padre había tenido razón: él no había sido capaz de hacerlo. A pesar de todo, él no podía matar a un hombre indefenso. Thor le dio la espalda a su padre, frente a su propio pueblo, frente a Gwendolyn.

Evidentemente había ganado la batalla; había dejado en claro su opinión. Ahora, Andrónico, si tenía algún honor, no tendría más remedio que volver a casa. —¡THORGRIN!—, gritó Gwendolyn.

Thor se volvió para ver, asombrado, el hacha de Andrónico balanceándose hacia él, dirigiéndose a su cabeza. Thor se agachó en el último segundo, y el hacha pasó volando. Sin embargo, Andrónico fue rápido, y con el mismo movimiento, se dio vuelta y con su guantelete abofeteó a Thor en la quijada, haciéndolo caer sobre las manos y rodillas. Thor sintió un terrible crujido en las costillas, mientras la bota de Andrónico lo pateaba en el estómago, haciéndolo rodar, jadeando en busca de aire. Thor estaba sobre sus manos y rodillas, respirando con fuerza, la sangre chorreaba de su boca, sus costillas lo mataban, tratando de reunir la fuerza para levantarse. Con el rabillo del ojo vio a Andrónico dar un paso adelante, sonreír ampliamente y elevar su hacha con ambas manos. Thor pudo ver que le estaba apuntando, para cortar la cabeza de Thor. Thor podía ver en sus ojos inyectados en sangre, que Andrónico no tendría piedad, como Thor la había tenido.

—Esto es lo que debería haber hecho hace treinta años—, dijo Andrónico. Andrónico soltó un gran grito, bajó su hacha hacia el cuello expuesto de Thor.

Thor, sin embargo, no había terminado de pelear; logró tener una última ráfaga de energía, y a pesar de todo su dolor, se puso de pie y se abalanzó hacia su padre, abordándolo por las costillas, haciéndolo retroceder, hacia al suelo, de espaldas. Thor estaba encima de él, luchando, preparándose para

luchar contra él con sus manos. Se había convertido en una lucha libre. Andrónico se acercó y agarró la garganta de Thor, y Thor se sorprendió por su fuerza; sintió que perdía aire rápidamente mientras lo estrangulaba. Thor sujetó su cintura, desesperado, buscando su daga. La daga real, la que el Rey MacGil le había dado antes de morir. Thor estaba perdiendo aire rápidamente, y sabía que si no la encontraba pronto, estaría muerto. Thor la encontró con su último aliento. La levantó por lo alto y la hundió hacia abajo con ambas manos, en el pecho de Andrónico. Andrónico se levantó, buscando aire, con los ojos saltones con una mirada de muerte, mientras se sentaba y continuaba asfixiando a su hijo. Thor, sin aliento, estaba viendo estrellas, debilitándose. Finalmente, lentamente, la sujeción de Andrónico se liberó, mientras sus brazos caían a su lado. Sus ojos se fueron hacia un costado, y dejó de moverse. Allí permaneció, congelado. Muerto. Thor jadeó mientras quitaba la mano flácida de su padre de su garganta, jadeando y tosiendo, haciendo rodar el cadáver de su padre. Todo su cuerpo temblaba. Acababa de matar a su padre. No había pensado que fuera posible. Thor miró alrededor y vio a todos los guerreros, a ambos ejércitos, mirándolo en estado de shock. Thor sintió un tremendo calor correr a través de su cuerpo, como si un profundo cambio hubiese ocurrido dentro de él, como si hubiese destruido una parte maligna de sí mismo. Sintió que había cambiado, se sentía más ligero. Thor oyó un gran ruido en el cielo, como un trueno, y miró hacia arriba y vio una pequeña nube negra aparecer sobre el cadáver de Andrónico y un embudo de pequeñas sombras negras, como demonios, giraban hacia el suelo. Ellos se arremolinaban alrededor de su padre, abarcándolo, aullando, luego levantaron su cuerpo por lo alto, cada vez más y más arriba, hasta que desapareció en la nube.

Thor vio esto, en estado de shock, y se preguntó a qué infierno podría ser arrastrado el alma de su padre. Thor miró hacia arriba y vio al ejército del Imperio frente a él, decenas y decenas de miles de hombres, con ojos de venganza. El Gran Andrónico estaba muerto. Aun así, sus hombres se quedaron ahí. Thor y los hombres del Anillo los seguían superando por cien a uno. Habían ganado la batalla, pero estaban a punto de perder la guerra. Erec y Kendrick y Srog y Bronson caminaron al lado de Thor, con las espadas desenvainadas, mientras enfrentaban juntos al Imperio. Los cuernos sonaban

de arriba a abajo por la línea del Imperio, y Thor se preparó para enfrentar la batalla una última vez. Él sabía que no podrían ganar. Pero al menos todos morirían juntos, en un gran choque de gloria.

CAPÍTULO SIETE

Reece marchaba al lado de Selese, Illepra, Elden, Indra, O'Connor, Conven, Krog y Serna, los nueve caminaban hacia el Oeste, como habían hecho durante horas, desde que salieron del Cañón. Reece sabía que en algún lugar, su gente estaba en el horizonte y, vivos o muertos, estaban decididos a encontrarlos. Reece había quedado sorprendido cuando pasaron por una zona de destrucción, interminables campos de cadáveres, llenos de aves de rapiña, carbonizados por el soplido de los dragones. Había miles de cadáveres del Imperio alineados en el horizonte, algunos de ellos todavía sacaban humo. El humo de sus cuerpos llenaba el aire, el hedor insoportable de carne quemada impregnaba una tierra destruida. Quien no había sido asesinado por el soplido del dragón, había sido dañado en la batalla convencional contra el Imperio; los MacGil y los McCloud también yacían muertos, pueblos enteros habían sido destruidos, había montones de escombros por todas partes.

Reece meneó la cabeza: esta tierra, que había sido tan abundante, ahora había sido devastada por la guerra.

Desde que habían salido del Cañón, Reece y los demás estaban decididos a volver a casa, a regresar al lado MacGil del Anillo.

Incapaces de encontrar caballos, había marchado todo el camino hacia el lado de McCloud, hasta las tierras altas, por el otro lado, y, finalmente, avanzaron a través del territorio MacGil, pasando nada más que ruinas y devastación. Desde el aspecto de la tierra, los dragones habían ayudado a destruir a las tropas del Imperio, y por eso, Reece estaba agradecido. Pero Reece todavía no sabía en qué estado podría encontrar a su propio pueblo. ¿Todo el mundo estaba muerto en el Anillo?

Hasta ahora, parecía ser así. Reece estaba deseando averiguar si todo el mundo estaba bien. Cada vez que llegaban a un campo de batalla de muertos y heridos, los que no estaban quemados por las llamas de los dragones, Illepra y Selese iban de cadáver en cadáver, dándoles vuelta, revisándolos. No sólo eran impulsadas por sus profesiones, sino que Illepra también tenía otro objetivo en mente: encontrar al hermano de Reece. A Godfrey. Era una meta

compartida por Reece.

—Él no está aquí—, anunció Illepra una vez más, al estar parada, habiendo volteado hasta el último cadáver de este campo, con su cara de decepción.

Reece podría decir cuánto se preocupaba Illepra por su hermano, y se sentía conmovido. También Reece tenía la esperanza de que estuviera bien y entre los vivos — pero por el aspecto de estos miles de cadáveres, tenía el presentimiento de que no era así. Siguieron adelante, caminando sobre otro campo rodante, otra serie de colinas y al hacerlo, vieron otro campo de batalla en el horizonte, con miles de cadáveres más.

Se dirigieron a él. Mientras caminaban, Illepra lloraba en silencio. Selese puso una mano en su muñeca.

—Está vivo—, Selese la tranquilizó. No te preocupes—. Reece se acercó y colocó una mano reconfortante en su hombro, sintiendo compasión por ella.

—Si hay algo que sé de mi hermano—, dijo Reece,

—es que es un sobreviviente. Él encuentra una manera de salir de todo.

Incluso de la muerte. Te lo prometo. Es más probable que Godfrey esté en una taberna en algún lugar, emborrachándose—. Illepra rio a través de sus lágrimas y las secó.

—Eso espero—, dijo ella.

—Por primera vez, realmente espero que así sea—. Continuaron su marcha sombría, silenciosamente a través de la tierra baldía, cada uno perdido en sus pensamientos. Las imágenes del Cañón vinieron a la mente de Reece; no podía evitarlas. Pensó en lo desesperada que su situación había sido y estaba lleno de gratitud hacia Selese; si ella no hubiera aparecido cuando lo hizo, seguirían estando ahí abajo y seguramente todos habrían muerto. Reece extendió el brazo y tomó la mano de Selese y sonrió, mientras caminaban con las manos entrelazadas. Reece estaba conmovido por el amor de ella y la devoción que le tenía, por su voluntad para cruzar toda la campiña, solo para salvarlo. Sintió un abrumador torrente de amor por ella, y no podía esperar a tener un momento a solas para podérselo expresar. Ya había decidido que quería estar con ella para siempre. Sentía una lealtad hacia ella, como nunca había sentido por nadie, y en cuanto tuvieran un momento, prometió ofrecerle matrimonio. Le daría el anillo de su madre, el que su madre le había dado para entregarlo al

amor de su vida, cuando la encontrara.

—No puedo creer que hayas cruzado el Anillo solamente por mí—, le dijo Reece.

Ella sonrió.

—No estuvo tan lejos—, dijo.

—¿Que no estuvo lejos?—, preguntó él.

—Pusiste tu vida en peligro para cruzar un país devastado por la guerra. Estoy en deuda contigo. Más allá de lo que puedo decir—.

—No me debes nada. Estoy contenta de que estés vivo—.

—Todos estamos en deuda contigo—, intervino Elden.

—Nos salvaste a todos. Todos nos habríamos quedado atrapados allá, en las entrañas del Cañón, para siempre—.

—Hablando de deudas, tengo que hablar de una contigo—, dijo Krog a Reece, acercándose a él, renqueando. Desde que Illepra había entablillado su pierna en la parte superior del Cañón, Krog al menos había sido capaz de caminar por sí mismo, aunque fuera con rigidez.

—Me salvaste allá abajo y más de una vez—, continuó diciendo Krog.

—Fue bastante tonto de tu parte, si me lo preguntas. Pero de todos modos lo hiciste. Pero no creas que estoy en deuda contigo—.

Reece meneó la cabeza, tomado desprevenido por la severidad de Krog y su torpe intento de darle las gracias.

—No sé si estás tratando de insultarme, o tratando de darme las gracias—, dijo Reece.

—Tengo mi manera de hacerlo—, dijo Krog.

—De ahora en adelante, cuidaré tus espaldas. No porque me agrades, sino porque creo que eso es lo que debo hacer—. Reece meneó el cabeza, perplejo como siempre, por Krog.

—No te preocupes—, dijo Reece.

—Tú tampoco me agradas—. Todos continuaron su marcha, todos ellos relajados, contentos de estar vivos, de estar por encima del suelo, de volver a estar en este lado del Anillo — todos excepto Conven, que caminaba en silencio, alejado de los demás, ensimismado, como había estado desde la muerte de su hermano gemelo en el Imperio. Nada, ni escapar de la muerte, parecía alejarlo de ello. Reece pensó en cómo, allá abajo, Conven se había

lanzado imprudentemente al peligro, una y otra vez, casi matándose para salvar a los demás. Reece no pudo evitar preguntarse si era más un deseo de suicidarse que ayudar a los demás. Se

preocupaba por él. A Reece no le gustaba verlo tan alejado, tan perdido en su depresión. Reece caminó junto a él.

—Luchaste brillantemente allá—, le dijo Reece. Conven sólo se encogió de hombros y miró hacia la tierra. Reece no dejó de pensar en algo que decir, mientras avanzaban en silencio.

—Estás feliz de estar en casa?—, le preguntó Reece.

—¿De ser libre?—. Conven se dio vuelta y lo miró sin comprender.

—No estoy en casa. Y no soy libre. Mi hermano está muerto. Y no tengo derecho a vivir sin él—. Reece sintió un escalofrío correr a través de él, con esas palabras. Evidentemente, Conven seguía abrumado por el dolor; lo usaba como una insignia de honor. Conven era más como un muerto viviente, con los ojos en blanco. Reece lo recordaba lleno de alegría. Reece podía ver que su luto era profundo, y tenía el presentimiento de que nunca lo dejaría. Reece se preguntaba qué sería de Conven. Por primera vez, no pensó en nada bueno.

Marcharon y marcharon y pasaban las horas y llegaron a otro campo de batalla, hombro con hombro con los cadáveres. Illepra y Selese y los demás se dispersaron, yendo de cadáver en cadáver, volteándolos, buscando alguna señal de Godfrey.

—Veo a muchos MacGil más en este campo—, dijo Illepra esperanzada,

—y no hay soplido del dragón. Tal vez Godfrey está aquí—. Reece miró hacia arriba y vio a los miles de cadáveres y se preguntó si él había estado aquí, si alguna vez lo encontrarían. Reece se separó y fue de cadáver en cadáver, al igual que los demás, volteando a cada uno. Vio todas las caras de su pueblo, rostro por rostro, reconoció a algunos y a otros no, era gente que había conocido y con los que había luchado, gente que había peleado por su padre. Reece se sorprendió ante la devastación que había habido en su tierra, como una plaga, y sinceramente esperaba que por fin todo hubiese terminado. Había visto un montón de batallas y guerras y cadáveres para durar toda la vida. Estaba listo para tener una vida de paz, para sanar, para reconstruir otra vez.

—¡AQUÍ!—, gritó Indra, con su voz llena de emoción. Ella estaba parada

junto a un cadáver y lo miraba hacia abajo. Illepra se dio vuelta y salió corriendo, y todos se reunieron alrededor. Ella se arrodilló al lado del cuerpo y las lágrimas inundaron su rostro. Reece se arrodilló a su lado y jadeó para ver a su hermano. Godfrey. Su gran barriga sobresalía, sin afeitar, tenía los ojos cerrados, estaba muy pálido, sus manos estaban moradas de frío, parecía muerto. Illepra se inclinó y lo sacudió, una y otra vez; él no respondió.

—¡Godfrey!—. ¡Por favor!

¡Despierta!

—¡Soy yo! ¡Illepra! —¡GODFREY!

—. Le sacudió una y otra vez, pero él no despertaba. Finalmente, frenéticamente, se dio vuelta hacia los demás, examinando sus cinturones. — ¡La bolsa de vino!—, le exigió a O'Connor entregársela. O'Connor buscó a tientas en su cintura y apresuradamente la quitó y se la entregó a Illepra. Ella la tomó y la acercó a la cara de Godfrey y la roció sobre sus labios. Le levantó la cabeza, abrió su boca y derramó un poco en su lengua. Hubo una respuesta repentina, mientras Godfrey lamía sus labios y lo tragaba. Él tosió, después se sentó, agarró la bota de vino, con los ojos aún cerrados, y la roció, bebiendo más y más, hasta que se sentó totalmente.

Lentamente abrió sus ojos y se limpió la boca con el dorso de su mano. Miró alrededor, confuso y desorientado y eructó. Illepra gritó de alegría, inclinándose y dándole un gran abrazo.

—¡Sobreviviste!—, exclamó. Reece suspiró con alivio mientras su hermano miraba a su alrededor, confundido, pero vivo. Elden y Serna cada uno agarró a Godfrey por debajo del hombro y lo pusieron de pie. Godfrey quedó ahí parado, tambaleante al principio, y tomó otro trago largo de la bota de vino y limpió su boca con el dorso de su mano. Godfrey miró a su alrededor, con la mirada nublada.

—¿Dónde estoy?—, preguntó.

Estiró la mano y se frotó la cabeza, que tenía un gran bulto, y sus ojos se entrecerraron de dolor.

Illepra examinó la herida de manera experta, corriendo su mano a lo largo de ella, y la sangre seca de su cabello.

—Recibiste una herida—, dijo.

—Pero puedes estar orgulloso: estás vivo. Estás a salvo—. Godfrey se

tambaleó, y los demás lo atraparon.

—No es seria—, dijo, examinándola,

—pero tendrás que descansar—. Ella se quitó una venda de su cintura y comenzó a envolverla alrededor de su cabeza, una y otra vez. Godfrey se estremeció de dolor y la miró. Luego miró alrededor y examinó todos los cadáveres, con los ojos abiertos de par en par.

—Estoy vivo—, dijo.

—No puedo creerlo—.

—Lo lograste—, dijo Reece, agarrando el hombro de su hermano mayor, felizmente.

—Sabía que lo lograrías—. Illepra lo abrazó, y lentamente, él también la abrazó.

—Así que esto es lo que se siente ser un héroe—, observó Godfrey, y los demás rieron.

—Denme más bebidas como ésta—, añadió,

—y tal vez lo haré más a menudo—.

Godfrey tomó otro largo trago, y finalmente comenzó a caminar con ellos, apoyándose en Illepra, con un hombro alrededor de ella, mientras le ayudaba a equilibrarse.

—¿Dónde están los demás?—, preguntó Godfrey, mientras avanzaban.

—No sabemos—, dijo Reece.

—En algún lado del oeste, espero. Es ahí adonde nos dirigimos. Vamos a la Corte del Rey. Para ver quién sigue vivo—. Reece tragó saliva al pronunciar esas palabras. Miró al horizonte y oró para que sus compatriotas hubieran tenido un destino similar al de Godfrey. Pensó en Thor, en su hermana Gwendolyn, en su hermano Kendrick, y en muchos otros que amaba. Pero él sabía que el grueso del ejército del Imperio todavía estaba adelante, y a juzgar por el número de muertos y heridos que había visto, presentía que lo peor estaba aún por venir.

CAPÍTULO OCHO

Thorgrin, Kendrick, Erec, Srog y Bronson estaban parados como una pared unificada contra el ejército del Imperio, su gente detrás de ellos, con las armas desenfundadas, preparándose para enfrentar la embestida de las tropas del Imperio. Thor sabía que sería su muerte, su última batalla en la vida, pero no se arrepentía. Moriría aquí, frente al enemigo, de pie, con la espada en la mano, con sus hermanos de armas a su lado, defendiendo su patria. Tendría la oportunidad de compensar lo que había hecho, de hacer frente a su propio pueblo en batalla. No había nada más que pudiera pedir en la vida. Thor pensó en Gwendolyn, y sólo deseaba tener más tiempo, por su propio bien. Él oró para que Steffen la hubiera llevado a un lugar seguro y que estuviera a salvo ahí, detrás de las líneas. Estaba decidido a luchar con todas sus fuerzas, a matar a tanta gente del Imperio como pudiera, para evitar que la dañaran. Mientras Thor estaba parado allí, pudo sentir la solidaridad de sus hermanos, todos ellos sin temor, parados ahí valientemente, manteniéndose firmes. Esos eran los mejores hombres del reino, los mejores caballeros de Los Plateados, de los MacGil, de los Silesios — todos ellos unificados, ninguno de ellos retrocediendo de miedo, a pesar de las probabilidades.

Todos ellos estaban dispuestos a entregar sus vidas para defender a su patria. Todos ellos valoraban el honor y la libertad más que la vida. Thor escuchó los cuernos del Imperio, arriba y abajo de las filas, vio a sus divisiones de incontables hombres alineados en unidades precisas. Eran soldados disciplinados a los que se enfrentaba, soldados con comandantes sin piedad, que habían luchado toda su vida. Era una máquina bien aceiteada, capacitada para seguir adelante frente a la muerte de su líder. Un nuevo comandante del Imperio sin nombre se acercó y condujo a las tropas. Era una enorme cantidad, interminable y Thor sabía que era imposible que pudieran derrotarlos con tan pocos hombres. Pero eso ya no importaba. No importaba si morían. Todo lo que importaba era cómo morirían. Morirían de pie, como hombres, en un choque final de valor.

—¿Esperamos a que se acerquen a nosotros?—, preguntó Erec en voz alta.

¿O les ofrecemos el saludo de los MacGil?—.

Thor sonrió, junto con los demás. No había nada como un ejército más pequeño atacando a uno más grande. Era imprudente, pero también era el tamaño del valor. Al unísono, Thor y sus hombres soltaron de repente un grito de guerra, y todos fueron a la carga. Corrieron a pie, apresurándose hacia la brecha del puente entre los dos ejércitos, sus gritos de batalla llenaban el aire, sus hombres los seguían muy de cerca. Thor sostuvo su espada por lo alto, corriendo al lado de sus hermanos, con su corazón latiendo aceleradamente, una fría ráfaga de viento pegaba en su cara. Así era como se sentía estar en una batalla. Le recordaba lo que se sentía estar vivo. Los dos ejércitos fueron a la carga, corriendo tan rápido como podían, para matarse unos a otros. En unos momentos se reunieron en el centro, en un tremendo choque metálico de armas. Thor empuñaba su arma por todos lados, metiéndose en la primera fila de los soldados del Imperio, quienes empuñaban lanzas largas, picas, lanzas cortas. Thor cortó la primera pica que encontró a la mitad, y luego apuñaló al soldado en los intestinos. Thor se agachó y se movió de un lado al otro, mientras múltiples lanzas se dirigían a él; empuñó su espada, girándola en todas direcciones, cortando todas las armas a la mitad con un sonido metálico y pateando y dando codazos a cada soldado fuera de su camino. Abofeteó a varios más con su guantelete, le dio una patada en la ingle a otro, un codazo en la mandíbula a uno más, un cabezazo a otro, apuñaló a uno más y giró y apuñaló a otro. Los cuarteles estaban cerca y era un mano a mano, y Thor era una máquina de un solo hombre, abriéndose paso a través del ejército superior. Alrededor de él, sus hermanos estaban haciendo lo mismo, luchando con increíble velocidad y potencia y fuerza y espíritu, aunque ellos eran superados en número, se lanzaban al ejército mucho más grande y se abrían paso entre las filas de los hombres del Imperio que parecía no tener fin. Ninguno dudó, y ninguno se retiró. Alrededor de Thor, miles de hombres con miles de otros hombres gritaban y gruñían al luchar cuerpo a cuerpo en la gran batalla feroz, la batalla determinante para el destino del Anillo. Y a pesar de las fuerzas infinitamente superiores, los hombres del Anillo estaban cobrando fuerza, manteniendo a raya al Imperio e incluso haciéndolos retroceder. Thor arrebató un mayal de las manos de un soldado del Imperio, lo pateó, luego lo hizo girar y lo golpeó en un costado del casco. Entonces Thor lo hizo girar por

lo alto, en un amplio círculo y derribó a varios más. Lo lanzó a la multitud y derribó a otros tantos. Entonces Thor levantó su espada y volvió al combate cuerpo a cuerpo, acuchillando de un lado a otro, hasta que sus brazos y hombros se cansaron. En un momento dado fue demasiado lento, y un soldado se acercó a él con una espada levantada; Thor se volvió para enfrentarse a él, demasiado tarde y se preparó para recibir el golpe y las lesiones. Thor escuchó un gruñido y Krohn pasó zumbando, saltando en el aire y clavando sus mandíbulas en la garganta del soldado, derribándolo, salvando a Thor. Pasaban horas de combates cercanos. Aunque Thor al principio se sentía alentado por sus victorias, pronto se hizo evidente que esta batalla era un acto de poca importancia, prolongando lo inevitable. No importaba a cuántos de ellos mataran, el horizonte se seguía llenando con un sinnúmero de hombres. Y mientras que Thor y los otros se estaban fatigando cada vez más, los hombres del Imperio estaban frescos, y llegaban cada vez más y más. Thor, perdía impulso, no defendía tan rápido como lo había estado haciendo y de pronto recibió un corte de espada en el hombro; gritó de dolor, mientras la sangre brotaba de su brazo. Thor recibió entonces un codazo en las costillas, y un hacha de batalla descendió hacia él, que apenas pudo bloquear con su escudo.

Casi acababa de levantar el escudo un segundo demasiado tarde. Thor fue perdiendo terreno, y cuando miró alrededor, se dio cuenta de que los demás lo perdían también. La marea empezaba a girar otra vez; los oídos de Thor se llenaron con los gritos de la muerte de muchos de sus hombres, empezando a caer. Tras horas de combates, estaban perdiendo. Pronto, todos estarían acabados. Pensó en Gwendolyn, y se negó a aceptarlo. Thor levantó la cabeza hacia los cielos, tratando desesperadamente de convocar a cualquier poder que le quedaba. Pero su poder de druida no respondía.

Sintió que mucho de él, había sido drenado por el tiempo que pasó con Andrónico, y que necesitaba tiempo para sanar. Se dio cuenta de que Argon estaba en el campo de batalla, ya no tan poderoso como había sido antes; sus poderes también se habían visto afectados combatiendo contra Rafi. Y Alistair se había debilitado también, sus poderes se habían visto mermados resucitando a Argon. No tenían más refuerzos. Sólo su fuerza de armas. Thor echó la cabeza hacia atrás a los cielos y soltó un gran grito de desesperación, deseando que algo fuera diferente, que algo cambiara. Por favor, Dios, oró. Te

lo ruego. Sávanos a todos en este día. Me dirijo a Ti. No al hombre, no a mis poderes, sino a Ti. Dame una señal de Tu poder. De repente, para sorpresa de Thor, el aire se llenó con el ruido de un gran rugido, tan fuerte que parecía dividir el cielo. El corazón de Thor se aceleró al reconocer inmediatamente el sonido. Miró hacia el horizonte y vio salir de las nubes a su vieja amiga, Mycoples. Thor estaba sorprendido, feliz de ver que estaba viva, que estaba libre y que estaba aquí de regreso, en el Anillo, volando hacia él.

Era como si una parte de sí mismo hubiese sido recuperada. Aún más sorprendente era ver al lado de ella, a un segundo dragón. Un dragón macho con antiguas y descoloridas escamas y enormes y brillantes ojos verdes, de aspecto más feroz que el de Mycoples. Thor miró a los dos volando por el aire, entrando y saliendo y después bajando en picado hacia él.

Entonces se dio cuenta de que sus oraciones habían sido contestadas. Mycoples levantó sus alas, arqueó su cuello y chilló, igual que el dragón que estaba a su lado y los dos soplaron un muro de fuego sobre el ejército del Imperio, iluminando el cielo.

El frío día se volvió repentinamente cálido, luego caliente, mientras muros de llamas rodaban y rodaban hacia ellos. Thor levantó sus brazos a su cara. Los dragones atacaron por detrás, así que las llamas no alcanzaron a Thor. Aun así, el muro de fuego estaba lo suficientemente cercano para que Thor sintiera su calor, los vellos en su antebrazo se chamuscaron. Los gritos de miles de hombres se elevaron en el aire, mientras el ejército del Imperio, división por división, era incendiado, decenas de miles de soldados

gritaban por sus vidas. Corrieron en todos los sentidos — pero no había ningún lugar a dónde huir. Los dragones eran despiadados. Era una destrucción y estaban llenos de furia, listos para acabar con la venganza del Imperio. Una división del Imperio tras otra, tambaleaban hacia el suelo, muertos. Los soldados restantes frente a Thor, se dieron vuelta llenos de pánico y huyeron, intentando escapar de los dragones que entrecruzaban el cielo, soplando fuego por todas partes. Pero sólo corrían a su propia muerte, mientras los dragones apuntaban hacia ellos y los remataban de uno en uno. Pronto, Thor se encontró frente a nada más que un campo vacío, con nubes negras de humo, el olor a carne quemada llenaba el aire, de aliento de dragón, de azufre. Mientras las nubes se elevaban, revelaron un páramo carbonizado ante él, ni un sólo

hombre sobrevivió, toda la hierba y árboles se marchitaban en el vacío de nada más que oscuridad y cenizas. El ejército del Imperio, tan indomable unos minutos atrás, había desaparecido completamente. Thor se quedó allí parado, en estado de shock, eufórico. Viviría. Todos vivirían. El Anillo era libre. Finalmente, eran libres.

Mycoples bajó en picado y se sentó delante de Thor, bajando su cabeza y resoplando. Thor dio un paso adelante, sonriendo mientras se acercaba a su vieja amiga, y Mycoples bajó su cabeza hasta el suelo, ronroneando. Thor acarició las escamas en su cara, y ella se inclinó y frotó su nariz de arriba a abajo de su pecho, acariciando su cara contra su cuerpo. Ella ronroneó satisfecha, y era evidente que estaba extasiada de volver a ver a Thor, como él estaba eufórico de verla. Thor se montó en ella y giró, arriba de Mycoples y enfrentó a su ejército, miles de hombres lo miraban con asombro y alegría, mientras él levantaba su espada. Los hombres levantaron sus espadas y lo aclamaron. Finalmente, los cielos estaban llenos del sonido de la victoria.

CAPÍTULO NUEVE

Gwendolyn estaba parada allí, mirando a Thorgrin, arriba de Mycoples, y su corazón sintió alivio y orgullo. Ella había logrado abrirse camino a través de la densa multitud de soldados, a las filas del frente, deshaciéndose de la protección de Steffen y otros. Ella se había abierto camino hasta el claro, y se paró ante Thor. Rompió en llanto de alegría, mientras miraba al Imperio derrotado, todas las amenazas finalmente habían desaparecido, y vio a Thor, su amor, vivo, a salvo. Ella se sentía triunfante.

Sentía que toda la oscuridad y el dolor de los últimos meses finalmente habían acabado, consideraba que el Anillo finalmente estaba a salvo una vez más. Se sintió llena de alegría y gratitud cuando Thor la vio y miró hacia abajo con tanto amor, con sus ojos brillantes. Gwen se preparó para ir a saludarlo, cuando de repente un ruido se oyó en el aire que la hizo girar.

—¡BRONSON!—, se escuchó el grito. Gwen y los demás se volvieron, y su corazón se llenó de miedo al ver a un hombre emerger de las cenizas de la parte del Imperio. El hombre había estado acostado boca abajo en el suelo, cubierto con los cadáveres de los soldados del Imperio, y él se paró y los derribó, al levantarse por completo. McCloud. Gwen sintió un escalofrío.

McCloud había sobrevivido de alguna forma, después de haber sido un cobarde, refugiándose en los cadáveres de los demás, sobreviviendo de alguna forma al muro de las llamas. Se quedó allí parado con su cuerpo desfigurado, su cara marcada, le faltaba un ojo, y ahora, medio quemado por las llamas, su ropa todavía seguía ardiendo. Aún estaba vivo, con la espada en la mano, mirando a su hijo, Bronson. Gwen sintió una aversión suprema surgir dentro de ella. Había un hombre que ella detestaba con cada fibra de su ser, el hombre de sus pesadillas, las que revivía cada noche, el hombre que la había atacado. No había nada más que ella hubiese deseado todos estos días que verlo muerto. Allí estaba, con toda su estatura y anchura, que era considerable, una pesadilla cobraba vida, era el único superviviente de la conflagración.

—¡BRONSON!—. McCloud gritó otra vez, avanzando al claro. Bronson respondió a la llamada: él caminó hacia adelante desde el lado de los MacGil,

con su propia espada en la mano, preparado para encontrarse con su padre en una última batalla. Mycoples gruñó, arqueó su cuello y se preparó para soplar fuego sobre McCloud. Pero Thor colocó una mano sobre ella, deteniéndola, mientras desmontaba y agarraba su espada,

Sin determinar

avanzando hacia McCloud, para acabar con él. Bronson dio un paso adelante, al lado de Thor y puso una mano sobre el hombro de éste.

—Es mi batalla—, dijo Bronson.

—Atacó a mi esposa—, dijo Thor.

—Ansío vengarme—.

—Pero él es mi padre—, respondió Bronson.

—Seguramente entiendes. Lo ansío aún más

—. Thor miró a Bronson, largamente y con dureza, y finalmente, comprendiendo, se hizo a un lado.

—¡Ataquen los dos!

—, gritó McCloud, con su voz rasposa. —¡Los mataré a ambos fácilmente!

—. Bronson se volvió y le hizo frente y corrió hacia adelante con un gran grito, levantando su espada por lo alto, mientras McCloud iba al ataque. Padre e hijo se reunieron en el centro del campo, y Bronson derribó su espada con toda su fuerza. McCloud levantó la suya y la bloqueó con un sonido metálico. Volaban chispas y la lucha había comenzado. Bronson, con rabia, esgrimió su espada, acuchillando una y otra vez, haciendo retroceder a su padre, quien no obstante, bloqueaba cada golpe y esquivaba varios de los suyos. Los dos iban hacia adelante y hacia atrás, salían chispas en todas direcciones, mientras el combate épico seguía y seguía, y ninguno ganaba ni un centímetro, ambos buscando sangre. Evidentemente, la enemistad entre ellos era profunda. Finalmente, en una jugada rápida, Bronson sacó lo mejor de su padre, derribando su espada de sus manos, dando un paso adelante y pegándole en la nariz con la empuñadura de su espada, rompiéndola.

McCloud subió su mano y agarró su nariz, brotando sangre, gritando y Bronson lo pateó, derribándolo al suelo. Bronson se adelantó y McCloud repentinamente se impulsó con la parte posterior de su talón, pateando a

Bronson con fuerza en su rodilla, haciéndole caer al suelo. McCloud luego se sentó, giró y golpeó a Bronson en la nuca con su guantelete, enviando a su hijo de bruces al suelo. McCloud arrebató la espada de la mano de Bronson, la subió y se preparó para bajarla en el cuello expuesto de Bronson y cortar su cabeza. Gwendolyn, horrorizada, se adelantó y gritó:

—¡NO!—. Ella no podría soportar ver a Bronson tumbado ahí, boca abajo, a punto de morir; a ese hombre que había llegado a amar y respetar, que había luchado tan intensamente por su causa. McCloud bajó su espada y un grito terrible se escuchó en el aire y Gwendolyn se estremeció, segura de que era el grito de muerte de Bronson. Pero cuando abrió los ojos, estaba sorprendida al ver que no era Bronson quien gritó, sino McCloud. Se quedó allí parado, sin un brazo. Thor estaba parado sobre él, con la espada desenvainada, habiendo cortado su brazo antes de que él pudiera bajar su espada sobre Bronson.

—Eso es por Gwendolyn—, le dijo Thor a McCloud. Mientras McCloud se arrodillaba, sujetando su muñón de brazo, chillando, Bronson se levantó y le hizo frente, al lado de Thor; los dos lo miraron.

—Se hizo justicia, padre—, dijo Bronson.

—Me cortaste la mano. Ahora no tienes la tuya—. —Te habría cortado las dos manos si pudiera

—, gruñó McCloud. Bronson sacudió su cabeza, se reclinó y pateó la cara de su padre, y salió volando hacia atrás, golpeando su cabeza en el suelo. — No le cortarás la mano a nadie más

—, respondió Bronson. Su padre yacía allí, gimiendo, y Bronson se agachó y quitó la espada de la tierra. —Me toca matarlo

—, dijo Bronson a Thor. Thor asintió con la cabeza en señal de respeto y se hizo a un lado, mientras Bronson estaba parado sobre su padre, preparándose para matarlo. Gwen dio un paso adelante, más allá de todos los hombres, más allá de las miradas de todos los soldados y se acercó a Bronson y le puso una mano en su muñeca. Bronson volteó a verla. —No me pida compasión para él, mi señora

—, dijo Bronson. —No lo haré—, dijo Gwendolyn.

—He venido a vengarme—. Bronson la miró, sorprendido.

—Fue mi honor el que me quitó—, Gwendolyn continuó diciendo, y debo corregir los errores. Debe hacerse justicia por mi mano. No por la tuya

—. Él la miró largo rato y con dureza, y finalmente entendió. Él asintió con la cabeza y se hizo a un lado. —Mate al hombre que la persigue en sus sueños

—, dijo Bronson. —Al igual que persiguió los míos toda mi vida. Una vez que esté muerto, que nuestras pesadillas desaparezcan

—. Gwendolyn tomó la espada con ambas manos, agarrando la empuñadura, apretándola firmemente. Lentamente, la subió por lo alto. Nunca antes había matado a un hombre, tan de cerca, que estuviera ahí, propenso.

Sus manos temblaban, aunque sabía que lo exigía la justicia. Sentía la sangre corriendo por sus venas. La sangre de los MacGil; de siete generaciones de reyes; la sangre de un gobernante de un gran pueblo; la sangre de alguien encargado de corregir errores. Sentía una necesidad Imperiosa de librar al mundo de un mal que nunca debería haber existido, en primer lugar.

—No lo harás

—, le dijo McCloud. —Eres como mi hijo.

No tienes el valor—. Gwendolyn respiró profundamente y empujó la espada hacia abajo, hacia el corazón de McCloud, perforándolo. La espada siguió entrando a través de su cuerpo, hasta la tierra congelada. Los ojos de McCloud se abrieron con una mirada de asombro, mientras la miraba en agonía y sorpresa. Permaneció así por varios segundos, congelado. Finalmente cayó hacia atrás, débil.

Muerto. Gwendolyn extrajo la espada sangrienta y la sostuvo ante ella, mientras se daba vuelta y enfrentaba a su gente. La elevó por lo alto. Al unísono, todo su ejército, toda su gente, se arrodilló ante ella y gritaron:

—¡GWENDOLYN!—.

CAPÍTULO DIEZ

Thor montó en la parte posterior de Mycoples, Gwen iba detrás de él, agarrada a su cintura. Los dos subieron muy alto sobre el Anillo, dando vueltas por todos los territorios, viéndolo todo desde arriba. Se abrieron paso a través del aire frío de invierno, a través de las nubes, pero Thor no sentía el frío. Lo único que sentía era a Gwen, sus manos sujetándolo por detrás, sosteniéndolo con fuerza, y momento a momento, se sintió recuperado. Por primera vez desde que recordaba, se sentía en paz otra vez. Sentía que todo estaba bien en el mundo, y no quería que este momento terminara jamás. Gwendolyn iba detrás de él, montando a Mycoples, Andrónico estaba muerto; Thor se sintió completo, como siempre había querido. Volaron bajo, casi removiendo las copas de los árboles, viendo toda la devastación del Anillo, tierras completas cubiertas de cadáveres carbonizados del Imperio. Thor podía ver cuán duro habían trabajado Mycoples y Ralibar, desatando una ola de destrucción como nunca había habido en el Anillo. Volaron sobre pueblos y ciudades devastadas, desgarradas por la invasión del Imperio, por los campos de cadáveres de los MacGil, esas almas valientes que perdieron sus vidas tratando de defenderse de la invasión.

Thor se sintió abrumado por la culpa de haber luchado en el lado equivocado por un tiempo. Deseaba poder haberlo hecho mejor, poder regresar, que las cosas fueran diferentes. Pensó en el día en que había volado para aceptar la rendición de Andrónico; había sentido en su interior que algo andaba mal.

Recordó la premonición de Mycoples, su renuencia a aterrizar, todas las señales apuntaban hacia el peligro. Se dio cuenta de que debió haberle hecho caso. Deseaba que nunca hubiese sido atrapado, que nunca le hubiesen lavado el cerebro, que ninguno de sus hombres hubiese tenido que sufrir y morir. Pero tenía que ocurrir. Se dio cuenta de eso, ahora. Sin importar cuánto deseaba que las cosas fueran diferentes, el mundo tenía su propio destino. Esa era la crueldad del mundo. Sin embargo también podía ser, a veces, la bondad del mundo. Thor recordó el momento antes de que hubiesen volado, cuando él y

Gwendolyn habían abrazado a toda su gente. Se habían derramado muchas lágrimas de alegría, mientras Thor, corroído por la culpa, había rogado su perdón. Todos habían estado muy felices para otorgarlo: después de todo, no había matado a ninguno de ellos, y sí había hecho más por matar a los del Imperio que a cualquiera de ellos. Pero todavía sentía que necesitaba el perdón de Gwen, más que nada: todavía no podía creer que había levantado una espada sobre ella. De sólo pensarlo, le hacía querer suicidarse. Gwendolyn había sido gentil. No había sido lastimada por él, ni por nadie, y estaba dispuesta a perdonarlo. Incluso entendió y reconoció que había estado bajo un hechizo, fuera de su control. Thor también se había disculpado con Krohn, que había sido demasiado rápido para aceptar sus disculpas y lo había lamido y saltado a sus brazos mientras Thor también lo abrazaba. Thor también se disculpó con Erec, por haberse enfrentado a él, y a Kendrick y a todos los hombres que había conocido y con quienes había peleado, pidiendo que lo perdonaran. Todos fueron rápidos para disculparlo, sabiendo que había estado bajo un hechizo. Su bondad hizo que Thor se sintiera todavía más culpable. Thor había montado a Mycoples, ansioso de volar con ella otra vez; los hombres habían acordado que todos se reunirían en la Corte del Rey. Había sido su capitolio original, y ahora, ya no existiendo el Imperio, todos coincidieron en que no había otro lugar adecuado al cual regresar. Thor había montado a Mycoples, Gwen detrás de él y se habían ido volando. A Ralibar le había agradado Gwen, y por un momento, parecía que podría incluso dejarla montarlo; pero entonces, repentina e inesperadamente, saltó en el aire y voló, yendo por su propio rumbo. A Gwen le dio gusto que lo hiciera: ella quería ir con Thor, estar cerca de él otra vez. Los dos habían estado volando lo que parecía ser muchas horas, haciendo un balance de todos los paisajes del Anillo, dándose cuenta de la inmensidad de la obra que tenían que hacer, de toda la reconstrucción que se necesitaba. Finalmente, abajo, a través de las nubes, apareció el vestigio de la Corte del Rey, y Thor dirigió a Mycoples hacia abajo. Mycoples atravesó las nubes, volando tan bajo a la Corte del Rey que Thor y Gwen casi podían tocar el remanente de sus parapetos. Thor vio los contornos del vasto complejo, del Castillo del Rey, de los campos de entrenamiento de la Legión,

de los salones de Los Plateados, del Salón de Armas, de docenas de

edificios, de los fosos y murallas e interminables viviendas de la alargada ciudad — y le rompió el corazón. Aquí estaba un lugar que alguna vez había sido tan querido para él, tan resplandeciente, la espina dorsal del Reino, el bastión de la fuerza, de todo lo que Thor conocía como el poder. Aquí estaba el lugar al que siempre había aspirado, el lugar que primero había conocido y donde había entrenado con la Legión. Era el lugar que alguna vez se vislumbraba como indómito en su mente. Y ahora estaba aquí: en ruinas, era un fragmento de lo que una vez fue. Thor no podía concebir que algo tan poderoso podría reducirse a esto. Permanecían los cimientos, los restos de muros de piedra, el contorno de la gran ciudad; ciertamente quedaban cimientos en los cuales construir. Pero la mayoría de su grandeza, las antiguas piedras y estatuas fueron derribadas en montones de escombros. Sólo la mitad de Castillo del Rey estaba de pie.

—Siete generaciones de MacGil—, dijo Gwendolyn, sacudiendo su cabeza,

—todo fue destruido porque el Escudo había sido desactivado, porque la Espada había sido robada.

Todo comenzó con su hermano, Gareth. Y ahora ahí se encuentra el reino de mi padre. Gareth siempre quiso destruir a nuestro padre: y ahora, de alguna manera, lo había logrado—. Thor podía sentir las lágrimas de ella en su nuca.

—Lo reconstruiremos—, dijo Thor.

—Sí, lo haremos—, contestó ella, con seguridad. Mientras volaban bajo, dando vueltas y vueltas, este lugar le trajo muchos recuerdos a Thor. Aquí estaba un lugar al que había temido y con el que había sido intimidado para entrar cuando era niño, sus puertas y poderosos centinelas acechantes más grandes que la vida. Y sin embargo ahora estaba aquí, ya no era un niño sino un hombre, montando en el lomo de un dragón, era el jefe de la Legión y uno de los famosos guerreros del Reino.

Era difícil para Thor procesar todo lo que había sucedido en su vida y tan rápidamente: era surrealista. ¿Había algo en la vida que fuera estable?, se preguntaba. ¿Todo era siempre cambiante, vacilante? ¿Habría algo a los que uno realmente podría aferrarse? La vista de la parte inferior le hizo a Thor sentir una gran tristeza — sin embargo, también le trajo grandes esperanzas. Aquí estaba un lugar que podrían reconstruir otra vez, un lugar que podrían

hacer aún más resplandeciente. Ya sin el Imperio, con el Anillo finalmente seguro, Thor sentía motivos para tener esperanza. Todos estaban vivos y a salvo, y eso era todo lo que importaba. Todas las piedras podían volver al estado en que estaban. Y con Gwendolyn a su lado, Thor sentía que todo era posible. Thor sintió el anillo de su madre en su bolsillo, y sabía que había llegado el momento de proponerle matrimonio. Había llegado el momento para que ellos estuvieran juntos, para siempre. No quería esperar otro momento. Abrió la boca para hablar.

—Baja aquí—, dijo Gwendolyn de pronto en voz alta a Mycoples.

—Veo que se acercan los caballeros—. Thor miró hacia abajo y vio a los hombres en el camino, comenzando a llegar a las puertas de la Corte del Rey. Mycoples bajó en picado, como Gwen había solicitado. Aterrizaron justo ante el ejército entrante, Mycoples aterrizó en el centro del patio, los hombres corrieron a saludarlos. Thor sabía que su momento para proponerle matrimonio se había ido. Pero regresaría. Estaba seguro de ello.

Antes de que acabara el día, encontraría una manera de hacer su esposa a Gwendolyn.

CAPÍTULO ONCE

Luanda caminó y caminó, agotada, débil por el hambre, congelada, sintiendo que su viaje no terminaría nunca. Ella no podía permitirse parar. Tenía que regresar a su patria, a Bronson. Todavía estaba aturdida al pensar en lo afortunada que había sido en escapar, lo cerca que había estado de morir. Había estado mirando por encima de su hombro el camino entero, temiendo que tal vez, de alguna manera, Rómulo encontraría una manera de desactivar el Escudo, de seguirla, de agarrarla y traerla de regreso. Pero él nunca estuvo allí. Ya se había ido, el Escudo estaba verdaderamente activado y Luanda había estado a salvo marchando, todo este camino, a través de la tierra baldía del Anillo, decidida a llegar a casa. Se sentía aliviada, pero también tuvo una sensación de temor. ¿Su gente la aceptaría de regreso, después de todo lo que ella había hecho? ¿Querrían matarla? No podía culparlos. Ella estaba avergonzada por sus acciones. Sin embargo, no tenía a dónde ir. Éste era el único hogar que conocía. Amaba a Bronson, y ansiaba verlo de nuevo, para disculparse en persona. Luanda estaba arrepentida por lo que había hecho, y deseaba que hubiera sido de otra manera.

Deseaba volver atrás, hacer todo de manera diferente. En retrospectiva, no entendía lo que le había pasado, cómo había permitido que su ambición la llevara a esto. Ella había querido todo. Y había fracasado. Esta vez, había aprendido su lección; estaba humillada. Ya no anhelaba el poder. Ahora, sólo quería tener paz. Sólo quería estar de vuelta con su gente, en un lugar al cual llamar hogar. Vio de primera mano cuán mala podía ser la vida con el Imperio, y ella quería estar lo más lejos posible de la ambición. Luanda pensaba en Bronson, en cuánto se había preocupado él por ella y se odiaba a sí misma por haberlo decepcionado. Creía que si quedaba alguien que podría perdonarla, que pudiera aceptarla de regreso, sería él. Estaba decidida a encontrarlo, sin importar cuánto tuviera que marchar. Ella sólo rezaba para que todavía estuviese vivo. Luanda llegó al campamento trasero de los MacGil, todos marchando hacia la Corte del Rey en la amplia carretera hacia el Oeste, llevando a miles de hombres, agotados pero jubilosos por su victoria. Ella

estaba encantada de alcanzarlos, de ver que habían ganado, y se fue zigzagueando, preguntándoles si sabían dónde estaba Bronson. Estuvo preguntándoles lo mismo: si lo habían visto, si estaba vivo. La mayoría la había ignorado con un gruñido, apartándose de ella, restándole importancia, ignorantes. Y aquellos que la reconocieron, la alejaban, con comentarios despectivos.

—¿No es usted la chica MacGil? ¿La que nos vendió a todos?—, preguntó un soldado, dando un codazo a sus amigos, quienes se dieron vuelta y la analizaron con desprecio. Yo soy un miembro de la familia real de los MacGil, la hija primogénita del rey MacGil. Eres un plebeyo.

Recuerda eso y mantén tu lugar, es lo que ella quiso decir. La antigua Luanda lo habría dicho. Pero ahora, humillada, avergonzada, simplemente bajó su cabeza. Ya no era la mujer que fue una vez.

—Sí, ésa soy yo—, respondió. —Lo siento—. Luanda se dio vuelta y desapareció en el campamento, yendo en zigzag, hasta que finalmente le dio un golpecito en el hombro a otro soldado, y al darse vuelta, se preparó para preguntarle si sabía dónde estaba Bronson. Pero cuando él se dio vuelta, la dejó fría. Y él también. Alrededor de él los hombres seguían marchando, los dos se quedaron allí, de pie, congelados, mirándose uno al otro. Ella apenas podía respirar. Allí, frente a ella, estaba su amor. Bronson. Bronson miró a Luanda asombrado. Se quedó allí parado y, durante varios segundos, ella no sabía si la odiaba, si la repudiarla o la abrazaría. Pero de repente, los ojos de él se llenaron de lágrimas y ella pudo ver su cara llena de alivio, y él se abalanzó y la abrazó. La sostuvo firmemente y ella lo abrazó también. Se sentía tan bien estar en los brazos de él otra vez y se aferró mientras comenzaba a sollozar, su cuerpo se llenó de lágrimas, sin darse cuenta de cuánto las había contenido, de lo molesta que estaba. Ella dejó salir todo el llanto, avergonzada.

—Luanda—, dijo él, sosteniéndola.

—Te amo. Me alegra que estés viva

—. —Yo también te amo

—, le dijo ella llorando, incapaz de soltarlo, de retirarse. Ella se retiró, incapaz de mirarlo a los ojos, bajó su cabeza y las lágrimas rodaban por sus mejillas. —Perdóname

—, dijo suavemente, incapaz de mirarlo.

—Por favor. Perdóname

—. Él la abrazó otra vez, sujetándola firmemente. —Te perdono todo

—, dijo él. —Sé que no eras tú verdaderamente

—. Ella miró hacia arriba y se encontró con su mirada y notó que no sentía desprecio por ella. Podía ver que él aún la amaba tanto como el día en que lo conoció. —Yo sabía que sólo estabas atrapada en las garras de algo

—, continuó diciendo él. —La ambición. Te sobrepasó. Pero no eras tú. No era la Luanda que conozco

—. —Gracias

—, dijo ella. —Tienes razón. No era yo—. Ella sonrió, respirando profundamente, serenándose mientras limpiaba sus lágrimas.

—¿Y qué hay de los demás?—, preguntó ella nerviosamente.

—¿Qué hay de Thorgrin? ¿De mi hermana? ¿Están vivos?—.

Sabía que si la respuesta era

—no—, ella enfrentaría a una multitud furiosa que la culparía y querrían matarla. Bronson sonrió y asintió con la cabeza y cuando vio su rostro, se sintió llena de alegría y alivio.

—Lo están—, respondió él.

—Todos se han ido a la Corte del Rey, que es donde nos dirigimos ahora. Estoy seguro de que te aceptarán de regreso—. Él tomó su mano, pero ella se detuvo y la retiró, sacudiendo su cabeza.

—No estoy tan segura—, dijo ella.

—¿Cómo van a volver a confiar en mí?—.

—Es ella—, se oyó una voz sombría. Luanda se volvió y notó que varios soldados se acercaban, señalándola.

—Ahí está la chica MacGil—, añadió.

—Quien traicionó a Thor—. Un grupo de soldados marcharon hacia adelante y agarraron a Luanda por detrás, rápidamente, antes de que ella pudiera reaccionar y comenzaron a atarle las muñecas con una cuerda.

—¿Qué están haciendo?—, Bronson gritó indignado, aproximándose a ellos.

—¡Ésa es mi esposa!

—.

—También es una traidora

—, respondió el soldado firmemente.

—La que vendió a nuestro ejército. Está bajo arresto. Es la reina quien decide su destino — no nosotros. Y tú, no

—. —¿A dónde la llevas?

—. Bronson presionó, bloqueando su camino. —Exijo que ella tenga una audiencia con la reina

—. —Sin duda tendrá una audiencia

—, respondieron ellos. —Pero como prisionera

—. —¡No!

—. Bronson se lanzó hacia adelante para liberarla, pero un grupo de soldados bloqueó su camino y sacaron sus espadas. —Bronson, ¡por favor!

—, gritó Luanda.

—Déjalos. Tienen razón en llevarme. Por favor, no luches contra ellos. No han hecho nada malo

—. Bronson lentamente bajó su espada, al darse cuenta de que tenían razón. En una sociedad justa, debía hacerse justicia. No había nada que pudiera hacer al respecto. Amaba a Luanda; pero también servía a la reina. — Luanda, hablaré con ella a tu favor—, dijo Bronson. No te preocupes—. Ella abrió la boca para hablar, pero los soldados ya se la estaban llevando, al horizonte lejano, a la Corte del Rey. Era una ciudad en la que Luanda una vez había entrado como realeza — y ahora, irónicamente, ingresaría allí como prisionera.

Ya no necesitaba honores, sólo rezaba para que su hermana le permitiera mantener su vida.

CAPÍTULO DOCE

Gwendolyn caminó a través de los restos de la Corte del Rey, acompañada por Thor, por sus hermanos Kendrick, Reece y Godfrey y flanqueada por Erec, Steffen, Bronson, Srog, Aberthol y varios nuevos consejeros, el grupo hacía un balance, analizaba los daños que se habían hecho a esta gran ciudad. Gwendolyn se sintió descorazonada mientras caminaba a través de esta ciudad en donde había crecido, en esta ciudad que encarnaba su infancia. Cada rincón estaba embrujado con recuerdos, con el tiempo que había pasado aquí con su padre, con sus hermanos, los lugares en los que había aprendido a montar a caballo, a blandir una espada, a leer la lengua muerta. Era el lugar donde había aprendido a dejar atrás su infancia. Todo estaba cambiado ahora, era un lugar que apenas conocía. Ahí estaban los huesos, los fragmentos de muros de piedra, achicharrados por el soplido del dragón, edificios derrumbados, restos de murallas. El suelo estaba todavía lleno de cadáveres, y ella contuvo las lágrimas cuando caminó entre ellos, todos los valientes de Los Plateados y los MacGil y los Silesios que habían muerto por su país, tomando una postura heroica contra el Imperio. Ella estaba asombrada ante su valentía, ante lo que habían sacrificado.

—Todos aguantaron sabiendo que significaría poner en riesgo sus vidas—, dijo Gwen en voz alta mientras caminaba, los demás escuchaban.

—Sin embargo, resistieron de todos modos. Este es el punto culminante del valor. Estos son los grandes héroes del Anillo. Los guerreros caídos desconocidos y sin nombre, están a nuestro alrededor. Es con ellos con quienes tenemos nuestra mayor deuda—. Se escuchó un gruñido de afirmación entre los guerreros que caminaban con ella. Gwen se sentía abrumada por el honor y la valentía que corría en las venas de su gente, y sentía una enorme responsabilidad para estar a la altura, para ser una líder tan honorable y valiente como su pueblo merecía. Esperaba poder hacerlo.

—Nuestra primera tarea debe ser enterrar a nuestros muertos—, dijo Gwendolyn, enfrentando a su comitiva.

—Convoquen a toda nuestra gente para recoger todos estos cadáveres y prepararlos para una gran hoguera funeraria, que tendremos esta noche.

Los cadáveres del Imperio pueden ser desechados en los campos, más allá de las paredes del Anillo exterior de nuestra ciudad, donde pueden ser comidos

por los perros—.

—Sí, mi señora—, dijo uno de sus generales, girando y volviéndose rápidamente hacia la multitud, enviando oficiales inmediatamente para cumplir con su voluntad. Todos los soldados entraron en acción, mientras empezaban a recoger a los muertos. Gwendolyn ya no los podía ver a la cara, necesitaba que la ciudad estuviera libre de ellos para no ser perseguidos. Terminaron rodeando el perímetro del patio interno, más allá de la estatua de su padre, más allá de la fuente que ya no burbujeaba, y Gwen se detuvo al lado de ella. Miró hacia abajo a la enorme figura de piedra de su padre, ahora hecha pedazos, y se llenó de rabia hacia Andrónico y hacia el Imperio.

—Quiero que se reconstruya la estatua de mi padre—, ordenó ella.

—Quiero que las fuentes alrededor de él burbujeen otra vez, y quiero que este camino esté repleto de flores—.

—Sí, mi señora—, dijo otro de sus hombres, apresurándose a cumplir sus órdenes.

—Pero, mi señora—, dijo uno de sus nuevos asesores:

—¿no sería más apropiado que hubiera una estatua suya ahí arriba, ahora? Después de todo, ése es el centro de la Corte del Rey, y aquí es donde se encuentra la estatua del gobernante, y ahora ésa es usted. Su padre ya no está con nosotros—. Gwen meneó la cabeza.

—Mi padre siempre estará con nosotros—, corrigió,

—y no necesito una estatua en honor a mí misma.

Prefiero recordar a aquellos en cuyos hombros estamos

—. —Sí, mi señora

—, dijo él. Gwendolyn se volvió y vio la mirada aprobatoria de todos sus hombres, y su mirada se fijó en Thor. Más que nada, quería tiempo para caminar con él a solas. Parecía que los dos nunca tenían tiempo suficiente para estar juntos a solas, y había algo que necesitaba hablar con él. Ella ansiaba contarle acerca de su embarazo. Acerca del bebé de él. Sintió que el bebé se movía en su estómago incluso mientras pensaba en él. Pronto, se dijo a sí misma. Cuando todo esto terminara, todos estos asuntos de estado, cuando

todo se arreglara, se lo diría.

Tal vez incluso esta noche. Sintió una oleada de emoción de sólo pensarlo.

Ellos continuaron dando vueltas al patio, hasta que finalmente llegaron a las puertas del Castillo del Rey. Gwendolyn miró hacia arriba y sintió un dolor en el estómago tan solo de mirarlo. Una vez había sido el mejor castillo en ambos reinos, habían cantado, había sido elogiado por poetas, incluso fuera del Anillo. Había sido la sede de los Reyes MacGil durante siete generaciones, el lugar de su propio padre. Ahora estaba allí, medio destruida, con la mitad de sus muros en pie, y la otra mitad abierta al cielo. Ella apenas podría entender cómo algo de esta altura y amplitud podría ser dañado. Siempre le había parecido tan inmune a ella. Era como una metáfora para el Anillo: la mitad estaba destruida, y la otra mitad todavía en pie, en un cimiento para reconstruir. Había una tarea desalentadora delante de ella, no sólo aquí sino en todas partes, en todas las ciudades a lo largo del Anillo. Gwen respiró profundamente mientras lo analizaba, y se sintió inspirada por el reto. —Déjenos entrar—, dijo Gwen a los otros. Su séquito la miró con un destello de preocupación.

—Mi señora, no sé cuán estable es—, dijo Kendrick.

—Esos muros podrían derrumbarse—. Gwen lentamente meneó la cabeza.

—Era el castillo de nuestro padre y su padre antes que él.

Ha durado siglos. Nos sostendrá—. Gwen audazmente dio un paso adelante, y los demás la siguieron de cerca. Ellos caminaron a través de la enorme piedra maciza y puertas de hierro, una de ellas intacta, la otra colgaba torcida sobre sus bisagras. La verja levadiza estaba quemada y doblada de un costado, ahora era sólo una reliquia. El viento silbaba mientras caminaban, no se oía ningún sonido sino el de sus pasos aplastando la grava. Pasaron por debajo de un arco de piedra alto y Gwen esperaba encontrar las puertas talladas de roble antiguo que habían marcado la entrada al castillo. Pero habían desaparecido, las habían arrancado de sus bisagras, las habían robado. Le dolía a Gwen ver eso. Eran puertas por las que Gwen había caminado a través de casi todos los días de su vida. Todos entraron en la cámara principal, y Gwen sintió una corriente y miró

hacia arriba a los enormes agujeros en los techos altos y cónicos, dejando entrar la luz del sol de invierno y ráfagas de frío. Los pasos de sus botas

hacían eco en esta sala vacía, había montones de escombros por todas partes. Pero debajo de la suciedad y escombros, Gwen todavía podía ver los pisos de mármol originales. También vio que muchos de los frescos todavía permanecían en las paredes, cubiertas por la suciedad. Cruzaron la cámara, un pájaro atrapado revoloteaba en el techo, y Gwen subió una serie de escalones de piedra, lo suficientemente amplia para mantenerlos a todos unos junto a otros, sin su pasamanos. Los pasos se sentían seguros, y subió, sin miedo. Ellos continuaron bajando corredor tras corredor, con los agujeros en las paredes dejando entrar la luz del sol y el frío. Las paredes se derrumbaban en algunos lugares, pero la estructura parecía intacta. Mientras avanzaban, encontraron cadáveres de soldados esparcidos, eran hombres que habían luchado valientemente, cuerpo a cuerpo, dando sus vidas para defender este lugar.

—Asegúrense de que estos hombres sean recogidos también—, ordenó Gwendolyn.

—Sí, mi señora—, dijo uno de sus asistentes, apresurándose a cumplir sus órdenes. Un cadáver colgaba de la barandilla de piedra, con los ojos abiertos, mirando hacia el cielo. Gwen estiró la mano y le cerró suavemente los ojos. Ella había visto tantas muertes en estos últimos días, que no sabía si esas imágenes se borrarían de su mente. Continuaron bajando por varios corredores más, hasta que finalmente llegaron a la puerta principal del Gran Salón, el que su padre había utilizado, en donde había pasado la mayor parte de su día, rodeado de consejeros y generales, tomando decisiones y generando juicios, atendiendo los asuntos cotidianos del Reino Occidental. La gran mesa del Consejo había sido destruida, estaba hecha escombros en el centro de la habitación. Pero Gwen se animó cuando vio las puertas de oro antiguas que habían anunciado que esta habitación todavía estaba allí. Dio un paso hacia arriba, sintiendo sus bisagras, corriendo su mano a lo largo de los tallados antiguos en la puerta, hecha cientos de siglos atrás, obra del primer arquitecto del

Anillo, uno de los mayores tesoros de este castillo. Gwen sintió una ráfaga de esperanza. Se dio vuelta y enfrentó a sus hombres.

—Construiremos un nuevo Consejo alrededor de estas puertas. Y alrededor de esa cámara, un nuevo castillo para sostenerla — y alrededor de

ese castillo, ¡una nueva Corte del Rey!—. Los hombres aplaudieron, en aprobación.

—Debemos encontrar a nuevos artesanos—, añadió ella. —Tan bueno como el hombre que hizo estas puertas talladas. Y adornará cada centímetro de la Corte del Rey. No se reparará en ningún gasto.

Esas puertas serán un símbolo brillante para todos los que vengan aquí, que sepan que el Anillo es fuerte. Que siempre será fuerte. Que se puede reconstruir

—. Los hombres aplaudieron, todos mirándola con esperanza, y ella pudo ver que les inspiraba confianza. Gwen sentía que necesitaban un líder en este momento, y estaba decidida a darle a esta gran gente lo que fuera que requirieran. Estas personas eran como una familia para ella. Tal vez su padre había tenido razón, después de todo: tal vez ella sí estaba destinada para gobernar.

Todos pasaron por las puertas y entraron en lo que quedaba de la cámara del castillo, caminando en medio de montones de escombros, mirando al vitral roto de las paredes. Gwen notó que algunas de las ventanas estaban intactas, otras habían desaparecido para siempre. Gwen caminó hacia el centro del salón, hasta el gran trono, donde su padre se había sentado infinidad de veces y lo examinó. Estaba intacto, ella se sintió aliviada de ver que sus siete escalones de oro y marfil todavía estaban bien, con sus brazos amplios todavía forrados en oro.

Todo estaba cubierto de capas de mugre, pero aun así, era reconocible. Steffen se apresuró hacia adelante y limpió la suciedad del asiento, de sus brazos, hasta que el oro brilló una vez más. —Siéntese, por favor, mi señora

—, dijo, haciéndose a un lado. Gwen vaciló, insegura. —Era el trono de mi padre

—, respondió. —Es tu trono ahora

—, dijo Kendrick, avanzando. —La gente necesita un líder. Tu pueblo te necesita. Siéntate, por favor. Papá querría que lo hicieras

—.

Gwendolyn miró a Thor, quien asintió con la cabeza. —Siéntate, mi amor —, dijo para tranquilizarla.

—Siéntate, por todos nosotros—. Gwendolyn sacó fuerza en presencia de

Thor y en presencia de todos los demás. Se dio cuenta de que tenían razón.

Ya no se trataba de ella: ahora se trataba de algo más grande que ella. Gwen subió lentamente los escalones de marfil y oro; sus botas chasqueaban en la sala vacía conforme avanzaba, hasta que finalmente llegó al trono de su padre. Ella se dio vuelta y se sentó en él. Desde aquí arriba miró a todos estos grandes hombres que le habían acompañado, y al unísono, todos se arrodillaron ante ella.

—Mi Reina—, dijeron todos al unísono.

—Levántense

—, dijo Gwendolyn. Poco a poco, se pusieron de pie. —Tal vez sea una Reina, pero soy sólo la hija de mi padre. No tienen que arrodillarse ante mí. Éste era el asiento de mi padre: Me siento en él, solamente por servir a él

—.

—Sí, mi señora

—, dijeron ellos. —Disculpe, mi señora

—, dijo Aberthol, subiendo, —pero hay muchas cuestiones urgentes de Estado que deben ser atendidas. ¿Qué mejor momento y lugar que aquí y ahora para hacerles frente, mientras estamos aquí, en la Sala del Consejo?

—. —Mi padre nunca retrasó ningún asunto, y tampoco lo haré yo

—. Aberthol asintió, complacido. —Mi señora, ante todo, necesitará nombrar un nuevo Consejo de Asesores. ¿Recuerda al antiguo Consejo de su padre? La mayoría se fue cuando su hermano Gareth tomó el trono. Ahora tiene la oportunidad para empezar de nuevo

—. Gwendolyn asintió, considerándolo bien. —Debo honrar a aquellos que honraron a mi padre. Cualquiera de sus antiguos asesores puede unirse.

Además, Aberthol, tú serás parte de él; también mis hermanos, Kendrick, Godfrey y Reece; Thorgrin, tú estarás en él; y ustedes también: Erec, Srog, Bronson y Steffen

—. Steffen abrió bien sus ojos, sorprendido. —¿Yo, mi señora?

—, preguntó. —Sólo soy un humilde sirviente. Soy un hombre sencillo, no un importante gobernador del Anillo. No merezco tener un lugar en el Consejo Real de la Reina

—. —Cuán equivocado estás

—, dijo ella. —Eres digno como pocos. Tendrás un lugar en mi Consejo y

me darás tu opinión sobre todos los asuntos. Hay pocos hombres en los que más confío. ¿Aceptas este honor?

— Steffen bajó la cabeza. —Mi señora, será el más grande honor

— Gwendolyn asintió, complacida. Ya hacía mucho que Steffen era digno de tener un lugar especial en su corazón, que su desinteresada lealtad debía ser recompensada. Dada su humildad, si alguien merecía ser promovido, era él.
—Muy bien, mi señora

—, dijo Aberthol, —es una excelente elección del Consejo, sin duda alguna. Ahora, el asunto más urgente a tratar es el de los McCloud. Ya sin el Imperio, habiendo sido saqueadas las ciudades de McCloud, y habiendo muerto el gobernante de los McCloud, usted es ahora la gobernante de todo lo que queda del Anillo, de ambos reinos, de ambos lados de las tierras altas. Sin duda, los McCloud acudirán a nosotros para dirigirlos, para unificarse. Nunca antes en la historia de los MacGil había habido una oportunidad para la unificación. Ningún MacGil antes que usted había tenido el poder que tiene ahora

—. —Ellos están desorganizados

—, intervino Srog. —Débiles. Ahora podría ser la oportunidad. Ahora sería el momento para atacarlos, para aplastarlos de una vez por todas y ocupar su parte de la tierra

—. Kendrick meneó la cabeza. —Debemos unificar los reinos pacíficamente. El Anillo ya ha sufrido suficientes guerras. Si ganamos sus corazones en este tiempo tan difícil, nos hará ganar su lealtad

—. —Los McCloud son un pueblo salvaje

—, dijo Erec.

—Nada de diplomacia ni de gestos los hará ganar. Son lo que son, y no va a cambiar su naturaleza. No son como nosotros

—. Si los tranquilizan, se volverán contra ustedes. Ahora es el momento de eliminarlos. Es la única manera de asegurar la verdadera paz en el Anillo—.

—Los McCloud lucharon por nosotros cuando lo necesitábamos—, les recordó Bronson.

—Sí, pero sólo lo hicieron porque también estaban siendo atacados—, dijo Erec.

—Los gestos de paz y bondad pueden ser interpretados por algunos como

actos de debilidad—, dijo Srog.

—Nuestra bondad los puede animar a que nos ataquen—. Los hombres no estaban de acuerdo, discutían entre ellos, y Gwen pensó en eso rápidamente mientras lo hacían. Se preguntó qué habría hecho su padre si estuviera en esta situación. Entonces ella meneó la cabeza y se dio cuenta de que no importaba. Ahora ella era la gobernante. Tenía que confiar en sí misma. Gwen finalmente aclaró su garganta, y la sala se quedó en silencio.

—Hay mayor poder en el amor que en el temor—, dijo. Los hombres se volvieron y la miraron, callados, escuchando cada palabra que ella pronunciaba. Ella podía ver el amor y el respeto en sus ojos.

—Debemos hacer que los McCloud nos quieran—, continuó diciendo.

—Debemos unificar los dos Anillos. Si atacamos, podríamos ocupar sus tierras durante un tiempo; pero no para siempre. La fuerza es de corta duración; la mayor fuerza reside en la armonía. ¿Quién de ustedes querría hacer las paces con un reino que ha masacrado a sus esposas e hijos?—. Todos los hombres miraron hacia abajo, humildes, en silencio, al darse cuenta de que ella tenía razón.

—La paz podría ser el proceso más difícil—, continuó diciendo Gwen,

—pero es el curso que debemos emprender. Los McCloud pueden ser considerados todavía como el enemigo; pero también podrían esperar de nosotros que seamos sus líderes. Debemos pensar lo mejor de ellos hasta que nos demuestren lo contrario—.

—Sí, mi señora—, dijo Aberthol.

—¡Bronson!—, le gritó Gwen. Bronson caminó hacia adelante y se arrodilló. —Has servido a nuestro reino valientemente en la lucha contra el Imperio. Te debo una disculpa. No debimos haber desconfiado de ti por las obras de mi hermana

—. Bronson hizo una reverencia. —Gracias, mi señora.

Todo está perdonado. Estoy agradecida por haberme recibido y haberme dado una segunda oportunidad

—.

—Para premiar tu lealtad

—, dijo Gwen: —serás el líder del Reino Oriental del Anillo. Tú gobernarás a los McCloud, y gobernarás con mi nombre

—. —Mi señora

—, jadeó, perplejo. —¿Está segura de eso?

—. Yo soy un simple guerrero—. Gwen meneó la cabeza.

—Eres más que eso—, dijo ella. Eres el hijo de un rey. Eres un McCloud.

Los McCloud te conocen y te respetan. Tú los conoces. ¿Quién mejor para guiarlos? Embarca y cruza las tierras altas y actúa como mi emisario. Muéstrales amor y paz y ayúdalos a reconstruir. Unifica nuestros ejércitos

—. Bronson asintió con la cabeza rápidamente. —Como usted diga, mi señora

—. —Es una decisión prudente y amistosa, señora

—, dijo Aberthol.

—Su padre estaría orgulloso— Aclaró su garganta y sacó otro rollo, entrecerrando los ojos mientras leía. —Mientras estamos en el tema de los McCloud, hay otro asunto, más desagradable, que debe ser abordado. Su hermana

—. Luanda. Ha sido atrapada—.

Gwen jadeó. Entonces, su hermana, quien los había traicionado, había sobrevivido después de todo.

—¿Cuál será su destino?—, preguntó Aberthol. Los hombres irrumpieron en un murmullo agitado.

—Ella debe ser ahorcada por sus crímenes—, dijo Srog.

—Traicionó a toda nuestra gente—, dijo Erec.

—Ella traicionó a Thorgrin más que nada—, dijo Kendrick. Gwen ardía al pensar en eso. Ella se volvió y miró a Thor.

—Mi señora—, dijo Thor.

—No guardo rencor contra ella. Ella es tu hermana, después de todo—. Gwendolyn lo pensó seriamente, debatiendo. Luanda había sido una espina en su costado toda su vida. Su ambición no tenía límites, tenía una vena de crueldad en ella y Gwen sabía que nunca iba a cambiar.

—Mi señora, si me lo permite—, dijo Bronson, aclarando su garganta, dando un paso adelante.

—Perdóneme, no quisiera entrometerme en asuntos que no me incumben. Pero Luanda es más que su hermana — también es mi esposa. No

discuto sus faltas o sus fechorías. Y sin embargo, le pido un favor. Le pido

su perdón, su misericordia, en su nombre. Si he hecho algo bien para merecerlo, por favor perdónela. Es más meritorio de un gobernante mostrar misericordia cuando es desatendido, que castigar cuando lo hace—. Gwen hizo una pausa, debatiendo, teniendo emociones contradictorias.

—¿Dónde está ella?—, le preguntó Gwen a Aberthol.

—Ella está esperando afuera, mi señora—. Gwen estuvo pensando largamente, debatiendo. Finalmente, asintió con la cabeza.

—Tráiganla—. Aberthol le susurró a un ayudante, quien salió corriendo de la habitación. En breve, él regresó, acompañando a Luanda, con las manos atadas con cuerdas a sus espaldas. Los hombres abrieron paso para ella cuando caminó por el centro, y fue colocada ante su hermana. Luanda tenía la cabeza baja, no queriendo encontrarse con su mirada.

Gwen quedó sorprendida ante su apariencia. Se veía muy envejecida. Se veía frágil. Su cabeza estaba afeitada, su rostro estaba cubierto de moretones y rasguños. Parecía como si hubiera ido al infierno y regresado. Luanda también llevaba una mirada que Gwen nunca le había visto: la humildad. Ella continuó mirando hacia el piso, con sus labios magullados y agrietados, con sus mejillas hinchadas. A pesar de todo, no podría evitar sentir compasión por ella.

—Perdóname, hermana—, dijo Luanda, y cayó de rodillas y rompió a sollozar. Ella lloraba, y Gwen la miraba, sintió compasión.

Siempre había tenido una rivalidad con Luanda — una de las obras de Luanda — sin embargo, a pesar de eso, ella nunca le había deseado el mal.

—Me avergüenzo de lo que he hecho—, dijo Luanda. —No sólo a ti, y a Thor, sino a todo el Anillo. A nuestra familia. No sé qué me pasó. Si pudiera volver atrás, lo haría. Es tu decisión mandarme matar. Pero pido tu perdón. No quiero morir

—. Gwen la vio llorando, la habitación estaba en silencio.

Gwen suspiró, dándose cuenta de que todos los ojos estaban sobre ella.

Ella pensó largo y tendido y se dio cuenta de que había mucha verdad en lo que había dicho Bronson: era mejor tener piedad que la justicia. Ella sabía que cualquier buen gobernante debía exhibir ambos y sopesar ambos, cuidadosamente. —Te perdonaré

—, dijo Gwendolyn. Luanda la miró asombrada y con esperanza. —Pero tu presencia ya no es bienvenida aquí. He enviado a tu esposo al Reino Oriental, y es con él con quien te irás, y no cruzarás a este lado de las tierras altas, so pena de ejecución. No por lo que me hiciste, sino por lo que le hiciste a Thorgrin

—. Gwen pensó que Luanda podría sentirse aliviada de haber evitado una sentencia de muerte; pero para su sorpresa, parecía consternada. Luanda lloró otra vez. —Tú eres mi hermana

—, dijo. —Esta es mi casa. No puedes desterrarme. Te amo—.

—No, no es cierto—, dijo Gwen.

—Me ha llevado toda mi vida comprenderlo. Amas la ambición. No a tu familia—.

Gwen asintió con la cabeza, y dos de sus asistentes dieron un paso adelante y tomaron a Luanda de los brazos y se la llevaron. Bronson hizo una reverencia.

—Gracias, mi señora, por concederle su misericordia. Nunca olvidaré esta gentileza—. Gwen asintió con la cabeza.

—Acompaña a tu esposa al Reino Occidental—, dijo ella.

—Represéntame. Nuestra gente cuenta contigo. Yo cuento contigo. Un Anillo dividido siempre será débil—. Bronson se inclinó, se dio vuelta y se dio prisa en salir de la habitación, y hubo un largo silencio. Mientras Luanda era arrastrada desde la habitación, ella se resistió.

—¡No!—, gritó ella.

—¡No hagas esto! ¡Esta es mi casa, también!—. Los hombres continuaron llevándosela a rastras.

Antes de que él llegara a la puerta, ella se volvió y le gritó a Gwendolyn una última vez. —¡Tú eres mi hermana menor!

Cuando éramos más jóvenes, harías cualquier cosa por mí. ¿Qué te pasó?

—. Gwen la miró, viendo la cara de su hermana por última vez, sintiéndose muy envejecida, sintiéndose rara, como si fuera su hermana mayor. —Maduré

—, respondió Gwen. Las puertas se cerraron de golpe detrás de ella, y todos se quedaron ahí, en el largo silencio reverberante.

Gwen vio las miradas de los hombres y se dio cuenta de que la miraban

con un nuevo respeto. Había hecho una elección difícil. Gwen ya se sentía cansada, vieja, abrumada por su gobierno; escuchó la ovación lejana de los celebrantes, y quería estar afuera, en cualquier lugar, menos aquí. Podía sentir al bebé girar dentro de ella, y sólo quería estar en algún lugar a solas con Thor. —¿Hay algo más que apremie?

—, le preguntó a Aberthol, esperando que la respuesta fuera no. —Me gustaría volver a salir y unirme a nuestra gente

—, —Solo hay una cosa más, urgente, mi señora

—, respondió él. —El destino de Tirus

—, Tirus.

Gwen recordó todo de pronto — su traición. Ella había sido una tonta al confiar en él, y debido a su confianza, muchos de sus hombres, hombres buenos, habían muerto. Se sintió avergonzada — y decidida a corregir sus errores. —Él fue capturado, junto con sus hijos. Todos ellos están vivos

—, dijo Aberthol. —Debe ser ejecutado, mi señora

—, dijo Kendrick. —Tirus es un tipo de traidor diferente a tu hermana. Su traición es mucho más insidiosa

—, —Que sirva de ejemplo para todos los traidores, mi señora

—, añadió Erec. —Considere todo cuidadosamente, mi señora, antes de realizar cualquier acción precipitada

—, dijo Aberthol. —El Anillo nunca será verdaderamente estable hasta que ponga fin a la naturaleza manipuladora de los hombres de las Islas Superiores

—, —Aunque los detestemos, necesitamos a los otros MacGil. Su padre lo sabía — por eso los toleraba. Esta podría ser su oportunidad, mi señora, de hacer historia. De unir a las dos facciones en guerra de MacGil, como una vez lo fueron

—, dijo Srog. —No los necesitamos

—, dijo Kendrick. —Ellos nos necesitan

—, Aberthol se encogió de hombros. —Eso era lo que creía su padre

—, dijo. —Elegió lidiar con ellos ignorándolos. Sin embargo, como puede ver, eso sólo le dejó tiempo y espacio a Tirus para la rebelión

—, Gwendolyn estaba ahí sentada, pensando. —¿Dónde está Tirus?

—, preguntó. —Espera juicio fuera de esta sala

—, dijo Aberthol. —Esta cuestión de las Islas Superiores de Tirus, no puede esperar. Debe ser resuelto ahora. Por la estabilidad del Anillo

—. Gwendolyn asintió con la cabeza, suspirando. —Tráiganlo

—, dijo ella. Aberthol envió a un asistente, que corrió a la sala y regresó rápidamente; varios soldados llevaban a Tirus y a sus tres hijos. Todos fueron llevados ante ella. Tirus fue desafiante aun en cautiverio, incluso en su estado demacrado. Él se mofó de ella. —Ocupas el asiento de mi hermano

—, le dijo con desprecio. —¡Pero todavía eres una chica joven!

—. Gwen se sintió disgustada de ver a su tío, como siempre había ocurrido.

—Ocupo este asiento porque soy la Reina

—, lo corrigió con una voz de seguridad. —Reina legalmente designada. Porque mi padre, tu hermano, el rey legalmente designado, me colocó aquí.

Tú, por otro lado, estás parado frente a mí hoy, porque intentaste usurpar lo que no era tuyo. No soy yo quién está en juicio aquí, sino tú

—. Los tres hijos de Tirus miraron al suelo, evidentemente humillados, sin embargo Tirus, seguía desafiante, se dio vuelta y miró a Kendrick. —Tú eres el mayor

—, le dijo Tirus a Kendrick. —Eres el primogénito de MacGil y un hombre, seas hijo bastardo o no. Eres tú quien debería gobernar, o yo. Haz algo. Dile a Gwendolyn que sepa cuál es su lugar y que baje de ese trono

—. Kendrick meneó la cabeza, mirando a Tirus fríamente y sujetando la empuñadura de su espada. —Cuida tu lengua cuando estés cerca de mi hermana

—, dijo. —Ella es nuestra Reina, no te equivoques, y tiene toda la autoridad de nuestro reino. Si la insultas nuevamente, te enfrentarás a mi ira

—. Tirus se volvió a regañadientes hacia Gwen.

—Si lo que quieres es una disculpa

—, dijo él, —no obtendrás una de mí. El trono en el que estás sentada, es mío por derecho.

Siempre lo ha sido. Tu padre no me tomó en cuenta, quien era un hombre menor que yo

—. Gwendolyn sintió enrojecer sus mejillas ante sus palabras, pero respiró profundo, recordando los consejos de su padre: nunca dejes que la

gente sepa lo que estás pensando. Y nunca dejes que las emociones influyan en tus decisiones. Había que evitar muchas trampas como gobernante. —No eres más que un traidor ambicioso

—, dijo Gwendolyn, —una vergüenza para los MacGil. Por todos los derechos de nuestro reino, debí ejecutarte

—. Gwen hizo una pausa, debatiendo, dejando que sus palabras resonaran en el grueso silencio. —Pero no lo haré. En vez de eso, deberás ser desterrado para vivir el resto de tus días en las Islas Superiores, y nunca pondrás un pie en tierras del Anillo otra vez. Además, deberás ser encarcelado, bajo mi propia vigilancia. Vivirás el resto de tus días en una mazmorra

—. Tirus la miró, desafiante.

—Entonces preferiría que me ejecutaras. Prefiero eso a vivir en una prisión

—. Gwen sonrió. —Has perdido el privilegio de elegir.

Ahora yo soy quien decide. Se hará justicia, por el Anillo, por mi familia y por mi padre muerto. Disfruta de tu tiempo bajo tierra

—. Gwen se dirigió a sus asistentes. —Aléjenlo de mi vista

—, ordenó. Ellos se apresuraron a cumplir sus órdenes, llevándose lo arrastrando y Tirus gritó y se resistió, obligándolos a arrastrarlo. —¡Nunca te saldrás con la tuya!

—, gritó él, mientras se lo llevaban. —¡Mi gente es orgullosa! ¡Nunca permitirán esta humillación! ¡Nunca permitirán que su rey sea encarcelado!

—. Gwen lo miró fríamente con desprecio. —¿Quién dijo que eras rey?

—. Ellos lo arrastraron hacia afuera, gritando y finalmente se cerró la puerta detrás de ellos.

En la habitación había un grueso silencio, y Gwen pudo sentir el miedo y respeto hacia ella en la habitación. También estaba empezando a sentirse más dura, más fuerte como nunca había sido. Finalmente, los errores se estaban corrigiendo, y ya no le intimidaba hacerlo. Gwendolyn se dio vuelta y miró a los tres hijos de Tirus, todos allí parados, mirando, evidentemente temerosos. Dos de ellos se parecían al padre y se veían igualmente desafiantes. Pero el tercero, de cabello largo y rizado y ojos color avellana, parecía diferente a los demás. —Él dijo la verdad

—, comentó uno de los hijos. —Nuestros pueblos son tan duros como las

piedras que formaron nuestra isla. Ellos nunca soportarán su encarcelamiento

—. —Si su gente se ofende por el encarcelamiento de un traidor, entonces no son un pueblo bienvenido en el Anillo

—, respondió Gwen con frialdad. —Mi señora

—, dijo Aberthol, aclarando su garganta, —sugiero que encarcele también a los hijos de Tirus.

Evidentemente son leales a su padre, y nada bueno puede provenir de ellos si se les permite deambular libremente

—.

—Mi señora

—, interrumpió Kendrick, —por favor, no encarceles al más joven de los hijos, a Matus. Fue de gran ayuda en nuestra causa durante la guerra, al liberarnos a todos y evitar que muriéramos. Gwendolyn estudió a Matus, que se veía diferente a los otros dos: no tenía los ojos oscuros y las características de sus hermanos, y tenía más un espíritu orgulloso y noble. No parecía ser de las Islas Superiores, parecía verse como alguien de los suyos. Incluso parecía pertenecer a su propia familia. Ella recordaba a todos estos chicos de su infancia, estos primos lejanos que visitaba una vez al año, cuando su padre visitaba las

Sin determinar

Islas Superiores. Recordó a Matus siempre estando alejado de los otros, más amable, y recordó a los otros, materialistas y fríos.

Como su padre.

—Suelten sus ataduras—, ordenó ella, y un ayudante corrió y cortó las cuerdas que ataban las muñecas de Matus. —La sangre MacGil corre con fuerza en ti—, dijo ella con aprobación hacia Matus.

—Gracias. Tenemos una gran deuda contigo. Pídenos lo que quieras—. Matus dio un paso adelante y bajó la cabeza con timidez.

—Fue un honor, mi señora—, dijo él.

—No me debe nada. Pero si me lo pide, entonces le pediré que libere a mis hermanos. Se los llevaron por causa de mi padre y ellos no hicieron ningún daño—. Gwen asintió con aprobación.

—Es una noble petición—, dijo.

—No pides nada para ti sino para los demás—. Gwen se dirigió a sus asistentes:

—Libérenlos—, ordenó. Mientras los asistentes corrían y los liberaban, los otros dos hijos observaban con sorpresa y alivio. Aberthol dio un paso adelante con indignación.

—¡Comete un error, mi señora!—, insistió.

—Entonces es mi error—, respondió ella.

—No castigaré a los hijos, por los pecados de los padres—. Ella se dio vuelta hacia ellos.

—Pueden regresar a las Islas Superiores. Pero no sigan los pasos de su padre, o no seré tan amable la próxima vez, sean primos o no—. Los tres hermanos se dieron vuelta y salieron rápidamente de la sala. Mientras salían, Gwen gritó:

—¡Matus!—. Matus se detuvo en la puerta, con los demás.

—Quédate—. Los otros hermanos lo miraron, luego fruncieron el ceño y salieron sin él, cerrando las puertas.

—Necesito gente en la que pueda confiar. Mi nuevo reino es frágil y tiene muchos puestos para ocupar. Nombra el tuyo—. Matus movió la cabeza.

—Me hace un honor muy grande, mi señora—, dijo él. —Cualquier acción que tomé fue por amor — no por desear ocupar algún puesto. Hice lo que hice porque era lo correcto, y porque lo que hizo mi padre, me avergüenza decirlo, estuvo mal

—. —Sangre noble corre por tus venas

—, dijo ella. —Las Islas Superiores tendrán a un nuevo lord, ahora que tu padre está encarcelado. Me gustaría que ocupes su lugar y seas mi regente

—. —¿Yo, mi señora?

—, Matus preguntó, subiendo la voz, asombrado. —¿Lord de las Islas Superiores?

—. No podría serlo.

Sólo soy un muchacho—.

—Eres un hombre, que luchó y mató y salvó a otros hombres. Y has demostrado más honor e integridad que otros hombres que te doblan la edad—. Matus movió la cabeza.

—No podría ocupar el puesto que tuvo mi padre — especialmente antes que mis hermanos mayores—.

—Pero yo te lo estoy pidiendo—, dijo ella. Él movió la cabeza, con tristeza.

—Podría manchar el honor de lo que hice. Yo no hice lo que hice por ocupar una posición o poder. Sólo porque era lo correcto. Me siento en deuda con usted y honrado por la oferta. Pero es una oferta que no puedo aceptar—. Ella asintió con la cabeza, analizándolo.

—Entiendo—, dijo ella.

—Eres un verdadero guerrero y haces un gran honor a los MacGil. Espero que por lo menos te quedes cerca de la Corte—. Matus sonrió.

—Gracias, mi señora, pero tengo que volver a las Islas Superiores. Puede que no esté de acuerdo con toda la gente de ahí, pero no obstante, es mi hogar. Siento que es donde me necesitan, especialmente en estos tiempos tumultuosos—. Matus hizo una reverencia y salió por las puertas del Consejo, un ayudante las cerró suavemente detrás de él.

Mientras Gwen lo veía marcharse, tenía la sensación que se encontrarían otra vez; sentía como si fuera un hermano para ella.

—Srog, da un paso adelante—, dijo Gwen. Srog se detuvo delante de ella. —Las Islas Superiores todavía necesitan a un lord. Si usted está dispuesto, hay pocos hombres en los que confío más. Necesito a alguien que pueda domar a los de las Islas Superiores. Has gobernado una gran ciudad en Silesia, y no tengo ninguna duda de que los puedes mantener en orden

—. Srog hizo una reverencia. —Mi señora, la verdad es que después de todas estas guerras, echo mucho de menos a Silesia.

Deseo regresar para reconstruirla.

—Pero por usted, haría lo que fuera. Si me necesitan en las Islas Superiores, es a las Islas Superiores adonde iré. Gobernaré en su nombre—. Gwen asintió con la cabeza, satisfecha.

—Excelente. Sé que harás un buen trabajo. Mantén a Tirus encarcelado. Vigila a sus hijos. Y haz que esa gente terca nos quiera, ¿de acuerdo? Todos en la sala rieron. Gwen suspiró, agotada. Los asuntos de la Corte no parecían terminar nunca. —Bueno, si eso es todo, entonces me gustaría ir y participar...

— Antes de que pudiera terminar las palabras, las puertas de la sala se

abrieron nuevamente, y Gwen se sorprendió al ver entrar a dos chicas jóvenes, como de doce y diez años, seguidas por Steffen, quien asintió con la cabeza a ellas, con ánimo. Eran hermosas, sencillas, orgullosas, y entraron a la sala de los hombres y se detuvieron delante de Gwen. —Mi señora

—, dijo Steffen. —Nuestros hombres fueron abordados por estas dos jóvenes, que insisten en que tienen un mensaje urgente para usted

—. Gwen estaba impaciente, desconcertada, le dolía el estómago y quería dejar el trono. —No tenemos tiempo para juegos de chicas jóvenes

—, dijo ella, exasperada. Steffen asintió con la cabeza.

—Entiendo, mi señora

—, dijo él. —Pero parece ser algo muy serio.

Dicen que es una cuestión de máxima urgencia, y que el Reino está en peligro—. Gwendolyn levantó una ceja, preguntándose qué podría ser. Las expresiones en sus rostros parecían ser serias. Ella suspiró. —No sé qué asunto puede ser de tal importancia, que no puede esperar, viniendo de las bocas de dos jovencitas. Pero han sobrevivido a la guerra, y eso dice algo.

Estoy segura de que saben las consecuencias de hacer perder el tiempo de la Reina. Si siguen decididas, dejen que se acerquen

—. Las chicas se dieron vuelta y miraron a Steffen, con miedo, y él asintió con la cabeza para darles ánimo. Ellas se dieron vuelta hacia Gwen y dieron un paso adelante. Se veían cansadas de la guerra, usando ropa sucia, estaban demacradas, evidentemente estaban hambrientas por el racionamiento. Gwen pudo notar por las miradas en sus caras que eran chicas serias y que llevaban graves noticias. Cuando se acercaron, también sintió agrado por ellas de inmediato. Le recordaban

a sí misma cuando era más joven. —Mi señora

—, dijo la mayor respetuosamente, haciendo una reverencia y dando un codazo a la otra para que hiciera la reverencia con ella. —Perdónenos, pero traemos noticias que no pueden esperar

—. —Pues hablen, entonces

—, dijo Gwen, impaciente, agotada, sonando más concisa de lo que hubiese querido. —Soy Sarka y ella es mi hermana, Larka. Vivimos en una pequeña casa de campo fuera de la ciudad, con nuestra madre. Hace algún tiempo, un hombre se estrelló en nuestra casa y nos tomó como rehenes hasta

que lo capturamos y mi padre lo llevó a las autoridades. Pero el Imperio mató a mi padre y se llevó al prisionero

—. La niña respiró profundamente, evidentemente nerviosa, como si reviviese el trauma. —Poco tiempo después, mientras jugaban en los campos, vi a ese mismo hombre. Lo reconocería desde cualquier lugar. Estoy segura de que era su hermano, mi señora.

¿Gareth?—. El corazón de Gwendolyn se detuvo al escuchar esa palabra, y arqueó sus cejas de asombro.

—¿Gareth?—, repitió ella.

—Sí, mi señora—.

—¿Mi hermano? ¿Gareth? ¿El ex rey?—, preguntó ella, en estado de shock, tratando de procesar todo.

Ella no se esperaba esto. El nombre de Gareth había estado lejos de su conciencia, con todo lo demás que estaba pasando, que casi se había olvidado de él. Si había pensado en él, simplemente asumió que había sido asesinado en la guerra.

—Sabemos dónde está—, dijo Sarka. Gwendolyn se levantó, con su cuerpo electrificado. Gareth. El asesino de su padre. El hombre que había intentado matarla; que había arrojado a su hermano Kendrick a la cárcel. El hombre que había escapado de la justicia durante demasiado tiempo, por el que el espíritu de su padre clamaba venganza. El hombre que había robado la Espada, desactivado el Escudo, que

había hecho que el Anillo entero cayera en picado. El hombre a quien debían toda esta calamidad. Era momento de la venganza.

—Muéstrenme dónde—.

CAPÍTULO TRECE

Rómulo se situó en el timón de la embarcación, mirando las olas espumosas del mar abierto ante él, agarrando el riel de madera y apretándolo tan fuerte que lo quebró por la mitad. Las astillas volaron alrededor de él e hizo una mueca hacia el mar abierto, maldiciendo a los dioses de la tierra, del viento, del mar — y sobre todo, de la guerra. Maldiciendo su mala suerte.

Maldiciendo su derrota, la primera derrota de su vida. Rómulo reprodujo en su cabeza, una y otra vez, lo que había sucedido, cómo todo había salido tan mal. Él apenas podía entenderlo.

Sentía que hacía unos momentos que había tenido a esa chica, la MacGil, en sus brazos, que estaba cruzando el puente, que había tenido éxito en desactivar el Escudo, que había visto a sus hombres entrar en estampida en el Anillo. El Anillo había sido suyo. Entonces todo había salido mal, muy rápidamente. Esos dos dragones habían aparecido, como una visión del infierno, y tuvo que ver a todos sus hombres incendiándose, todos sus planes cuidadosamente organizados se fueron a la ruina. Lo peor de todo, era que esa chica escurridiza había escapado de sus manos, había cruzado el puente y había llegado al otro lado, un momento antes de que sus hombres pudieran alcanzarla. Cuando ella llegó, él había visto con horror cómo el Escudo volvía a activarse y cómo sus sueños se venían abajo. Había perdido. Tenía que admitirlo. Había sido forzada a retirarse, a reagruparse para otro día. Todavía tenía la capa, pero con los dragones dentro del Anillo, con el Imperio aplastado y con Luanda en estado de alerta, no podría arriesgarse a volver a la caza de ella. Como un buen comandante, él sabía cuándo atacar y cuándo retirarse. Mientras Rómulo navegaba de regreso al Imperio, pensó y pensó. Necesitaba una nueva estrategia. Necesitaba reunir a sus hombres, para consolidar su posición en casa, en el Imperio. Él había estado fuera mucho tiempo, y no podía permitirse ser vulnerable, como Andrónico. No había espacio para errores ahora. Rómulo tuvo que tomar el control de lo que pudo. Tenía que olvidar el Anillo. Él no podía permitir que se volviera una obsesión y convertirse en su ruina, como ocurrió con Andrónico. Tenía que aprender de

los errores de Andrónico. El Anillo era minúsculo en relación con el Imperio: después de todo, el Imperio todavía dominaba el noventa y nueve por ciento del mundo. Y una vez que su posición fuera sólida en casa, siempre podría encontrar algún modo de entrar, otro día, para aplastar al Anillo. Mientras Rómulo navegaba, enormes olas hacían que la proa subiera y bajara, rociando espuma alrededor de él, y meditó acerca de qué tipo de trampas podrían estarlo esperando en casa, en el Imperio. Sería un camino difícil de maniobrar, un camino para consolidar un Imperio nervioso, tomar el lugar de Andrónico, unificar todos los ejércitos y mundos, llenar ese vacío de poder. Otros, seguramente, estarían compitiendo por eso. Pero ninguno era tan despiadado como Rómulo. A quienquiera que se interpusiera en su camino, lo aplastaría rápida y definitivamente. Mientras estaba ahí, cavilando, Rómulo se sentía momentáneamente confundido; pensó que vio movimiento por el rabillo del ojo, y en el último segundo se dio vuelta y vio a varios soldados acercándose a él por detrás. Uno sostenía un

cable con ambas manos, y antes de que Rómulo pudiera reaccionar, se inclinó hacia adelante, lo enrolló alrededor de la garganta de Rómulo y tiró de él con todas sus fuerzas. Rómulo jadeaba tratando de tomar aire, con los ojos saltones y su respiración se detuvo. El cable estaba envuelto alrededor de su cuello dos veces, y el soldado detrás de él tiró con todas sus fuerzas. Rómulo se dio cuenta de que estaba siendo asfixiado hasta morir por su propia gente. Rómulo vio en toda su embarcación, a docenas de oficiales, corriendo hacia adelante.

Pero no para salvarlo, como pensó; por el contrario, para ayudar a matarlo. Era un motín. La vida de Rómulo pasó ante sus ojos, agitándose, jadeando, mientras el soldado apretaba más y más.

Sintió que en un momento, estaría muerto. Vio pasar su vida ante sus ojos, todas sus victorias y ahora su derrota. Vio todas sus conquistas y todas las conquistas por llegar, y cruzó su mente un pensamiento: no estaba preparado para morir. Rómulo convocó a una parte muy profunda de sí mismo y de alguna manera reunió una última explosión de fuerza. Se inclinó hacia adelante y echó su cabeza hacia atrás, impactando a su atacante con la parte posterior de su cráneo, en el puente de la nariz, rompiéndosela. El soldado cayó de rodillas, y Rómulo desató rápidamente el cable de su garganta; goteaba sangre mientras le

dejaba una cicatriz profunda, su garganta sangraba. Gracias a todos sus músculos, el cable no había llegado lo suficientemente profundo para cortar sus arterias. Rómulo siempre había dicho que tenía el cuello más amplio y más grueso en el Imperio — y esto lo demostró. Rómulo no dudó: se agachó, agarró un mayal de su cintura, lo giró por lo alto y lo estrelló en la cara del soldado que estaba ante él. Luego continuó girándola; la bola de metal con pinchos voló por el aire y cayó en un grupo de media docena de soldados en un amplio círculo, derribándolos al suelo mientras se acercaban a él. Los otros, yendo al ataque hacia él, se detuvieron en seco. Pero no les dejaría ir. Ahora Rómulo tenía rabia, y fue a atacarlos a ellos.

Giró el mayal sobre su cabeza, una y otra vez, matando a un soldado tras otro y en pocos momentos, derribó a una docena más. Muchos intentaron darse vuelta y correr, pero los persiguió y no tenían a donde ir, aplastándolos por la espalda, sus gritos llenaban el aire. Sonó un cuerno, y cientos de hombres llegaron corriendo por debajo de la cubierta. Rómulo se sintió aliviado; finalmente, sus fieles soldados corrieron a ayudarlo y acabaron con el amotinamiento. Pero cuando los vio corriendo hacia él, con los ojos desorbitados, armados con espadas y lanzas y hachas, cuando vio la mirada en sus ojos, se dio cuenta de que no iban a protegerlo; también iban a matarlo. Éste había sido un motín planificado. Cada hombre en su barco se había vuelto contra él. Rómulo fue presa del pánico. Él se volvió y miró hacia el mar, su gran flotilla de barcos llenaba el horizonte, y miró para ver si alguna de las otras embarcaciones estaba observando, esperando, si formaban parte del motín. Se sintió aliviado al ver que no era así. Ellos no lo sabían. Este fue un motín aislado, solamente en su barco, no se extendió a su flota. Rómulo pensó rápidamente, mientras los hombres se movían de manera amenazante hacia él. No podría matar a todos esos hombres él solo. Tendría que hacer otra cosa. Algo drástico. Rómulo escuchó el choque de las olas contra las rocas, mientras pasaban por un solitario grupo de rocas que sobresalían en medio del océano, y se le ocurrió una idea. No había hombres entre él y el timón, y Rómulo corrió hacia éste, con una ventaja de unos dieciocho metros de distancia. Él lo tomó y lo hizo girar frenéticamente, una y otra vez, en el sentido de las agujas del reloj — hacia las rocas. El barco se sacudió, girando a la derecha y todos los hombres salieron volando a través de la cubierta,

estrellándose contra el riel lateral. Rómulo se sujetó con fuerza para no caer, y finalmente, cuando la embarcación iba rumbo a las rocas más afiladas, lo enderezó. Los hombres fueron lanzados hacia el otro lado. Rómulo vio que había logrado lo que quería: la embarcación estaba ahora en curso hacia las rocas, a unos metros de distancia. Estaba demasiado cerca para cambiar de rumbo. Mientras los cientos de soldados recuperaban su equilibrio y comenzaban a ir a atacarlo otra vez, Rómulo se dio vuelta, corrió hacia el riel lateral, saltó sobre él y

cayó de cabeza al agua. Él se elevó por el aire y aterrizó de cabeza en las heladas aguas, bajando profundamente. Usó su impulso para continuar nadando bajo el agua, lo más lejos que pudo, para alejarse de las lanzas que se dirigían hacia él. Rómulo sostuvo su respiración al menos sesenta segundos, mientras nadaba más y más lejos de la embarcación. Se obligó a permanecer abajo durante más tiempo, presionándose hasta que sus pulmones estaban a punto de estallar, hasta que finalmente se detuvieron las lanzas y en su lugar escuchó un estruendo débil, distante, el sonido de la madera golpeando contra la roca. Rómulo finalmente apareció, buscando aire, lejos de la embarcación y se dio vuelta y miró. Su ex embarcación fue destruida, atravesada por las rocas, las olas rompían alrededor de ellas, estrellándose una y otra vez. Entró agua en la embarcación y en pocos momentos se hundió verticalmente; sus hombres gritaron y se agitaron, mientras se hundían en el agua, hacia una muerte fría y gélida, las olas se estrellaban contra las rocas. Rómulo se dio vuelta y miró hacia el horizonte. Sus otras fieles embarcaciones estaban a unos noventa metros de distancia y él ya estaba nadando.

Se necesitaba más de un motín para matarlo.

CAPÍTULO CATORCE

Gwendolyn marchaba con su séquito de asesores, todos ellos siguiendo a las dos chicas mientras ellas los guiaban serpenteando a través de las calles quemadas de la Corte del Rey y finalmente a través de las puertas traseras de la ciudad. Continuaron a lo largo de un estrecho sendero, llevándolos a las afueras de las murallas de la ciudad, y Gwen estaba comenzando a preguntarse a dónde iban, si esto era solo una fantasía. De repente, se detuvieron ante una estructura que Gwen reconoció: la cripta de los MacGil. Irónicamente, de todas las cosas que fueron destruidas, esta antigua y hermosa cripta, tallada en mármol, que databa de siete siglos atrás, todavía estaba de pie, perfectamente intacta. De alguna manera, habían escapado de los estragos de la guerra. Estaba ahí, construida en la colina, medio sumergida bajo la tierra, con el techo cubierto de hierba, elevándose en forma semicircular. El cuerpo de su padre había sido trasladado aquí después del funeral, y yacía dentro, con todos sus antepasados.

Pero, ¿por qué las chicas los llevaron aquí? La niña mayor, Sarka, se detuvo y señaló a un punto.

—Él está ahí, mi señora. Lo vi entrar. Y nunca salió. Gwendolyn se asomó a la entrada de la cripta, desapareciendo en la oscuridad, desconcertada. — ¿Estás segura de que no te equivocas?

—, preguntó ella, dudosa.

—Sí—, respondió Sarka. —Esta es una cripta, jovencita

—, le dijo Aberthol.

—Ahí es donde traen a los cadáveres para ser enterrados. ¿Por qué vino Gareth aquí?

—. Sarka se encogió de hombros y empezó a verse nerviosa cuando se dio vuelta hacia Gwen. —No sé, mi señora. Pero estoy segura de lo que vi. Él entró allí y nunca salió. Gwendolyn se volvió y miró a Thor y a Kendrick y a Erec y a los demás consejeros, que la miraban indecisos.

—Esta chica tiene una fantásiosa imaginación—, dijo Kendrick.

—Dudo que nuestro hermano, de todos los lugares, elegiría refugiarse al

lado del cadáver de nuestro padre—.

—Han pasado cosas extrañas—, dijo Erec.

—Estamos perdiendo tiempo aquí—, dijo Srog.

—Sigamos adelante y continuemos con los asuntos de estado—.

—No—, dijo Gwen.

—Quiero saber. Vamos a verlo nosotros mismos—. Gwendolyn se dio vuelta y asintió con la cabeza a Kendrick. —¿Quieres ver si nuestro hermano está dentro?

—. Kendrick se apresuró hacia la cripta, agachando la cabeza y descendiendo los escalones hacia la oscuridad. Aberthol se dirigió a las niñas, que parecían cada vez más nerviosas. —¿Sabes cuál es el castigo por engañar a la Reina?

—. —¡Sé lo que vi!

—, Sarka insistió, —se fue...— Fueron interrumpidos por un repentino grito desde dentro de la cripta, seguido por el sonido de un altercado allá abajo. Los hombres de Gwendolyn entraron en acción. Thor, Erec y los demás corrieron por las escaleras, a la ayuda de Kendrick. Gwendolyn se asomó en la oscuridad

sorprendida, preguntándose qué podría haber pasado abajo, especialmente si la cripta estaba vacía. ¿Había encontrado a un animal? Kendrick apareció momentos después, con los demás, y Gwen estaba en shock absoluto al verlo arrastrando a Gareth.

Era como una pesadilla. Gareth emergió en el día como una rata de un agujero, más pálido y enfermizo que nunca, pareciendo más muerto que vivo. Gareth. El ex rey. El usurpador de su padre. Vivo. De alguna manera, él había sobrevivido. Gwen recordó todo. Los reiterados intentos de Gareth para matarla, y su cuerpo se llenó de ira. Ya era hora de la venganza desde hacía mucho tiempo. Lo estudió, y vio que su ex hermano mayor se había ido. Había sido reemplazado por este pedazo de carne en descomposición, casi irreconocible al niño que alguna vez fue. Gareth entrecerró los ojos a la luz del sol mientras la miraba, con los brazos y el cuerpo temblando. Gwen dio un paso adelante y lo examinó, mientras los demás sostenían sus brazos.

—Así que, después de todo, viviste— dijo ella con desdén.

—Qué lástima—. Los ojos de Gwen se abrieron lentamente, mientras él fruncía el ceño hacia ella, con una mirada amenazadora, viendo a todos los hombres a su alrededor con temor. Aun así, de alguna forma, logró destilar arrogancia.

—Guardias, ¡arréstena!—, gritó Gareth a los soldados.

—¡Todavía soy el rey legítimo! ¡Ella no tiene derecho! ¡Mi nombramiento fue ratificado por el Consejo!

¡Violarán la ley si ponen una mano sobre mí!—. Los soldados se miraron unos a otros confusos, pero ninguno hizo algún movimiento hacia Gwen. Todos fueron obedientes con ella. Gwen meneó la cabeza lentamente.

—Patético hasta el final—, le dijo ella a él.

—Aquí nadie te es leal. Nadie lo ha sido nunca. Tú no eres el rey — nunca lo fuiste. Tú eres sólo el asesino de nuestro padre. Y te ha llegado el día del juicio—. Aberthol aclaró su garganta.

—Mi señora, si me lo permite—, intervino él.

—Técnicamente, Gareth tiene razón. Él fue ratificado, y la fuerza de nuestro Anillo radica en la defensa de nuestra ley.

Aunque nosotros no restituyamos su reinado, no podemos ejecutarlo sin testigos de su crimen. Si va a seguir la letra estricta de la ley, usted no tiene derecho legal de matar a Gareth—. Gwen estudió a Gareth, sintiendo todos los ojos de los hombres sobre ella. Puedo sentir que éste fue uno de esos momentos en su reinado, en que todos los hombres la miraban para saber qué hacer. ¿Seguiría estrictamente la ley? Este era un momento en el que permitiría saber a todos sus súbditos la clase de líder que era.

—Tienes razón—, respondió ella finalmente.

—Es contra la ley. Y como tal, no haré que ninguno de mis hombres maten a Gareth—. Gareth se desplomó, aliviado. Gwen se inclinó, sacó la espada brillante de la funda de Thor, se escuchó un ruido metálico en el aire, después dio un paso adelante, retiró su mano y apuñaló a su hermano en el corazón. Todos los hombres suspiraron, mientras Gareth se derrumbaba en silencio de rodillas, con la espada hasta la empuñadura en su pecho.

Cayó de bruces, con la cabeza vuelta hacia un lado, los ojos bien abiertos. Muerto. Gwen miró hacia arriba y lentamente analizó todos los rostros que la miraban. Pudo ver una nueva mirada de respeto en ellos. —Hay un momento

para seguir las leyes

—, dijo ella. —Y un tiempo para escribirlas

CAPÍTULO QUINCE

Thorgrin atravesó la multitud jubilosa en la centro de la Corte del Rey, serpenteando su camino a través de los festejos, miles de soldados celebrando en una gran multitud. La ciudad quedó en ruinas, pero no se notaba por los ánimos elevados de estos celebrantes. Alegró el corazón de Thor ver viva otra vez la Corte del Rey, con el espíritu de sus compatriotas, todos celebrando, todos felices de estar vivos, de ser liberados del Imperio. Habiendo dejado a Gwendolyn, la mente de Thor estaba llena de pensamientos hacia ella. Él había sido quedado muy impresionado por cómo ella había tomado el papel de reina, manejando todo perfectamente. También habían quedado impresionados por su fuerza, su coraje, su intrepidez y su sabiduría. Se necesitaba mucho valor para lidiar con Gareth — y todos los demás — de la forma en que ella lo había hecho. Desde que habían regresado a la Corte del Rey, Thor no había deseado nada más que estar con ella, pasar tiempo a solas.

Después de la cripta, pensó que tal

vez tendría su oportunidad de encontrar tiempo para estar a solas con ella, para llevársela a un lugar especial para que, finalmente le propusiera matrimonio. El anillo de su madre le quemaba en el bolsillo. Pero Gwen había sido detenida por varios asesores y consejeros, todos tiraban de ella en diferentes direcciones, necesitando que tomara decisiones urgentes y emitir un juicio acerca de diversas cuestiones. Sabía que sería detenida por mucho tiempo y quería darle su tiempo y espacio para manejar sus asuntos. Mientras tanto, él tenía asuntos propios que quería atender. Su hermana. Alistair. Desde que ella lo había salvado en el campo de batalla y lo había hecho volver en sí mismo, Thor había querido desesperadamente ver a su hermana. Necesitaba darle las gracias, saber más acerca de ella, averiguar todo. Thor todavía no podía creer que tenía una hermana en este mundo. Una hermana de verdad. De solo pensarlo, se emocionaba. No podía explicarlo, pero de alguna manera se sentía menos solo en el mundo. Quería saber todo sobre ella, de dónde provenía, si alguna vez había conocido a su madre, qué poderes tenía, cómo era diferente a él — y cómo era igual. Thor se dio cuenta de que en parte

quería saber más sobre ella para conocer más acerca de sí mismo. Todavía encontraba que él mismo era un misterio, y esperaba que ella pudiera ayudarlo a resolverlo. Mientras Thor avanzaba entre la multitud de celebrantes, cruzando la Corte del Rey, buscándola, reconoció innumerables rostros de soldados, hombres que él respetaba, hombres con los que había peleado, y se preparó, temiendo que lo odiarían, que lo culparían por el tiempo que pasó luchando para Andrónico. Para sorpresa de Thor, en todos los lugares a donde iba, era recibido con cálidos abrazos, sonrisas amigables, con gritos de amor. Las personas le daban palmadas en la espalda por dondequiera que iba, pronunciando su nombre. Era un héroe. Thor sentía la necesidad de disculparse por sus acciones, pero la gente constantemente le recordaba todo lo bueno que había hecho por el Anillo, le recordaba cómo había matado a más soldados del Imperio con la Espada del Destino y con esos dragones, que cualquier otro soldado. Incluso había matado a Andrónico. Y aun cuando los enfrentó en la batalla, nunca había matado a algún miembro del

Reino Occidental, sólo a los McCloud. Sabían de su fallo de memoria momentáneo bajo el hechizo de Andrónico que no fue nada más que un hechizo fuera de su control, y no lo culpaban por ello. Por el contrario, lo veían como su héroe. Thor había visto a Godfrey entre la multitud, con Akorth, Fulton y la curandera real, Illepra, con un verdugón grande en la cabeza.

Thor se acercó a él, muriendo de vergüenza, con miedo de que el verdugón fuera culpa suya y de que Godfrey estuviera furioso con él, recordando el golpe del escudo que le había propinado. Pero en su lugar, Godfrey sonrió ampliamente, extendió los brazos y abrazó a Thor. Thor también lo abrazó, lleno de alivio.

—Por favor, acepta mis disculpas—, dijo Thor.

—No sé qué me pasó—.

—No estoy herido—, dijo Godfrey.

—Es simplemente un chichón en la cabeza. No ofrezcas disculpas, porque sé muy bien lo que te pasó: La magia oscura de Andrónico. No eras tú mismo, no eras el Thorgrin que conocía.

No te aflijas: pudo habernos pasado a cualquiera de nosotros—.

—Por el contrario—, dijo Kendrick, uniéndose a ellos y agarrando el hombro de Thor,

—¿no recuerdas que fuiste tú quien arriesgó su vida para aventurarse en el Imperio, para recuperar la Espada? ¿Que fuiste tú quien se ofreció a enfrentar solo a Andrónico y por tanto fuiste emboscado y capturado? Fue valiente y noble de tu parte. E hiciste todo por el Anillo—. Kendrick lo abrazó y Thor correspondió el abrazo. Thor sintió alegría en su corazón, sintió que sus oleadas de culpa empezaban a disiparse; se sintió lleno de alivio, especialmente cuando había pensado en estos dos hombres como hermanos, y sobre todo cuando iba a proponerle matrimonio a Gwendolyn.

Tener la aprobación de sus hermanos significó mucho para él.

Sin duda serían familia, la única familia que había tenido en su vida. Lo cual hacía recordar a Thor la razón por la que había venido aquí: a hablar con su hermana.

—¿Han visto a Alistair?—, preguntó Thor.

—La última vez que la vi—, dijo Kendrick,

—estaba con Erec, al otro lado de la Corte del Rey. Ve al otro lado de la plaza—. Thor fue hacia el otro lado del patio, parando en el camino para saludar a varios soldados. Finalmente, llegó al otro lado y se detuvo cuando la vio allí, de pie con Erec, absorto en la conversación. Verla allí era como ver una parte de sí mismo. De repente se sintió nervioso. Thor también sintió culpa por interrumpirlos y estaba a punto de darse la vuelta y regresar, cuando se dio cuenta de Alistair lo había visto y le señaló que se acercara. Thor se acercó a ellos, Erec se dio vuelta también, y su rostro se iluminó con amabilidad. Abrazó a Thor, y Thor también lo abrazó, abrumado por la culpa, mientras recordaba que la última vez que lo había enfrentado había sido en la batalla.

—Perdóneme, señor—, dijo Thor a Erec, bajando la mirada.

—Nunca quise enfrentarlo en una batalla. Nunca quise hacerte daño. No era yo mismo—. Erec sujetó a Thor del hombro con una mano y lo miró a los ojos.

—No me siento ofendido, joven Thorgrinson. Y eres un buen combatiente — el mejor que he enfrentado. Afinaste mis habilidades ese día—. Erec le sonreía, y Thor no pudo dejar de sonreír, aliviado.

—Me alegra tenerte de nuestro lado—, concluyó Erec. Thor notó a Alistair.

—No quiero interrumpir—, dijo Thor rápidamente y dispuesto a retirarse.

—No—, dijo Erec,

—el hermano y la hermana deben tener un tiempo a solas. Soy yo quien se retirará—. Erec besó la mano de Alistair, dio vuelta y se dio prisa hacia la multitud, abrazando a varios soldados, quienes se abalanzaron para abrazarlo. Thor estaba nervioso cuando se volvió y miró a su hermana, fijando de cerca su mirada en ella por primera vez, con una mente clara y presente. Ella también lo miró, inexpresiva, y por un momento, no sabía qué decir. Era increíblemente hermosa, y sus grandes ojos azules lo habían paralizado. Podía reconocer algunos de sus propios rasgos faciales en ella — la línea de la mandíbula, la nariz, los labios, la frente. Era casi como mirarse en un espejo, pero en una versión femenina de sí mismo.

Alistair, sin embargo, era mucho más bonita, tenía todas las características finas y delicadas de las que él carecía. Cuando ella lo examinó, le emocionó ver que había alguien más en el mundo que se asemejaba a él.

—No sé cómo darte las gracias—, dijo Thor finalmente, después de un largo silencio incómodo, aclarando su garganta.

—Me trajiste de vuelta—.

—Sólo te traje de vuelta a ti mismo—, dijo ella.

—Yo no hice nada más

—. Mientras Thor escuchaba sus palabras, una vez más sintió una vibración a través de él, que lo hizo relajarse, tan familiar, tan reconfortante. —¿Eres una Druida, como yo?

—, preguntó Thor, vacilante. Alistair asintió con la cabeza. —Llevamos la misma sangre

—, dijo ella. Thor estaba feliz, pero también sentía lástima por ella. Comprendió el dolor y el misterio bajo el que ella debía vivir, tener a Andrónico como padre y una madre que nunca habían conocido. —¿Alguna vez conociste a nuestro padre?

—, le preguntó Thor indeciso, no queriendo que se molestara. Alistair parpadeó varias veces, y pensar en eso le dolía a Thor. —No

—, dijo ella, tristemente. —Sólo en el campo de batalla, cuando estaba contigo

— Era extraño, pero Thor casi podía sentir los pensamientos de ella, casi sabía lo que iba a decir antes de pronunciarlo. Era como si fueran la misma persona.

—Vivo con la pesadilla todos los días

—, añadió ella, —de saber que él es mi padre. No puedo entenderlo; tampoco puedo resignarme. ¿Cómo puedo venir de un monstruo así? ¿Por qué lo elegiría nuestra madre? Me enferma pensar en ello. ¿Sus rasgos están en algún lugar dentro de mí? ¿Los transmitiré a mis hijos?

Darí cualquier cosa por tener un padre diferente; sin embargo es el padre que me tocó. Debe haber alguna razón, algún destino que no entiendo

— Suspiró y Thor pudo ver la carga bajo la que ella vivía; era la misma que él compartía, y se sentía bien, al menos, ver que no estaba solo. —Al menos ahora, gracias a ti

—, agregó ella, —está muerto. Y te lo agradezco. Aleja un poco el dolor. —Verás, hermano, tengo mucho que agradecerte, dijo ella, sonriendo. Thor le sonrió también. Su corazón latía mientras se preparaba para hacerle la siguiente pregunta a Alistair, nervioso de pronunciar las palabras. Había demasiado en juego en su respuesta; casi no habló.

—¿Y nuestra madre?—. Thor finalmente reunió el coraje de preguntar.

—¿La conoces?—.

Alistair parecía ausente y respiró profundo. Se quedó callada tanto tiempo, que Thor no estaba seguro si ella respondería. Finalmente, dijo:

—No sé si la he conocido o si sólo soñé con ella. Mis sueños son tan vívidos, no sé si son reales o si son recuerdos. Todavía sueño con ella todo el tiempo. Ella viene a mí. Vive en un castillo, colocado en lo alto, en el borde de un acantilado, con vista a un gran océano. Hay un largo puente peatonal que conduce a él. La luz brilla desde el castillo, una brillante luz, de diversos colores, en sueños diferentes. Siempre la veo, oscurecida por la luz. A veces extiende la mano hacia mí.

Nunca puedo alcanzarla—. Ella suspiró.

—He tenido este sueño tanto tiempo, que ya no sé si es real. Toda mi vida la he visto — sin embargo, nunca la he conocido en realidad—. Thor respiró profundo, abrumado al oír que alguien tenía la misma experiencia, incluso los mismos sueños, que él.

—Me ha pasado lo mismo—, dijo él. Ella lo miró, con los ojos bien abiertos, en estado de shock.

—¿Entonces nunca la conociste, tampoco?—, preguntó con asombro. Thor meneó la cabeza.

—Debo hacerlo—, dijo él.

—Estoy decidido a conocerla. Es un viaje que me siento llamado a hacer.

Siento que hay un gran misterio al acecho, en el borde de mi conciencia, acerca de quién soy, quién estoy destinado a ser, que nunca entenderé totalmente, hasta conocerla—. Ella suspiró.

—Yo siento lo mismo. Todos los días me despierto, lo siento, y sin embargo, una parte de mí tiene miedo. Nunca es el momento correcto. Ahora es el momento para hacer el viaje; ahora es el momento para estar al lado de Erec. Él es mi futuro marido y finalmente estamos unidos otra vez, después de todas estas guerras—.

—Entiendo—, dijo Thor. —Ni yo quiero dejar a Gwendolyn. Algo arde dentro de mí, algo mayor de lo que puedo entender. No solo se trata de conocerla: se trata de conocerme a mí mismo

—. Alistair asintió con la cabeza. —Cada vez que uso mis poderes

—, dijo ella, —siento que es ella, llegando a través de mí. Me siento conectado a ella. Aunque son poderes que no entiendo y a veces no puedo controlar

—. —Ni yo entiendo el mío

—, dijo Thor. —Toda mi vida, al crecer, le había tenido miedo

—, dijo Alistair. —Supuse que algo andaba mal conmigo, que era una especie de monstruo. Los demás me miraban diferente. Tendría que irme, moverme, ir de pueblo en pueblo. Tuve muchas familias adoptivas. Algunos de ellos fueron amables

—. Alistair suspiró. —Finalmente, dejé de usar mis poderes. Yo los suprimía.

Sólo recientemente, cuando conocí a Erec, cuando me enamoré por primera vez, fue que me sentí cómoda de volver a usarlos. Y

luego, otra vez, cuando conocí a Gwendolyn. Y después, contigo

—. Thor entendió todas sus palabras, demasiado bien. —Ahora me doy cuenta de que no hay que avergonzarse

—, dijo Alistair. —Son parte de quienes somos. Son parte de nosotros

—. Thor asintió, comprendiendo.

—¿Sabes dónde vive ella?

—, preguntó Thor. Allison lo miró, entonces finalmente asintió con la cabeza. —Ella me dejó algo —

—, empezó a decir, pero luego fue interrumpido. —¡Thorgrin! ¡Ahí estás!

—, dijo una voz alegre. Thor se volvió para ver a Reece, allí parado, sonriendo, sujetando su hombro. Abrazó a Thor, y Thor lo abrazó también. Thor estaba emocionado de reunirse con su amigo, pero también se volvió hacia Alistair, deseando escuchar lo que ella estaba a punto de decir. Pero Alistair fue retrocediendo, preparándose para salir. —Lo siento, no quise interrumpir

—, dijo Reece, mirando de un lado al otro entre los dos, dándose cuenta demasiado tarde. Alistair meneó la cabeza, alejándose. —Terminaremos nuestra conversación en otro momento

—, dijo ella. Debo volver con Erec—. Hasta la próxima vez, hermano—, dijo, dándose vuelta

yéndose apresuradamente. Thor estaba decepcionado; había estado desesperado por escuchar lo que ella tenía que decir acerca de su madre, acerca de donde vivía, acerca de lo que le había dejado a ella. Reece estaba feliz junto a él, ansioso por hablar, y Thor se volvió hacia él, encantado de ver a su amigo, también.

—He oído de tus viajes, mi amigo—, dijo Thor con admiración,

—a las profundidades del cañón, para recuperar la espada. Oí hablar del buen trabajo que has hecho para salvar a nuestro reino. No esperaba menos de ti—. Reece movió la cabeza humildemente.

—Y he escuchado de ti—, dijo con admiración. Entonces su rostro se volvió sombrío.

—Lamento no haber podido estar ahí para ti. Y lamento haber sabido lo que te pasó. Has sufrido enormemente por todos nosotros. Me emociona que hayas vuelto con nosotros. ¡Y me alegra que estés vivo!—. Lo sujetó del antebrazo.

—¿Y qué hay de los otros miembros de la Legión?—, preguntó Thor.

—Todos están vivos—, respondió orgullosamente Reece.

—Todos han regresado conmigo y están aquí—.

Thor sacudió su cabeza con admiración.

—Hiciste un buen trabajo, sin duda, al descender a las entrañas del infierno y volver vivo—. Reece se rio, sujetando el hombro de Thor.

—Tengo buenas noticias para ti y una pregunta—. Thor estudió a su amigo, curioso; la cara de Reece estaba radiante y su sonrisa era contagiosa. Thor nunca lo había visto tan feliz, y se preguntó qué estaba pasando.

—Haré cualquier cosa por ti—, dijo Thor.

—¿Quieres ser mi padrino?—, le preguntó Reece. Thor lo miró, sus cejas se levantaron por la sorpresa.

—Así es—, añadió Reece.

—Quiero casarme con Selese—.

—¿Ella ha dicho que sí?—, preguntó Thor.

—Voy a pedirle matrimonio ahora. Ella no lo sabe todavía. Pero quise decírtelo primero—, dijo Reece.

—Sería un honor—, dijo Thor, muy contento por su amigo.

—Estoy muy feliz por

ti. Hiciste una buena elección. Mi respuesta es «sí», con una condición: si tú también eres mi padrino—. Reece lo miró, confundido. Thor asintió con la cabeza.

—Así es. Te estoy pidiendo que seas mi cuñado. Mi hermano de verdad—.

—¿Ya te le declaraste a Gwendolyn?

—, preguntó Thor, emocionado. —Eso voy a hacer ahora

—. Reece gritó de alegría y abrazó a Thor. —Fue lo que siempre quise

—, dijo Reece. —Desde el día en que te conocí.

Que fueras mi verdadero hermano. ¡Nada me hace más feliz!

—, dijo Thor. —Estoy feliz por ti también, amigo mío. Ve con Selese.

No la hagas esperar. Te deseo suerte

—. —Y tú, ve con mi hermana.

¡Tal vez tendremos una boda doble!

—. Thor se emocionó ante ese pensamiento. —¡Tal vez lo hagamos!—, dijo. Reece se dio vuelta y se fue corriendo, y Thor se volvió y miró hacia el patio, inspirado, buscando a Gwen. La vio en medio de la multitud, emergiendo finalmente; la recibieron con una ovación. Había llegado el

momento de hacerla su esposa.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Reece se apresuró a través del patio, abriéndose camino entre todos los que celebraban, sin detenerse para festejar con todos sus amigos. Él estaba en una misión. Tomó el anillo de su madre en la palma de su mano y caminó con la firme intención de buscar a Selese entre todas las caras. Sus manos estaban sudorosas, pese al frío, y su garganta estaba seca. Reece había sido resuelto toda su vida, era rápido para decidir acerca de todas las cosas y rápido para seguir sus pasiones. Nunca le gustó dudar, en nada. Decidía quiénes serían sus mejores amigos de inmediato, y también eligió a la chica que amaba al instante — y nunca miró hacia atrás. Reece sentía que ya había esperado demasiado tiempo, y estaba decidido a no dejar que nada se interpusiera entre él y pedirle al amor de su vida casarse con él. De repente, su corazón se aceleró al pensar en lo que podría ocurrir: ¿y si ella dijera que no? ¿Qué haría él entonces?

¿Haría el ridículo? ¿Qué pasaría si, a pesar de evitarlo, ella no sintiese lo mismo que él? ¿Estaba malinterpretando la situación? Reece siguió adelante, decidido, de un modo o de otro, a descubrirlo por sí mismo. Después de preguntar a varias personas, Reece finalmente supo que Selese estaba con Illepra, las dos en el otro lado de la Corte del Rey, atendiendo aún a los heridos, que habían estado llegando durante todo el día. La guerra había devastado al Anillo, a lo largo y a lo ancho, y no todo el mundo llegó a la Corte del Rey al mismo ritmo. Reece pasó por el enorme arco de piedra que llevaba a la parte norte de la Corte del Rey, un patio de césped enmarcado por muros de piedra derrumbados, y al hacerlo, se sorprendió al ver lo que había delante de él, en contraste con los celebrantes del otro lado de la pared detrás: eran cientos de heridos. Estaban alineados en hileras, gimiendo, siendo atendidos por docenas de curanderos reales. Era un espectáculo humillante; Reece se alegró de no estar entre ellos. Reece caminó zigzagueando entre las filas, analizando los rostros de los curanderos, cuya mayoría estaba de rodillas, atendiendo a los soldados. Buscó a Selese por todas partes. Esta enfermería improvisada era inmensa, y Reece empezaba a perder la esperanza — cuando finalmente, en la esquina del otro lado del patio, él la vio, inclinada

sobre un soldado, colocando un líquido en su lengua.

Al lado de ella estaba Illepra, atendiendo a un soldado que perdió una pierna. Reece caminó rápidamente hacia ella, y al hacerlo, se preocupó de repente si éste era el momento o el lugar para proponerle matrimonio. La atmósfera era tan sombría, tan lúgubre, en contraste con las festividades en el patio adyacente. Selese también estaba trabajando duro, y no quiso alejarla de sus deberes; ella también parecía tener un estado de ánimo sombrío. Aun así, Reece no podría detenerse.

Tenía que estar con ella, y estaba decidido a averiguar si ella quería estar con él, también. Sintió el impulso de mostrarle cuánto la amaba, de demostrarle toda la lealtad que ella le había mostrado a él. Después de todo, ella le había salvado la vida y había arriesgado su vida para hacerlo. El corazón de Reece se aceleró en su pecho mientras se le acercaba. Él sabía que no podía perder más tiempo. Siempre le habían enseñado que la única forma de enfrentar sus miedos era dirigirse a ellos — y proponerle matrimonio a Selese era más aterrador para él que enfrentar a mil guerreros. Reece se acercó a ella mientras estaba de pie frente a sus heridos, limpiando sus manos en su delantal. Ella miró hacia arriba y vio a Reece acercarse, y sus ojos se iluminaron con sorpresa y alegría. Reece fue a abrazarla, pero ella levantó sus manos sucias.

—Mi señor, te abrazaría, pero no estoy vestida para la ocasión—, dijo ella, sonriendo. Pero a Reece no le importó; él se acercó y la abrazó y ella también lo abrazó.

—Pareces nervioso—, dijo ella, observándolo, con una sonrisa. Reece se quedó ahí parado, mirándola, con su corazón acelerado, incapaz de decir nada. Fue incapaz de sonreír o hacer algo y de repente se sintió incómodo. ¿Estaba arruinando todo? Ella lo miró con preocupación.

—¿Está todo bien?—, preguntó ella. Reece sólo podía mover la cabeza, las palabras se le atoraban en la garganta. Illepra se levantó y se volvió, y ella también lo vio, con una mirada de perplejidad. Reece miró a su alrededor, a cualquier lugar menos a Selese y vio a todos los heridos y enfermos, y sabía que era el lugar equivocado para proponerle matrimonio. Impulsivamente se agachó y tomó su mano.

—¿Podemos hablar en algún lugar?—, le preguntó él.

—¿Ahora?—.

—¿Dónde?, preguntó ella, desconcertada. —Debo ocuparme de los heridos

—. —Siempre habrá más heridos

—, respondió Reece, tirando de su mano. —Ven conmigo. Sólo por unos momentos. Por favor—. Selese se volvió y miró a Illepra, quien asintió con la cabeza, dando su aprobación. Selese desató su delantal sangriento, cepilló su cabello hacia atrás y caminó con Reece, enlazando sus brazos, sonriendo, con un salto al caminar, mientras se alejaban del patio. Evidentemente, estaba aliviada de tomar un descanso de sus deberes sombríos. Ellos caminaron a través de una puerta de piedra arqueada, dejando el perímetro de la Corte del Rey y hacia fuera en el campo. Caminaron a través de un campo de flores de invierno que les llegaba hasta la rodilla, con largos pétalos blancos brillantes, de 30 cm, meciéndose en el viento y golpeando sus muslos. Estas flores de invierno eran delicadas, ligeras como una pluma y cada vez que Selese se agachaba a tocar una, se caían, sus pétalos volaban por el aire, llevadas por el viento y caían alrededor de ellos.

—¿No se supone que uno pida un deseo sobre éstas?—, preguntó ella, sonriendo, mientras caminaban por el campo de pétalos blancos, girando a su alrededor.

—Mi deseo ya se hizo realidad—, dijo Reece, por fin pudiendo volver a hablar.

—¿Sí?—, preguntó ella, sonriendo.

—¿Y

qué deseo fue ese?—. Reece se detuvo y se dirigió hacia ella, con mucha seriedad.

—Que volviéramos a estar juntos—. Selese se detuvo y lo miró, y dejó de sonreír.

—Te estás burlando de mí, mi señor—, dijo ella. Él apretó las manos de ella con sinceridad.

—No es así—, insistió, serio.

—No deseo nada más. Reece levantó la mano a la mejilla de ella y la miró a los ojos con toda la seriedad que pudo reunir. Él estaba más nervioso que nunca. —Selese, te amo

—, dijo. —Te he amado desde el momento en que puse mis ojos en ti, en tu pueblo. Desde el momento en que escuché tu voz, no he pensado en otra cosa. En todos mis viajes por todo el Imperio, en todas las personas que he conocido y de todas las tierras que he visto, no he pensado en nada más que en ti. Te debo mi vida. Pero más que eso, te debo mi corazón

—. Reece se arrodilló, sujetó las manos de ella, y la miró a los ojos mientras sonreía. Su corazón latía tan fuertemente que sentía que podría tener un ataque al corazón. Ella miró hacia abajo, sonriendo, perpleja. —Selese

—, preguntó él, con la garganta seca. —¿Te casarías conmigo?

—. Reece buscó en su bolsillo y sacó el anillo de su madre, brillante incluso en el campo de las flores. Selese jadeó.

Ella subió una mano a su boca y sus ojos se llenaron de lágrimas. Se abalanzó hacia adelante y abrazó a Reece, sujetándolo con fuerza, sus lágrimas rodaban por su cuello.

—Sí—, le susurró al oído: —¡Mil veces sí!—. Ellos se inclinaron y se besaron y mantuvieron ese beso el mayor tiempo que pudieron; las flores blancas caían alrededor de ellos. Reece no sentía el viento invernal, ya que por fin tenía todo lo que quería en la vida.

CAPÍTULO DIECISIETE

Thorgrin se abrió camino a través de la densa multitud de simpatizantes rodeando a Gwendolyn, cientos de soldados súbditos y nobles y lores y miembros del Consejo, todos haciendo presión sobre ella, bloqueándola desde todas las direcciones, todos queriendo desearle lo mejor o para que escuchara lo que tenían que decir. Era evidente que todos la querían ahora como su reina. Como debería ser, pensó Thorgrin.

Gwendolyn los había guiado a través de tiempos difíciles, había demostrado liderazgo inquebrantable y auto sacrificio y había hecho un gran esfuerzo en su propio derecho, a expensas de su pueblo. Ella había mirado el sufrimiento, y no se había arrugado ante la adversidad. Ella había llevado a su pueblo a la victoria y había salido del otro lado. Thor recordó que su padre había sido un gran rey, y estaba claro para él que Gwendolyn era una gobernante aún mejor. Estaba orgulloso de ella, tan orgulloso, mientras se abría camino, encontrando dificultad para acercarse a ella en esta multitud. Evidentemente, ella era amada.

Thor no quería alejarla de todo esto, pero tenía que hacerlo. No podía esperar un momento más. Ahora era el momento para hacerle la pregunta.

—Gwendolyn—, dijo él, acercándose a su lado, con Krohn a su lado. Ella se dio vuelta hacia él, y los demás se separaron cuando se acercó y se paró a su lado.

—¿Te puedo robar un momento?—, le preguntó, sonriendo. Ella sonrió de nuevo. Sonrió, se inclinó y le susurró al oído:

—Esperaba que lo hicieras—. El corazón de Thor latió más rápido cuando se acercó, tomó su mano y la guio entre la multitud, abriéndoles camino, Krohn los seguía. Gwen se dirigió a su pueblo, todos mirando y dijo: —Vamos, disfruten de las fiestas. Volveré en un rato. ¡Andando! ¡Disfruten!—. Hubo una ovación de la multitud, mientras la música empezaba a sonar otra vez, y la gente volvió a lo suyo. Thor tomó de la mano de Gwen y se la llevó lejos, los dos caminando rápidamente, ambos atolondrados, mientras los niños faltaban a la escuela, Krohn

pisándoles los talones, finalmente liberándose de todos sus deberes y responsabilidades durante un tiempo. Era la primera vez que Thor había logrado tener tiempo a solas con ella, desde su aterrizaje en la Corte del Rey. Thor sentía como si estuviera saliendo con ella en una cita otra vez — y se sentía tan feliz de estar con ella ahora, como entonces. Podía sentirlo en la manera en que lo sujetaba, que ella tenía el mismo sentimiento. Ellos

Sin determinar

pasaron por la alta puerta de piedra que conducía a la Corte del Rey, en mal estado, pero todavía en pie, y tomaron el camino hacia el oeste. Thor se dio cuenta de que este camino, que antes estaba meticulosamente pavimentado con piedra y grava, estaba lleno de agujeros y con hierbas demasiado crecidas.

—¿Adónde vamos?—, preguntó Gwen, emocionada. Dieron vuelta en una curva y Thor se detuvo y miró a los acantilados ante ellos, brillando bajo el sol, y Gwen lo siguió con la mirada.

—Los Acantilados Kolvian—, dijo ella.

—¿Pero por qué?—. Thor se quedó callado, preguntándose cuánto decir.

No quería decirlo. Lo que quería decir era: porque es la tierra alta, con la vista más hermosa del Reino, hacia la Corte del Rey.

Porque es un lugar tranquilo y romántico, donde hemos estado juntos antes. Porque es un lugar que significa mucho en nuestras vidas. Porque es donde quiero hacer la pregunta más importante de mi vida. Pero no podía decir nada de eso. En su lugar, dijo:

—Hay algo que me gustaría mostrarte—.

—¿Mostrarme?—, preguntó ella con una sonrisa.

—¿Hasta aquí arriba? ¿Es otro leopardo mascota?—, preguntó, mientras Krohn corría delante de ellos. Thor sonrió.

—No, en absoluto—, dijo. Thor tomó su mano, y juntos escalaron hasta los acantilados; al caminar, se dio cuenta de que Gwen estaba sin aliento, más que de costumbre, y que se detuvo a descansar más veces que antes. Él empezó a preocuparse.

—¿Te sientes bien, amor?—, preguntó él. Ella asintió.

—No dejas de agarrar tu estómago—, puntualizó él. Gwen se sonrojó y apartó la mirada.

—Lo siento. Estoy cansada. Y no he comido nada. Estoy bien.

Vamos a continuar—. Ellos caminaron el resto del acantilado con renovada energía, hasta que finalmente llegaron a la cima del pico más alto. Al llegar hasta arriba, se dieron vuelta y miraron. Thor estaba asombrado ante el paisaje, y pudo ver que Gwendolyn lo estaba también. Él lo había visto muchas veces, y sin embargo nunca envejecía: allí, debajo de ellos, estaba la Corte del Rey, gloriosa, incluso en ruinas, la bruma de la tarde la envolvía como un velo. Miles y miles de personas celebraban, sus ovaciones lejanas y la música se escuchaban desde aquí. Era frustrante para Thor ver la Corte del Rey destruida, pero le infundía esperanza: era tanto la visión de lo que había sido una vez, como la visión de lo que podría levantarse otra vez.

—Es hermoso—, dijo Gwendolyn.

—¿Esto es lo que querías mostrarme?—. Se dio vuelta y miró alrededor de ella, buscando la meseta, como si se preguntara si Thor le tenía alguna sorpresa. Thor de repente se puso nervioso. Su garganta se secó, y su corazón latió en su boca. Extendió la mano y acarició el anillo que estaba en el interior de su abrigo, para asegurarse de que seguía ahí. Sí estaba ahí. Thor abrió y cerró la boca varias veces, y sintió que sus rodillas se debilitaban. Le corroía el miedo. Jamás se había sentido así en la batalla, no cuando se enfrentaba a un enemigo. Pero ahora, aquí, frente a Gwendolyn, se sintió más nervioso que nunca.

—Bueno, en realidad, no es algo que quiera mostrarte... pero, bueno, eh...

— Thor se quedó callado, mirando hacia abajo y pateando la tierra, su corazón latía con fuerza, tenía dificultad para conseguir las palabras, mientras su respiración se cortaba.

—Era — es — eh... era más una especie de, bueno... es algo que yo...— Gwen rio. Era una risa pura, un sonido que él no había escuchado en años, y aunque estaba feliz de verla tan eufórica, también lo hacía sonrojarse. —No te había visto así de nervioso desde la primera vez que nos conocimos

—, dijo ella. Thor respiró profundamente, reuniendo finalmente el valor, y miró a Gwen directamente a los ojos. ¿Y si ella decía que no? Todo su mundo se vendría abajo. —Gwendolyn, te amo

—, dijo, avanzando y tomando sus manos. Ella lo miró, desconcertada. —
Yo también te amo

—, contestó ella. —¿Hemos venido hasta aquí para que me digas esto?

—, preguntó ella, con un brillo en sus ojos. Thor meneó la cabeza. —
Verdaderamente te amo

—, dijo él. Ella lo miró, sonriendo. —¿Qué te pasa?

—, preguntó ella. Thor meneó la cabeza otra vez. —Gwendolyn, eso no es
lo que no estoy tratando de decir

—. Aclaró su garganta y tomó otra respiración profunda, y ella lo miró con
asombro. —¿Estás sudando?

—, preguntó ella. Thor subió la mano y limpió su frente con el dorso de su
mano y se dio cuenta que estaba sudando, a pesar del día invernal. Aclaró su
garganta otra vez y la enfrentó. Era ahora o nunca. —Gwendolyn

—, dijo él, —significas todo para mí. Quiero estar contigo por el resto de
mi vida. Todos mis días. Me sentí así desde el primer día que nos conocimos.
Parece que nunca había tenido el momento adecuado para preguntarte. Pero
ahora ha llegado ese momento. Sólo hay una pregunta que significa todo para
mí

—. Thor se arrodilló, buscó en su camisa y sacó el anillo de su madre. Era
espectacular, enorme, sus preciosas joyas brillaban en el sol. Los ojos de
Gwen se abrieron de par en par con asombro mientras se inundaron de
lágrimas. —Gwendolyn

—, continuó Thor. —¿Te casarías conmigo?

—. Gwendolyn se abalanzó a los brazos de Thor y lo abrazó tan fuerte que
él apenas podía respirar. Él se detuvo y la abrazó, y ella lloró y lloró, las
lágrimas calientes inundaban su cuello. —¿Eso significa que no?

—, dijo él. —Que sí

—, dijo ella en su oído. —¡Sí, sí, sí, sí, sí!—.

Gwen se inclinó de nuevo y le dio un beso en la cara y él la besó, una y
otra vez. Finalmente, él sonrió, mirando hacia abajo.

—Olvidaste tomar el anillo—, dijo él. Gwen se rio, y mientras ella se
inclinaba hacia atrás, él puso el anillo de su madre en su dedo. Ella lo miró
con asombro.

—Me queda perfectamente—, dijo ella.

—¿De dónde lo sacaste? He visto joyas reales toda mi vida, pero nunca había visto algo como esto—.

—Era de mi madre—, dijo Thor.

—Estaba hecho para ti. Para ti y nadie más—. Gwen lo miró, con sus ojos llenos de lágrimas, y se besaron. Sostuvieron el beso todo el tiempo que pudieron, y por último, se abrazaron, sujetándose mutuamente con fuerza.

—Thorgrin, mi amor—, dijo ella suavemente, alejándose y mirándolo.

—Hay algo que me gustaría decirte también—. Ella retrocedió y lo miró a los ojos, y Thor la miró y se preguntó qué podría ser.

—Hay una razón por la que me fue difícil subir estos acantilados—, dijo ella.

—Una razón por la que no he sido yo misma—. Ella extendió las manos y tomó las de él y sonrió.

—Thorgrin. Estoy embarazada—. Esas palabras atravesaron el corazón de Thorgrin, a través de todo su cuerpo, le hizo perder todo sentido del tiempo y lugar. Estaba más que eufórico. Sentía como si fuera parte de algo más grande que él, algo más profundo en el universo. Sintió que todo su mundo daba vueltas. Estaba abrumado de alegría y gratitud.

—¿Un niño?—, preguntó. Ella asintió, sonriendo. Miró hacia su estómago y suavemente descansó la palma de su mano sobre él. Al hacerlo, sintió una energía increíble correr a través de todo su cuerpo. Podía sentir al niño girando y moviéndose, con los temblores más leves en la palma de su mano. Sintió un amor y alegría más allá de lo que alguna vez pensó capaz de experimentar. Abrazó a Gwendolyn fuertemente, y ella también lo abrazó.

—Te amo—, susurró él en su oído.

—Yo también te amo—, susurró ella. Thor había rodeado un brazo sobre el hombro de ella y tiró de ella con fuerza, y los dos se volvieron y miraron el paisaje, ambos soles estaba abajo en el horizonte, la Corte del Rey centelleaba en color escarlata y violeta en miles de puntos de luz. Le parecía a Thor que el anillo iba renaciendo, volviendo lentamente a la vida. Alrededor de ellos las flores de invierno florecieron, los campos brillaban en blanco, y contra el telón de fondo de la segunda puesta de sol, era lo más hermoso que jamás había visto Thor. Era un momento ideal, el momento perfecto para su

propuesta, y él quería congelarlo para siempre.

Era mágico. Al igual que su relación con Gwendolyn. Mientras miraban el horizonte, en el camino lejano hacia la Corte del Rey, Thor vio a una caravana interminable de personas viniendo a la ciudad desde todas las direcciones, algunos a pie, otros a caballo, con carruajes, ganado. Todos se dirigían al mismo lugar, todos venían a celebrar el nuevo Anillo, todos venían a celebrar la esperanza.

—Es una corriente de seres humanos—, observó Thor.

—La gente de todos los ámbitos quiere volver a la Corte del Rey, para celebrar.

Todos tienen fe en ti—.

—La reconstruiremos—, dijo Gwen.

—Piedra por piedra. Será una gran ciudad como fue alguna vez. Y el centro de todas las celebraciones será nuestra boda. Será la boda más magnífica que haya presenciado el Anillo. Será seguida por nuestro bebé. Todo será nuevo otra vez, y nuestro pueblo se levantará de las cenizas. Lo haremos juntos. Nuestro amor lo va a construir—. Ellos se inclinaron y se besaron, y mantuvieron el beso hasta que la luz final de la puesta del sol, se desvaneció.

Thor sólo deseaba poder mantener el mundo así, para siempre.

SEIS LUNAS DESPUÉS

CAPÍTULO DIECIOCHO

Gwendolyn iba por lo alto, en el aire, mientras montaba en el lomo de Ralibar, sosteniéndose con fuerza, como hacía siempre que lo montaba, intentando predecir su temperamento impredecible. Ralibar entraba y salía de las nubes, subía y bajaba, resollando, a veces incluso arqueando la espalda. Era la criatura más decidida y temperamental que había conocido, y podía sentir sus emociones dentro de él. Gwen se sentía honrada de que Ralibar le dejara montarlo. Ella había descubierto, lunas atrás, su afición por ella. Cada vez que Thorgrin montaba a Mycoples, Ralibar se ponía celoso y territorial y resollaba y chillaba hacia Thor, tratando de alejarlo.

Ralibar y Mycoples se mantenían a distancia uno del otro, y se había puesto progresivamente peor — hasta que un día, Gwendolyn había acompañado a Thor para despedirlo, y todos se habían sorprendidos cuando Ralibar había volteado hacia Gwendolyn, había bajado la cabeza y, mientras la examinaba sospechosamente, se había acercado y le había acariciado su estómago con el rostro.

Ralibar había ronroneado suavemente, y por primera vez, se había calmado. Thor había observado en estado de shock cómo Gwendolyn se había acercado y acariciado la cara de Ralibar, nerviosa, mientras sentía sus escamas ásperas, antiguas y un poco húmedas. Ralibar los había conmocionado aún más al bajar la cabeza hasta el suelo, con un gesto, para que Gwen lo montara. Gwendolyn lo había montado nerviosamente, sin saber qué esperar. Había sido un paseo salvaje y loco, y ella estaba insegura acerca de si él realmente quería que ella lo montara o no. Sin embargo, la había buscado todos los días desde entonces y le había hecho un gesto para que lo siguiera montando. Para una bestia que estaba claramente agradecida con Gwendolyn, Ralibar tuvo una divertida forma de demostrarlo. Desde el exterior, incluso podría parecer como si la odiara. Era una criatura voluble y

tempestuosa, perpetuamente en una especie de tormenta emocional, ya sea consigo mismo, o con los seres humanos u otros dragones. Gwen sentía compasión por él: tiene la sensación de que era un solitario, un descontento, pero sentía que detrás de todo, Ralibar tenía un gran corazón, y que simplemente estaba solo. Volaba erráticamente y a menudo actuaba como si quisiera que Gwen se quitara de encima; sin embargo cuando ella trataba de desmontar, hacía un berrinche, y así claramente quería que se quedara. A pesar de toda su locura, Gwen había empezado a tomarle cariño; él tenía una extraña manera de molestarse.

Durante estos últimos meses, Gwen se había acostumbrado a sus estados de ánimo y había aprendido a leer sus signos. El lazo entre ellos se hizo cada vez más fuerte, e hizo sentir feliz a Gwen de una manera que ella no esperaba. Hasta sintió que los humores de Ralibar empezaban a calmarse. En esta hermosa mañana de verano, con el clima perfecto, ambos soles brillando, Gwen dio su paseo matinal, como hacía siempre. Cerca de allí, Thorgrin montó a Mycoples, los dos se elevaron en el aire, en el cielo de la mañana, como siempre lo hacían juntos, lanzándose desde la cima del Castillo del Rey, con sus dragones entrecruzados mientras volaban. Habían desarrollado un ritual matutino, y lo siguieron hoy: circundaron el recinto de la Corte del Rey, y luego las ciudades y pueblos que lo rodeaban, Gwen inspeccionaba a su gente, a su reino, cada mañana, para asegurarse de que todos estaba en orden.

A Gwen le encantaba este tiempo junto con Thor y con Ralibar y Mycoples, eran las mañanas más mágicas de su vida, viendo salir los soles, viendo las nieblas desvaneciéndose de la tierra que estaba abajo, en diferentes colores. También le brindaba una vista aérea de su reino, y más de una vez ella había descubierto problemas en tierra, que no habría visto de otra manera, que la hizo convocar a su Consejo y corregir errores.

Ella había visto incendios, pequeñas aldeas dilapidadas, personas heridas o luchando con sus caballos y carruajes, carreteras en mal estado... un sinfín de pequeños arreglos que necesitaba su reino. Le permitía ser una reina omnipresente. También era tranquilizador para la gente mirar hacia arriba y verla todas las mañanas, observándolos, arreglando los problemas, montando en el lomo de un dragón.

Reforzaba su imagen como una mujer de poder. Gwen nunca había

esperado estar cómodamente en el papel de reina.

Pero ahora que habían pasado seis lunas desde la expulsión del Imperio y sus pueblos volvían a la Corte del Rey, desde que había comenzado el proceso de restablecimiento de su gobierno, había encontrado que ser reina le quedaba bien naturalmente.

Habían sido las seis lunas más gloriosas de su vida. Ella se había vuelto más allegada a Thor como nunca había imaginado, los dos finalmente tenían la oportunidad de estar juntos cada día y cada noche, durmiendo en la antigua habitación de sus padres, en el castillo, que ella había reconstruido minuciosamente. Lo más glorioso de todo, era que ahora tenía nueve meses de embarazo, y su vientre sobresalía más de lo que podía imaginar; sentía que estaba a punto de dar a luz. Su bebé se movía dentro de ella todo el tiempo, y sentía su presencia en ella cada momento, como si estuviera ahí en el mundo con ella ahora. Sin embargo, ella no había dejado que eso la detuviera. Cada día que había estado centrada en la reconstrucción, con Thor, su Consejo, toda la gente que ella amaba y confiaba a su lado, todos trabajando como un ejército para hacer la Corte del Rey tan mágica y resplandeciente como una vez había sido. Gwen estaba decidida a hacer que la Corte del Rey fuera más que una ciudad: quería convertirse en un faro de esperanza y optimismo para todos los sobrevivientes del Anillo. Quería que fuera un lugar al que todos volvieran, incluso más fuerte que antes. Para su sorpresa, ella había tenido éxito. Cuando Gwen miró hacia abajo, dando vueltas por la ciudad, con el viento del verano en el pelo, estaba asombrada de

lo hermosa que estaba quedando la Corte del Rey. Brillaba en el sol, completamente reconstruida y más grande que antes, extendiéndose ahora durante kilómetros en cada dirección, ampliada enormemente. Era una ciudad mejor y más ominosa de lo que su padre había soñado. Ella había logrado duplicar en tamaño todo lo que había hecho su padre, añadiendo murallas más grandes, torres, fortalezas, fosos, carreteras más amplias, paredes de la ciudad engrosadas... El Castillo del Rey se elevaba más alto que nunca, la Sala de Armas y el Salón de Los Plateados fueron reconstruidos, y hasta los terrenos de la Legión eran como antes. Miles de personas habían trabajado día y noche para resucitarlo. Mirándolo ahora, uno no podría decir que alguna vez había sido destruido. El trabajo se hacía como todos los días e incluso desde aquí

podía escucharse el sonido continuo de los cinceles y yunques y martillos sonando a través del aire. Era el sonido del progreso, y ahora era una parte de la vida cotidiana de la Corte del Rey. Mientras Gwen miraba hacia abajo, la vista le sorprendía nuevamente cada día y apenas podía creer lo que había logrado. Le hacía sentir que todo era posible. Le hacía darse cuenta de que aunque hubiera llegado a lo más bajo y sombrío de su vida, todavía era posible recuperarse de cualquier cosa — y hacer la vida aún mejor de lo que era. Mientras Gwen daba vueltas en círculo con Ralibar, se preguntaba lo qué pensaría su padre si viera todo esto. ¿Estaría orgulloso? Tenía la sensación de que así sería. Después de todo, él la había elegido para gobernar, y esto sería un testimonio de su elección. Ella deseaba más que nada que estuviera vivo ahora para ser testigo de todo esto, sin embargo, sentía que la estaba viendo con satisfacción. Gwen dirigió a Ralibar para bajar hacia la izquierda y Thor la siguió en Mycoples. Voló sobre la parte exterior del Anillo, de la Corte del Rey, un nuevo patio enorme, repleto de jardines formales y fuentes burbujeantes, con muros y arcos nuevos. Gwen lo mandó construir de un mármol blanco brillante, extraído de una antigua cantera, y era, ante los ojos de Gwen, la parte más hermosa de la Corte del Rey, este nuevo patio que nunca había existido. Era difícil imaginarlo ahora sin él. Aún más emocionante era la actividad que tenía lugar abajo, cientos de trabajadores se apresuraban, trabajando con ganas para preparar la boda de ella. Se había estado preparando durante seis lunas, y la boda se había convertido en un asunto cada vez mayor. Decenas de trabajadores cubrieron de flores de cada color los antiguos muros de piedra, mientras que otros alinearon miles de sillas junto a un altar de terciopelo rojo que estaba siendo extendido. Se construyó un altar al final de la misma, adornada con flores de todo tipo. Con la boda a sólo media luna, las personas ya estaban llegando de todos los rincones del Anillo, de ambos lados de las montañas, desde las Islas Superiores — y aun de países fuera del Anillo, una constante cadena de dignatarios venidos de tierras lejanas. Ellos habían enviado delegaciones que cruzaron el océano y Gwen tenía el Escudo desactivado, lo suficiente para que atravesaran el Cañón. Gwen miraba la amplia carretera que conducía a la Corte del Rey, y vio, como lo hacía cada día, a miles de personas dirigiéndose a la misma. Vestían túnicas brillantes con de todos los colores y moda, de todos los rincones del mundo.

Hoy era el día del festival de verano, la primera cosecha de frutas, y todos salieron a las calles para celebrar. Habría fiestas y juergas que durarían varios días, a diferencia de otras, especialmente porque también venían para celebrar el nuevo Capitolio del Anillo y para asistir a la boda.

Gwen sintió mariposas cuando lo pensó. La boda estaba cerca, a media luna de distancia. Sintió náuseas y sólo deseó y suplicó que el bebé no llegara antes. Durante las últimas seis lunas, ella y Thor habían estado más cerca uno del otro y apenas podía esperar casarse con él. Como siempre lo hacía, miró en su mano el luminoso anillo de su madre y sintió una increíble energía que irradiaba de él. Desde que Thor mató a Andrónico, se convirtió en una persona diferente. Parecía como si hubiese encontrado una paz interna, y se había adaptado bastante bien a la vida doméstica con Gwendolyn. Él mismo se dedicó a la reconstrucción de la Corte del Rey y del Anillo, entrenando cada día con sus compañeros guerreros y alegrándose de contar con su presencia. Ralibar, de forma repentina, giró a la derecha, bajando en picado inesperadamente, y Gwen se sostuvo fuertemente, mientras sentía que su estómago le daba vueltas.

Por sus movimientos, ella podía sentir que él ansiaba su desayuno. Ella lo agarró del cuello y lo inclinó hacia abajo para que regresara al bosque y buscara su comida a diestra y siniestra, entre los árboles.

—¡Ralibar, detente!—, le ordenó.

—¡Ahora no!—, le gritó molesta por su apetito voraz. Pero Ralibar, como de costumbre, la ignoró. Andaba dentro y fuera de los árboles hasta que se centró en su objetivo, abrió sus grandes mandíbulas y agarró a un enorme ciervo rojo. Gwendolyn se volteó porque odiaba mirar. Ralibar lo levantó con sus mandíbulas y tomó vuelo llevando al animal que lloriqueaba, en la boca, hasta que le arrancó la cabeza y se lo tragó. Después Ralibar posó su vista en el suelo y Gwen tuvo el mal presentimiento de que iba a desplomarse nuevamente.

—¡Ralibar, NO!—, le gritó. Él volvió a ignorarla. Esta vez puso su mirada en un lago, el Lago del Rey, su favorito. A él nunca se le escapaba la oportunidad de echarle una ojeada. Ralibar bajó en picado, Gwen lo agarraba, y cuando se acercó, abrió su boca y sopló un muro de fuego. Las llamas chamuscaron el agua, levantando vapor, y conforme burbujeaba y el calor se

elevaba, docenas de peces repentinamente saltaron al aire, tratando de escapar del agua hirviendo. Mientras saltaban, Ralibar estaba allí, esperándolas con las mandíbulas abiertas. Tragó cardúmenes enteros que se desplomaban en sus grandes mandíbulas, algunos de ellos volviendo a caer al agua, mientras tragaba el resto. Mycoples volaba al lado de ellos, pero no se molestó en comer. Tal vez porque era hembra, no parecía tener el apetito de Ralibar. Afortunadamente, Ralibar no comía humanos. Una trompeta sonaba en la distancia y Gwen fue finalmente capaz de dominar a Ralibar, regresando para ver a los caballeros con sus armaduras sujetando las lanzas y alineados en el patio.

—¡El torneo está empezando!—, Thor le gritó a ella.

—¡No debo llegar tarde!—. Gwen asintió con la cabeza y todos volaron hacia la Corte del Rey. Los torneos y las festividades del día estaban empezando y ella sabía que eso también significaba que la gente se formaría para hacerle una petición. Era hora de comenzar el trabajo diario de gobernar su reino. Como siempre, llegó demasiado pronto. Ambos volaron sobre la Corte del Rey, los dragones volaron juntos por un momento y Thor extendió su brazo, tomó de la mano a Gwen, se inclinó y la besó. Después se separaron, yendo cada uno por su lado, Thor a los campos y Gwen a su castillo. Era hora de comenzar el día. * Thor, con toda su armadura, galopaba a toda velocidad sobre su caballo, con su lanza al frente y su placa frontal hacia abajo mientras iba hacia su oponente. Yendo hacia él iba un guerrero de un país del cual nunca había oído hablar, cruzando el mar, usando una armadura marrón, un casco con una nariz larga y puntiaguda y su armadura con una extraña combinación de varón y placa. Su lanza también tenía marcas extrañas y mientras apuntaba hacia el pecho de Thor, su lanza era más larga, y Thor se concentraba con todas sus fuerzas, para atacar a su oponente. Thor trató de sentir las vibraciones del piso debajo de él; sintió los leves temblores y ralentizó las cosas en su mente, hasta que captó la sensibilidad de los caballos, la opresión en el pecho de los jinetes y el ángulo de la lanza. Sintió las intenciones de su oponente. Desde su aparición, parecía estar apuntando a lo alto — sin embargo, el instinto de Thor le dijo que iba a apuntar hacia abajo.

En el último momento, Thor rectificó, confiando en sus instintos, y apuntó

su lanza a lo alto, haciéndose a un lado. La lanza de Thor se incrustó en el hombro de su oponente, haciendo que perdiera el equilibrio en su caballo y que se estrellara en el suelo con un gran sonido metálico. La multitud aclamó cuando el oponente rodó magullado, pero ileso. Thor dio vueltas, aceptando la adulación de la enorme multitud que se agrupaba para vigilar las justas reales, después saltó de su caballo, asegurándose de que su oponente estuviera bien y le alargó la mano. La multitud aplaudió en aprobación.

—Yo nunca había sido derrotado en una batalla—, dijo el caballero.

—Mucho menos por alguien más joven que yo, o con una lanza más corta.

—¡Buen triunfo!—. Estrecharon los antebrazos y cada quien dirigió su caballo a su dominio al lado del terreno, haciendo espacio para el próximo torneo. Thor empezó a sentir que sus músculos se ponían tensos; habían sido horas de torneos, una creciente multitud se preparó para observar el punto culminante de las festividades del día. Cuando Thor se unió al equipo, Kendrick ocupó su

lugar, corriendo por el carril del torneo y enfrentándose a un caballero cuya armadura venía de un lugar que Thor no reconocía. Los dos salieron volando y Kendrick sacó al soldado, con las aclamaciones de la multitud. Thor ovacionó más fuerte que todos. Thor estaba eufórico por estar aquí, en este día del Solsticio de Verano, peleando con estos grandes guerreros, y finalmente sintiéndose como si fuera uno de ellos. Por primera vez, ya no se sentía como un forastero. Thor quería ganar en sus propios términos, como un guerrero regular, con habilidades similares a las de otros; no quería recurrir a sus poderes mágicos para la lucha. Hasta ahora, lo había logrado. Mientras que la mayoría de sus amigos habían caído, Thor logró llegar a las rondas finales del torneo seguido de Kendrick, Erec, Conven, Elden, Reece, O'Connor, Brandt y Atme, junto a varios caballeros extranjeros. No quedaban muchos torneos en el día. La trompeta sonó y Thor observó en un carril lejano del torneo que O'Connor atacaba a su oponente, dos veces más alto que él y proveniente del sur de la provincia del Anillo; O'Connor erró su marca y el opositor golpeó a O'Connor en el intestino, tirándolo por atrás de su caballo. La multitud gruñó y refunfuñó cuando O'Connor cayó estruendosamente al suelo. Permaneció allí por un momento y a Thor le preocupó que estuviera bien; pero entonces

O'Connor se levantó lentamente y se fue. La multitud le vitoreaba. Él estaba agotado con el torneo, pero al menos estaba ileso. En el carril al lado de Thor, los caballeros de lejanas tierras se atacaban. Se encontraron con un gran alarido de guerra, las lanzas apuntando a lo alto y uno de ellos gritó cuando una lanza se rompió y una astilla le perforó la garganta.

El público abucheó, ya que era una jugada sucia que un caballero atacara tan cerca de la garganta y era dudosamente legal. La multitud gimió, horrorizada cuando el caballero cayó de su caballo al suelo, retorciéndose. Los asistentes corrieron a ayudarlo, para intentar detener la hemorragia, pero en pocos momentos, estaba muerto. Un ánimo sombrío se apoderó de la multitud cuando varios asistentes lentamente alejaron el cuerpo.

Todos ellos guardaron momentos de silencio y Thor se dio cuenta una vez más de cuán peligrosos era estos torneos.

El soldado que había ganado, un tipo enorme, dos veces el tamaño de los demás, agarró una nueva lanza, se volvió y enfrentó a su siguiente rival. El corazón de Thor palpitó cuando vio que se enfrentaba a Elden. Elden salió sin miedo y Thor oró para que no tuviera el mismo destino del último oponente. Ellos fueron a atacar haciendo temblar el piso con su corpulencia, su armadura chirriando y Elden dando un gran alarido de guerra mientras sostenía su lanza frente a él. Le pareció a Thor que este caballero golpearía a Elden y ganaría; sin embargo, en el último momento, Elden se hizo a un lado, apuntó su lanza a la axila del caballero y lo golpeó directamente. El caballero cayó de su caballo, rodando en el suelo, y la multitud le aplaudió a Elden, quien fue el ganador. Cuando Elden orgullosamente dio su vuelta de la victoria, aceptando las ovaciones de la multitud, su oponente, detrás de él, arrojó su casco, exponiendo una cara llenada de rabia. El caballero atacó al modesto Elden, alcanzándolo, agarrándolo por detrás y tirándolo de su caballo.

La multitud gimió y abucheó la cobardía y Thor, enfurecido, se abalanzó para ayudar a Elden, junto con Reece, Conven, O'Connor y la otra Legión a su lado. El caballero saltó por encima de Elden, levantó una lanza y se preparó para abatir a Elden antes de que pudiera reaccionar. Hubo un rugido y Krohn se abalanzó sobre el caballero, derribándolo justo antes de que él pudiera apuñalar a Elden. El caballero zarandeó a Krohn, pero Elden tuvo tiempo suficiente para rodar, regresar con su guantelete y golpear en la cara al

caballero. Se oyó un fuerte chasquido cuando le rompió la mandíbula al caballero haciéndole perder el equilibrio y dejándolo inconsciente cuando Thor y los otros aparecieron. Elden se puso de pie con las aclamaciones de la multitud y los asistentes se llevaron a rastras al caballero inconsciente. Thor y los demás abrazaron a Elden por la espalda, aliviados porque él estaba bien, y una trompeta sonó al reanudarse los combates. Pelea tras pelea, los torneos continuaron. Thor apenas podía creer cuántos guerreros participaron en las festividades de este día, representando a todas las provincias del Anillo y de decenas de países de ultramar. La competencia le dio la oportunidad de probar y perfeccionar sus habilidades; fuera de una o dos manzanas podridas, todos los demás caballeros lucharon con honor y respetaron las reglas de la competencia. Los torneos siguieron y siguieron. Elden finalmente perdió un torneo, con un guerrero dos veces su altura, un caballero que parecía ser invencible. Pero Kendrick sacó a ese guerrero en la siguiente ronda. Cuando el segundo sol cayó en el cielo, finalmente quedaron cuatro guerreros en la competencia: Thor, Kendrick, Erec y un caballero que Thor no conocía, un hombre bajo y fornido, con la armadura negra y con amenazantes hendiduras en los ojos, que se mantuvo alejando y que no había levantado su visera ni una vez en todo el día. Thor se encontró frente a él. Los dos se atacaron mutuamente, Thor sentía todas las miradas sobre él, mientras la multitud rugía emocionada.

Conforme se acercaban, el sonido de los cascos de los caballos retumbó en los oídos de Thor, quien se preparó para el impacto, pero algo le sorprendió. Su oponente levantó su lanza y de repente la arrojó hacia Thor. Thor no había esperado eso. Salió por el aire, llegando directamente a la cabeza de Thor. En el último segundo, los reflejos de Thor hicieron efecto y levantó su escudo lo suficientemente alto como para interceptar la lanza. Al mismo tiempo Thor usó la mano libre para dirigir su propia lanza hacia el caballero y golpearlo en la caja torácica. El caballero se ladeó del caballo, cayendo al piso, y la multitud vitoreó. Thor, jadeando, perturbado por lo cerca que estuvo de perder, se fue a un lado, se dio vuelta y miró cómo Kendrick y Erec, los dos que quedaban además de él, se enfrentaban uno al otro. Se preguntaba con quién tendría que luchar; con ninguno sería fácil. Llegaba más gente, casi todos los que quedaban en la Corte del Rey, se abarrotaban para

ver a estos dos grandes caballeros, líderes de Los Plateados, famosos guerreros, cuyas canciones habían sido entonadas a por doquier. Se enfrentaron uno al otro desde los extremos de la línea de torneo, con las viseras levantadas, brindando un saludo de respeto. Después, bajaron sus viseras, levantaron sus lanzas, sus escuderos salieron del camino al sonar de la trompeta — y fueron al ataque. La multitud vitoreaba mientras estos dos grandes guerreros se acercaban uno al otro con los caballos retumbando y levantando nubes de polvo en el calor del verano. Finalmente se reunieron en el centro haciendo un sonido metálico y golpeándose para que cada uno perdiera el equilibrio. La multitud gimió. Pero ninguno se cayó del caballo, siendo ambos lo suficientemente buenos para poder, de alguna manera, seguir adelante. Cada uno recuperó el control, dieron vueltas y mientras la multitud aplaudía sin control, se prepararon para volver a enfrentarse.

Era el primer partido de la jornada que hacía una segunda ronda. Kendrick y Erec atacaron nuevamente, agachándose, corriendo a una velocidad increíble y sosteniendo sus luminosas lanzas de plata; lo mejor que el reino tenía, estaba frente a ellos. Cuando se encontraron, Erec levantó su escudo y bloqueó la lanza de Kendrick. El escudo de Erec era tan sólido que la lanza de Kendrick se partió en dos con el impacto. Erec, a su vez, aprovechó la oportunidad para enviar su lanza por debajo del escudo de Kendrick, golpeándolo en el centro del pecho haciendo que perdiera el equilibrio y cayera del caballo. La multitud aplaudió desenfadada cuando Erec dio vueltas, bajó de su caballo y le tendió la mano a Kendrick.

Ambos levantaron sus viseras y Erec sonrió.

—Muy buena contienda—, dijo Erec.

—Si tu lanza no se hubiera roto, habrías ganado—. Kendrick meneó la cabeza.

—Tú luchaste mejor—, reconoció él.

—Será la próxima vez—. Erec asintió con la cabeza, subiendo a su caballo nuevamente. Thor se montó en el suyo, al darse cuenta de que se enfrentaría con Erec. Thor y Erec dieron vueltas alrededor del perímetro del recinto de torneos y en la vuelta final, la multitud coreaba con una gran ovación, los nombres de Erec y de Thorgrin. Los dos se detuvieron en los extremos opuestos del campo, uno frente al otro, y la multitud enloqueció.

Thor se sintió nervioso por tener que enfrentarse a su viejo amigo. Estaba decidido a luchar con él en sus propios términos y no recurrir a cualquiera de sus poderes.

Thor quería ver si podía ganar, como un hombre contra otro, como un guerrero contra otro. Cada uno de ellos levantó la cubierta de la visera en señal de respeto; Thor enfrentándose a su antiguo mentor, al hombre del que alguna vez fue su escudero. Era una extraña sensación. Sonó el cuerno, y los dos salieron a la contienda. Thor centró todo su poder y su voluntad, tratando de ahogar los gritos de la multitud. No quería hacerle daño a Erec y trató de apuntar su lanza hacia el pecho de Erec, donde la armadura era más gruesa. Pero mientras trataba de concentrarse, Thor se dio cuenta que Erec era diferente a todos los adversarios a los que se había enfrentado. Él era más rápido, más difícil de acorralar y su armadura de plata forjada con placas intercambiables, brillaba en la luz como escamas de pez. Esto hizo aún más difícil que Thor pudiera concentrarse. Los dos se reunieron en el centro, Thor se alistó y, por primera vez ese día, sintió el impacto de una lanza en el pecho. Sin embargo, al mismo tiempo, Thor sintió que su propia lanza impactaba el pecho de Erec. Los dos se golpearon al mismo tiempo y cada uno de ellos salió volando de su caballo. La multitud gimió cuando cada uno golpeó el suelo al mismo tiempo. Era la primera vez que esto sucedía, y las reglas del torneo exigían que si ambos contendientes caían, la lucha debía continuar. Cuando Thor y Erec se encontraron de pie, los asistentes corrieron a entregar a cada uno una maza larga que tenía una bola de madera cubierta de tachuelas. Ellos se enfrentaron y se atacaron. Los dos lucharon cuerpo a cuerpo, cortando, cerrando el paso y las mazas repiqueteando en la armadura. Thor sabía que las reglas exigían que el primero en caer al suelo sería el perdedor — y él estaba decidido a no serlo. Pero tampoco lo estaba Erec. Lucharon una y otra vez, empujándose hacia adelante y hacia atrás; los recuerdos abrumaron a Thor de la batalla real que tuvo con Erec, cuando luchó por Andrónico. Thor se sintió abrumado por la culpa; perdió concentración y al

hacerlo, por un momento Erec sacó lo mejor de él. Erec asestó varios golpes, Thor tropezó y estuvo a punto de caer, mientras la multitud vitoreaba pensando que estaba acabado. Thor meneó la cabeza y despejó su mente. Tenía que estar concentrado y olvidar el pasado para liberarse de su culpabilidad.

Este era sólo un torneo, no la vida real. Si ganaba, no le haría daño a Erec. Thor se recuperó e hizo retroceder a Erec — pero luego Erec se recuperó y lo rechazó. Los dos se batieron a puñetazos, hasta que los brazos de Thor se cansaron y ninguno llevaba ventaja. Estaban iguales. Eso enorgulleció a Thor, dado que Erec era un caballero veterano y Thor era más joven que él. Erec lanzó un gran golpe con su mazo y Thor lo bloqueó con el suyo. Los mazos lucharon encarnizadamente y Thor lo mantuvo en su lugar con su brazo, sacudiéndolo contra la gran fuerza de Erec. Sintió que por momentos se daría por vencido. No quería perder, no enfrente de todas estas personas.

Y menos delante de Gwendolyn, pues sabía que lo estaba mirando junto a los demás. Thor agachó una rodilla, temblando y apenas aguantando.

Thor cerró los ojos e involuntariamente convocó a una fuerza desde algún lugar profundo. Sin intentarlo, su magia, su verdadero poder, surgió de repente. Sintió que brotada la energía, un calor atravesaba por su cuerpo. Thor se paró con una ráfaga de energía, levantó su mazo e hizo retroceder el de Erec, haciendo que saliera volando de su mano. Thor giró con el mismo movimiento, golpeó a Erec en el pecho, haciendo que perdiera el equilibrio y cayera sobre su espalda. La multitud aplaudió con locura a Thor, el vencedor. Thor levantó su visor, se inclinó y le tendió la mano a Erec, sintiéndose culpable. La multitud se abalanzó alrededor de él para acogerlo.

—¿No que no ibas a usar tu magia?—. Erec preguntó con una sonrisa, de forma amable.

—Lo siento—, dijo Thor.

—No quise hacerlo—. Erec esbozó una amplia sonrisa y Thor pudo ver que no estaba enojado.

—Estoy orgulloso de ti—, le dijo.

—Eres un gran guerrero—.

La multitud se acercó a Thor y lo subieron en hombros para llevarlo a las festividades. Un coro de cuernos se escuchó y los barriles de cerveza y vino aparecieron repentinamente en el campo a través de un ejército de asistentes. Los campos de torneos fueron transformados instantáneamente en lugares festivos. Más y más cuernos se escuchaban, la gente bebía y vitoreaba y era claro que las festividades del día habían comenzado. * Gwendolyn atravesó la bulliciosa muchedumbre del patio reconstruido, emocionada por finalmente

salir del Castillo del Rey y terminar con las labores del día para unirse a su pueblo en las festividades del día. Después de todo, era el día del Solsticio de Verano, y un día como éste sólo llega una vez al año. También este año coincidía con la celebración de la reconstrucción de la Corte del Rey y con la inminente celebración de su boda. Sería un feliz año a diferencia de cualquier otro — especialmente después de un año de oscuridad y abatimiento. Su gente anhelaba cualquier ocasión para alegrarse, y ahora había muchas de ellas. Gwen respiró profundamente en este hermoso día de verano; estaba decidida a dejar toda la oscuridad detrás de ella y regocijarse con su pueblo. Los interminables asuntos de la corte podían esperar; ya había visto suficiente gente este día. Ahora que terminaban los torneos y los cuernos se habían escuchado, Gwendolyn estaba emocionada por tener la oportunidad finalmente de relacionarse con Thor. Gwen estaba emocionada por verlo tan feliz, había estado tan orgullosa de él durante todo el día, siguiendo todos sus torneos con el alma en vilo, animándolo junto con la multitud y gimiendo cuando fue golpeado. Nunca dudó que ganaría; demostró integridad para él y para ella, en todo lo que hizo. Aunque hubiese perdido, ella lo habría amado igualmente. Gwen tomó la mano de Thor y ambos caminaron entre la multitud con los vítores de miles de simpatizantes; Thor la llevó a través de las masas hacia los empinados escalones de madera de la alta plataforma que daban a la corte. Thor la condujo a mitad del camino y luego se detuvo; como reina, Gwendolyn dio los últimos pasos sola y subió al escenario. Thor desde abajo, en primera fila, la vigilaba como lo hacían otros miles, además de Reece, Kendrick, Godfrey, Erec, Steffen, Atme, Brandt, O'Connor, Elden, Conven, Aberthol y decenas más que estaban a su lado. La multitud guardó silencio cuando Aberthol lentamente ascendió por los escalones, apoyado en su bastón, y pareciendo más viejo con cada paso. En la otra mano, llevaba una larga espada cónica, de un amarillo inusual, con empuñadura de oro. Aberthol llegó a la plataforma tomando su lugar al lado de Gwen y la multitud continuó silenciosa. Miles de personas observaban paralizadas cómo Aberthol cautelosamente entregaba a Gwendolyn la larga y amarilla espada. Ella alargó la mano, inclinó su cabeza y la tomó cuidadosamente, sosteniéndola por la empuñadura de oro. Era la espada de oro de verano, usada por los reyes una vez cada año, para iniciar el Solsticio de Verano. Gwen colocó la espada

delante de ella y se paró frente a una enorme y redonda fruta amarilla que colgaba de una cuerda. Allí estaba colgada, con el doble tamaño de una sandía, de un amarillo brillante y con centelleantes protuberancias blancas que deslumbraban con el sol. Aberthol se dio la vuelta y enfrentó a la multitud.

—El Solsticio de Verano es un hermoso día—, retumbó su ronca voz, capaz de escucharse en el aire embelesado.

—Un día de poderosos augurios. Un día que presagia el año por venir. Un día honrado y celebrado por los reyes durante miles de años. Como nuestra gobernante acuchillar esta jugosa fruta significa que las bondades del verano deberán cubrirnos a lo largo del año.

Presagia la bendición de una buena cosecha. Y sin embargo, cuando destruimos la fruta significa que nada es perdurable y que nuestra máxima seguridad viene del

Todopoderoso—. Aberthol asintió con la cabeza y se hizo a un lado. Gwen examinó la larga y amarilla espada, la que usó su padre y su abuelo; se sentía extraño sostenerla. Recordó cuando era joven estando parada ahí, atenta cada año, ansiosa, esperando que su padre acuchillara correctamente la jugosa fruta. Ella, como todo el pueblo, quería un buen augurio para el próximo año. Gwen apuntó, con el corazón latiendo fuerte, esperando no fallar y deseando cortar la fruta perfectamente, como siempre lo había hecho su padre; él siempre lo hizo parecer muy fácil, colmando a sus súbditos con las bondades de la jugosa fruta. Quería que éste fuera un buen año con una buena cosecha, especialmente después de toda la oscuridad por la que ellos habían atravesado.

Gwen respiró profundamente, levantó la espada y la bajó con todas sus fuerzas, apuntando hacia el centro. Fue un golpe perfecto. Cortó la jugosa fruta por la mitad y un claro líquido brotó a chorros en todas direcciones, bañando a la multitud. Hubo una gran ovación, cuando los cuernos se escucharon por todo el atrio y la gente estalló en alegría. Los músicos recogieron sus instrumentos y el sonido de las trompetas, platillos, cuernos, flautas y tambores llenaron el ambiente. El baile comenzó por todas partes, los extraños entrelazaban sus brazos y giraban en señal de júbilo. El Solsticio de Verano había comenzado oficialmente y nadie desperdició el tiempo. Gwen miró hacia abajo y vio que las mesas se estaban colocando por todas partes, las

barricas estaban junto a ellas, los platos de carnes, quesos y frutas se ordenaban hasta donde llegaba la vista. Sería un festín sin parangón. Gwen miró cómo se balanceaba la fruta ahora hueca y al examinarla tuvo un momento de terror: el interior de la misma, generalmente de un amarillo brillante, estaba negro y podrido hasta la médula. Ella era la única que podía verlo, desde su ángulo, arriba en la plataforma, y rápidamente desvió la mirada. Ella no quería que nadie más lo viera e intentó sacarlo de su mente, fingiendo que nunca lo vio. Pero sabía que era un terrible presagio.

—¿Gwendolyn?

—. Gwen miró a Thor que estaba ahí sonriente con la mano extendida; él había subido los escalones y estaba esperando para ayudarla a bajar. Gwen puso buena cara y se esforzó en sonreír mientras descendía rodeada de vítores de los interminables simpatizantes que la abrazaban y le daban palmadas en la espalda. Thor tomó su mano y ella caminó conmovida, llena de emociones contradictorias, con ganas de vomitar, cuando él la condujo a través de miles de súbditos leales y devotos.

—Están enamorados de ti—, le dijo Thor.

—No solamente te admiran, realmente te aman. Es poco común para un líder. Eres como una madre para todos ellos, o como una hermana. Lo puedes ver en sus ojos.— Gwendolyn miró a su alrededor y observó que Thor tenía razón. Sentía todo el amor y fue la mejor sensación de su vida. Nunca pensó que sería capaz de

gobernar un reino. Siempre creyó que era algo que sólo un hombre podría hacer. —Yo también los amo—, respondió. Thor la llevó a una larga mesa del festín colocada en medio del patio donde estaba su familia, el concejo y docenas de nobles, lores y dignatarios extranjeros. Gwendolyn, como gobernante, caminó alrededor de la mesa, saludando a cada noble, y diciendo algo importante para que todos se sintieran bien acogidos. Gwen vio a Kendrick y Sandara, así como a Reece y Selese, sentados al lado de Erec y Alistair, y se quedó al lado de ellos. Gwen se había apegado tanto a la hermana de Thor durante las últimas lunas que ya la sentía como la hermana que nunca tuvo. Gwen también se había acoplado con Selese, su futura cuñada. Siempre había estado apegada a Reece y cualquiera que él amara, sabía que ella la amaría. Y ella la amaba más de lo que esperaba, no por obligación

fraternal, sino porque estaba descubriendo lo maravillosa y devota que Selese era con su hermano. Cuando Gwen descubrió que había tenido la buena suerte de ser pedida en matrimonio el mismo día que Selese, sintió que así tenía que ser e insistió en que Selese y Reece compartieran su alegría y se casaran juntos en una boda doble.

Selese y Reece estaban emocionados. Los preparativos de la boda ahora eran para los cuatro, y durante la organización y planificación, Gwen se había allegado tanto con Selese como con Alistair. En cierto modo, fue como si hubiesen pedido a dos hermanas a la vez. Gwen abrazó a sus hermanos, Kendrick y Reece y miró a su alrededor.

—¿Dónde está Godfrey?—, le preguntó a Reece, dándose cuenta de que faltaba uno de ellos.

—¿Dónde más?—, dijo Illepra, sacudiendo su cabeza en señal de frustración.

—Bebiendo y divirtiéndose—, agregó y señaló al otro lado del patio. Gwen se volvió siguiendo su mirada y vio un escenario en el centro del patio, con Godfrey en medio, vestido de traje, con Akorth y Fulton a su lado y decenas de sus amigos de taberna. Se escuchó una trompeta y la gente comenzó a reunirse alrededor del escenario.

—Él es incorregible—, dijo Illepra.

—Lo busqué toda la mañana, sólo para encontrarlo en una de las nuevas tabernas que mandaste construir. Hay demasiados de ellos.

—La Corte del Rey se ha convertido en un refugio de bebedores—, dijo ella, riéndose.

—La gente necesita una razón para celebrar y un lugar donde olvidar sus problemas—, dijo Gwen,

—tanto como necesitan comida y refugio.— Gwen suspiró.

—Uno no puede alejar a la gente de las tabernas—, añadió.

—Si no se les construye, beberán de todos modos, en privado. Al menos ahora pueden reunirse y podemos controlarlos—.

—¡ESCUCHEN TODOS, ACÉRQUENSE!—.

Gritó Godfrey, mientras el escenario se extendía al centro. Los músicos dejaron de tocar, los malabaristas y los lanzadores de fuego se detuvieron y la

multitud se acercó, apiñándose en el escenario, esperando ver otra obra de Godfrey y sus hombres.

—¿Y qué tienes para nosotros esta vez?—. O'Connor le preguntó a Godfrey. Godfrey se hizo a un lado para revelar a un actor alto y delgado, vestido con túnica escarlata y una capucha, quien dio un paso adelante, echó hacia atrás su capucha y frunció el ceño.

—¡Yo soy Rafi!—.

—Un hombre al que hay que temer!—, dijo el actor. La multitud abucheó y se burló. Godfrey tropezó hacia adelante, con su vientre antes que él, arrugando la cara, y haciendo lo mejor para parecer miserable.

—¡Y yo soy Andrónico!—, dijo Godfrey.

—¡El más temido de todos los comandantes!—. El público abucheó.

—¡No, esperen!—. Godfrey clamaba, sin cesar, con la confusión en su rostro.

—¡Lo olvidé: ¡Estoy muerto!—

—¡Y nadie le teme a los muertos!—. Godfrey de repente se desplomó colapsando en el escenario y no se movió; la multitud rompió a carcajadas y se desahogó. El actor que interpretaba a Rafi se paró frente a él y extendió sus manos:

—¡Levántate, Andrónico!—

—¡Te lo ordeno!—. Godfrey repentinamente se levantó y el público lo abucheó. Pero luego persiguió a Rafi alrededor del escenario, lo atrapó y lo estranguló, fingiendo ahogarlo hasta matarlo. Los dos lucharon en el escenario y el público gritaba divertido.

Finalmente, Godfrey lo mató y se levantó victorioso, mientras la multitud vitoreaba. Otro actor, flaco y sin rasurar, dio un paso adelante, frunciendo el ceño.

—¿Y quién eres tú?—, preguntó Godfrey.

—¡Yo soy Gareth, el antiguo rey!—, dijo el actor. El público abucheó. Cuando Gwen escuchó su nombre, sintió un escalofrío en la espina dorsal. Le vinieron recuerdos de cómo lo asesinó. No se arrepentía — era justicia para su padre. Aun así, el pensamiento de su antiguo hermano le incomodó. Era demasiado reciente para ella.

—¡Y yo, McCloud!—, dijo Akorth, a toda prisa. El público lo abucheó y

le arrojó tomates.

—¡Tú deberás gobernar el Reino Occidental y yo el Oriental!—, McCloud le dijo a Gareth. Ambos extendieron los brazos y estrecharon las manos. Pero al hacerlo, una mujer dio un paso adelante de la multitud, sosteniendo una larga espada y fingiendo apuñalarlos en el pecho. Cada uno cayó de rodillas, desplomándose en el suelo ya muertos. La mujer se volvió hacia la multitud y levantó su espada por lo alto.

—¡Yo soy Gwendolyn, la más grande de todos los gobernantes de MacGil!
—. La multitud rugió con aprobación y Gwendolyn sintió cómo se ruborizaba. Estaba abrumada por el amor de su pueblo, pero también tenía una profunda y persistente tristeza por todo lo ocurrido. Aunque ya habían pasado seis lunas, todo se sentía como si fuera ayer y viendo esta absurda comedia, de alguna manera revivió el pasado.

—Discúlpame—, Gwen le dijo a Thor

—. Se alejó del escenario, incapaz de permanecer ahí y regresó a la mesa. Thor fue tras ella, tomó su mano y la miró con gran preocupación. —¿Te encuentras bien?

—, le preguntó. Ella asintió, limpiando una lágrima y esbozando una sonrisa forzada. —Es solamente el bebé

—, contestó. Thor miró su enorme vientre y entendió. —No deberías estar de pie demasiado tiempo

—, le dijo.

La llevó cuidadosamente a su asiento, y esta vez ella se sentó. Lo necesitaba. Le faltaba aire, especialmente en este caluroso día, y bebió un gran trago de su saco de agua. Thor se sentó a su lado y pronto se sintió mejor. Observaron una increíble generosidad por todas partes, miles de personas comiendo en armonía, venidas de todos los rincones del Anillo y del Imperio, aquí en la nueva Corte del Rey. Era como un sueño. —¿Alguna vez imaginaste que esto sería tan glorioso?

—. Thor le preguntó. Gwen movió la cabeza. —Lo he soñado. Y lo deseaba.

Pero no de esta forma. Viéndolo...es difícil de creer

—. —Tú has construido una ciudad más importante, aun cuando tu padre

Sin determinar

estaba en su mejor momento. Ahora es invencible. Finalmente, estas personas han encontrado la paz, gracias a ti. Deberías estar muy orgullosa

—. Gwendolyn quiso contestar: —Sí

—. —Tienes razón

—.

Ha llegado la paz, y va a durar para siempre.

Pero no podía pronunciar las palabras exactas. En el fondo algo la estaba carcomiendo y no estaba segura de qué era. Ella pensó en la fruta ennegrecida. Se acordó de las profecías de Argon.

Sabía que debería sentirse segura, y sin embargo, de alguna manera, no se sentía totalmente satisfecha. Una parte de ella no podía olvidar las palabras de mal agüero de Argon, en esa fatídica elección que hizo en el Mundo de las Tinieblas, el sacrificio. Su profecía. Las palabras de Argon sonaron en su cabeza, como si un desconocido llamara a su puerta y no quisiera irse: — Cuando te sientes más segura es cuando siempre tienes más temor—.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Thor tomó su antorcha y caminó al lado de Gwendolyn en la oscuridad; una procesión de miles de antorchas serpenteaba el camino en una noche de verano. El largo día de festividades finalmente se transformó en noche y Gwendolyn condujo la enorme procesión hacia la puerta trasera de la Corte del Rey a través de un amplio camino que los llevaría hacia la Colina del Rey. Thor estaba emocionado cuando se dio cuenta de que era tiempo para la Iluminación de Noche anual, una mística ceremonia que ocurría en cada Solsticio de Verano. Era la época cuando las juergas podían continuar en una forma más tenue, a lo largo de la calurosa noche de verano. Era una demarcación, el momento que cambiaba la naturaleza de la fiesta de un jolgorio a un acto sagrado. Gwendolyn caminaba lentamente, sombríamente, como los gobernantes de MacGil lo habían hecho durante siglos en esta noche; los músicos que tocaban el laúd entonaban una lenta y triste melodía. Su trabajo consistía en persuadir y ahuyentar a los espíritus que se rumoraba salían a bailar esta noche.

—Espero de que Argon esté allí—, Gwen le dijo a Thor.

—No lo he visto en varias lunas—, le contestó Thor.

—Yo tampoco—, agregó Gwen.

—Tiene la manera más extraña de desaparecer. No piensas que nos ha dejado para siempre, ¿verdad?—. Thor se encogió de hombros. Con Argon, uno nunca sabe. Thor tomó la mano de Gwen mientras caminaban y sintió la energía que la atravesaba — no solamente a ella, sino también al bebé. Thor estaba muy inquieto en estos días, esperando la llegada del bebé en cualquier momento y preparándose para la gran boda, que estaba a pocos días de distancia. Estaba ansioso para que todo saliera bien — la boda y el nacimiento. Él quería que la interminable espera ya terminara. Gwen apretó su mano y él la miró.

—Es esta noche—, ella le susurró, sonriendo.

—Cuando todo esto termine, pasaremos más tiempo juntos—. Thor le devolvió la sonrisa.

—Es lo único que más deseo—. A lo lejos, se oyeron dos chillidos — Mycoples y Ralibar — dando vueltas para hacer notar su presencia antes de dispersarse en la noche. Su presencia fue un desahogo para Thor. A menudo se echaban a volar de noche, pero siempre regresaban por la mañana.

—Cuando los veo—, dijo Gwen,

—Siento como si nada malo pudiera sucederle al Anillo—.

—Lo mismo siente yo—, añadió Thor.

—Con dos dragones y el Escudo activado, el Anillo por fin es inexpugnable—. Marcharon con miles de personas detrás de ellos entonando una suave y sombría canción compuesta para la noche. Conforme ascendían lentamente, en un camino compuesto por amplios círculos que daban vueltas una y otra vez, Thor alzó la mirada y vio la colina que se levantaba gradualmente a cientos de metros de altura. Esta colina era diferente a todas las demás, cubierta totalmente con hierba suave y pavimentada con círculos perfectamente redondos grabados a los lados. Entre cada círculo había un pequeño foso, lleno de agua perfectamente quieta y brillante. Al continuar ascendiendo por el camino que serpenteaba una y otra vez, Thor vio que todas las antorchas se reflejaban en el agua como mil puntos de luz que iluminaban la colina. Thor sabía que la Colina del Rey era un lugar mágico y místico; un lugar visitado sólo una vez al año, a pesar de su posición prominente en los alrededores de la Corte del Rey. También era, misteriosamente, uno de los pocos lugares que no sufrieron daños por la guerra. Conforme Thor avanzaba, podía sentir el poder de este lugar sagrado; cómo la tierra estaba viva y canturreaba bajo sus pies. Miles de jueguistas seguía a Gwendolyn que caminaba pausadamente hacia la parte superior, sosteniendo la antorcha en la mano.

—Aquí está él —, dijo ella, mirando hacia arriba. Thor volteó y vio con alivio que Argon estaba allí, parado en la cima, con túnica blanca y capucha, mirando hacia abajo, como un pastor espera pacientemente a su rebaño. Estaban llegando a la cima y Thor permaneció unos pasos atrás, mientras Gwen siguió avanzando, ocupando su lugar en la meseta más alta, cerca de Argon. Ella volteó y vio a todo su pueblo parado abajo, formados en grupos por los caminos que conducían a la Colina del Rey y esperó pacientemente a Argon.

Argon finalmente cerró sus ojos y levantó sus palmas frente a él. —La Noche de las Luces se posa en el día más largo del año.

Sin embargo, también marca el comienzo de los días de oscuridad. Unida a la luz, siempre está la oscuridad — y con la alegría, la tragedia. Los días están vivos, contrayéndose y expandiéndose; las personas tampoco están estancadas.

Nuestro universo siempre está en movimiento y nosotros junto con él

—. Él respiró profundamente. —Éste es un día santo, no solamente para el gozo. Es un día y una noche para la reflexión.

Miren las aguas delante de ustedes. Miren la luz de sus antorchas ardiendo. Recuerden que la luz se desvanecerá. Recuerden de dónde proceden. Su tiempo aquí es breve, es un soplo fugaz.

Somos como una nube que pasa, como un soplo de verano, nada más—. Argon bajó la cabeza y dio un paso atrás; Gwendolyn subió los últimos escalones del punto más alto en la Colina del Rey. Se quedó ahí, al lado de Argon, dirigiéndose hacia las masas.

Cuando lo hizo, inmediatamente todos hincaron la rodilla e inclinaron la cabeza.

Gwen tomó y levantó su antorcha ámbar y lentamente la bajó hasta tocar la estrecha franja de agua en la cima de la montaña.

Al hacerlo, el agua misteriosamente se encendió en llamas. Thor observó asombrado cómo las llamas se propagaban por el agua, iluminando los estrechos fosos a lo largo y ancho de la Colina del Rey; anillos de fuego entre los caminos esparcidos a cada seis metros, alumbrando la montaña y la noche. Todo el pueblo se calmó ahora que las aguas estaban encendidas y buscaron lugares cerca de las llamas, donde se acomodaron para pasar la noche. Gwendolyn bajó, tomó la mano de Thor y juntos encontraron un sitio en la hierba, apoyado contra la colina, al lado de sus hermanos y amigos cercanos. Cerca y sentados al lado de las llamas, estaban Kendrick y Sandara, Reece y Selese, Godfrey e Illepra, Erec y Alistair, Elden e Indra, Steffen y O'Connor. Krohn apareció al lado de Thor y se sentó junto a él, descansando la cabeza sobre su regazo. Thor buscó por todas partes a Argon, pero ya se había ido. El grupo se sentó mirando las flamas por todas partes, cada quien sosteniendo una copa de plata con vino del verano, como era la costumbre. Todos esperaron a

que Gwendolyn alzara su copa primero, como era habitual; ella tomó un sorbo, extendió la mano y salpicó el resto en el fuego.

Las llamas misteriosamente bufaron y subieron más alto.

Después los demás levantaron sus copas y bebieron. Thor tomó un gran trago del suyo y el fuerte vino ámbar se le subió a la cabeza. Thor se apoyó al lado de Gwen, colocó un brazo alrededor de ella y puso la otra mano sobre su vientre. Tuvo un profundo sentido de satisfacción. Su cuerpo estaba tibio por el aire del verano, por las llamas y por el vino en sus venas. Él y Gwen se recostaron sobre la hierba, como las otras parejas en la noche tranquila, mirando al cielo lleno de brillantes estrellas rojas. Thor sabía que no había otro lugar donde prefiriera estar.

Todo estaba perfecto en el mundo y deseaba que nunca cambiara. Cerca de allí, Reece y Selese estaban recostados besándose y compartiendo una copa de vino muy enamorados. Thor había admirado el valor de su amigo al comprometerse tan pronto y anhelaba la doble boda. Junto a ellos estaban Elden e Indra, sentados uno al lado del otro, curtidos guerreros y ninguno de ellos expresaba su amor por el otro. Thor sabía que estaban enamorados, sin embargo, estaban en contrapunto con Reece y Selese en la manera de demostrarlo.

La noche era muy tranquila, interrumpida sólo por el suave aire de verano y el sonido de las llamas. Sin embargo, la acústica era extraña, el viento transmitía voces en el aire, haciendo que Thor escuchara las demás conversaciones, aunque no quisiera.

—Ahora que las guerras han terminado, debo visitar a mi padre—, le dijo Elden a ella. —Suponiendo que todavía viva.

Será un largo viaje desde el Anillo hasta mi pueblo

—. Él la miró con cautela. —¿Te gustaría viajar conmigo?

—. Indra miró, inexpresivamente, las llamas. Parecía casi como si no estuviera interesada en él — aunque Thor sabía que lo estaba.

Ella se mantuvo igual. Se encogió de hombros. —No es como si no tuviera nada mejor que hacer

—, le dijo. —¿Entonces es un sí?

—, preguntó. Ella se encogió de hombros otra vez. —¿Por qué no?

—, respondió. Elden enrojeció. —¿No puedes admitir que sientes algo por

mí?

—, le preguntó.

Ella volteó a verlo con el ceño fruncido. —Estoy aquí contigo porque tu grupo me robó del Imperio. Y yo definitivamente no regresaré al Imperio.

—¿Entonces no sientes nada por mí?—, preguntó. Ella se encogió de hombros y apartó la mirada.

—Estoy aquí, ¿no es cierto?—, le dijo. Volvieron a guardar silencio. Esa era la manera que siempre había habido entre ellos; Indra decidida a mantener su fría, masculina e indiferente fachada, negándose a mostrar a Elden cualquier afecto. Pero Thor podía ver la forma en que ella lo miraba cuando él no se fijaba y sabía que realmente estaba interesada en él, más de lo que jamás admitiría — tal vez, por desgracia, más de lo que Elden imaginaba. Thor quería saber qué pasaría con ellos dos.

—Ésta es tu tercera copa de vino, ¿no es así?—. Illepra le preguntó a Godfrey, no muy alejado al otro lado de Thor. Godfrey sonrió cuando terminó el resto de un solo trago.

—Ojalá fuera la cuarta—, dijo con una sonrisa. Godfrey rio y se sirvió otro.

Illepra frunció el ceño.

—No deberías beber tanto—, lo reprendió.

—Sus heridas todavía necesitan sanar—.

—¿Sanar?—, le dijo.

—Eso fue hace seis lunas. Estaba curado a los días—.

—Tienes que dejar de beber—, le dijo.

—Es hora de que lo dejes—.

—¿Qué te importa a ti?, le preguntó. Ella se ruborizó. —He salvado tu vida dos veces

—, le dijo. —¿Qué caso tiene si vas a desperdiciarla?

—. —Nunca te lo pedí

—, le dijo Godfrey. Ella colocó sus manos en las caderas. —Desde que regresamos a la Corte del Rey tuviste la oportunidad de convertirte en alguien mejor y formar parte. En cambio te pasas todo el tiempo en las tabernas celebrando

—. —¿No hay mucho que celebrar?

—, le preguntó. —¿No tienes otra mejor forma de ocupar el tiempo que la de ser un borracho común

—?

—¿Existe otra mejor forma de pasar el tiempo?

—, le argumentó. —Si la hay, házmela saber. Yo no la he visto

—. Ella frunció el ceño. —Me prometiste que dejarías de beber

—. —Y lo hice

—, dijo tímidamente. —Por un rato

—. Godfrey, entretenido, soltó una fresca carcajada. Pero Illepra estaba enojada; de repente se levantó y salió hecha una furia. Godfrey la vio partir con perplejidad. —No la entiendo en absoluto

—, dijo en voz alta. —Ve por ella

—, le dijo Selese. ¿Por qué debería hacerlo? —¿Por qué eres tan ignorante? ¿No ves cuánto te ama?

—. Godfrey escondió la cara en reconocimiento y se le enrojeció, no precisamente por el vino. Por primera vez, parecía realmente reconocerlo. Miró hacia abajo y pateó la tierra con los pies. Pero no se movió. En cambio, tomó otro largo sorbo de vino.

Thor quiso alejarse de las voces para darles privacidad, así que tomó la mano de Gwendolyn, se levantaron y comenzaron a dar un paseo, por el borde de las flamas. Thor suspiró, pensando en los misterios del amor, en lo que hace que las personas se atraigan una a la otra. Todo le parecía inescrutable. En el camino se encontraron con Kendrick y Sandara, sentados fuera del grupo, en una oscura esquina de la colina. Cuando se acercaron, Thor podía oírlos hablar. —Pero el Anillo es tu hogar ahora

—, Kendrick le dijo a Sandara. Sandara sentada, alta y orgullosa, comportándose como en el Imperio, miraba las llamas meneando la cabeza. —Mi hogar está muy lejos de aquí.

En una tierra desconocida

—. —En el Imperio ocupado. ¿Preferirías estar ahí?

—. —El hogar es el hogar

—, le respondió. —¿Y qué hay de nosotros?

—. Kendrick le preguntó. —¿No importamos nosotros?

—. Ella se volvió, lo miró y le acarició la mejilla.

—Me importa más de lo quisiera. Es la única razón por la que todavía estoy sentada aquí

—. Thor tomó las manos de Gwendolyn y siguieron caminando hasta que se encontraron con Erec y Alistair que conversaban tranquilamente entre ellos.

—Parece que hay muchas bodas en el ambiente

—, Alistair le dijo a Erec. —Y la nuestra pronto llegará, mi señora

—, respondió Erec. Alistair se volvió y lo miró con grandes ojos. —¿En verdad?

—, le preguntó, llena de esperanza. Él asintió con seriedad. —Quiero que nos casemos en mi patria, las Islas del Sur. Quiero que mi padre te conozca. Y todo mi pueblo. Quiero que tengas la recepción que te mereces. Mi padre es el Rey y serás una princesa entre mi gente. Será una gran boda. Una digna de ti. Si no tienes inconveniente en esperar

—. Alistair se acercó, lo abrazó fuertemente y él a ella, y se besaron. — Hay demasiada gente aquí

—, dijo Gwendolyn. —Quisiera estar solamente contigo. Ven conmigo—.

Ella extendió la mano y agarró la de él conduciéndolo silenciosamente, en la noche, hacia el castillo real.

CAPÍTULO VEINTE

Thorgrin caminó lentamente por su vieja aldea, desconcertado. Aquí estaba el lugar donde había crecido y sin embargo le parecía tan extraño. Las calles estaban vacías, las puertas de las casas abiertas, como si las hubieran abandonado a toda prisa. Caminaba lentamente con un viento que azotaba su rostro y revolvía la tierra; nunca se había sentido tan solo. Thor dio la vuelta y vio la casa de su padre a donde se dirigió con temor. Era la única casa en el pueblo con la puerta cerrada. Al llegar dio vuelta la perilla y lentamente empujó la puerta de madera chirriante. Su corazón se detuvo. Frente a él no se encontraba su padre — sino Andrónico. Andrónico salió sonriendo y burlándose al mismo tiempo, con el cuerpo medio descompuesto, alargó su mano huesuda hacia la garganta de Thor.

—Hijo mío—, le dijo con su vetusta y horrible voz.

—Podrás haberme matado.

—Pero aún puedo aparecerme en tus sueños

—. Thor se le acercó, le golpeó la mano huesuda y cortó sus muñecas — al hacerlo, el paisaje cambió. Thor bajó la mirada y vio que su muñeca sangraba, no por los rasguños del esqueleto de su padre, sino por una maraña de espinas. Thor caminaba con dificultad a través de la pila de espinas que eran más altas que su cabeza, rasguñando sus brazos por doquier y haciéndolo retroceder.

Estaba enredado y con cada paso sentía más dolor; las espinas se le incrustaban profundamente en la piel. Thor luchó con todas sus fuerzas y finalmente se abrió camino hacia el otro lado. Ante él había un terreno baldío, el cielo color ceniza y el suelo de cieno. Sobre él miles de cadáveres: los del Imperio, los de McCloud, los de cada soldado que Thor había conocido y aniquilado en batalla. Ahí estaban todos, gimiendo. Rafi, parado en el centro, levantó su dedo acusador hacia Thor. —Hay sangre en tus manos

—, le dijo a Thor con su horrible y mordaz voz. Como uno solo, todos los cadáveres se levantaron dirigiéndose a Thor y lo

atacaron. Thor levantó las manos y gritó. —¡NO!—. Thor parpadeó y se

encontró de pie en un puente. Miró hacia abajo y vio arrasadoras aguas del océano. Vio un solo barco pequeño moviéndose violentamente en el océano, vacío. Se dio cuenta de que había estado en ese barco hacía mucho tiempo y que ahora se encontraba en esta estrecha pasarela. Sólo un paso a la derecha o a la izquierda y se desplomaría hacia su muerte. Thor vio que el puente se extendía por varios kilómetros en el cielo y terminaba en la cima de un acantilado. En su borde estaba situado un castillo que dominaba el cielo y el mar. La luz fluía a través de las ventanas del castillo con un brillo tan intenso que lastimaba los ojos de Thor. En el puente, no lejos de él, se encontraba una mujer vestida con una túnica azul, extendiendo la mano. Inmediatamente supo que era su madre.

—Hijo mío—, le dijo.

—Se terminaron tus guerras. Ha llegado el momento del encuentro. Para que comprendas la fortaleza de tus poderes.

Para que sepas quién eres realmente—. Thor quería ir hacia ella urgentemente, pero presintió algo detrás de ellos; se dio vuelta y vio, no muy lejos, a un muchacho que se le parecía. Era más alto que Thor, con cabello rubio brillante, hombros anchos y un rostro amable. Tenía una mandíbula fuerte y un mentón orgulloso. Miró amorosamente a Thor. —Padre

—, le dijo, extendiendo una mano.

—Te necesito—. Thor dio vuelta y miró hacia adelante y hacia atrás, indeciso, sin saber qué camino tomar. De repente, el puente se derrumbó y Thor cayó en picado, gritando, arrastrado por las furiosas aguas de su muerte. Thor se despertó gritando. Se sentó en la cama a oscuras respirando con dificultad y miró a todas partes. Gwen despertó, se sentó a su lado y agarrando una vela de la mesa de noche, la acercó hacia ella alumbrando la cara de Thor para examinarlo, con preocupación.

—¿Qué sucedió?—, le preguntó.

—¿Te encuentras bien?—. Gwen respiraba pesadamente y Thor pudo ver que era penoso para ella moverse en la cama con el embarazo y se sintió mal por haberla despertado. Estaban acostados en la recámara de los padres de ella, que ahora era suya, en una enorme cama apilada con pieles lujosas. Krohn saltó y corrió hacia Thor, lamiéndolo varias veces. Thor saltó de la cama, se puso su túnica y corrió hacia el pequeño lavabo apoyado contra la

pared, salpicando su rostro con agua. Respiró profundamente, con el agua goteando por su rostro, y miró a través de la ventana arqueada que estaba abierta. Abajo se encontraba la Corte del Rey, perfectamente silenciosa y tranquila ya que todos los celebrantes se habían ido a casa. Las dos lunas colgaban en el cielo, una roja, otra violeta que emitía una suave luz a través de las nubes. Thor respiró profundamente, frotando su rostro y tratando de despejar su mente. Había tenido demasiadas pesadillas últimamente. Seguía viendo las caras de todos sus oponentes, reviviendo tiempos de batallas. Se aferraban a él como una niebla. También había tenido visiones recurrentes de su hijo y de su madre.

Sintió que algo siniestro estaba en el horizonte, pero no sabía qué era. Sobre todo, Thor sentía un intenso deseo, cada día más fuerte, de buscar a su madre, de saber quién era realmente, para comprender su destino.

—Todo está bien—, dijo Thor suavemente, dando la espalda a Gwendolyn. Se dio vuelta y acercándose a ella la besó en la frente.

—Sigue durmiendo—, añadió; tomó la vela, la puso nuevamente en la mesa de noche y la apagó. Gwen se acostó, acurrucándose debajo de las cubiertas.

—Regresa a la cama—, le dijo.

—Lo haré

—.

—Muy pronto—, contestó Thor. Necesitaba tomar aire fresco para despejar su mente, para librarse de los demonios de la noche. Thor salió de la habitación y Krohn le seguía los pasos; caminó hasta el salón del Castillo, cerrando la puerta suavemente detrás de él. Estaba más iluminado ahí por varias antorchas encendidas a lo largo del muro. Los dos soldados colocados afuera de la puerta se pusieron en posición de firmes ante su presencia. Thor giró y se dirigió hacia los antiguos corredores de piedra donde finalmente llegó a una estrecha escalera de piedra que conducía a los parapetos. El tejado era su de refugio, un lugar donde había podido escapar de los demonios de la noche. Thor cruzó el techo del castillo con Krohn detrás de él, recorriendo con la mano las grandes y suaves piedras. Observó la Corte del Rey. Era hermosa, tranquila, iluminada bajo la luz de la luna, miles de antorchas dispuestas ordenadamente a lo largo de los muros; todo reconstruido perfectamente.

Algunos juerguistas dormían en los terrenos del castillo, demasiado cansados o borrachos para volver a sus camas. La Corte del Rey ahora estaba segura y se podía dormir a la intemperie, sin ningún temor. Los terrenos de la ciudad estaban cubiertos con el desorden de las festividades del día; cientos de mesas para banquete tenían aún restos de comida; un desastre que tendría que esperar hasta el día siguiente para limpiarlo. Cuando Thor miró hacia abajo, se sorprendió con lo que Gwen había logrado. Y se asombró por las dificultades que la vida le había presentado. Mientras crecía, nunca habría imaginado, ni en un millón de años, que siendo un forastero, sería invitado al Castillo del Rey — y mucho menos vivir ahí, ahora que estaba parado en la cima, a la luz de la luna, inspeccionando la Corte. Como forastero, sólo había esperado y soñado que tal vez algún día entraría por sus puertas. Ahora se encontraba aquí, en la cúspide de todo. Estaba encantado, pero también todo era tan surrealista. En cierto modo era aterrador estar en la cima de todo en la vida; una parte de él sentía temor de que no quedaba nada más que ir de ahí hasta abajo. Thor estaba muy confundido con la vida.

Finalmente, tenía todo lo que siempre había soñado. Tenía una futura esposa a quien amaba y que lo amaba; tenía un hijo en camino; era respetado por sus pares y amado por el pueblo. Sin embargo, por alguna razón inexplicable, sentía que algo le faltaba en la vida y no sabía qué era. ¿Era no haber conocido a su madre? ¿No conocer su destino, su propósito de vida? Sintió que debería ser feliz, y lo era en la mayoría de los casos, pero en un menor nivel, no entendía por qué no era así. ¿Qué era lo que le faltaba? ¿Era solamente que la naturaleza humana nunca está satisfecha una vez que se obtiene lo anhelado?

Más que nunca, Thor buscaba respuestas. Necesitaba ver a Argon. Thor oyó un gran chirrido en el cielo, alzó la vista y miró a Mycoples, circulando en lo alto, para hacer notar su presencia.

Siempre sabía cuándo Thor estaba ahí, y siempre volaba para saludarlo.

—¡ARGON!—, Thor gritó al cielo nocturno, reclinado y mirando a las estrellas.

—¿DÓNDE ESTÁS?—. Krohn gimoteó y Thor volteó a verlo siguiendo su mirada y se sorprendió al ver a Argon de pie, vestido de túnica negra y capucha, sosteniendo su bastón, a pocos metros de distancia, quien lo miraba

con calma, sin expresión alguna, como si siempre hubiera estado parado ahí. Sus ojos brillaban con tal intensidad que Thor tuvo que apartar la mirada.

—No necesitas hablar tan fuerte—, dijo una voz tranquilamente. Thor se acercó a él, parándose uno al lado del otro, y juntos miraron la ciudad.

—Te he extrañado, Argon—, le dijo Thor.

—Te he llamado muchas veces. ¿Dónde estabas?—.

—Viajo por muchos mundos—, le respondió enigmáticamente Argon.

—Pero siempre estoy contigo, en tu mundo, de alguna manera—.

—Entonces ya sabes lo que está sucediendo—, le dijo Thor.

—Tú sabes lo de mi hermana. Lo de mi bebé. Mi hijo—. Argon asintió solemnemente.

—Pero entonces, ¿por qué nunca me lo dijiste? Nunca me dijiste nada de esto—. Argon sonrió.

—Yo no debía decírtelo—, contestó.

—Aprendí mi lección sobre interferir en el destino humano. No es algo que intento hacer de nuevo—.

—¿Qué otra cosa no me dices?—. Thor preguntó, sorprendido y desesperado por saber. Él no pudo evitar sentir algo amenazador en el horizonte, un gran secreto, algo que tenía que ver con él, y presintió que Argon sabía lo que era. Argon miró a Thor, después se volvió y contempló la ciudad.

—Hay mucho—, dijo finalmente,

—que preferiría no saber—. Thor tuvo una profunda sensación de premonición con esas palabras.

—¿Voy a morir Argon?—, le preguntó inexpresivamente y ansioso por saber.

Argon hizo una larga pausa, tan larga que a Thor le preocupó que no fuera a contestarle.

—Todos moriremos, Thorgrin—, finalmente le respondió.

—Pocos de nosotros vivimos verdaderamente—. Thor respiró profundamente, sorprendido. Él quería hacer muchas preguntas.

—Mi hijo—, le dijo Thor.

—¿Será un gran hombre?—. Argon asintió con la cabeza.

—Exactamente—, le respondió.

—Un gran guerrero. Incluso superior a ti. Su inmensa fama eclipsará a la tuya—. Thor, henchido de orgullo por su hijo, se quebró llenando sus ojos de lágrimas. Estaba emocionado porque Argon finalmente le dio una respuesta directa, pero también presintió que había algo demasiado bueno para ser verdad.

—Pero todo tiene precio—, le dijo Argon. El corazón de Thor latió apresuradamente cuando escuchó esto.

—¿Y cuál es el precio para mi hijo?—. Thor preguntó tímidamente.

—Padres e hijos son uno. El vínculo es más profundo de lo que pueda explicarse. Uno debe sacrificarse por el otro, aunque elija no hacerlo. Los hijos cargan los pecados de sus padres — y los padres llevan los pecados que están por venir. — Thor contempló la ciudad, preocupado. Presintió algo oscuro en el horizonte.

—Necesito saber cuándo voy a morir—, insistió Thor.

—¿Será pronto?—. Argon movió lentamente la cabeza.

—Tu hora aún no ha llegado, joven Thorgrin—, le respondió Argon.

—Hoy no, al menos. Todavía te falta mucho por lograr, cosas grandiosas que ni siquiera te has imaginado. Tu formación aún no está completa. Todavía no has dominado tus poderes. Y los necesitarás para dónde vas a ir—. — ¿Adónde voy a ir?

—. Preguntó Thor, perplejo. —¿Y para qué los necesitaré?

El Anillo vive en paz

—. Argon se dio vuelta y movió lentamente la cabeza. —La paz es sólo una ilusión, una protección detrás de las siempre esperadas llamas de la guerra

—. El corazón de Thor latió más rápidamente.

—¿Dónde acecha el siguiente peligro, Argon? Solo dímelo.

—¿Cómo puedo prepararme?

—. Argon suspiró. —El peligro acecha en todas partes, Thorgrin. Puedes prepararte cuando aprendas a dominarte

—. —Mi madre

—, dijo Thor. —Sigo viéndola en mis sueños

—. —Eso es porque ella te está llamando. No es una llamada que puedas ignorar. Tu destino depende de ello. El destino de tu pueblo depende de ello

—. —Pero, ¿cómo la encontraré?

— Thor preguntaba, mirando hacia el horizonte. —No sé cómo hacerlo—. Thor volteó para dirigirse a Argon, pero al hacerlo se sorprendió al ver que ya se había ido. —¡ARGON!— Thor clamaba descontrolado, buscando en todas direcciones a su alrededor. Se quedó ahí durante varias horas, mirando, esperando, alerta, incluso hasta que el primer sol tocó el cielo — pero sin importar cuánto buscó, no encontró nada sino el aullido del viento.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Gwendolyn estaba sentada en su trono en la sala del Consejo reconstruido; la temprana luz del primer sol entraba a través de los vitrales, pintando la habitación con débiles colores. Ella sondeó con sorpresa, la vasta cantidad de personas que llenaba la sala. Apenas podía creer cuánta gente había en la cámara — asesores, miembros del Consejo, aduladores, simpatizantes, nobles, señores, asistentes — y en un día tan especial como el de hoy, los peticionarios, alineados afuera de la sala, en el vestíbulo y en el exterior del castillo. Era una antigua tradición de los gobernantes escuchar las peticiones el día posterior al Solsticio de Verano y Gwendolyn, independientemente de lo cansada que estaba, no abandonaría a su pueblo. Gwen también se sorprendió de lo resplandeciente que ahora lucía el recinto, desde su reconstrucción. Hacía apenas seis lunas que se había sentado ahí, con la habitación prácticamente en escombros y un gélido aire entrando por las paredes abiertas.

Ahora era un hermoso día de verano donde la templada brisa penetraba por los arqueados vitrales abiertos convirtiéndose en el mejor auditorio de los dos reinos. Ella había duplicado el tamaño de este afamado salón, había duplicado el tamaño de la mesa de Consejo y había mandado construir los asientos más cómodos para que pudieran esperar con dignidad. Este salón era donde ahora pasaba la mayor parte de sus días. Ella quería estar ahí, caminar por los campos, despreocupada como lo había sido cuando era una niña — o pasar el tiempo con Thor, dando un paseo a través de sus patios y jardines. Pero por desgracia, el gobernante de un reino necesita conocer las banales decisiones y problemas, oyendo a una persona tras otra.

Muchos días había venido aquí, esperando salir temprano, pero sin darse cuenta, el día se alargaba y salía hasta el anochecer. Este día estaba decidida a que fuera diferente.

Después de todo, el Solsticio de Verano llegaba una vez al año y hoy, que era el día siguiente, era el Día de Salida; mucha gente se iría en este día, embarcándose hacia a otro lugar en el Reino.

Se creía que era de buena suerte partir el día posterior al del Solsticio de

Verano y su pueblo lo tomó muy en serio. Cerca se encontraban Thor, Reece, Kendrick, Godfrey, Erec, Aberthol, Steffen,

Alistair y Selese, junto con varios consejeros cercanos, incluyendo aquellos que una vez se había pertenecieron al Consejo de su padre. Gwen estaba cansada con las festividades de la noche anterior y aún más, por el bebé. Las enfermeras le habían informado que nacería en cualquier día y podía sentirlo sin que se lo hubieran dicho. El bebé daba vueltas como loco y cada día a Gwen les costaba más trabajo recobrar el aliento. Lo primero que hizo temprano fue sentarse ahí, pero estaba adormilada y luchaba por mantener los ojos abiertos. Se obligó a concentrarse. Era un gran día, después de todo, uno de los más importantes y auspiciosos del año pero la Cámara del Consejo, de por sí atestada, estaba cada vez más concurrida. Gwen había estado recibiendo dignatarios extranjeros y simpatizantes desde la salida del sol; visitantes de todos los rincones del Anillo y del Imperio que habían llegado para su boda. En una esquina de la habitación estaban apilados los regalos de boda para ella y para su bebé. Faltaban algunos días para la boda y sin embargo los regalos seguían llegando: candelabros de oro, piedras preciosas, alfombras antiguas, delicias de todo tipo... Había más de lo que ella podía contar o usar alguna vez en la vida. La multitud la rodeaba de un enorme afecto y rápidamente fue reconocida como la Reina del Pueblo.

Tal vez fue porque había sufrido, y la gente — que también había padecido a su manera — se identificaba con ella. La multitud la amaba completamente — tanto como lo hacían los nobles — y lo cual era raro en el Reino. Era algo que aún su padre no había disfrutado. Los nobles lo habían respetado y las multitudes le habían temido y apreciado. Y todos pensaban que fue un rey justo. Pero ninguno lo había amado. Su padre había mantenido a distancia al pueblo y a los nobles; Gwendolyn les abrió las puertas y los trataba como parte de la familia. Una vez que terminó de recibir a todos los dignatarios extranjeros, se acabaron los asuntos externos de la mañana y era tiempo de ocuparse de los asuntos internos. Aberthol aclaró la garganta, golpeó el bastón en el suelo y dio un paso adelante para iniciar con los procesos. El salón comenzó a quedar en silencio.

—Empezamos con un informe del recaudador de impuestos—, anunció Aberthol. Earnan, quien era el antiguo consejero de impuestos de su padre, dio

un paso al frente, se inclinó y leyó el pergamino.

—Dos mil toneles de vino—, anunció, con voz seca.

—Mil barriles de cerveza. Ocho mil pollos; seis mil gallinas. Mil vacas...
—. Bajó el pergamino y levantó su rostro sombrío.

—Las festividades reales y la boda de la reina, todo organizado por nosotros, representan una generosidad de una magnitud nunca antes vista en la historia de los dos reinos. Mi señora, usted es la gobernante más generosa que alguna vez se haya sentado en ese trono. Pero estas fiestas son también motivo de preocupación. Hemos agotado casi todo lo que quedaba de nuestro tesoro real—. Un silencio sombrío envolvió la habitación, mientras las miradas se dirigieron a Gwendolyn.

—Estoy consciente de los costos—, dijo.

—Y también de que el pueblo está contento. Después de todas las dificultades, necesitaban un motivo para alegrarse. Cada centavo se gastó adecuadamente. Si no existe un espíritu fuerte, no hay voluntad—.

—¡ESO, ESO!—, gritó la multitud en el salón, aclamando en defensa de ella.

—Puede que así sea, mi señora—, le dijo,

—pero mi responsabilidad como tesorero es vigilar nuestras reservas. Y las mismas deben reponerse. Propongo que se cobre un nuevo impuesto al pueblo—. Se escuchó un abuceo en toda la multitud, hasta que Aberthol azotó su bastón varias veces y guardaron silencio. Earnan aclaró la garganta y continuó: —La reconstrucción de la Corte del Rey ha sido muy onerosa, mi señora. Y si el pueblo se benefició. También debe ayudar a pagar por ello

—. Todos en la habitación voltearon a ver a Gwen. Ella lo meditó cuidadosamente, hasta que finalmente llegó a una conclusión. —Gracias por cumplir con su deber

—, le dijo a Earnan, y lo hicieron muy bien. Sin embargo, no voy a imponer un nuevo impuesto a mi pueblo. Para resolver el problema, usted puede utilizar mi propia riqueza—. Los ojos de Earnan se ensancharon, de la sorpresa.

—¿Cómo dijo, mi señora—.

—Todos estos regalos que he recibido — todas estas joyas y tesoros—

puede tomarlos para nuestro tesoro. Tómelos todos. Prefiero que los tome de mí, que de mi gente. — Gwendolyn se dirigió a Thorgrin.

—Estos regalos de boda también son tuyos. Y supongo que estarás de acuerdo—. Thorgrin asintió con la cabeza sin dudarlo.

—Por supuesto, mi señora—, le respondió.

—Estas cosas materiales no significan nada para mí—. Gwendolyn satisfecha, hizo un gesto de alusión hacia Earnan.

—Creo que con esto se resuelve el problema—, le dijo. Earnan hizo una reverencia.

—Es cierto. Es la conclusión más satisfactoria que yo jamás habría esperado. El pueblo es afortunado al tenerla a usted. Dudo que algún otro gobernante habría hecho lo mismo—. El salón estalló con vítores de amor y admiración.

—Cualquier presente que regale, se lo devolveremos con plenitud nuevamente!—, gritó un plebeyo entre la multitud. Se escuchó otro vitoreo jubiloso. Gwen estaba cansada y se preguntó cuánto tiempo más duraría la reunión de este día. Su espalda le dolía por el bebé y se retorció ya no podía sentarse cómodamente en el trono. Duwayne, su asesor en las multitudes, se adelantó.

—Mi señora, hablando de las necesidades del pueblo—, dijo, —nuestra gente ha venido a la Corte del Rey durante las últimas seis lunas y nos ha ayudado en la reconstrucción. Ahora que el trabajo está terminado, deben regresar a sus propias aldeas.

Pero volverán a sus hogares y aldeas devastadas por la guerra.

Ahora nos toca ayudarlos a reconstruir. Debemos asignar y distribuir los recursos necesarios para ello: mano de obra, materiales de construcción, suministros, granos y oro. Ahora que la Corte del Rey ha regresado, el resto del Anillo no debe descuidarse

—. Gwendolyn asintió al encontrar sabiduría en sus palabras. —De acuerdo

—, le dijo. —Voy a nombrar a uno de mis concejales para supervisar esto. Él se dará a la tarea de recorrer todas las aldeas y pueblos del Anillo para que en mi nombre decida qué recursos deberán asignarse. Lo que mi pueblo necesite,

lo conseguirán.

—¡Steffen!—. Gwendolyn lo llamó. Steffen corrió hacia ella, haciendo una reverencia y mirándola con sorpresa.

—Yo te nombro como el nuevo Lord del Interior.

Hablarás en mi nombre y tendrás todo el poder y los recursos del tesoro real y de las fuerzas reales para ayudar en la reconstrucción del Anillo. Viajarás de ciudad en ciudad reuniéndote con sus habitantes y decidirás quién y qué necesitan. ¿Vas a aceptar esta responsabilidad?—. Todas las miradas se dirigieron a Steffen en el atestado salón. Él trasladó y recorrió sus palmas en sus muslos, evidentemente tomado por sorpresa e incómodo por ser el centro de atención.

—Mi señora—, dijo, carraspeando la garganta.

—Solamente soy un simple sirviente. No soy digno de tal rango y posición. Lo que usted describe será uno de los puestos con más de poder en su reino.

¿Por qué me escogió a mí? Yo no lo merezco—. —Esa es precisamente la razón por la cual te lo estoy dando

—, le dijo Gwendolyn. —Porque actúas con humildad; porque no eres orgulloso; porque eres un asesor leal, dedicado y confiable; y porque confío en ti con mi vida. También entiendes a la gente común y eres un buen conocedor de caracteres. Confío en ti para que seas mi representante. El puesto es tuyo y te pido que lo aceptes

—. Steffen inclinó la cabeza. Cuando la levantó, sus ojos estaban llenos de lágrimas. —Mi señora, lo acepto con la mayor humildad y gratitud. Es una posición que espero ser capaz de poder cumplir

—. Gwen asintió con la cabeza. —Excelente

—. En este Día de Partida te marcharás antes de que se ponga el sol—. Gwen se volvió hacia Aberthol, esperando que no quedaran pendientes en la agenda de esa mañana; pero él se adelantó y desenrolló un largo pergamino lleno de casos que empezó a leer. Gwendolyn suspiró.

—Mi señora, siguen llegando reportes de fuertes que a lo largo del Anillo fueron destruidos y necesitan ser reconstruidos. También debemos tener fortificaciones a lo largo de los puentes del Cañón. Los Plateados y la Legión necesitan refuerzos a causa de todas sus pérdidas. No tienen las cantidades de personas que había en el tiempo de su padre—. Gwendolyn asintió con la

cabeza.

—Kendrick y Erec—, les avisó,

—estarán a cargo de todas las cuestiones relativas a Los Plateados. Confío en que nos convertirán en la fuerza guerrera que teníamos durante la época de nuestro padre—.

—Sí, mi señora—, ambos dijeron.

—Ustedes también estarán a cargo de fortalecer y asegurar todos los fuertes y los cruces a lo largo del Anillo. Necesitamos que regrese nuestra milicia y nuestros puestos a su anterior potencia. Hay que reponer nuestro Salón de Armas y surtir los cuarteles de Los Plateados—.

—Sí, mi señora—, ellos respondieron.

—Thorgrin—, dijo Gwen, volviéndose a él,

—tú estarás a cargo de la reconstrucción de la Legión. Llena nuevamente sus filas, haz que vuelvan a ser la fuerza de combate que una vez existió para que reflexionen sobre la integridad de todos esos muchachos que murieron sirviendo a nuestra causa—.

—Sí, mi señora—, respondió Thor. Aberthol desenrolló otro pergamino, lo examinó y lo miró de reojo. Entonces comenzó a leer.

—Mi señora, hoy llegaron informes de los halcones sobre problemas en las Islas Superiores—. Gwen asombrada arqueó la ceja.

—¿Qué clase de problemas?—, preguntó.

—Un mensaje de su regente Srog. Informa que existe descontento entre su pueblo—.

Aberthol miró de reojo el pergamino para leer por encima.

—Habla de una inestabilidad entre los hijos de Tirus y su difusión entre las personas. Advierte sobre un posible levantamiento. Está solicitando refuerzos—. Gwendolyn se recostó en su trono y dobló las manos en su pecho. Ella no esperaba esto.

—¿Y cómo interpretan todo esto?—, le preguntó a sus asesores. Gwen había aprendido de su padre que siempre era mejor escuchar las opiniones de los demás antes de expresar la suya.

—Srog es un líder sabio y capaz—, dijo Erec.

—Silesia es una gran ciudad. Si está teniendo dificultad para gobernar las

Islas Superiores, eso no es buena señal. Confío en lo que él dice—.

—Los otros MacGil son personas tercas, cabezas duras—, dijo Kendrick.

—Tal vez ellos no pueden domarse—.

—Usted podría liberar a Tirus—, dijo Godfrey.

—Eso podría tranquilizarlos—.

—O podría abandonar las Islas Superiores y consolidar su reinado—, dijo Thor.

—Su padre nunca fue capaz en su vida de unir a la isla y al continente—, dijo Aberthol.

—Tampoco el padre anterior a él. —No podemos permitir que ninguna rebelión florezca en las Islas Superiores

—, dijo Kendrick, —porque fácilmente podría extenderse hacia el continente. Tal vez sea necesario invadir

—.

—No estoy de acuerdo, mi señora

—, dijo Reece.

—Necesitamos las Islas Superiores. Es un punto estratégico en el Mar del Tartuvio. Y no todos los isleños son malvados. Hay mucha gente buena entre ellos, incluyendo a nuestro primo Matus

—.

—Eso es cierto

—, dijo Kendrick. —A Matus le debemos nuestras vidas

—. Gwendolyn se sentó y lo consideró cuidadosamente. Se preguntó qué habría hecho su padre. Ella sabía que nunca había confiado en los isleños, en su hermano o en sus primos; y sin embargo, él tampoco los dejó demasiado aislados de su supervisión. —Quiero saber qué más tiene que manifestar Srog

—, dijo Gwen. —Y quiero otra perspectiva sobre la isla.

—Reece—, dijo ella, dirigiéndose a él. Reece dio un paso al frente.

—El día de hoy partirás hacia las Islas Superiores—.

—¿Yo, mi señora?—, le preguntó sorprendido. Gwendolyn asintió con la cabeza.

—Siempre estuviste allegado a Matus. Tiene la misma edad y él siempre confió en ti y tú en él. Tú serás mi voz, mis ojos y mis oídos. Sal en busca de Matus y de Srog. Recorre las Islas Superiores, escucha a su pueblo y regresa con un informe completo de lo que está sucediendo ahí, exactamente.

Basándome en sus conclusiones, yo decidiré si debo fortalecerlos o marcharnos—.

Reece asintió, pero parecía vacilante. Gwen se dio cuenta del motivo.

—No te preocupes por nuestra doble boda—, le dijo Gwendolyn.

—Está todavía a media luna de distancia. Regresarás con suficiente tiempo. Después de todo, no la celebraré sin ti.

Vete entonces. No te demores—. Reece se veía más seguro.

—Sí, mi señora—, dijo, haciendo una reverencia. Gwendolyn se dirigió a Aberthol.

—¿Hay algo más?—, le preguntó agotada.

—Si no es así, entonces me gustaría continuar con — — Aberthol levantó una mano.

—Solamente una cuestión más, mi señora—. Gwen suspiró.

Estaba empezando a tener un gran respeto por todo lo que su padre había pasado.

—Un mensaje de Bronson—, dijo Aberthol.

—Es un informe sobre los disturbios por el lado McCloud en las Tierras Altas—. Gwendolyn levantó las cejas, mirando a Aberthol con temor. ¿Alguna vez algo

fue estable? ¿Ése era el propósito de convertirse en reina?

¿Apagar una interminable oleada de incendios, de disturbios perpetuos y de descontento? ¿Por qué no podía el pueblo solamente permanecer feliz y en paz?

—¿Disturbios?—, le preguntó. Aberthol asintió con la cabeza, examinando otro pergamino.

—Informa sobre sus fallidos esfuerzos para unificar los dos lados del Anillo. Han pasado seis lunas y están resentidos. Ven la prosperidad en el Oeste y ellos aún no han experimentado nada de eso—. Kendrick estaba exasperado.

—¿Han olvidado que su líder inicialmente apoyó a Andrónico contribuyendo a exacerbar esta guerra?—, preguntó.

—Si no hubieran pasado todas esas lunas antes de la guerra lanzando ataques en nuestro territorio—, dijo Godfrey,

—entonces tal vez ahora tendrían una mayor participación de nuestra

prosperidad—.

—Como justificación—, dijo Reece, —al final se unieron a nuestro lado

—. —Ellos difícilmente padecen hambre

—, dijo Thor. —Nuestros hombres les han dado mucha de nuestra abundancia de verano y los han ayudado en la reconstrucción. Todos ellos comen bien

—. —Pueden comer bien

—, dijo Aberthol, —pero no son ricos. Hay una diferencia. Ellos ven lo que otros tienen y lo codician. Esa siempre ha sido su naturaleza. Ven a la Corte del Rey, brillante, y quieren que sus ciudades estén cromadas en oro

—. Kendrick resolló. —Bueno, entonces ese es su problema, no el nuestro

—. —Te equivocas, hermano

—, dijo Gwendolyn. —Cualquier problema, en cualquier lugar del Anillo, es nuestro problema. Su descontento no puede pasar desapercibido. Ahí es donde comienza la fuerza

—. La sala se quedó en silencio y Aberthol suspiró. —Es la naturaleza de los McCloud, mi señora. Son un pueblo salvaje y ordinario. Ellos no pueden mezclarse con los MacGil. Quizá usted pudo haber enviado a Bronson a una tarea que no puede cumplir

—. —La rivalidad entre nuestros dos pueblos es antigua y fuerte

—, dijo Erec.

—Son miles de años. Tal vez no seamos capaces de suavizarlos en seis lunas — incluso con un emisario como Bronson. Las venganzas están a flor de piel. Y los McCloud no son un pueblo compasivo—. Gwendolyn se inclinó y pensó todo cuidadosamente. Su estómago le estaba doliendo otra vez y no sabía cuánto más podría aguantar en una mañana.

—Lo que dicen puede ser cierto—, dijo Gwen,

—sin embargo, eso no significa que no deberíamos intentarlo. Nos encontramos en un momento singular en la historia: el tirano rey McCloud está muerto; su hijo, Bronson, es leal a nosotros; su reino fue destruido, y sin embargo estuvimos brevemente unidos en la causa para expulsar a los invasores. Veo esto como una oportunidad para, de una vez por todas, unir a nuestros dos reinos—.

—El problema con los McCloud—, dijo Kendrick,

—es que están descontentos, y se consideran en competencia con nosotros. Ellos ven la Corte del Rey, y quieren lo mismo. Pero nunca han tenido una Corte del Rey, y nunca la tendrán. Es el honor y la nobleza y el refinamiento lo que construye la Corte de un Rey, no un montón de piedras. Eso es lo que ellos nunca entenderán—. Gwendolyn suspiró.

—Tener a un lado estable de los McCloud al lado de la zona montañosa, es vital para nuestros propios intereses—, dijo ella.

—No queremos la amenaza de robo de ganado sobre nuestra cabeza todo el tiempo. Queremos que nuestro pueblo viva en paz. Que es lo que nuestro padre sentía, y es precisamente por lo que él había intentado forjar una alianza con el matrimonio de Luanda con un McCloud—.

—Sin embargo, no tuvo éxito—, dijo Aberthol.

—Debemos aprender de sus errores—.

—No obstante—, dijo Gwen, —también debemos aprender de sus esfuerzos.

No estoy dispuesta a renunciar a la paz tan rápidamente. Puede ser más difícil y más complicado — pero es más duradera, y es el único camino hacia nuestra máxima seguridad. Debemos encontrar una manera de unir a nuestros dos pueblos. Siempre hay un camino. La pregunta es: ¿cómo?

—. Ella analizó a sus hombres, y todos estaban allí, con el ceño fruncido. Ella se centró en Godfrey, que estaba allí, adormilado, sin afeitarse, con resaca.
—Godfrey

—, dijo ella. —No has hablado hoy. Siempre tienes una pepita de sabiduría

—.

Godfrey la miró, atrapado desprevenido. —Bueno

—, dijo él, nervioso, pasando una mano a través de su cabello desarreglado, —siempre he sabido una cosa para reunir a los hombres

—, dijo él, mirando alrededor con cautela. —Y es beber. Enséñame a dos hombres que se odien, y los tendré cantando juntos sobre una pinta de cerveza. La sala de repente irrumpió en carcajadas, y Godfrey miró a su alrededor, sin estar seguro, luego sonrió tímidamente. Gwendolyn sonrió, mientras lo veía. Su hermano era excéntrico, pero todavía tenía cierta sabiduría. Y él sabía, mejor que a nadie que ella conociera, el latido del corazón del hombre común.

Su padre le había enseñado que a veces la solución más compleja llega en la sabiduría más obvia.

—Tal vez tengas razón—, dijo ella.

—Esa puede ser la solución. Y voy a pedirte que lo averigües. Godfrey abrió los ojos, mostrándose atónito. —¿Yo, mi señora?

—, preguntó él. Gwendolyn asintió con la cabeza, mientras los demás en la sala miraban, asombrados. —Tú eres la persona perfecta. Ve a la zona montañosa. Busca a Bronson. Dile que he recibido sus mensajes.

Luego organiza las salas de beber. Ayuda a Bronson a hacer lo que él no puede: juntar a estos hombres

—. —Mi señora

—, dijo, tartamudeando,

—no soy un líder. Y yo no soy ningún político. Lo sabes. Papá lo sabía. Trató de esconderme de la Corte. ¿Y ahora quieres darme un puesto? ¿No aprendiste nada de papá? Al menos, él sabía que yo era buena para nada aquí —.

—Papá no veía con claridad todos los asuntos—, dijo Gwen. —Yo veo mucho más en ti. Tienes talentos que otros hombres no tienen, y te subestimas enormemente. Puedes unir a los hombres de orígenes dispares, mejor que cualquier hombre que he visto. Te falta la altivez inherente de la mayoría de la realeza. Confío en ti, y tienes que hacer esto. ¿Aceptas?

—. Godfrey asintió a regañadientes. —Por ti, hermana

—, dijo, —haría cualquier cosa

—. Gwen asintió con la cabeza y respiró hondo, agradecida de que el asunto fuera resuelto. No podía soportar escuchar más pergaminos de Aberthol, así que se adelantó cuando lo vio alcanzar otro, y subir a su trono, tembloroso. La sala se levantó inmediatamente con ella, y estaba claro que la sesión había terminado. Thor llegó y tomó su mano, mientras Aberthol golpeaba con su vara y en la habitación hubo una conversación relajada. —¿Te encuentras bien?

—, le preguntó Thor en voz baja; debe haber visto lo pálida que estaba su cara. Gwen respiró profundo y estaba agradecida por el apoyo de Thor. Se sentía cansada. —Sólo necesito descansar

—, dijo. * Thorgrin estaba parado afuera de la entrada principal a la Corte

del Rey, bajo el enorme arco de la entrada de piedra, sujetando a su caballo por las riendas, igual que todos sus amigos, cada uno a punto de partir para su viaje en el Día de Salida. Junto a él, Reece revisó y volvió a revisar su silla, cepillando su caballo, preparándose para su viaje a las Islas Superiores; junto a él, Elden se preparó a aventurarse a buscar a su padre, mientras O'Connor se dispuso a embarcarse para ver a su hermana.

Conven se preparó para ir a su ciudad natal a visitar a su esposa — mientras cerca, Erec y Kendrick se preparaban para hacer el trabajo de Los Plateados. Godfrey incluso estaba preparándose para su viaje a territorio McCloud. Todos iban hacia una dirección diferente, todos esperando tener la buena suerte de embarcarse en el Día de Salida. Thor apretó los antebrazos de Reece. —Te extrañaré, viejo amigo

—, dijo Thor. —Y
yo también

—, dijo Reece. —Regresaré antes de que se levante la segunda luna, a tiempo para nuestra boda conjunta. No te

Sin determinar

preocupes

—. —Las Islas Superiores no están lejos

—, dijo Thor.

—Pero están llenas de peligro. Cuídate

—. —No te preocupes, yo iré con él

—, se oyó una voz. Ambos voltearon para ver a Krog cerca, sonriendo mientras preparaba su caballo, metiendo una espada corta en una vaina adicional.

—¿Irás?

—, preguntó Reece, sorprendido. Krog asintió con la cabeza, parado allí, con una expresión seria. —¿Pero por qué?

—, le preguntó Reece. —Creía que ni siquiera te agradaba

—. —No me agradas

—, dijo Krog enfáticamente. —Es para hacer algo. Y como dije, estoy en deuda contigo por haberme salvado la vida allá.

Tengo que saldar la deuda

—. Reece movió la cabeza. —No quiero a nadie que venga por obligación

—, dijo Reece. —Si quieres puedes venir conmigo, pero no porque te sientas en deuda conmigo

—. —Iré por el motivo que yo quiera

—, dijo Krog, desafiante, y entonces se dio vuelta y se marchó, preparando su caballo. Reece y Thor intercambiaron una mirada de curiosidad y Reece meneó la cabeza. —Juro, que nunca podré entenderlo

—, dijo Reece. —Mantén los ojos abiertos

—, repitió Thor. —Los MacGil pueden ser primos, pero no confíes en ninguno de ellos

—.

—No te preocupes, amigo

—, respondió. —No quieren una guerra en sus manos, que no pueden ganar. Ellos nunca se atreverían a lastimar a un miembro de la familia real. Si lo que hacen, bueno

—, sonrió Reece, —tengo armas a mi lado y estoy muy feliz de defenderme

—. Thor sonrió. —Lo sé, amigo. He luchado muchas batallas contigo, defendiéndome. Quisiera que te quedaras aquí para ayudarme a elegir y capacitar a la Legión

—. —Sospecho que lo harás bien por tu cuenta

—, dijo Reece. —De hecho, para cuando yo regreso, sospecho que la Legión ya va a estar llena de caras nuevas

—. Thor sonrió. —Ya veremos

—. —Reece, ¿me das un minuto?—, se oyó una voz femenina. Reece giró y vio, de pie detrás de él, a Selese. Parecía molesta.

—No quiero que te vayas—, agregó ella con su voz seria.

—Pero no me voy—, dijo Reece.

—Es sólo un viaje de pocos días—. Thor se dio vuelta para darles privacidad, y al irse, todavía escuchaba sus voces acalladas, llevadas por el viento.

—Nuestra boda está a media luna de distancia—, agregó Selese.

—Lo sé, te lo aseguro—, contestó él.

—No me ofrecí a ir a esta misión—.

—No quiero que te vayas—, dijo ella, con su voz temblorosa.

—Normalmente no soy así, pero tengo un mal presentimiento. Quédate aquí. Ayúdanos a preparar la boda.

Gwen puede enviar a alguien más—. Reece movió la cabeza.

—Nunca rechazaría una petición de mi hermana. Va en contra de mi honor. Además, es el Día de Salida—, dijo él.

—Es un día propicio para embarcarse—. Ella se encogió de hombros.

—No para todos—, dijo ella.

—Mi padre se embarcó una vez en el Día de Salida. Él nunca volvió—. Reece vio una lágrima correr en la mejilla de ella, y dio un paso adelante y acarició su cara con el dorso de su mano.

—Estoy emocionado, mi amor, por lo mucho que te importo—, dijo Reece.

—Y te prometo que voy a regresar—.

—Amo a tu hermana—, dijo Selese, todavía mirando hacia abajo, sin verlo a los ojos.

—Después de todo, nos vamos a casar juntos.

Se ha vuelto muy allegada a mí, como una hermana. Y sin embargo, en este caso, desearía que ella hubiera elegido a otra persona para ir—. —El Reino que gobierna es vasto, y no hay mucha gente en la que ella pueda confiar— no como un hermano

—, dijo Reece. —Ya basta de esta charla sombría. Todo esto no es nada, te lo aseguro. Estaré de regreso en unos pocos días y nosotros estaremos juntos para siempre—. Reece se inclinó y la besó, y ella se adelantó y lo abrazó fuertemente, aferrándose a él. Thor había montado en su caballo y desde este punto, miró alrededor a todos sus hermanos, todos ellos montando sus caballos. Era raro ver a todos estos hombres en un lugar que, en unos momentos, se dispersarían por todo el Reino. Pronto, Godfrey estaría del otro lado de la zona montañosa, Kendrick y Erec estarían lejos, asegurando fuertes y puentes; Conven, O'Connor y Elden regresarían a sus aldeas, cada uno buscando a sus familiares; Steffen estaría lejos, atendiendo a la distribución en las pequeñas aldeas. Y Thor estaría a muchos días de camino de la Corte del Rey, para ir por los pueblos reclutando gente para la Legión. Las fiestas habían terminado, el solsticio de verano ya estaba detrás de ellos, como si

nunca hubiera ocurrido. Ahora ellos estaban yendo al duro trabajo de correr y restaurar el Reino. Thor sabía que muy pronto, todos ellos se reunirían nuevamente. Sin embargo no podría evitar preguntarse cuánto habría cambiado cada uno de ellos cuando regresaran. Sonó un cuerno lejano, Thor pateó su caballo, junto con los otros, y todos ellos salieron, alejándose de la Corte del Rey, cada uno yendo en su propia dirección en el camino polvoriento. Thor sabía que debería estar lleno de alegría, con optimismo; pero por alguna razón, una parte de él no pudo evitar sentirse que ya no volvería a ver a esos hombres otra vez.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Bronson marchó fuera de las altas puertas verticales de Highlandia, flanqueado por los generales de McCloud, los ex hombres de su padre, junto a docenas de asistentes, y suspiró, en un estado de ánimo irritable. Estaba molesto por ser conducido hacia otra disputa, hacia otra incursión de ganado, hacia otro dolor de cabeza en su esfuerzo imposible para unir a los McCloud y a los MacGil. En verdad estaba empezando a preguntarse si era posible lograr la paz entre los dos clanes perpetuamente beligerantes. Obscurecía su estado de ánimo aún más el ser guiado por el anterior general de su padre, Koovia. Durante las últimas seis lunas, McCloud había llegado a desconfiar de Koovia; empezaba a pensar que Koovia no era el general agradable que era al principio. Koovia inicialmente pretendía parecer demasiado ansioso por ayudar a unir los dos lados de las tierras altas; sin embargo, mientras Bronson lo conocía más, se daba cuenta de que estaba intentando socavar sus esfuerzos para separar a los dos pueblos. Koovia estaba, en el fondo, receloso de los MacGil — como lo había sido en la época de su padre — y cada vez era más incontrolable. Trabajar con Koovia era un mal necesario, dado que todos los soldados de McCloud lo amaban, y porque de alguna manera conservaba un efecto hipnótico en sus hombres.

Bronson se había cuestionado encarcelarlo, más de una vez, pero se abstuvo por las consecuencias que eso ocasionaría. Estando así las cosas, Bronson estaba en terreno movedizo, tratando de controlar a estas personas, tratando de controlar a los MacGil del otro lado de las tierras altas y tratando de hacer que todos vivieran en armonía. Habían sido seis lunas infernales. Bronson había olvidado cuán necia era su gente, cuán testaruda, cuán propensos eran a la violencia y a la agresión. Habiendo pasado algún tiempo en el lado MacGil, Bronson se fue dando cuenta cada vez más de las fuertes diferencias entre los dos pueblos.

Los últimos cientos de años realmente habían criado a dos pueblos diferentes. Bronson sintió que él mismo actuaba más como un MacGil, y sintió más solidaridad con los MacGil.

Regresar ahora con su pueblo, realmente lo avergonzaba, viendo lo ordinarios que eran, lo propensos a ir a la guerra contra las personas que no tenían intención de dañarlos.

Cuando Bronson había llegado primero, los McCloud habían estado agradecidos con todos los MacGil por liberarlos de las garras de Andrónico y del Imperio. Habían estado agradecidas por la presencia de Bronson aquí, por su ayuda en la reconstrucción. Hasta habían expresado su deseo y entusiasmo por unir a los dos reinos. Pero mientras más tiempo pasaba Bronson aquí, más sentía que era una fachada, que su pueblo no estaba realmente interesado en unirse, que querían permanecer separados, y que desconfiaban profundamente de los MacGil.

Los MacGil parecidos más abiertos a confiar en los McCloud, a pesar de una larga historia de ser atacados sin provocación; sin embargo, cada día, desde la llegada de Bronson, algunos de los McCloud habían socavado el esfuerzo en otra incursión o disputa. Los McCloud siguieron a Koovia, preguntándose dónde lo guiaba hoy. Ellos caminaron a lo largo de una cresta baja al salir del castillo, había flores de verano alrededor de ellos, las tierras altas estaban cubiertas de pastos altos, de varios colores.

Bronson miró hacia ambos lados de la cordillera y hasta donde podía ver eran flores brillantes, cubriendo ambas vertientes de las tierras altas. El paisaje era un cambio dramático del invierno, donde las tierras altas no eran más que nieve y hielo. Parado aquí, Bronson sintió una brisa fresca, siempre más fría a esta altura. Aun así, era un día de verano de ensueño, con las nubes reuniéndose ligera mente en el cielo, bajo los rayos de los soles primeros y segundo. Desde aquí, mirando hacia abajo, Bronson sentía como si estuviera en la cima del mundo, mirando hacia abajo a los dos reinos, estos dos reinos que aún confiaba en hacer uno, y se preguntó, teniendo un terreno como éste, cómo era posible que algo pudiera estar mal en el mundo. Al dar vuelta en una curva, McCloud escuchó en el viento que se llevaba a cabo una disputa y vio a dos partidos enojados ante él, con docenas de MacGil por un lado y docenas de McCloud por el otro, discutiendo airadamente unos con otros, como un rebaño de ovejas. Bronson sintió su ira incluso desde aquí, y él sabía que estaría entrando a una tormenta. Suspiró, preparándose.

—Aquí es donde sucedió—, explicó Koovia, cuando ellos se acercaron.

Se acercaron y Koovia gritó pidiendo silencio. Lentamente, los clanes beligerantes se callaron y todas las miradas se dirigieron hacia Bronson.

—¿Qué pasó esta vez?—, preguntó Bronson, ya impaciente.

—Es muy sencillo lo que pasó—, dijo uno de los McCloud, un hombre viejo, con una barba incipiente, al que le faltaban dientes, parado de manera protectora sobre sus ovejas.

—Estos MacGil se acercaron e incursionaron sobre nuestras ovejas y trataron de llevárselas hacia las tierras altas. Los atrapamos antes de que se fueran. Usted debe encarcelarlos ahora, si es el gobernante fuerte que afirma ser—. Hubo una ovación del lado de los McCloud. Bronson se volvió y miró a los MacGil; ellos estaban ahí parados, pacientemente, humildemente, era un grupo joven con ojos inteligentes, esperando su turno. Al mirar más allá de ellos, Bronson vio el hermoso campo de verano y deseó poder estar en cualquier lugar, menos aquí. Con toda esta abundancia, con toda esta belleza alrededor de ellos, ¿acerca de qué tenían que pelear estos hombres?

—¿Y cuál es su versión de la historia?—, le preguntó a los MacGil.

—¿Vinieron aquí a robar ganado?—.

—Lo hicimos, mi señor—, respondieron los MacGil, simplemente. Bronson los miró sorprendido, no esperando esa respuesta.

—Entonces ¿admiten su crimen?—.

—No, mi señor—, respondieron ellos. Ahora Bronson estaba confundido.

—¿Cómo que robar no es un delito?—.

—No se puede robar lo que es nuestro, mi señor—, respondieron ellos. —Este ganado era nuestro, para empezar. Sólo volvimos a quitárselos

—. —¿Se los volvieron a quitar?

—, preguntó Bronson. Su estómago le ardía. Los MacGil asintieron con la cabeza. —Los McCloud allanaron nuestro ganado la semana pasada. Vinimos y nos lo llevamos de regreso. ¿Ve esas marcas?

—. Se inclinaron, agarraron a una oveja, le doblaron su pata y le mostraron una marca en él. —Es la marca de los MacGil. Cualquiera puede verla

—. Bronson vio la marca y se dio cuenta de que tenían razón.

Se volvió y enfrentó a los McCloud, ahora molesto con ellos por robar —

y por mentir. —¿Qué tienen que decir a su favor?

—, les preguntó. El mayor de los McCloud se encogió de hombros. —Lo encontré vagando por las colinas

—, —Vagando por las colinas en el lado de los MacGil

—, replicaron los MacGil. —Eso no lo hace suyos

—, El viejo se encogió de hombros. —Libérenlos, entonces ya no son suyos

—, —¡No estaban sueltos! Ellos estaban pastando.

Las ovejas pastan. ¡Eso es lo que hacen!

—, El viejo les gritó y los maldijo, y los MacGil comenzaron a maldecirlos también. Surgió una cacofonía de ruidos, los hombres se maldecían mutuamente, las ovejas balaban. Bronson frotó su frente, su dolor de cabeza estaba empeorando. Apenas había comenzado el día y todavía quedaba mucho por delante. ¿Por qué estos hombres no podían estar juntos? ¿Su causa era inútil? Tuvo que admitir, aunque era su pueblo natal, que los McCloud eran los instigadores. En todos los casos que había visto, siempre eran los culpables. Era como si una parte de ellos simplemente no quería que hubiera paz. Bronson se adelantó, y hubo una pausa en las disputas mientras todas las miradas se volvieron hacia él. —Si estas son sus ovejas, entonces son tuyas—, dijo Bronson finalmente a los McCloud.

—No importa donde las hayan encontrado. Él recuperó lo que era suyo—. Se volvió hacia los MacGil.

—Tómenlas y váyanse—, dijo.

—Lamento las molestias—. Los MacGil asintieron con la cabeza, satisfechos y acorralaron a sus ovejas y comenzaron a guiarlas hacia su lado de la montaña.

—¡No puede simplemente dejarlas ir!—, le gritó el viejo a Koovia.

—¡Deténgalos! ¡Nuestro nuevo rey es demasiado débil para apoyarnos! ¡Utilice el poder de su ejército! ¡A menos que usted sea también demasiado débil—. Bronson enfureció antes las palabras del viejo, y pudo ver a Koovia enojado también, y pensó todo nuevamente. Pudo ver que Koovia quería ir tras esas ovejas. Pero Koovia se dio vuelta y empujó al viejo y lo hizo tropezar hacia atrás. Agarró la empuñadura de su espada.

—¡Di otra palabra, anciano, y ya veremos quién es el débil!—. Koovia dio

un paso adelante con rabia, y el viejo se alejó. Lentamente, los McCloud se dieron vuelta y salieron hechos una furia hacia abajo de la colina. Koovia, todavía con el ceño fruncido, se dio vuelta y encaró a Bronson.

—No conoce a su gente—, dijo.

—No es un rey ante sus ojos, ni regente, o lo que sea que Gwendolyn lo haya nombrado. Para ellos, usted es débil. Una marioneta. Los McCloud están acostumbrados a tomar lo que quieren por la fuerza. Esa es su manera. Nunca los cambiará. Así que no pierda su tiempo aquí y regrese

con Gwendolyn—. Bronson frunció el ceño, harto.

—Tú eres mi general—, dijo Bronson. Y tú me respondes a mí. Yo no te respondo a ti. Hablo con la autoridad de Gwendolyn. Ambos lados del reino se unirán. Y tú harás tu parte harás tu trabajo permitiendo que los soldados de los MacGil patrullen contigo—. Koovia se echó hacia atrás, sorprendido. —¿Qué quiere decir?

—. Bronson frunció el ceño; podía notar por la cara de Koovia, que estaba mintiendo. —He oído los informes

—, dijo Bronson. —Durante muchas lunas me has dicho que estabas permitiendo que los MacGil patrullaran con nuestros hombres — sin embargo, el otro día me dijeron que los MacGil llegaron a tu campamento y los echaste. ¿Los informes no son ciertos?

—. Koovia parecía nervioso. —Los MacGil no son nuestra gente

—, dijo, defensivo. —¿Qué le importa a usted?

—No es uno de ellos. Fue criado aquí. Su padre estaría avergonzado de usted—. Bronson se volvió sombrío.

—Sé dónde me crié. Yo soy tu líder. Y tú me responderás a mí. Y digo que nuestros hombres entrenarán juntos—.

Koovia sacudió su cabeza lentamente, mirando a Bronson hacia arriba y hacia abajo. —Usted puede ser líder por ahora, pero no lo será por mucho tiempo. Nuestra gente le respondía a su padre porque usaba la fuerza. Fuerza brutal. Eso es lo que necesita nuestro pueblo. Usted no la empleará — y para nuestro pueblo, eso lo hace débil. Y siempre caen los débiles. Koovia le dio la espalda y se alejó, sus hombres lo siguieron de cerca. Bronson se quedó allí y los vio alejarse, bajando hacia la colina, su dolor de cabeza aumentaba. No pudo evitar preguntarse qué hacía aquí. * Luanda estaba en su aposento del

castillo, la habitación estaba iluminada con antorchas, impaciente al caer la noche, esperando el regreso de Bronson. Él se había ido todo el día, una vez más, para asuntos relacionados con la unificación. Ella sabía que era un ejercicio inútil y sólo le hacía enojarse con su hermana.

Gwendolyn siempre había sido muy ingenua. ¿En qué había estado pensando? ¿Que los dos pueblos se unirían realmente? Si ella le hubiese preguntado, entonces Luanda le habría dicho de inmediato que eso nunca iba a funcionar. Ella sabía por experiencia, que los McCloud, eran salvajes. Si Luanda fuera reina, simplemente habría cerrado las tierras altas, creado una gran muralla, habría duplicado el patrullaje y dejado que los salvajes se pudrieran ahí. Ella protegería al Reino Occidental del Anillo y dejaría que pasara lo que tuviera que pasara en el lado Oriental. Pero Gwendolyn, siempre idealista, tenía que dejar salir sus pequeñas fantasías — y peor aún, tenía que asignar a Bronson para tratar de imponerla. Cada día empeoraba en este horrible lugar y Luanda sabía que nada bueno podría salir de ello. No era problema de Luanda. Exiliada aquí, al otro lado de las tierras altas, ella podría también haber sido condenada a prisión — o a morir. Estar aquí, teniendo que vivir con estos salvajes, en ese castillo vacío, sin nada que hacer todo el día que esperar a que Bronson volviera a casa, era el peor castigo posible que Gwen pudo haberle dado.

Al principio, por supuesto, Luanda había estado agradecida por haberle perdonado la vida. Pero ahora, seis lunas más tarde, su gratitud se había convertido en resentimiento. Mientras más tiempo pasaba, más volvía a sentirse ella misma, sintiendo una creciente inquietud. Ella estaba profundamente decepcionada; había estado segura de que en algún momento, Gwendolyn le habría concedido su misericordia y le habría dejado regresar a su patria, a la Corte del Rey. Ella no podía creer que estuviera aquí, desterrada, que había sido excluida de toda la preparación de la boda y fiestas que había en las tierras altas. Que había sido dejada a pudrirse aquí sola. Era demasiado para soportar. Ella creía que su hermana, debía haber mostrado más misericordia. Luanda enfureció durante muchas lunas, mientras su caballo crecía otra vez, pasando muchos días llorando. Hasta que un día, finalmente, se le ocurrió un plan, una forma de salir de su miseria, una manera de recuperar el control. se le ocurrió, tan claro como el día: si ella tuviera un

hijo, ese niño no podría ser desterrado de la Corte del Rey. Luanda era una mujer joven, sana, y podía tener hijos. Niños de la realeza. Después de todo, ella era el primogénito del rey MacGil, y su hijo llevaría su sangre. Gwendolyn podría haber ganado esta generación, pero Luanda se dio cuenta de que las cosas podrían cambiar con la siguiente. Estaba decidida, y no se detendría ante nada, haría todo lo que estuviera en su poder, para asegurarse de que su descendencia derrocaria a su hermana. Encontrará una manera de ponerlos en el trono y recuperar el poder. la idea se había fortalecido en la mente de Luanda en estos meses pasados, y había hecho que durmiera con ella, cada día y cada noche.

Cada día ella se había despertado esperando poderle dar la buena noticia de que estaba embarazada. Y sin embargo, aquí estaba, furiosa, seis lunas más tarde y todavía no había ningún bebé. Había sido un fracaso, como todo lo demás en su vida. Eso no estaba funcionando, por algún motivo. Se dio cuenta que podría no funcionar nunca. Ella había despertado con muchas esperanzas todos los días, pero ahora, estaba perdiendo la fe. Su matrimonio parecía estar condenado; todos sus planes parecían estar condenados. Incluso esto, su plan «B», se hacía pedazos. La puerta se abrió y Luanda se dio vuelta, tomada desprevenida, mientras Bronson irrumpía furioso, ignorándola. Bronson caminó por la habitación, perdido

en sus pensamientos, claramente obsesionado por el asunto del día. Luanda no tenía tiempo para su depresión; ella apareció detrás de él, lo tomó de los hombros y comenzó a quitarle la ropa. Tal vez esta vez sería diferente.

—¿Qué haces aquí?—, preguntó él.

—He estado esperándote todo el día—, dijo ella, quitándose la bata, parada ahí, desnuda. Pero Bronson apenas se fijó en ella, mientras cruzaba la sala y fue a su escritorio, hojeando una pila de pergaminos.

—Te fuiste todo el día—, dijo ella.

—Ahora es tiempo para nosotros—. Ella se acercó detrás de él y acarició sus brazos y hombros. Ella podía sentir la tensión que había en ellos. Finalmente, él se dio vuelta.

—Por favor, Luanda, ahora no. He tenido un día terrible—.

—Igual que yo—, dijo ella, irritada, perdiendo la paciencia.

—¿Crees que eres el único que no es feliz aquí? Debo sentarme aquí todo

el día y esperarte. No tengo a nadie ni nada, aquí. Yo quiero tener un bebé. Necesito tener un bebé—.

Bronson la analizó, pareciendo confundido. Ella lo jaló hacia ella, lo lanzó a la cama y saltó encima de él.

—Luanda, este no es el momento. No estoy listo...— Luanda lo ignoró. Ya no le importaba lo que Bronson quisiera. Pero para sorpresa de Luanda, Bronson la empujó fuera de la cama. Luanda se quedó allí, humillada, con rabia. Estaba furiosa con Bronson. Con su hermana. Con ella misma. Con su vida.

—¡Te dije que ahora no!—, dijo Bronson.

—¿Qué importa si es ahora o más tarde?—, le gritó ella.

—¡No está funcionando!—. Bronson se sentó en el borde de la cama, pareciendo abatido.

—Mi hermana va parir cualquier día—, agregó Luanda.

—Y no tendré nada que mostrar—.

—No es una competencia—, dijo él tranquilamente.

—Y tenemos todo el tiempo del mundo. Cálmate—.

—¡No, no lo tenemos!—, gritó ella.

—Y

tú estás equivocado: el mundo entero es una competencia—.

—Lo siento—, dijo él.

—No hay que pelear—. Luanda se quedó allí parada, jadeando, furiosa.

—Lamentarlo no es suficiente—, dijo ella. Luanda se puso su bata, caminó encima de Bronson y salió furiosa de la habitación. Ella encontraría una manera de salir de este lugar y recuperar el poder — sin importar lo que tuviera que hacer.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Srog estaba parado en la cima del pico más alto de las Islas Superiores, mirando hacia abajo a través de la lluvia y la niebla en la Bahía de los Cangrejos. Miró de cerca los largos muelles de cantos rodados que se extendían hacia el mar, entrecerrando los ojos en la niebla y la lluvia cegadora. Él estaba mojado, empapada por la lluvia, su ropa y su cabello estaban mojados, mientras estaba parado junto a sus generales. Srog había aprendido a ignorar la lluvia desde que se mudó aquí. Era parte de la vida en las Islas Superiores: el cielo estaba nublado todos los días, cubierto por nubes ondulantes, el viento siempre presente y el clima veinte grados más frío, incluso en verano.

Siempre había amenaza de lluvia, o la presencia de ella.

Ningún día era seco. Las Islas Superiores, había aprendido, merecían su reputación como un lugar sombrío, miserable, el clima era apropiado para su reputación — y la gente tenía el temperamento del clima. Estas últimas seis lunas, Srog había llegado a conocer a esa gente de las Islas Superiores; era un pueblo artero y nunca se podía confiar totalmente en ellos. En sus seis lunas de gobernar aquí, no había encontrado nada más que frustración, la gente aquí estaba claramente decidida a boicotear sus reglas en todo momento, a sabotear sus esfuerzos. Eran personas rebeldes, y estaban decididos a romper la yema de la nueva reina Gwendolyn.

—Allí, mi señor—, gritó el general para ser escuchado a través del viento.

—¿Lo ve?—. Srog se asomó en la niebla y vio allí, flotando en el océano agreste, el remanente de una de las naves de la reina, moviéndose en las olas, estrellándose contra las rocas.

Las olas se estrellaban alrededor del barco y la nave chocaba una y otra vez contra las rocas. La nave, sin hombres, giraba en cada dirección. Srog podía oír el astillado de la madera incluso desde aquí, como si se hiciera pedazos contra las rocas.

—El ancla fue cortada esta mañana—, continuó diciendo el general.

—Para cuando nuestros hombres lo detectaron, era demasiado tarde. No

podieron rescatarlo a tiempo, mi señor—.

—¿Seguro que fue cortada?—, preguntó Srog. El general estiró la mano y tenía en su mano un pedazo de cuerda cortado.

—Fue un corte limpio, mi señor—, explicó.

—Ninguna roca hizo esto. Fue la daga de un hombre. Sabotaje—. Srog examinó la cuerda y se dio cuenta de que era cierto. Srog suspiró, cansado de este lugar.

Había pasado la mayor parte en Silesia, una ciudad grandiosa, civilizada, donde la gente era honesta, noble. Él había gobernado bien, uniendo la Silesia Superior con la Inferior, logrando lo que ningún Lord había logrado hacer.

Silesia era un palacio al lado de este basurero, y los Silesios no eran como estas personas de las Islas Superiores. Después de todo el tiempo que estuvo aquí, Srog fue llegando poco a poco a la conclusión de que los de las Islas Superiores disfrutaban de su subversión; se desarrollaban con ella. Cada vez más, sentía que era un pueblo que no podía ser gobernado. Cada vez que Srog encontraba a un Isleño Superior podía estar seguro de que esa persona, también lo traicionaría. Ahora estaba en el punto en que no confiaba en nadie.

—Aumenten las patrullas en las embarcaciones—, dijo Srog.

—Quiero a un soldado de guardia en los amarres, todo el día y toda la noche. ¿Entendido?—. —Sí, señor—, dijo el general. Él se volvió y se apresuró a la colina, ordenando a sus hombres, quienes entraron en acción. Srog miró hacia abajo y observó a las docenas de barcos de la reina, anclados en la amplia playa de arena y rezó para que ninguno de ellos tuviera el mismo destino.

Esta era la segunda embarcación de este mes que había sido destruida por sabotaje, y estaba decidido a no perder otra. Srog se dio vuelta y se apresuró a través del terrible clima, seguido por sus asesores, regresando a la calidez del castillo. Era apenas un castillo — más bien un fuerte, construido cuadrado y bajo sobre la tierra, sin imaginación artística o estética. Era utilitaria, sin inspiración y fría, parecido a la gente de este lugar. Srog se apresuró a través de las puertas, las abrieron para él y entraron corriendo. La puerta se cerró detrás de ellos, y finalmente encontró tranquilidad de la fuerte lluvia y viento. Se quedó allí parado, con su cuerpo goteando el agua y se quitó la camisa externa, como ya estaba acostumbrado, colgándola en un gancho.

Marchó a través de la fortaleza, corriendo sus manos a través de su pelo mojado, con los guardias en posición de atentos, conforme él pasaba. Srog pasó por varios pasillos y finalmente entró en el gran salón, pequeño, en comparación con los castillos a que estaba acostumbrado. Una sala cuadrada con techos bajos, tenía una gran chimenea a lo largo de una pared, con mesa y sillas colocadas cerca de ella. Los Isleños Superiores siempre se quedaban cerca del fuego, necesitando calor para secarse de las inclemencias del tiempo y ahora había varias docenas de hombres sentados alrededor de la mesa. Srog tomó asiento en el centro de la mesa, junto a la chimenea y pasó su mano húmeda sobre su cabello y sobre su ropa varias veces, haciendo su mejor esfuerzo para secarlos.

Varios perros sarnosos salieron de su camino cuando él se acercó. Se sentaron cerca, cambiando de posición, y miraron hacia arriba para verlo, esperando la comida. Srog les arrojó un pedazo de carne de la mesa, luego estiró la mano, tomó una copa de vino y la bebió toda, queriendo hacer desaparecer este lugar. Frotó su cabeza en sus manos. Esta isla le daba un enorme dolor de cabeza. Una segunda

embarcación sabotada por estas personas. ¿Qué pasaba con ellos? ¿Por qué sus resentimientos y mezquinas rivalidades eran tan profundas? Srog estaba empezando a sentir que Gwendolyn había cometido un error al tratar de unir a las Islas Superiores con el continente. Sentía cada vez más que debía abandonar el lugar y dejarlo caer presa de su propio destino, como había hecho su padre antes de ella. Srog miró hacia arriba y vio sentado frente a él a los tres hijos de Tirus: Karus, Falus y Matus. Alrededor del resto de la mesa se sentaron varias docenas más de guerreros y nobles de las Islas Superiores, todos leales a Tirus, todos absortos en beber y comer, mientras había antorchas encendidas a su alrededor. Todos se preparaban para pasar la noche. Aquí arriba, celebraban el Solsticio de Verano un día después, y esta comida pobre, sombría era la versión de celebración de esta isla. Srog se estremeció y no sólo por el agua y el frío. Extrañaba la Corte del Rey; extrañaba Silesia, y deseaba estar de vuelta en el continente. No podría evitar sentir que su tiempo aquí era inútil. Srog deseaba poder entender a estos Isleños Superiores, pero aunque lo intentaba, no podía. Afirmaron que la fuente de su malestar provenía del encarcelamiento de Tirus; sin embargo, después de seis lunas de

observarlos, Srog no creía que eso era todo. Sintió que, aunque liberaran a Tirus, estas personas todavía encontrarían alguna causa para la subversión.

—¿Y qué informa hoy, mi señor?—, preguntó Matus, sentado a su lado. Srog había aprendido que Matus era el único Isleño Superior en el que podía confiar.

—Otro barco sabotado—, respondió Srog tristemente.

—Perdido en las rocas. Gwendolyn no estará feliz—. Srog miró hacia abajo al pergamino frente a él, terminó de guardar la carta para Gwendolyn y la entregó a un asistente.

—Envía esto con el siguiente halcón—, ordenó Srog.

—Sí, mi Lord—, dijo el encargado, apresurándose. Srog se preguntó si el encargado realmente seguiría su orden, o si la misiva, como otras tantas, se perderían misteriosamente.

—El sabotaje es una palabra muy fuerte—, dijo Falus sombríamente. Los otros soldados alrededor de la mesa se callaron, poco a poco, todos girando y mirando a Srog. Srog miró a Falus, hijo mayor de Tirus. Se parecía muchísimo a Tirus. Él lo miró, desafiante.

—Las embarcaciones de la reina son para aguas más suaves—, agregó Karus.

—Quizás las mareas rompieron las cuerdas—. Srog meneó la cabeza, molesto.

—Ninguna marea hizo esto—, dijo, y las embarcaciones de la Reina pueden atravesar aguas más fuertes que esas. Esto fue obra de los hombres

—. —Tal vez fue la obra de uno de sus hombres

—, dijo Falus. —¿Quizá hay un traidor entre ustedes?

—. Srog estaba agotado por el sutil razonamiento de Karus y Falus, ambos mirándolo con los mismos ojos sombríos, desafiantes de su padre. —Y quizás algún gran monstruo marino con dientes perfectamente cuadrados saltaron y se comieron la cuerda

—, contestó Srog sarcásticamente. Algunos de los guerreros de la mesa se burlaron y Falus y Karus enrojecieron e hicieron una mueca.

—Se están burlando de nosotros

—, dijo Falus, amenazadoramente. —Su gente está sabotando nuestras embarcaciones

—, dijo Srog, levantando su voz. —Y quiero saber por qué

—. La sala se puso tensa. —Tal vez no están contentos porque su reina ha encarcelado a nuestro líder, como un criminal

—, dijo una voz desde el extremo de la mesa. Srog vio que era uno de los nobles; un gruñido silenciado de aprobación surgió entre los otros nobles que estaban en la mesa. —Su líder

—, Srog respondió, —era un traidor del Anillo. Ingresó en el Imperio contra nosotros. La sentencia de Gwendolyn fue indulgente. Merecía ser ahorcado

—. —Era un traidor a su Anillo

—, dijo otro noble. —No nuestro

—. Los otros nobles gruñeron, estando de acuerdo. Srog miró hacia atrás, su ira aumentaba. —El que usted viva en estas islas, no le hace separarse de nosotros. Usted está siendo protegido por nuestros ejércitos

—.

—Nos va bien en estas Islas Superiores sin su ayuda

—, dijo uno. —Tal vez nuestra gente no lo quiere aquí

—, dijo otro. —Quizás no les gusta el aspecto de las embarcaciones de la reina en nuestras costas

—. —A nadie le gusta ser ocupado

—, dijo otro. —No han sido ocupados.

—Son libres. Sus hombres llegan a nuestras costas, y nosotros a la de ustedes. Lo protegemos de enemigos extranjeros, y nuestras embarcaciones les llegan llenas de suministros para sus compatriotas, suministros que necesitan mucho—.

—No necesitamos protección—, dijo otro noble.

—Ni necesitamos sus provisiones. Si ustedes los MacGil se quedaran en su continente, no tendríamos problemas—.

—¿Oh?— Srog respondió,

—¿entonces por qué los MacGil nos invadieron sin provocación y trataron de tomar el continente para ustedes mismos?—. Los nobles enrojecieron, incapaces de responder. Se miraron unos a otros, entonces, lentamente, amargamente, uno de ellos se levantó, raspando su silla en la piedra, poniéndose de pie y enfrentando a sus hombres.

—Mi carne se ha enfriado—, dijo él. Se volvió y salió de la sala, cerrando la puerta detrás de él. Siguió un gran silencio, tenso. Lentamente, uno a la vez, los otros nobles se levantaron y se alejaron de la sala. Ahora Srog se sentó con sólo tres hombres en la mesa — los tres hijos de Tirus, Falus, Karus y Matus. Srog miró alrededor y se sintió peor que nunca.

—Sólo libere a nuestro padre—, dijo Falus.

—Entonces nuestros hombres, dejarán en paz sus embarcaciones—.

—Su padre trató de matar a nuestra reina—, dijo Srog.

—Y nos traicionó dos veces. Él no puede ser liberado—. —Mientras esté en su celda, no espere que nuestra gente lo tolere a usted

—, dijo Karus. Los dos hermanos se levantaron y empezaron a caminar hacia afuera. Ellos se detuvieron y se volvieron hacia él. —¿No vendrás con nosotros?

—, preguntó Falus, sorprendido.

Matus se sentó allí desafiante. —Mi lugar está aquí. En esta mesa.

La mesa de la Reina

—. Falus Karus sacudieron sus cabezas disgustados, luego se volvieron y salieron furiosos. Srog estaba ahí sentado, en la mesa casi vacía, sintiéndose vacío. —Mi señor, me disculpo por ellos

—, dijo Matus.

—Gwendolyn fue más amable con la vida de mi padre

—. —No entiendo a tu gente

—, dijo Srog. —Por mi vida que no los entiendo.

¿Qué se necesita para gobernarlos bien? Goberné una gran ciudad, mucho más grande que ésta. Pero a esta gente, no puedo gobernarlos

—. —Porque los míos no son un pueblo destinado a ser gobernado

—, dijo Matus. —Son por naturaleza desafiantes — ni siquiera a mi padre. Ese era el secreto que mi padre sabía. No trate de gobernarlos; mientras menos lo intente, más los convencerá. Pero podrían no hacerlo. Son gente terca, tienen poco que perder. Ese es el motivo por el que viven aquí — no quieren tener nada que ver con el continente. Se equivocan en casi todo lo que hacen, pero podrían tener razón en una cosa: podría hacerse usted mismo y a Gwendolyn un favor si llevan sus recursos a otro lugar

—. Srog sacudió la cabeza. —Gwendolyn necesita las Islas Superiores.

Ella necesita un Anillo unificado. Todos los MacGil son una misma familia, llevan la misma sangre. Esta división, no tiene sentido

—. —A veces la geografía crea una gran división entre un pueblo, con el tiempo. Esta familia se ha separado

—. Llegó un ayudante y colocó una nueva copa de vino ante Srog, y él la tomó. —Tú eres el único en quien puedo confiar totalmente aquí—, dijo Srog, agradecido.

—¿Cómo es que eres diferente del resto de tu pueblo?—.

—Detesto a mi padre—, dijo Matus.

—Desprecio a todo lo que él representa.

No tiene principios, ni honor. Yo admiraba mucho al padre de Gwendolyn, mi tío, el Rey MacGil. Siempre he admirado a todos los MacGil del continente. Viven por su honor, cueste lo que cueste. Es la vida que siempre quise—.

—Bueno, tú la has vivido—, dijo Srog con aprobación.

Srog levantó la copa a los labios, dispuesto a beber, cuando de repente, Matus saltó hacia adelante y tiró la copa de su mano.

Salió volando, aterrizando en el piso, haciendo eco mientras rodaba en la piedra. Srog lo miró, sorprendido, no entendiendo. Matus cruzó la habitación, recogió la copa y se la mostró a Srog para que viera. Srog se acercó y notó un revestimiento negro en el fondo de ella. Matus se agachó, pasó su dedo a lo largo de ella, la levantó y frotó sus dedos. Al hacerlo, un fino polvo negro cayó al suelo.

—Es Blackroot—, dijo.

—Un sorbo y morirá—. Srog se quedó allí, congelado, mirando con horror, la sangre se heló.

—¿Cómo lo supiste?—, le preguntó susurrando.

—Por el color del vino—, respondió Matus.

—Me pareció demasiado oscuro—. Mientras Srog estaba allí parado, congelado por el terror, sin saber qué decir, Matus miró a ambos lados, luego se inclinó acercándose. —No confíe en nadie.

En nadie—.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Rómulo se situaba ante el timón de su nueva embarcación, con las manos sobre sus caderas, enormes olas hacían que la embarcación subiera y bajara, estrellándose en la espuma, mientras observaba el litoral de la capital del Imperio que entraba a la vista. Detrás de él navegaban sus flotas, miles de barcos del Imperio, todos regresando a casa después de su derrota. Rómulo miró al horizonte, mientras la niebla empezaba a subir y vio a los soldados esperando para recibirlo en la orilla, como sospechaba que lo harían. Su estómago se tensó, mientras se preparaba para el enfrentamiento que seguiría. Ragon, claramente, había recibido noticias de su regreso y reunió a todos sus hombres. El general número dos debajo de Romulus, Ragon, seguramente había sabido, a estas alturas, de la muerte de Andrónico, de la matanza de Rómulo al Consejo anterior, y de la posición de Rómulo como Comandante Supremo. Si Rómulo hubiera sido victorioso, Ragon podría estar esperándolo con desfiles y elogios — él no tendría otra opción.

Pero como Rómulo regresaba en desgracia, Ragon estaba esperando para darle la bienvenida de una manera muy diferente. Rómulo sabía que Ragon estaba esperando para encarcelarlo, para dejar en claro a todos los ejércitos que Rómulo había sido despojado del poder, y que Ragon era el nuevo Comandante Supremo. Rómulo sabía cómo pensamos, porque Rómulo haría lo mismo si estuviera en sus zapatos. Pero Rómulo no planeaba ceder el poder tan fácilmente. Él sabía que sus hombres estarían vigilando su intercambio de cerca para ver cuál comandante saldría victorioso. Rómulo no había luchado toda su vida para rendirse, y sin importar cuántos soldados enfrentara, ya era hora de gobernar con mano de hierro. Apretó la empuñadura de su espada hasta que sus nudillos se pusieran blancos, preparándose. La embarcación de Rómulo pronto tocó tierra, y al hacerlo, esperó pacientemente, mientras sus hombres bajaban Los Plateados forma larga de su barco a la playa. Se pusieron en fila, en posición de firmes, y caminó entre ellos, tomando todo el tiempo del mundo. Sus hombres le siguieron detrás de él, e hizo un espectáculo de aparecer tranquilo y confiado para que todo él lo viera. Decenas de miles

de soldados del Imperio, alineados en fila, le esperaban abajo, todos detrás de Ragon. Rómulo sabía que sus hombres no podían ganar la batalla; había muchos de ellos, todo el cuerpo principal del ejército del Imperio, estaba a la espera. Tendría que ganar de otra manera. Rómulo se pavoneó con orgullo en la orilla, dirigiéndose hacia Ragon, sin miedo. Ragon estaba parado ahí, alto y musculoso, con su amplio rostro lleno de cicatrices y frunció el ceño, flanqueado por sus soldados. Rómulo se acercó a él y se detuvo, y en el grueso silencio, se enfrentaron los dos, cada uno decidido.

—Rómulo, del primer batallón de la provincia oriental del Imperio—, dijo Ragon, lo suficientemente fuerte para ser escuchados por sus hombres.

—Vas a ser encarcelado y ejecutado por los crímenes contra el Imperio—. Todos los hombres, en ambos lados, se quedaron allí, inmóviles, el aire se llenó de tensión. Ragon, sin perder tiempo, se dio vuelta y asintió con la cabeza a sus hombres, y varios de sus soldados dieron un paso adelante para arrestar a

Rómulo. Al mismo tiempo, sin necesidad de que se les ordenara, varios de los hombres de Rómulo se adelantaron para protegerlo. Los soldados quedaron congelados en ambos lados, frente a frente, con las manos en sus empuñaduras, y esperando las órdenes.

—Cualquier resistencia es inútil—, dijo Ragon. —Tienes decenas de miles de hombres — pero yo tengo cientos de miles y el respaldo de todos los países del Imperio. Ríndete ahora y muere rápida y fácilmente. Si prolongas esto, tus hombres serán asesinados, y torturados—. Rómulo miró hacia atrás, silencioso, inexpresivo, pensando cuidadosamente su próxima jugada.

—Si me rindo—, dijo Rómulo:

—¿me prometes que mis hombres tendrán un paso seguro?—. Ragon asintió con la cabeza.

—Tienes mi palabra—.

—Entonces me rendiré con una condición—, dijo Rómulo.

—Si me arrestas tú mismo. Dame, al menos, ese honor—. Ragon asintió con la cabeza, pareciendo aliviado.

—Es justo—. Ragon quitó los grilletes de hierro de su guardia y dio un paso adelante hacia Rómulo.

—Da la vuelta y coloca las manos detrás de tu espalda—, le ordenó.

Rómulo se volvió lentamente, su corazón latía, mientras Ragon se acercaba. Rómulo escuchó atentamente, concentrándose en el sonido fino de las cadenas, el sonido que se escuchó cuando las levantó y las bajó hacia su muñeca. Estaba esperando, esperando el momento adecuado. Rómulo sintió el frío metal de las cadenas tocar su muñeca, y ése era el momento adecuado. Se giró en un instante y en el proceso, dio un codazo a Ragon en la cara, rompiendo su mejilla. Con el mismo movimiento, arrebató los grilletos de su mano, se paró sobre él y los giró con toda su fuerza, rompiendo la nariz de Ragon. Los dos ejércitos frente a frente, no estaban seguros de cómo reaccionar, todo pasó rápidamente. Rómulo tomó ventaja de la vacilación: no perdió el tiempo, sujetó a Ragon por la parte posterior de la cabeza, sacó su daga y la sostuvo firmemente sobre la garganta de Ragon. Ragon, sangrando, apenas podía respirar cuando Rómulo puso la cuchilla contra su garganta.

—Diles que yo soy el Comandante Supremo—, refunfuñó Rómulo.

—Nunca—, murmuró Ragon. Rómulo presionó la cuchilla con más fuerza sobre su garganta, hasta que la sangre comenzó a salir. Ragon borboteó, pero no dijo nada. Rómulo cambió la punta de la hoja al ojo del Ragon, y tan pronto como comenzó a ejercer presión, Ragon gritó.

—¡CEDO EL MANDO A RÓMULO!—, gritó. Rómulo asintió, satisfecho.

—Muy bien—, dijo él. Rómulo, con un movimiento rápido, cortó la garganta de Ragon y éste se desplomó en el suelo, muerto.

Rómulo se quedó ahí parado, mirando a los miles de soldados del Imperio. Todos lo enfrentaron, inseguros, y Rómulo sabía que era el momento de la verdad. Con la muerte de su líder, ¿acatarían sus órdenes? Mientras Rómulo estaba parado allí en silencio, esperando, observando, se sentía como una eternidad, finalmente, las filas y filas de soldados del Imperio se arrodillaron, el aire se llenó con el sonido de decenas de miles de armaduras haciendo un ruido metálico, mientras todos bajaban sus cabezas y le hacían una reverencia. Rómulo sacó su espada y la elevó por encima de su cabeza, respirando profundamente, disfrutando el momento, la fuerza entera del Imperio se inclinaba ante él, ahora, finalmente, bajo su mando.

—Rómulo!—, gritaban al unísono.

—¡RÓMULO!—.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Thor iba en su caballo, galopando por la carretera principal que conducía a la Corte del Rey, hacia el sur, curiosamente, en dirección a su ciudad natal. Krohn corría siguiéndole los talones a su caballo, como había hecho durante horas, embarcándose juntos en esta misión. Ya era hora de reconstruir la Legión, era tiempo para una nueva Selección, y mientras cabalgaba, Thor sentía una calidad surrealista en su misión: en lugar de estar en el extremo receptor, en lugar de ser el soporte de su aldea y esperar a que aparecieran Los Plateados, ahora era él, Thor, quien hacía la elección. Se habían invertido los papeles. Era un gran honor, apenas lo podía creer. Thor también sentía una tremenda responsabilidad sobre sus hombros: reconstruir la Legión era una tarea sagrada ante sus ojos. Tenía que llenar los zapatos de los chicos muertos que habían dado sus vidas defendiendo el Anillo; tenía que elegir a la próxima generación de los mejores guerreros. No era algo que tomara a la ligera, y sabía que debía elegir cuidadosamente.

A lo largo de toda su niñez, Thor había pasado días mirando al horizonte, soñando con los grandes guerreros que podrían pasar por su ciudad un día, por su pequeño pueblo humilde, de ser seleccionado y elegido. Y ahora aquí estaba, él era quien viajaba al campo, yendo a todos los pueblos. Fue un honor más allá de lo que podía imaginar. Ni siquiera sentía que fuera real. Thor cabalgó y cabalgó, hasta que él y su caballo — y Krohn — respiraban con dificultad, y finalmente dio vuelta en una curva y a lo lejos, se vio una pequeña aldea. Decidió ir allí; él sabía que necesitaban un descanso, y este pueblo sería un lugar tan bueno como cualquier otro para comenzar la Selección. Mientras se acercaba, Thor débilmente reconoció el lugar por el árbol grande y torcido en su entrada, era una aldea agrícola, a medio día de viaje al norte de su ciudad natal. Era un lugar por el que había viajado varias veces cuando estaba creciendo, uniéndose a sus hermanos mientras ellos comerciaban lana y armas. No había venido aquí en años, pero recordaba que era una provincia muy parecida al lugar donde había crecido y no recordaba que la gente fuera especialmente amigable. Si recordaba correctamente, parecía haber estado

poblado en esa época con gente de tipo vulgar, siendo buenos negociadores y pareciendo igual de felices de no tener o tener visitantes. Sin embargo, habían pasado muchos años, y Thor sabía que su memoria podía estar distorsionada, y quería darle otra oportunidad a este pueblo. Después de todo, era un pueblo agrícola, y podría haber buenos reclutas aquí. Mientras Thor iba hacia el pueblo, levantando polvo conforme se acercaba, pudo ver ya a todos los chicos alineados, en posición de firmes, esperando nerviosamente. Pudo ver cómo los padres detrás de ellos, estaban aún más nerviosos. Thor reflexionó sobre cuánto había cambiado desde que él mismo había esperado a la Selección. En aquel entonces, Los Plateados habían llegado en cuadrigas, con un enorme séquito de soldados; ahora, era sólo él, Thor, solo. Eran tiempos de vacas flacas, y hasta que La Legión y Los Plateados fueran reconstruidos, tomaría tiempo reconstruir todo. A Thor le habían ofrecido un séquito de soldados para que lo acompañaran — pero él se había negado. Sentía que no necesitaba a nadie para acompañarlo; sentía que si él no podía defenderse solo, en estas carreteras, entonces no era digno de la tarea.

Thor se detuvo en el pueblo polvoriento, con nubes de polvo a su alrededor en el caluroso día de verano, y detuvo su caballo en el centro de la ciudad. Se sentó allí, mirando hacia abajo a los reclutas potenciales, decenas de muchachos, alineados, la mayoría vestidos con harapos, pareciendo nerviosos. Se sorprendió de que él debió haberse parecido a esos muchachos, cuando estaba del otro lado. Thor desmontó y caminó lentamente por el centro de la aldea, Krohn a su lado, yendo de chico en chico, revisando cuidadosamente a cada uno. Algunos parecían asustados; algunos orgullosos; otros letárgico, indiferente; y otros muy ansiosos. Podía ver la misma mirada en sus ojos que llevó alguna vez: la mayoría quería salir desesperadamente de este lugar. Querían una vida mejor, viajar a la Corte del Rey, entrenar con la Legión, para lograr fama y renombre, ver el Anillo y las tierras más allá. Thor podría decir fácilmente cuáles de estos chicos habían sido colocado aquí por sus padres, cuáles no eran combatientes. Podría decirlo por la manera en que tenían sus cuerpos, por una cierta dureza o brillo en sus ojos. Cuando Thor llegó al final de la fila, vio a varios chicos mayores que eran una cabeza más altos que los otros, con hombros anchos. Uno de ellos miró a Thor, viéndolo de arriba hacia abajo, de modo reprobatorio. Thor apenas podía creer su

insolencia: él nunca habría hecho eso a un miembro de Los Plateados.

—¿Te enviaron a elegirnos?—, el chico preguntó burlescamente a Thor. Era un chico alto, granjero, de dos veces el tamaño de Thor y unos años mayor.

—¿Cuántos años tienes?—, agregó el muchacho, saliendo de la fila y mirando a Thor, con las manos sobre sus caderas.

—Él se ve más joven que todos nosotros—, dijo el chico que estaba a su lado, igualmente burlesco.

—¿Quién eres para elegirnos? Tal vez nosotros deberíamos elegirte—. Los otros chicos replicaron con risas y Thor enrojeció.

—Insultar a un miembro de la Legión es insultar a la misma reina—, dijo Thor firmemente, tranquilamente, caminando hacia el chico. Thor sabía que tenía que enfrentar este conflicto de frente; él no podía tolerar tal insulto público.

—Entonces yo insulto a la reina—, se mofó el chico.

—Si ella te está enviando para la Selección, entonces la Selección debe estar muy mal—.

—¿Eres un tonto?—, le dijo uno de los chicos al muchacho insolente.

—¿No sabes con quién hablas?

Él es Thorgrinson. Es el más famoso guerrero del Anillo—. El chico alto entrecerró los ojos hacia Thor, con escepticismo. —¿Thorgrinson?

—, repitió. —Yo diría que no lo es.

Thorgrinson es un gran guerrero, dos veces del tamaño de cualquier hombre. El que blandió la Espada del Destino. Este muchacho es un niño, otro chico común enviado por encargo de la reina

—. El muchacho se adelantó hacia Thor amenazadoramente. —Dile a la reina que nos envíe un hombre real para elegirnos, o que venga ella misma por nosotros—, dijo.

Luego dio un paso adelante y levantó sus manos hacia el pecho

Sin determinar

de Thor, como preparándose para empujarlo hacia atrás. Pero este chico no sabía a quién estaba provocando. Thor era ahora un guerrero endurecido, habiendo pasado por la vida y la muerte, en el Anillo y en el Imperio, y como

guerrero, estaba muy en sintonía con todos los movimientos de los enemigos potenciales. Cuando el chico se acercó y levantó sus manos, Thor ya estaba en marcha. Thor se hizo a un lado, agarró la muñeca del chico, la retorció detrás de su

espalda hasta que el chico gritó de dolor, luego empujó con fuerza al muchacho y le envió dando tumbos al suelo, aterrizando de bruces. Los otros chicos miraron asombrados, ahora no se estaban riendo. Se quedaron ahí parados, callados. Thor les dio la espalda y caminó hasta el extremo opuesto de la fila, mirando por encima de los demás. Escuchó un gruñido repentino, y se dio vuelta y vio a Krohn, gruñendo al atacante de Thor, que se estaba levantando del suelo y preparándose para atacar a Thor por detrás. Pero el chico miró hacia abajo, vio a Krohn y lo pensó mejor. Thor se dio vuelta y los enfrentó.

—No se unirán a la Legión—, dijo Thor al muchacho y a sus amigos. Ninguno de ustedes—. Los demás se miraron unos a otros, miramos, repentinamente molestos.

—¡Pero tienes que elegirnos!—, dijo uno.

—¡Nuestros padres nos darán una paliza!—.

—¡Somos dos veces más altos que cualquier chico de aquí!—, exclamó otro.

—No puedes rechazarnos. ¡Nos necesitas!—. Thor se volvió, se mofó y se acercó a ellos.

—No necesito a ninguno de ustedes—, dijo él.

—Y el tamaño no importa.

El honor sí. Y el respeto. Eso es lo que construye a un guerrero.

A ustedes les faltan las dos cosas—. Thor volvió la espalda a ellos y comenzó a alejarse y al hacerlo, se escuchó un grito. El más grande escapó de la fila y se fue hacia la espalda de Thor, llevando su puño hacia la parte posterior de la cabeza de Thor. Sin embargo, Thor, lo sintió acercarse con sus reflejos de relámpago; se giró, le dio una bofetada con su guantelete, conectando con la mandíbula del chico y enviándolo al suelo. Otro muchacho corrió hacia Thor, pero antes de que pudiera acercarse, Krohn fue a la carga, saltó sobre él y hundió sus colmillos en la cara del chico. El niño gritó, tratando de quitarse a Krohn, mientras Krohn lo despedazaba de izquierda a

derecha.

—¡ME RINDO!—, gritó el muchacho, frenético.

—¡Krohn!—, ordenó Thor. Krohn lo soltó, y el muchacho se quedó ahí, sangrando, gimiendo. Thor miró a los otros chicos una última vez, y se veían deplorables. Esta aldea era, después de todo, exactamente como la recordaba, y sintió que había perdido su tiempo viniendo aquí. Thor se dio vuelta para irse, cuando un chico salió de la fila en el extremo opuesto.

—¡Señor!—, dijo el chico, parado con orgullo en posición de firmes.

—Thorgrinson, por favor, perdóneme por hablar. Pero hemos escuchado a lo largo y ancho de su reputación. Usted es un gran guerrero. Yo quisiera ser un guerrero, también. Ansío ser uno.

Por favor, permítame unirme a La Legión. Es lo que siempre he soñado. Prometo ser fiel y servir a la Legión con todo lo que tengo—. Thor miró al niño, indeciso. Era joven y flaco, y parecía un poco frágil. Sin embargo, también tenía algo en sus ojos, una mirada vacía, una mirada de desesperación. Thor pudo ver que realmente quería serlo, más que cualquiera de los otros. Había tanta hambre en sus ojos que Thor ignoró su estatura, e hizo pensarlo dos veces.

—No pareces ser luchador—, dijo Thor.

—¿Qué puedes hacer?—. —Puedo arrojar una lanza tan bien como cualquier hombre

—, dijo el muchacho. Thor fue a su caballo, sacó una lanza corta de la silla de montar y se la entregó al chico. —Demuéstrame

—, dijo Thor. El chico miró con asombro la buena calidad del arma, su mango de oro y plata, sintió su peso.

Thor podía ver que estaba impresionado. No era una lanza fácil de esgrimir, si el chico podía lanzar esto, era un hecho que era tan bueno como decía. —A ese árbol

—, dijo Thor, apuntando a un gran árbol torcido a unos treinta y cinco metros de distancia.

—Vamos a ver si puedes darle

—. —¿Qué tal el que está más allá de ése?

—, preguntó el niño. Thor miró y vio, a unos treinta y cinco metros más allá del árbol, era uno pequeño y estrecho. Thor vio al chico con sorpresa. —

No conozco a nadie de La Legión ni de Los Plateados que podrían atinarle a ese árbol desde aquí

—, dijo Thor. Eres un soñador. Y no tengo tiempo que perder con soñadores. Thor se dirigió hacia su caballo, pero oyó un grito y se volvió para ver al chico dar varios pasos adelante, levantar la lanza y arrojarla. La lanza se elevó por el aire, pasó el primer árbol y el segundo. Thor vio con asombro cómo la lanza se alojó en el centro del árbol flaco, sacudiéndolo tanto que sus manzanas cayeron al suelo. Thor miró al chico, asombrado. Era el tiro más magistral que había visto. —¿Cuál es tu nombre, muchacho?

—, le preguntó. —Archibald

—, dijo el muchacho con orgullo, serio. —¿Dónde aprendiste a tirar así?

—. —Durante largos días en las llanuras abiertas, cuidando ganado, con nada más que hacer.

Señor, le juro que, unirme a la Legión es todo lo que siempre he querido en la vida. Por favor. Permítame unirme a sus filas

—. Thor asintió, satisfecho. —Está bien, Archibald

—, dijo él. —Ve a la Corte del Rey. Busca el campo de entrenamiento de La Legión. Nos vemos allí dentro de unos días. Tendrás la oportunidad de hacer las pruebas

—. Archibald apretó la mano de Thor. —Gracias. ¡Muchas gracias—, dijo, estrechando las dos manos de Thor. Thor montó en su caballo, Krohn siguiéndolo y pateó, preparándose para la próxima ciudad. A pesar del mal comienzo, se sintió alentado. Tal vez esta Selección no sería una pérdida de tiempo, después de todo. * Thor cabalgó y cabalgó, hasta que el segundo sol comenzó a ponerse, dirigiéndose hacia el sur, en la búsqueda de la siguiente aldea. Finalmente, mientras el segundo sol se ponía como una bola roja en el horizonte, Thor llegó a una encrucijada en la cima de una pequeña colina, y se detuvo. Su caballo y Krohn, necesitaban un descanso. Thor se sentó ahí, todos respirando con dificultad y miró hacia el paisaje de las colinas ondulantes delante de él. La carretera bifurcaba, y si iba hacia la derecha, él sabía, irónicamente que lo llevaría a su pueblo natal, a pocos kilómetros a la vuelta de la esquina. A la izquierda, la carretera bifurcaba hacia el Este y hacia el sur, hacia otros pueblos. Thor se sentó ahí y pensó por un momento. Qué ironía sería regresar a su antiguo pueblo, ver a sus ex compañeros, ser el que

decidiría si se unirían a la Legión. Sabía que había buenos chicos allá, y él sabía que es adonde debería ir. Es donde sus deberes le exigían estar. Sin embargo, en su interior, no podía convencerse de volver allí. Él había prometido nunca poner los ojos en su ciudad natal otra vez. Seguramente, su padre seguía allí, su despreciativo y amargado padre, y no quería verlo. Seguramente la mayoría de los chicos todavía estaban allí también, los que habían sido tan despreciativos con él cuando iba creciendo, quienes lo habían visto y tratado como el hijo de un pastor. Nunca había sido tomado en serio por ninguno de ellos. Thor no quería verlos. No quería volver a tener su venganza mezquina. No quería volver en absoluto. Sólo quería borrar esa aldea de su memoria, incluso si eso significaba eludir su deber. Thor finalmente pateó su caballo y se alejó del camino que lo conducía a su pueblo, yendo hacia lugares desconocidos.

*

Las horas pasaban mientras Thor cabalgaba por territorio boscoso, desconocido, buscando una nueva aldea, yendo a una parte del Anillo que era desconocida para él. La noche comenzaba a caer, el segundo sol desaparecía bajo el horizonte, y se hacía más oscuro. Espesas nubes se reunieron alrededor de él, pronto el cielo se volvió negro y hubo truenos, mientras comenzaba a llover. Thor se estaba empapando, al igual que Krohn y su caballo, y él sabía que no podían continuar así; tendrían que buscar refugio para pasar la noche. Él miró en lo espeso del bosque, a ambos lados de la carretera estrecha, y decidió dar vuelta y buscar refugio debajo del follaje de los árboles. El bosque estaba mojado y húmedo, lleno de árboles, y Thor desmontó, no queriendo que su caballo se lastimara en la oscuridad. Caminaba a su lado, tropezando con las raíces nudosas, Krohn junto a él, mientras se aventuraban más y más profundamente en el bosque oscuro. Thor limpió el agua de la lluvia de sus ojos, quitó el pelo de su rostro, tratando de ver hacia dónde iba. No había señales de refugio en ningún lugar, y la lluvia se desbordaba de los árboles. Finalmente, adelante, Thor vio una enorme roca que emergía de la tierra, oscura por dentro. Como la lluvia caía a cántaros, dirigió a los demás a ella. Entraron, Thor se sintió aliviado de secarse finalmente, estaba más tranquilo aquí, el único sonido que había era el de la lluvia que caía afuera. Krohn sacudió su cabello y el caballo relinchó, todos ellos estaban claramente

felices de no estarse mojando. Thor caminó hasta el final de la cueva, en guardia, asegurándose de que no estaban compartiendo con alguien y finalmente se detuvo a seis metros, satisfecho. Era una cueva poco profunda, pero seca y lo suficientemente grande como para que pudieran refugiarse de la tormenta. Thor se puso a hacer fuego, rescatando las ramas secas que encontró en el piso de la cueva y pronto estaban crujendo las ramitas secas.

Thor recordó los pedazos de carne seca en su silla de montar, y le dio de comer al caballo, luego a Krohn y a sí mismo.

Thor se sentó ante las llamas, frotándose las manos, tratando de secarse, y Krohn apareció junto a él y puso su cabeza en su regazo, mientras que el caballo estaba parado a la entrada de la cueva, bajando la cabeza y mascando la hierba. Thor masticó su carne seca, calentándose en la sorprendentemente fresca noche de verano. Se sintió adormilado por la larga jornada, y pronto, sus ojos se cerraron.

—Thorgrin—, se escuchó una voz. Thor abrió los ojos para ver a Argon parado junto a él, mirándolo en la cueva. Argon se quedó allí, con los ojos bien abiertos, brillando, sosteniendo su vara, vestido con su túnica y manto. Thor se sorprendió al verlo. Él miró y vio durmiendo a Krohn, junto a las brasas del fuego moribundo, y se preguntó si eso era real.

—Thorgrin—, repitió Argon.

—¿Qué haces aquí?—, preguntó Thor.

—Has venido a mí—, dijo Argon.

—Tú me buscaste.

En esta cueva—. Thor frunció el ceño, confundido.

—Pensé que estaba perdido—, dijo.

—Creo que hice un giro equivocado. No quise venir aquí—. Argon meneó la cabeza.

—No hay vueltas equivocadas—, dijo.

—Estás exactamente donde se supone que estás—.

—¿Pero dónde estoy?—, preguntó Thor.

—Sígueme y lo verás—. Argon se dio vuelta, y Thor levantó sus pies y le siguió mientras él salía de la cueva. Thor todavía no sabía si estaba despierto o dormido. Afuera, la lluvia había parado. Todo estaba en silencio. El bosque era inquietante, sombrío, ni oscuro ni claro, como si fuese el crepúsculo, o el

momento antes del amanecer. Se sentía como si todo el mundo estuviera durmiendo todavía. Argon continuó caminando, y Thor luchó por ir a su paso en el sendero. Estaba empezando a preocuparse por encontrar su camino de regreso a la cueva.

—¿Adónde vamos, Argon?—, preguntó Thor.

—A completar tu entrenamiento—, respondió Argon.

—Creí que mi formación ya había terminado—, dijo Thor.

—Solamente una etapa de ella—, dijo Argon.

—Ya no se trata de lo que necesitas aprender. Ahora es acerca de lo que tienes que hacer—.

—¿Hacer?—, preguntó Thor, perplejo.

—Este viaje, esta carretera, tu pueblo, la tormenta — es todo por una razón. Vinieron aquí por una razón. Es el momento de que estés en una parte de ti a la que no has llegado—. Finalmente salieron de los bosques y ante ellos estaba el paisaje de unas colinas ondulantes. Thor siguió a Argon a la cima de una pequeña colina. Se detuvo, y Thor se detuvo junto a él.

—Tu problema, Thorgrin—, dijo Argon, parado junto a él, con los ojos refulgentes,

—es que no te das cuenta de lo poderosa que eres. Nunca lo has sabido. Aún no confías. Aún no confías en quién eres. Eres tan dependiente de las armas humanas y el entrenamiento, de las espadas y lanzas y escudos. Pero tienes todo el poder que necesitas, dentro de ti. Y todavía tienes miedo de él —. Thor miró hacia abajo, sonrojándose, dándose cuenta de que Argon tenía razón.

—Lo soy—, admitió Thor.

—¿Por qué?—.

—Siento que si usara mis poderes no pelearía de manera justa—, dijo Thor.

—Siento que necesito demostrarme a mí mismo, en las mismas condiciones que los demás. Creo que todavía siento que mis poderes son... algo de que avergonzarse—. Argon meneó la cabeza.

—Ahí es donde te equivocas. Lo diferencia está precisamente en que deberías estar más orgulloso—. Argon cerró los ojos, respiró profundamente, levantó ambos brazos y esperó. Thor escuchó un ruido de goteo, luego sintió

una gota de agua y miró al cielo y vio que comenzó a caer el agua. Él miró a Argon, asombrado.

—¿Puedes sentirlo, Thorgrin? ¿Puedes sentir el agua de la lluvia cayendo sobre nosotros? ¿Impregnando todo?

Siéntelo en tu piel, en tu pelo y en tus ojos.

Respira—. Thor cerró los ojos y extendió sus palmas y sentía las gotas cayéndole encima. Intentó concentrarse, intentó convertirse en uno con la lluvia.

—Ya basta—, ordenó Argon.

—Deja todo. Para esta lluvia—. Thor jadeó, inseguro de sí mismo.

—No puedo hacer eso—, dijo Thor.

—Sí puedes—, dijo Argon.

—La lluvia es sólo agua, y el agua es simplemente el universo. Somos nosotros. Ahora hazlo. Levanta las manos y detenla—. Thor cerró los ojos con más fuerza, concentrándose, y levantó sus brazos.

Al hacerlo, sintió un hormigueo en sus palmas, y comenzó a sentir la energía de la lluvia en el aire. Fue intenso. Pesado. Sin límites. Thor subió lentamente sus palmas más y más alto, tomando la energía, y al hacerlo, la lluvia comenzó a aminorar.

Luego se detuvo, el agua flotaba en el aire. Después, Thor, la revirtió, haciéndola regresar al cielo. El sonido de la lluvia se detuvo, y Thor abrió los ojos, sorprendido, al ver la tierra seca alrededor de él.

—Yo hice eso?—, preguntó sorprendido.

—Sí—, respondió Argon. Tú y solamente tú—. Argon le dio la espalda y levantó sus brazos hacia el cielo.

—Hay más cosas que puedes hacer, Thorgrin—, dijo él.

—¿Ves la tierra?—. ¿Ves la oscuridad?

—Es sólo un velo. Levanta ese velo. Permite que sea de día—. Thor se quedó ahí parado, estupefacto.

—¿Yo?—, preguntó él.

—Convierte la noche en día—.

—La noche no es más que la ausencia de luz. Hágase la luz.

Ya estás lo suficientemente avanzado ahora—. Thor tragó saliva y cerró los ojos. Le era difícil imaginarse con ese tipo de poder, no obstante, extendió

sus brazos y levantó sus manos hacia el cielo.

—Siento las fibras de la noche—, dijo Argon. —Siento los hilos de la oscuridad. Son solo una ilusión. Todo el mundo es solo una ilusión. Esto, el cielo bajo el cual vivimos, el cielo que respiramos todos los días, no es el cielo del hombre — es un cielo de magia, un cielo de maravilla. Es un cielo de hechizos—. Thor trató de seguir la instrucción, trató de sentir la oscuridad. Sentía una pesadez enorme sobre las puntas de sus dedos.

—Ahora, Thorgrin—, añadió Argon,

—trasciende la ilusión—. Thor sintió que sus dedos ardían, casi incendiándose y cerró sus manos y apretó sus puños. Los apretó tan fuerte que podía sentir un calor abrasador en todo su cuerpo. Reclinó su cabeza y gritó. Cuando abrió los ojos, Thor estaba asombrado.

Allí, delante de él, era de día. La noche se había ido.

—Toda la naturaleza está bajo tu control—, dijo Argon, volviéndose a él, mientras Thor miraba perplejo.

—El zorro y el ratón, el águila y el búho. Allí, en lo alto, en esa rama. —
¿Ves ese búho?

—. También está bajo tu control. Ordénale. Deja atrás tu mundo limitado y ve el mundo a través de sus ojos—. Thor miró al búho enorme, negro, una criatura magnífica, y cerró los ojos y se concentró.

Thor abrió los ojos del búho, y sus ojos eran suyos. Él vio el mundo a través de sus ojos. Fue increíble. Thor hizo girar el cuello del búho, y miró en todas direcciones, al paisaje sin límites. Vio más allá del bosque, por encima de las copas de los árboles. En la

distancia, vio un camino.

—Excelente—, dijo Argon, quien estaba junto a él.

—Ahora mira a dónde te lleva ese camino—. Thor mantuvo los ojos cerrados, viendo el mundo a través de los ojos del búho, y silenciosamente ordenó al búho alzar el vuelo. Podía sentir el gran búho batiendo sus alas por encima de él, y pronto se elevó por el aire, volando a lo largo de las copas de los árboles. Thor miraba el paisaje a través de sus ojos, mirando hacia abajo a través de los árboles, siguiendo el camino que conducía al bosque. El camino serpenteaba y pronto lo condujo a un lugar conocido. Thor se sorprendió al ver a su ciudad natal abajo. Ahí, sola en su centro, había una mujer que le

sorprendió reconocer. Era su madre. Ella se quedó allí, miró al cielo, como si lo buscara, y levantó sus brazos.

—Thorgrin—, dijo ella.

—¡Madre!—, gritó él. Thor abrió los ojos con un sobresalto, impresionado por la visión y miró a Argon.

—Mi madre—, dijo él, jadeando.

—¿Está ahí? ¿En mi pueblo? —¿Cómo es posible?

—. —Ella te espera

—, dijo Argon. —Es hora de conocerla. Tu vida depende de ello. La pista final que necesitas se encuentra allí. En tu ciudad natal

—. Thor se volvió y miró el camino ante él, sorprendido. —¿Pero cómo puede...—, empezó a preguntar Argon. Pero cuando Thor se dio vuelta, no vio a nadie. Argon se había ido.

—¡ARGON!—, gritó él. No hubo ninguna respuesta salvo el sonido de un búho solitario, ululando en el aire.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Selese caminó lentamente hacia el altar el día de su boda, y sabía que algo no estaba bien. Todas las sillas estaban vacías a ambos lados del pasillo; ella miró y vio, en cambio, hileras de arbustos espinosos, negros y siniestros. Ella miró hacia abajo y vio que había ratones bajo sus pies, y que el pasillo, en lugar de estar lleno de flores, estaba lleno de fango. Estaba aterrada. Cuando llegó al final del pasillo, Selese miró y vio a Reece parado allí, en el altar, esperando por ella. Pero cuando ella se acercó, desesperada por llegar hasta él, se dio cuenta de que había una enorme telaraña entre ellos y se encontró caminando de frente hacia ella, envolviéndola la cara y el cuerpo, pegada a ella. Ella agitó los brazos, histérica, intentando retirarla. Finalmente consiguió arrancarla, pero al hacerlo, notó que estaba arrancando su vestido de novia, dejándola en harapos. Selese caminó hacia el altar, temblando de miedo y miró a Reece. Se quedó allí, con la mirada perdida, inexpresivo.

—Ojalá que pudiéramos casarnos—, dijo.

—Pero amo a otra persona—. Selese no comprendía — y de repente, apareció una mujer junto a Reece, una hermosa chica, de la edad de Reece, quien se acercó y puso un brazo alrededor de él, le dio vuelta y se lo llevó. Los dos caminaron por el pasillo, y Selese sólo se quedó ahí parada, horrorizada y los vio marcharse. Selese sintió la tierra temblar debajo de ella, y miró hacia abajo y vio con incredulidad cómo un agujero se abría en la tierra. El agujero se hizo más y más grande, y antes de que ella consiguiera quitarse del camino, se encontró cayendo, en la oscuridad. Ella gritó, agitándose, levantando sus manos hacia alguien, cualquiera, para salvarla. Pero nadie lo hizo. Gwen despertó gritando. Ella se sentó en la cama, sudando, a pesar de la fría noche de verano. Parecía todo sobre ella, tratando de entender dónde estaba, lo que había sucedido. Era una pesadilla. Le había parecido tan real — demasiado real. Se sentó allí, jadeando. Se acercó y frotó su cara y cabello, tratando de sentir la telaraña. Pero no había nada — nada más que su piel fresca y húmeda. Selese observó su alrededor y vio que estaba

todavía en la seguridad del castillo de la reina, en la lujosa sala que le había dado la reina, acostada sobre un montón de pieles. Una ligera brisa se agitó a través de la ventana, era una noche de verano perfecta y absolutamente nada en el mundo estaba mal. Se levantó, cruzó la sala y salpicó agua en su cara. Respiró profundamente, frotando sus ojos una y otra vez, tratando de entender. ¿Cómo podría ella haber tenido un sueño así? Nunca había tenido una pesadilla en su vida. ¿Por qué ahora? ¿Y por qué había sido tan vívido? Selese se acercó a la ventana abierta y se quedó allí, mirando la noche. Bajo la luz tenue de la segunda luna, ahí estaba la Corte del Rey, en todo su esplendor. Podía ver los preparativos de su boda, perfectamente por debajo, todo estaba en orden para su boda doble con Gwendolyn. Incluso por la noche todo era tan hermoso, las flores brillaban bajo la luz de la luna. La boda estaba todavía a media luna de distancia, y sin embargo todo estaba listo. Selese estaba asombrada por el espectáculo que sería. Selese se sentía muy honrada de casarse junto con Gwendolyn, estaba muy agradecida por la amabilidad que su futura cuñada había compartido con ella. También se sintió abrumada por una oleada de amor por Reece. Ella no necesitaba ninguna de estas suntuosidades; todo lo que quería era estar con Reece. Pero mientras Selese miraba abajo, lo único que podía ver era su sueño. Ese pasillo horrible; las espinas; la telaraña; cayendo a través de la tierra; la otra mujer. ¿Podría ser cierto algo de esto? ¿Fue sólo un sueño horrible — o fue una especie de presagio? Selese miraba a las nubes corriendo debajo de la luna, y quería decirse a sí mismo que todo eran sólo caprichos de la noche. Tal vez fue sólo el estrés de prepararse para la boda. Pero en el fondo, Selese no pudo evitar temer que era algo más. No podía evitar sentir que Reece, que estaba allá afuera, en alguna parte, estaba en un terrible peligro. Y mientras miraba hacia abajo a la belleza de todos los preparativos de la

boda, no podía evitar sentir, con un profundo sentimiento de temor, que su boda nunca se realizaría.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Reece agarró la gruesa cuerda anudada, se inclinó sobre el borde de la embarcación y la lanzó una vez más, mientras el barco se sacudía en el vaivén de las olas, como había sido desde que salió del continente. Él tomó la gruesa cuerda anudada e hizo lo que pudo para enderezarlo. Se recostó y limpió su boca, agradecido de que estaban cerca. A pesar de que era un mes de verano, Reece temblaba. Era implacable aquí en las Islas Superiores, estaba por lo menos veinte grados más frío que en el continente; las corrientes, también, eran más turbulentas, y el rocío fresco del océano se mantenía en el viento, manteniéndolo húmedo. Había sido un viaje terrible, navegando hacia un viento azotador, el barco subía y luego bajaba en el mar todo el camino, casi la totalidad de sus pasajeros vomitaba. Reece no sabía cómo habían logrado llegar hasta aquí, en este océano embravecido, en este lugar desolado. No había sido un largo viaje, y sin embargo, parecían años. Algo había en el clima de aquí, el interminable gris monótono, que lo

ponía de mal humor. El frío húmedo se había metido en sus huesos, y no podía esperar a poner pie en tierra y estar al lado de una fogata crepitante. Junto a Reece estaba Krog parado, también sujetando la barandilla, pero sin vomitar, como los demás. Por el contrario, sonrió hacia Reece.

—Parece que uno de nosotros tiene un estómago más fuerte que el otro—, se burló Krog, sonriendo ampliamente. Reece recuperó su aliento, limpiando su boca. La mofa de Krog empeoraba todo.

—Te odio—, dijo Reece. Krog sonrió ampliamente. —¿Por qué te uniste a mí en este viaje?

—, le preguntó Reece.

—¿Para ayudarme?—. ¿O para torturarme?

—. Krog sonrió, dándole una palmada en el hombro a Reece. —Tal vez un poco de ambos

—, respondió Krog. Reece sacudió su cabeza, abrumado por otra ola de náuseas. No estaba de humor para Krog.

—Nunca debí haberte salvado la vida

—, dijo Reece. —Tienes razón

—, respondió Krog. —Ese fue tu primer error. Ahora ya no te puedes zafar de mí. La lealtad nunca muere

—. —¿Llamas lealtad a esto?

—, le preguntó Reece. —Tienes una rara forma de demostrarlo

—. Krog se encogió de hombros y se dio vuelta. La embarcación se sacudió y Reece miró hacia arriba y vio que apenas evitaron un largo tramo de rocas, y finalmente tocaron tierra, la embarcación aterrizó en la arena con un impacto. Todos corrieron hacia adelante y dejaron caer el ancla al lado de la flota de Gwendolyn, luego se apresuraron para bajar los tablones y fijar las velas. Los cuernos sonaban por toda la flota de barcos de Gwendolyn, que era su patrón único anunciando la llegada de un miembro de la familia real y en la orilla, Reece pudo ver, alineados, a docenas de soldados de Gwen, listos para darle la bienvenida en una muestra de respeto. Reece notó que la gente de Tirus estaba notablemente sin ganas de darle la bienvenida.

Parado frente a todos los hombres, Reece había visto a Matus, hijo mayor de Tirus, quien era la única persona a la que recordaba con más cariño de su juventud. Él se apresuró hacia adelante, protegiendo sus ojos de la niebla y ayudando a los demás a asegurar los tablones, claramente emocionado por la llegada de Reece. Los hombres de Reece bajaron el tablón y Reece se apresuró a bajarlo, Krog y los demás le siguieron; el viento se hizo más fuerte y llovió a cántaros, mientras Reece llegaba a la orilla. Matus se apresuró hacia adelante y Reece lo abrazó, enlazando sus antebrazos. —Bienvenido, mi Lord

—, dijo Matus. —No soy un lord

—, dijo Reece, —sólo soy un miembro de la familia real, como tú, primo. Gracias por recibirme

—. Matus sonrió. —No era para menos. Srog me pidió disculparme en su nombre — fue detenido por un asunto urgente en la Corte y me pidió llevarte a un recorrido primero, y luego traerte al castillo — si no te molesta mi compañía

—. Ahora fue el turno de Reece de sonreír. —No era para menos

—, dijo él. —Quisiera hacer primero el recorrido por la isla, de todos modos

—. Los dos se dieron vuelta y salieron, Reece caminaba al lado de Matus, con todos sus hombres detrás de ellos. Caminaron durante horas, cubriendo todos los paisajes de las Islas Superiores, el sol finalmente apareció entre las nubes, mientras Matus lo ponía al corriente. Los dos hablaban como hermanos y Reece recordó todo, lo cercanos que habían estado cuando eran niños, lo bien que siempre se habían llevado. Cada uno era el menor de sus hermanos y cada uno era de la misma edad, y cada uno sabía lo que significaba crecer en una familia real ambiciosa. Estaban inmersos en su infancia, en todos los asuntos de las familias MacGil, y Reece pasó por varias ciudades y pueblos, algunos recuerdos de la infancia volvían a él en destellos. Recordó jugar en ciertos lugares, esperar a su padre afuera de ciertas fortalezas. Recordó, que incluso entonces, hacía frío, era un lugar agreste, un clima al que no quería regresar. Mientras avanzaba, Reece notó las miradas de todos los lugareños, observó lo más que pudo y se dio cuenta de que no todos eran amigables. Sintió cierta tensión en el aire. —Es muy diferente estar aquí ahora que cuando éramos jóvenes

—, dijo Reece. —Cuando era niño, había armonía en nuestra llegada, un gran respeto y fanfarrias para mi padre. Ahora, observo una cierta frialdad en tu gente

—. Matus meneó la cabeza, disculpándose. —Me disculpo por ellos

—, dijo. —De hecho, eres muy observador. Nuestra gente sigue molesta por lo de Tirus. Se sienten humillados por la fallida invasión del Anillo. Están descontentos. Esa es su naturaleza. Son gente obstinada. Yo soy de aquí, y sin embargo todavía no los entiendo completamente.

Por otra parte, nunca me sentí como uno de ellos

—. —No

—, dijo Reece, apreciando la honestidad de Matus, —siempre has sido más como uno de nosotros. A veces creo que naciste del lado equivocado de la familia real—.

Matus soltó una carcajada.

—Yo también lo creo—. Caminaron y caminaron, seguido por Krog, varios metros atrás, más cerca que el resto de la comitiva, y Matus miró hacia atrás y le hizo una mirada de curiosidad a Reece.

—¿Quién es tu amigo?—, preguntó Matus. Reece hizo una mueca.

—No es mi amigo—, dijo.

—Tienes razón—, Krog intervino.

—Te dije que me esperaras en la embarcación—, le dijo Reece a Krog, exasperado. Pero Krog lo ignoró, continuó siguiéndolos, con una mano apoyada en la empuñadura de su espada y mirando todo, como si estuviera en alerta de los peligros.

—Intento protegerte—, dijo Krog.

—No necesito protección—, dijo Reece, molesto.

—Intento pagar mi deuda—, dijo Krog.

—Y no me fio de esta gente de las Islas Superiores—. Matus levantó una ceja.

—¿Tu amigo siempre es tan desconfiado?—, preguntó Matus, mirando sobre su hombro. Reece se encogió de hombros, molesto pero resignado al hecho de que Krog era incontrolable.

—No es mi amigo—, repitió Reece. Continuaron su caminata y finalmente llegaron a una pequeña colina. Desde aquí abajo, Reece pudo ver, no muy lejos, un pequeño lago en las colinas. Se dio cuenta de una mujer, llevando un cubo vacío, que se arrodilló junto al lago y comenzó a llenarlo. Reece la observaba, curioso. Había algo en ella que le parecía familiar, pero no sabía qué. Reece se acercó varios pasos, examinando su perfil, preguntándose cómo la conocía.

Luego, de repente, levantó el cubo, se dio vuelta y lo enfrentó.

Estaba sorprendido al verlo, y ella quedó congelada. Ella estaba allí y cuando encontró su mirada con la de Reece, el cubo se le escapó de las manos, salpicando sus pies. Ni siquiera se molestó en mirar hacia abajo. Reece no podía haberse movido, aunque lo hubiesen empujado. Su corazón se aceleró en su pecho mientras miraba esos ojos, perdiendo todo sentido del tiempo y del lugar.

Eran hipnóticos. Eran ojos que sabía que conocía, ojos que habían quedado fijos en su mente. Eran ojos con los que había soñado durante muchos años. Ahí parada, a escasos centímetros, Reece se sorprendió al darse cuenta de que estaba su prima. Stara. El amor de su infancia. La chica por la que se quedaba soñando despierto hasta muy tarde. La chica que nunca había olvidado. La chica con la que secretamente había esperado casarse, la mayor

parte de su vida. Allí estaba ella, y ahora, se había convertido en la mujer más bella que jamás había visto. Reece miraba fijamente a los ojos azules de ella, sin embargo, aunque lo intentaba, no podía invocar pensamientos de Selese. Todos los pensamientos de la mujer con la que estaba a punto de casarse, volaban de su cabeza. No podía evitarlo. Reece estaba hipnotizado por Stara. Y mientras ella lo miraba, inmóvil, con sus ojos perfectamente fijos, de color azul cristal, como el lago detrás de ella, Reece podía ver que ella también estaba hipnotizada por él. Su amor, lo más fuerte que Reece había sentido en su vida, era tan fuerte que le dolía, y nunca había muerto. Ni siquiera había titubeado. Reece se forzó a girar sus pensamientos hacia Selese, hacia su boda.

Pero aquí parado, ante Stara, arraigada en este lugar, el pensamiento libre era imposible. Estaba en las garras de algo más grande que él, algo que no comprendía. Mientras estaba allí, él sabía que había intercedido el destino, y que su vida y las vidas de todos a su alrededor, le gustara o no, estaban a punto de cambiar para siempre.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Bronson se sentó en la sala de banquetes de sus padres, en el viejo castillo de McCloud, sentado a la cabeza de la larga mesa, Luanda junto a él. Sentados arriba y abajo de la mesa, a ambos lados, estaban los McCloud y los MacGil, curtidos guerreros todos de ellos, cada uno pegado en su lado de la mesa, ninguno, a pesar de los esfuerzos de Bronson, se entremezclaban con los demás. Bronson analizó todo, y le dolió la cabeza. Nada iba como tenía previsto. Bronson, en un acto de desesperación, había convocado a todos los guerreros para una fiesta, para intentar acercarlos unos a otros, para discutir las diferencias. Había elegido a representantes de clanes peleados en ambos lados de las montañas, y había hecho un fastuoso banquete en su honor, repleto de música, vino y comida deliciosa. Y sin embargo, hasta ahora, la noche no había ido bien.

Cada uno se quedaba en su lado de la mesa, hablando con su propia gente, e ignorando a los demás. Ambos lados eran tan tercos, como dos niños negándose a mirarse mutuamente. Había sido un banquete incómodo a lo mucho, y Bronson estaba empezando a preguntarse si había cometido un error al intentar esto siquiera. A esta fiesta le seguían horas de fiesta, un mini festival que Bronson había ordenado para celebrar la boda de un MacGil con una McCloud. Originalmente iba a ser una boda sencilla, tranquila, en una humilde aldea del lado MacGil de las tierras altas; pero cuando Bronson se enteró, insistió en que la boda fuera un asunto público, enorme. Esto era exactamente lo que necesitaba, y personalmente pagó los gastos de la misma, pensando que este sería el evento perfecto para ayudar a reunir a las dos partes beligerantes. Esta joven pareja estaba realmente enamorada, y Bronson esperaba que tal vez su amor y buena voluntad se extendiera a la gente. Sin embargo, el día de la boda, había sido un evento incómodo, con ambos clanes en sus lugares y las familias del novio y de la novia que no lo aprobaban, ni siquiera socializaban. Se había desparramado en el salón de fiestas, y Bronson había imaginado que el estado de ánimo sería más relajado por la noche, después de la boda, después del baile, una vez que los hombres se relajaran

con la bebida y una buena comida. Y sin embargo, ahí estaban todos, hasta bien entrada la noche, la novia de McCloud, única McCloud en el lado MacGil de la sala. Bronson había intentado varias veces durante la noche romper el hielo, pero nada parecía funcionar.

—Más te vale hacer algo—, le susurró Luanda en el oído. Él se volvió y la miró. Ella se acercó, mirándolo fijamente.

—Esta fiesta tuya es un fracaso. No está trayendo buena voluntad entre ellos. Y si esto no lo logra, nada lo hará.

Debes acercarlos, de alguna manera. No me gusta lo que veo—.

—¿Qué ves?—, preguntó Bronson.

—Una guerra en erupción entre ambos—. Bronson se dio vuelta y miró el salón, y sintió la tensión en el aire, y en cierta forma, él sabía que ella tenía razón.

Luanda tenía el talento para ver siempre las cosas como eran.

—¡Un brindis!—, gritó Bronson, parándose y golpeando su taza sobre la mesa hasta que la sala quedó en silencio. Bronson sabía que había llegado el momento de tomar una acción decisiva, para ser un gran líder. Tenía que establecer el tono para la armonía entre los dos clanes.

—¡Un brindis por las dos grandes familias!—, dijo él.

—¡Por los dos grandes clanes, confluyendo en paz. Es increíble cómo el amor puede unirnos a todos. Sigamos todos el gran ejemplo de esta pareja y reúnanse, ambos lados de las tierras altas, para crear una nación, un Anillo, en armonía con los demás—. La novia y el novio elevaron sus tarros al igual que varias personas del lado de los MacGil; sin embargo, ninguno de los McCloud se molestaron en hacerlo. Bronson se dio cuenta de que los MacGil eran más abiertos a tener paz que los McCloud. No era de sorprender: al haber crecido entre los McCloud, sabía que eran obstinados.

—¡Tengo una idea mejor!—, gritó Koovia, parado en medio del clan McCloud, golpeando su tarro sobre la mesa, su voz subió de tono, llamando la atención. Parecía estar borracho, con la cara roja de desprecio y a Bronson no le gustó lo que vio. La sala quedó en silencio, mientras los ojos se fijaban en él.

—Sugiero que nuestro nuevo líder, Bronson, se demuestre a sí mismo ser un líder — en lugar de ser una marioneta de la chica MacGil!—. Los McCloud

ovacionaron, mientras la cara de Bronson enrojecía. Antes de que pudiera responder, Koovia continuó:

—Un verdadero líder del Reino McCloud afirmaría sus privilegios reales en una noche de bodas—, dijo Koovia. Los guerreros McCloud gritaban y aplaudieron, golpeando sus tarros sobre la mesa, levantando un frenesí de borrachos.

—¿De qué habla?—, le preguntó Luanda a Bronson, confundida, mientras la sala estallaba en un clamor. Pero Bronson estaba furioso, demasiado ocupado para dirigirse a ella.

—¡No quisiste decir eso!—, le gritó Bronson a Koovia.

—¡Claro que sí!, dijo Koovia. —Tu padre tuvo el privilegio, muchas veces. Cualquier verdadero rey McCloud debe hacerlo — es decir, si es usted un rey—. Hubo otra gran ovación de parte de los McCloud, mientras aporreaban sus tarros.

—¿A qué se refiere?—, dijo finalmente un guerrero MacGil, confundido.

—Hablo de que la novia fue desflorada en su noche de bodas—.

Koovia dijo desafiantemente, dirigiéndose a los MacGil. Todos los MacGil en su lado de la mesa, se pararon repentinamente alborotados, murmurando enojados hacia los McCloud. Bronson detectó movimiento por el rabillo del ojo, y miró hacia arriba y vio a varios soldados McCloud dando vueltas alrededor de la periferia de la habitación y restringiendo todas las salidas. Bronson sintió un hoyo en el estómago cuando se dio cuenta de que le habían tendido una trampa. Todo era una trampa, maquinada por Koovia.

—¡Nos engañó con su fiesta!—, gritó el guerrero MacGil, acusaciones a gritos a Bronson. Bronson quería gritar que él no sabía nada de esto, pero antes de que pudiera responder, Koovia intercedió.

—¡Están totalmente rodeados!—, le grito Koovia a los MacGil.

—No hay escapatoria. Entreguen a la novia. Es hora de que nuestro rey la haga suya. ¡Y si él no lo hace, lo haremos nosotros!—.

Todos los McCloud ovacionaron, conducidos por el furor del alcohol, mientras los MacGil sacaban sus espadas. Los McCloud también sacaron sus espadas. Mientras estaban ahí, frente a frente, Koovia caminó alrededor de la mesa, hasta Bronson, varios de sus hombres le seguían, mientras que Bronson se quedó parado y lo enfrentó.

—Tome a la novia y será nuestro líder—, dijo Koovia a Bronson.

—Si no, enfrentará a la muerte por mi propia mano, y yo seré el nuevo rey de los McCloud—. Los soldados McCloud ovacionaron. Bronson miró a Koovia. Él había sido arrinconado, lo habían superado en astucia. Debió haberlo sabido. Su gente siempre había visto la bondad como debilidad. Eran más primitivos de lo que se había dado cuenta.

—Puedes quitarme reinado si lo deseas—, respondió Bronson tranquilamente:— pero no vas a tocar a la novia.

Tendrás que matarme primero

—. Koovia frunció el ceño. —Como pensé

—, dijo. —Un líder patético hasta el fin

—. Bronson sacó su espada y bloqueó el camino de Koovia hacia la novia.

Koovia sacó su espada, y la tensión fue mayor, mientras los dos se preparaban para enfrentarse. De repente, Luanda dio un paso adelantó, entre ellos y tranquilamente extendió una mano y la puso suavemente sobre la espada de Koovia. —Bronson no sabe lo que dice

—, respondió ella. —Por supuesto que llevará a cabo sus deberes reales

—. Koovia la miró, tomado desprevenido. —Eres un hombre grande y fuerte

—, añadió Luanda. —Baja tu espada, y me aseguraré de que Bronson haga lo que dices. No hace falta derramar sangre aquí, esta noche

—. Koovia la miró, luego bajó lentamente su mano, mientras bajaba solo un poco su espada. Él la miró de arriba a abajo y sonrió. —Tú estás muy bien también

—, dijo Koovia.

—Después de que Bronson la haga suya, yo podría tomarte a ti

—. Ella le sonrió. —Me encantaría, mi Lord

—, dijo Luanda. Ella dio un paso adelante y le susurró al oído. —Hace mucho tiempo que no duermo con un verdadero Lord—. Koovia sonrió ampliamente y Luanda se inclinó de nuevo y le sonrió. Él bajó su mano, y tan pronto como lo hizo, Luanda entró en acción. Luanda extrajo rápidamente una daga oculta de su cintura, la giró, y con un movimiento más rápido que un relámpago, apuñaló a Koovia en la garganta. Sus ojos se abrieron de par en par, mientras brotaba sangre de su pecho y él levantó sus manos hacia la

cuchilla. Pero ya era demasiado tarde. Cayó de rodillas y luego se desplomó hacia adelante, de bruces, muerto. Toda la habitación quedó en estado de shock. Un momento después, ambas partes, soltaron un grito de batalla, cada uno con el objetivo de matar al otro. Mientras Bronson estaba allí parado, en medio de todo, sin duda, de que la siguiente guerra del Anillo había comenzado.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Thorgrin sintió que algo lamía su cara y abrió los ojos para ver Krohn, parado sobre él. Él despertó lentamente, desorientado y se sentó, preguntándose dónde estaba. Vio a su caballo, todavía en pie cerca de la entrada a la cueva, y recordó haber venido aquí, a través del bosque, en la noche y bajo una lluvia torrencial.

Ahora el sol entraba a través de la cueva, las aves chirriaban, el mundo estaba seco, y Thor se sentó, desorientado, preguntándose si algo de esto había pasado. ¿Su encuentro con Argon había sido real? ¿Fue un sueño? ¿O las dos cosas? Thor se levantó y frotó sus ojos y trató de distinguir lo que era un sueño de lo que era real. Miró a su alrededor, buscando a Argon, pero no estaba en ninguna parte. Sintió un calor recorrer su cuerpo, se sentía más fuerte que nunca. ¿Realmente habían tenido una sesión de entrenamiento? Thor sentía que así había sido. Sobre todo, Thor sintió como si le hubieran enviado un mensaje, y lo sintió resonando en sus oídos. Era su madre. La pista final para encontrarla le esperaba en su ciudad natal. ¿Era verdad?

Thor caminó hasta el borde de la cueva y dio unos pasos hacia afuera y miró al bosque. El agua caía de las ramas en el sol de la mañana, y el bosque estaba vivo con los sonidos de animales e insectos despertando durante el día. Él miró la luz temprana de la mañana, los rayos veteaban las hojas, y su sueño estaba sobre él, como una bruma. Sabía que, con gran claridad, exactamente lo que tenía que hacer; debía volver a su ciudad natal. Tenía que ver por sí mismo si la pista final estaba allí. La manera de encontrar a su madre. Thor montó su caballo, lo pateó y, Krohn siguiéndole los talones, se dirigieron hacia el bosque.

Intuitivamente conocía la ruta esta vez, la forma exacta para salir de este bosque, el camino que lo llevaría a su ciudad natal.

Cerró los ojos mientras cabalgaba y recordó haber visto el bosque con los ojos del búho, haber visto todo el paisaje, y ya no se sintió perdido. Miró a la naturaleza a su alrededor, oyó los ruidos de los animales, y se sintió uno de ellos; se sentía más fuerte, omnipotente, como si pudiera ir a cualquier parte

del mundo y sin perderse. Thor pronto alcanzó el borde del bosque y vio el camino delante de ellos, serpenteando, sobre las colinas y valles, hasta el cruce que sabía que lo llevaría a su pueblo. Reconoció las montañas a lo lejos, el camino solitario que había tomado toda su niñez para abandonar su aldea. Thor lo miró con una sensación de inquietud. Una parte de él realmente no quería regresar a su ciudad natal. Sabía que cuando llegara allí, estarían todos esos chicos y su padre, esperando para saludarlo con actitud de superioridad y condescendiente. Ya podía sentir las miradas de la gente del pueblo, de todos los muchachos con los que había crecido. No lo verían por quien era ahora; todavía lo verían como el niño que una vez conocieron, hijo menor de un pastor, alguien que no debe ser tomado en serio. Pero Thor pateó su caballo, decidido.

No se trataba de ellos. Se trataba de su mayor misión. Los aguantaría por la oportunidad de encontrar a su madre. Thor fue por el camino hacia la aldea. Él se preparó al rodear una curva, desaceleró su caballo y finalmente entró a través de la ciudad, la pequeña aldea agrícola adormilada que recordaba, sin ni siquiera una pared adecuada alrededor de ella, o una puerta para marcar su entrada. Al crecer, pensó que éste era el mejor lugar del mundo. Pero ahora, habiendo ido a tantos lugares, visto tantas cosas, este pueblo parecía pequeño y patético. Era solo un pueblo pobre, sin nada especial. Era un lugar para personas que no habían tenido éxito en otras partes, que se habían quedado a vivir en esta región pobre y olvidada del Anillo. Thor se volvió y cabalgó por la calle principal de su pueblo, preparándose, esperando encontrarlo desbordante, como era generalmente, con todas las caras que reconocía. Pero lo que vio le sorprendió: las calles no estaban como esperaba, llena de personas, animales, niños — por el contrario, estaban completamente vacías. Desoladas. Su pueblo había sido abandonado. Thor no podía comprender lo que veía ante él. Era una mañana típica, soleada, y no tenía sentido que estas calles estuvieran vacías. Cuando miró más de cerca, se sorprendió al ver que muchos de los edificios fueron destruidos, reducidos a montones de escombros. Miró hacia abajo y pudo ver los residuos de las huellas en las calles, señales de un gran ejército pasando por aquí. Miró las cabañas de piedra y vio las manchas de sangre en algunas de ellas. Con su ojo de soldado experto, Thor supo enseguida lo que había ocurrido aquí: el Imperio. Su

ejército había invadido esta región del Anillo, y evidentemente habían pasado por esta pobre aldea; la gente aquí había tenido la mala suerte de ser atrapada en su camino, y este lugar había sido diezmado. Todo lo que Thor había conocido alguna vez, había desaparecido — como si nunca hubiese existido. Thor desmontó y caminó sombríamente a través de las calles, sintiéndose horrible, mientras caminaba entre restos de las estructuras que apenas reconocía. Lentamente fue entendiendo que todos los que habían vivido aquí alguna vez, habían huido o ya estaba muertos. Era una sensación extraña. Este lugar que había conocido toda su vida como hogar, estaba abandonado. Lo más curioso de todo fue que Thor no había tenido ningún deseo de regresar aquí y se habría alegrado de nunca volver a ver en este lugar y sin embargo, ahora que lo veía así, sintió pesar.

Verlo así, hizo que Thor sintiera, extrañamente, como si no tuviera una casa en el mundo, que no quedaba rastro de sus orígenes. ¿Dónde estaba su verdadero hogar en el mundo? Thor se preguntó a sí mismo. Debía ser una pregunta fácil de responder, pero mientras más vivía Thor, más empezaba a darse cuenta de que esa era la pregunta más difícil de todas.

Thor oyó el ruido de una olla, y se volvió y, se preparó, en guardia, para ver una pequeña cabaña, todavía en pie, con una de las paredes destruida. La puerta estaba entreabierta, y mano de Thor cayó a la empuñadura de su espada, preguntándose si había algún soldado herido dentro o tal vez un carroñero. Mientras observaba la entrada, salió una mujer vieja, pesada, llevando su olla, bamboleando, vestida con harapos.

Llevaba su olla, rebosante de agua, sobre un montón de madera.

Acababa de ponerla abajo, cuando miró a Thor. Saltó hacia atrás, asustada.

—Quién eres?—, preguntó.

—Nadie ha pasado por aquí, desde la guerra—. Thor apenas la reconoció; ella era una de las ancianas permanentemente encorvadas ante sus casas, cocinando.

—Mi nombre es Thorgrin—, dijo. No quiero hacerle ningún daño. Yo solía vivir aquí. Me crié aquí

—. Ella entrecerró los ojos. —Te conozco

—, dijo. —Eres el más joven de los hermanos

—, añadió burlescamente. —El hijo del pastor—.

Thor enrojeció. Odiaba que la gente aún pensara de él de esta manera, que sin importar cuánto honor había logrado, nunca sería diferente.

—Bueno, no esperes encontrar a alguien—, añadió, con el ceño fruncido, encendiendo su hoguera.

—Soy casi la única que queda—. Thor de repente tuvo una idea.

—Mi padre todavía está aquí? —. Thor sintió un nudo en la garganta ante la idea de verlo de nuevo. Esperaba no tener que hacerlo. Y sin embargo, al mismo tiempo, esperaba que no estuviera muerto. A pesar de que odiaba al hombre, por alguna razón, el pensamiento le molestaba. La mujer se encogió de hombros.

—Compruébalo por ti mismo—, dijo ella, después lo ignoró, regresando a su guiso. Thor se volvió y siguió caminando por el pueblo, ahora un pueblo fantasma, Krohn siguiéndole los talones. Él serpenteaba por las calles, hasta que finalmente llegó a su antiguo hogar.

Dio vuelta en la esquina y esperaba verlo ahí parado, como siempre, y se sorprendió al ver que era una pila de escombros.

No había nada. Ninguna casa. Esperaba a ver a su padre, allí de pie, con el ceño fruncido, esperándolo. Pero él no estaba allí, tampoco. Thor caminó lentamente sobre el montón de escombros, Krohn siguiéndolo de cerca, lloriqueando, como si pudiera sentir la tristeza de Thor. Thor no sabía por qué estaba triste. Él odiaba este lugar; y aun así, por alguna razón, le molestaba. Thor caminó sobre el montón de rocas y las pateó con su dedo, hurgando, buscando algo, sin saber qué. Tal vez, alguna pista. Una idea. Lo que fuera que lo condujera de regreso a este lugar. ¿Tal vez esto había sido un error? ¿Tal vez había sido un tonto al seguir su intuición? ¿Tal vez esto había sido una ilusión? ¿Tal vez no había ninguna pista después de todo, que le pudiera llevar a su madre? Después de varios minutos, Thor terminó pateando las rocas.

Suspiraba, preparándose para darse vuelta y salir. Todo esto había sido un error. No quedaba nada para él aquí. Solo fantasmas de lo que había sido una vez.

Sin determinar

Thor se dio vuelta y comenzó a caminar de regreso, cuando de repente se quejó Krohn. Thor se volvió y vio Krohn a lo lejos, en el otro extremo del patio, cerca de una pequeña estructura donde Thor había vivido, lejos del resto de la familia. Krohn estaba lloriqueando, mirando hacia atrás y hurgando en las rocas, como si instara a Thor a que se acercara a ver. Thor se apresuró a, se arrodilló al lado de Krohn y miró, sorprendido.

—¿Qué pasa, muchacho?—, preguntó Thor, acariciando su cabeza. ¿Qué ves?—. Krohn lloriqueó y señaló con la pata una gran roca, y Thor se agachó y retiró la pesada piedra.

Encontró más piedras, y siguió sacándolas hasta que por fin vio algo. Algo destellaba, atrapando el sol. Thor se agachó, en la grieta en las rocas y lo sacó. Sostuvo algo pequeño, le quitó el polvo y lo miró con asombro, mientras le quitaba la mugre, vio algo que era brillante, amarillo, redondo. Miró más de cerca y finalmente se dio cuenta que era un medallón de oro. Tenía unas letras en él y Thor notó que tenía tallada unas inscripciones, en un lenguaje que no podía entender. Thor pasó sus dedos en el borde, y se encontró con algo, parecía un broche.

Lo presionó y abrió el medallón. Para sorpresa de Thor, vio una inscripción en oro por un lado y una flecha de oro, por el otro.

Se movía cada vez que le daba vuelta. Se detuvo y siguió apuntando en una dirección. Cada vez que él lo movía, la flecha se ajustaba. Thor le quitó el polvo y leyó la inscripción, en un idioma que desconocía. Mientras leía las palabras, su corazón se detuvo. Para mi hijo. Thorgrin. Sigue la flecha. Y te llevará hacia mí. Con el corazón acelerado, Thor se detuvo y se dio vuelta y levantó la medalla, y encontró la flecha que señalaba hacia una dirección determinada. Miró al cielo, al horizonte, y supo que esta flecha lo llevaría a la Tierra de los Druidas Cuando Thor lo sujetó, sintió algo grande recorriendo su mano, a través de todo su cuerpo. Él sabía que era real, que todo esto era real, y se sentía seguro de que había llegado el momento de encontrar a su madre. Había llegado el momento de descubrir la verdad acerca de quién era realmente, de quién estaba destinado a ser. Thor miró al cielo y decidió que tan pronto como naciera su hijo, tan pronto como terminara la boda, se iría. Thor miró hacia el horizonte y sintió a su madre más cerca que nunca.

—Ten paciencia, mamá—, dijo él.

—Voy por ti—.

CAPÍTULO TREINTA

Gwendolyn estaba parada en la baranda superior de su castillo, mirando hacia abajo a la Corte del Rey, admirando todos los preparativos de la boda, admirando lo magnífica que se veía la ciudad reconstruida. Ahora que todo el mundo se había ido al Día de Salida, Gwen necesitaba tomar un descanso para ella misma, necesitaba tener un tiempo para ella sola, aquí.

Era un día hermoso, el sol brillaba, una brisa de verano mecía las ramas de los árboles frutales y Gwen se inclinó de nuevo y respiró el aire fresco. Hubo un chillido y Gwen miró hacia arriba vio a Ralibar, elevándose por lo alto, entrecruzándose con Mycoples, los dos haciendo amplios círculos alrededor de la Corte del Rey. Gwen sonrió, pensando en su viaje de la mañana sobre Ralibar, recordando lo amable que había sido hoy. Los dos se estaban volviendo más cercanos, como si él presintiera que ella estaba embarazada y volaba con mucho cuidado. Ella se sentía tranquila al verlo dando vueltas, como si vigilara, como si la protegiera.

Gwen miraba hacia el horizonte y sabía que Thor estaba allí en algún lugar y que regresaría pronto, y que, finalmente, no tendrían nada que temer. Ahora todo era perfecto, y sin embargo, por alguna razón, ella no se sentía a gusto. Ella no sabía por qué, pero no podía evitar sentir que algo sombrío estaba en el horizonte, que se acercaba hacia todos ellos. ¿Era real? ¿O era sólo su mente jugando con ella? Su mente giró con tantos pequeños asuntos relacionados con el gobierno de su reino, que era difícil para ella pensar con claridad.

—Los asuntos de estado—, se escuchó una voz,

—pueden pesar sobre ti como una roca—. Gwendolyn se dio vuelta, encantada de reconocer esa voz y vio a Argon, allí de pie, sosteniendo su vara, usando su capa y capucha, con sus ojos brillando a través de ella.

Se acercó a su lado, su vara chasqueaba en la piedra mientras caminaba, y se paró junto a ella, a mirar su reino.

—Me alegro de que estés aquí—, dijo ella, dándose vuelta y mirando afuera, junto a él.

—He estado irritable últimamente. No sé por qué. —Pero tú no?

—, preguntó él, enigmáticamente.

Ella se volvió y lo miró, sorprendida. —¿Me equivoco?

—, preguntó ella. —Dime honestamente: ¿va a pasar algo terrible? ¿Nuestra paz está a punto de ser destruida?

—. Argon se volvió y la miró por mucho tiempo, la intensidad de su mirada casi la obligó a darse la vuelta. Finalmente, pronunció una sola palabra que le hizo sentir un escalofrío a ella: —Sí—. El corazón de Gwendolyn se aceleró con sus palabras, y sintió un frío recorrer su cuerpo.

Ella lo miró, tuvo un sentimiento de pánico apoderándose de ella.

—¿Qué es?—, preguntó ella, con su voz temblorosa.

—¿Qué pasará?—. Lentamente, Argon meneó la cabeza.

—He aprendido mi lección de interferir en los asuntos humanos—. Se dio vuelta, inspeccionando su reino.

—Por favor—, suplicaba ella.

—Dime lo suficiente para prepararme. Para hacer lo que tenga que hacer para proteger a mi gente—. Argon suspiró.

—Eres muy parecida a tu padre—, dijo él. Ni siquiera sabes cuánto

—. Siempre quería ser el mejor gobernante que podría haber; pero a veces, el destino se interpone en el camino—. Se volvió y la miró, y por primera vez, ella vio la compasión en sus ojos.

—No todos los reinos están destinados a durar—, dijo él. —Ni todos los gobernantes. Has hecho un trabajo maravilloso, mejor que cualquier MacGil antes que tú. Has controlado un destino que iba a suceder, y lo has hecho con coraje y honor. Tu padre te mira y te sonrío—. Gwen sintió un bochorno de calor antes sus palabras.

—Sin embargo, algunas cosas—, continuó diciendo,

—están más allá de tu control. Estamos a merced de un destino mayor que cursa a través del universo. El Anillo tiene su propio destino, como una persona tiene un destino—. Gwen tragó saliva, desesperada por saber más.

—¿Qué peligro podría afectarnos ahora?—, preguntó.

—El Escudo está activado. El Imperio se ha ido. Andrónico está muerto. McCloud está muerto. Aquí tenemos dos dragones. ¿Qué puede hacernos daño? ¿Qué más puedo hacer?—.

Lentamente, Argon meneó la cabeza.

—Escondidas en medio de las flores más gloriosas, están las víboras más venenosas; detrás de la luz del sol más brillante están las nubes más oscuras, las más feroces tormentas, esperando reunirse. No mires al sol; mira las nubes detrás de él, a las nubes que todavía no puedes ver. Sabe con certeza que están allí. Prepárate. Hazlo ahora.

Depende de ti y de nadie más. Tú eres el pastor que conduce el rebaño y el rebaño no sabe lo que viene—. Gwendolyn se estremeció, Argon confirmó lo que ella sentía. Algo horrible estaba en el horizonte, y dependía de ella y solo de ella, tomar medidas, prepararse.

—¿Pero qué?—. Gwen se dio vuelta para hacer más preguntas a Argon, pero antes de que ella pudiera abrir la boca, ya se había ido. Miró las nubes en el cielo, en el horizonte, sorprendida. El día parecía perfecto. ¿Qué se escondía más allá? * Gwendolyn se sentó en la reconstruida Casa de los Eruditos, ante una larga y antigua mesa de madera cubierto de libros y manuscritos y mapas, estudiando todo atentamente. Este era el único lugar en el reino donde Gwen encontraba consuelo, paz y tranquilidad, estos libros antiguos, polvorientos siempre la hacían sentir a gusto, la conectaban con su infancia. Sin duda, Gwen había dedicado una gran parte de su tiempo estas últimas seis lunas para supervisar personalmente la reconstrucción de este edificio que había significado tanto para ella, para Aberthol y su padre. Ella había insistido en ser restaurado para quedar tan hermosa como lo había sido y todavía aún más grande, lo suficientemente grande para guardar aún más volúmenes. La mayoría de sus preciosos volúmenes habían sido quemados, o robados por el Imperio; pero en los niveles inferiores, Aberthol sabiamente había ocultado historias de libros que permanecieron intactos.

Andrónico, con lo salvaje que era, no se había dado cuenta de cuán profundo debajo de la tierra había sido construida la Casa de los Eruditos — precisamente para épocas como ésta, tiempos de guerra — y por suerte, algunos de los más preciados elementos habían sido salvados. Era por estos volúmenes que Gwendolyn quedaba absorta ahora. Además, había otros, ya que Gwendolyn había hecho su misión hacer que sus

hombres buscaran en el Anillo, para encontrar los volúmenes preciosos que podrían estar esparcidos. Regresaron con carros cargados de volúmenes

que ella había pagado personalmente, y pronto había reconstruido la Casa de los Eruditos a una biblioteca mejor que antes. Amaba a esta nueva casa aún más, y ella se asombró de haberlo conseguido, nunca pensó realmente que podría ser reconstruido de las cenizas cuando la había visto en ese estado lamentable. Era la cosa de lo que estaba más orgullosa desde que había comenzado la reconstrucción. Gwen había estado escondida aquí todo el día, desde su fatídico encuentro con Argon, escudriñando libro tras libro, pergamino tras pergamino, leyendo sobre lo que habían hecho todos sus ancestros en tiempos difíciles, tiempos de la invasión. Se preguntaba cómo se preparaban todos ellos en tiempos de paz, para un desastre que se avecinaba. Gwen no sería capaz de controlar lo que estaba por venir, pero lo único que podía controlar era su biblioteca y siempre le daba confort y una sensación de control para leer en tiempos de crisis. Gwen leyó sobre antiguos refugios y escapes, se dio cuenta que lo único que no había planeado en la reconstrucción de la Corte del Rey era una ruta de escape.

Después de todo, la Corte del Rey era la ciudad más fortificada del Anillo — ¿qué necesidad podría haber de escapar? ¿Y a dónde podrían posiblemente escapar que fuese más fortificado? Y sin embargo, las palabras de Argon sonaban en su cabeza, y sintió la necesidad de prepararse. Ella sentía que si tenía que ser una buena líder, entonces debería tener una contingencia de respaldo. Una especie de plan de escape.

¿Qué pasaría si la Corte del Rey fuera invadida? Era doloroso considerarlo, ya que acababan de reconstruirlo — sin embargo, sentía la necesidad de tener un plan. ¿Y si de alguna manera el Anillo fuera destruido otra vez? ¿Qué pasaría si de alguna manera el Escudo fuera desactivado o destruido?

—¿Entonces, qué?—. Ella no podía dejar a la gente expuesta al matadero. No en su tiempo. Gwendolyn leía durante horas y horas sobre los saqueos de todas las grandes ciudades del Anillo a lo largo de los siglos. Leyó la historia, una vez más, de todos los MacGil, de su abuelo y del abuelo de su padre. Se sintió más conectada que nunca con sus antepasados, cuando leyó nuevamente sobre sus vicisitudes, sobre todas las dificultades de todos los reyes antes que ella. Se encontró absorta en su historia. Ella se asombró al ver que otros experimentaron lo que ella estaba pasando, que tenían los mismos problemas y

desafíos de gobernar un reino que ella tenía, incluso muchos siglos atrás. De alguna manera, nada había cambiado. Sin embargo, a pesar de todo lo que leyó, no encontró ninguna referencia a alguna contingencia de escape. La referencia más cercana que encontró fue una nota de un cuento de seis siglos atrás: un antiguo hechicero había logrado desactivar el Escudo por un tiempo, y las criaturas de la selva habían cruzado el cañón e invadieron el Anillo. El segundo rey MacGil, al darse cuenta de que era incapaz de luchar contra todos ellos, se llevó su pueblo — un pueblo mucho más pequeño que el que tenían ahora — lo cargaron en los buques y los evacuaron a las Islas Superiores. Cuando el Escudo fue reactivado y las criaturas se fueron, los regresó al continente del Anillo, salvándolos a todos y matando a las criaturas que se quedaron. Gwen, intrigada, examinó los polvorientos mapas antiguos, con fotos ilustrativas de las rutas que habían tomado. Las flechas mostraban el camino que habían viajado a bordo de las embarcaciones, luego las rutas a las Islas Superiores.

Estudió los diagramas y consideró todo cuidadosamente. Había sido un plan primitivo para un tiempo primitivo, un tiempo en que el Anillo era mucho menor. Y sin embargo, había funcionado. Cuanto más lo pensaba Gwen, más se daba cuenta de que había una gran sabiduría en ese plan — la sabiduría que se podría aplicar hoy. En el caso de un desastre, ¿no podría hacer ella lo mismo que sus antepasados habían hecho? ¿No podía ella evacuar a su gente a las Islas Superiores? Tal vez no podrían regresar al Anillo, como sus antepasados. Pero al menos podrían esperar la invasión, o el desastre, por lo menos vivirían ahí el tiempo suficiente para que su pueblo decidiera qué hacer.

Estarían a salvo, al menos, de una invasión masiva: después de todo, las Islas Superiores eran un lugar imposible de atacar, con sus costas irregulares en todas direcciones, canalizando a todos los enemigos para reducir puntos de ataque. Un millón de hombres atacando eran tan buenos como cien. El Imperio podría enviar decenas de miles de barcos, pero sólo serían capaces de atacar con unos pocos a la vez. Y el mal tiempo y las corrientes ayudaban a defender a las Islas aún más. Los ojos de Gwen estaban cansados de la lectura, y sin embargo se sentó erguida mientras consideraba todo, sintiendo una sacudida de emoción.

Cuanto más lo pensaba, más le gustaba la idea. Tal vez un retiro a las Islas

Superiores sería el plan perfecto en el caso de un desastre. Gwen cerró el libro, frotó sus ojos y se reclinó y suspiró. ¿Se estaba dejando llevar? ¿Estaba perdida en pensamientos catastróficos? Después de todo, era un hermoso día soleado de verano, y su boda, el día de sus sueños, estaba a media luna de distancia. Ellos no estaban siendo atacados o invadidos, y eran más fuertes de lo que sus antepasados habían estado. Ella sabía que debía dejar todos estos pensamientos oscuros, salir y disfrutar del día. Era muy propensa a tener pensamientos catastróficos; siempre había sido así. Gwen estaba parada y se preparaba para irse, cuando tocó accidentalmente un libro grande y pesado, y al hacerlo, un libro más pequeño, previamente oculto, cayó de él en el piso, con una pequeña nube de polvo. Era un libro pequeño, escarlata, forrado en piel y cuando Gwen lo recogió con curiosidad, ella dio vuelta a las páginas y los encontró quebradizas. Este curioso volumen era tan viejo, sus páginas se habían vuelto marrón con el tiempo.

Cuando Gwen miró el antiguo idioma en que fue escrito, se sorprendió al ver lo que era: El Libro de las Profecías de Sodarious. Ella había oído hablar de él toda su vida, pero no estaba segura de si realmente existía. Había oído rumores de ello, pero nadie que conociera lo había puesto en sus manos. Se suponía que contenía las más fantásticas predicciones para el futuro del Anillo, algunas de las cuales eran precisas, y algunas otras nunca acontecieron. Temblaron las manos de Gwen con entusiasmo cuando se dio cuenta de lo que tenía en la mano.

Volvió las páginas rápidamente, revisando todo, hasta que llegó a las profecías que tenían que ver con su época y lugar. Ella se detuvo, le faltaba la respiración, cuando vio su propio nombre. El séptimo y último gobernante de los MacGil será el más grande. Ella llevará a su pueblo a su mayor victoria. Pero también los llevará a su mayor caída. Gwendolyn será su nombre. Gwen se detuvo, con las manos temblorosas, apenas capaz de creer lo que estaba leyendo. Vacilante volteó la página: Gwendolyn llevará su gente a...

Gwen miró hacia abajo y vio con espanto que algunas de las páginas habían sido quemadas, cortadas en medio de una frase.

El resto del libro sólo mostraba fragmentos de frases, todas ellas cortadas, rotas en medio de una frase. Dio vuelta a las páginas frenéticamente, desesperada por saber qué iba a pasar.

Ella revisó, buscando las palabras clave, y no podía creerlo cuando se topó con el nombre de Thorgrin: Su esposo Thorgrin morirá, también, y su muerte vendrá cuando... Gwen dio vuelta a las páginas, ansiosa por ver las predicciones exactas, con su mano temblando. Sintió náuseas cuando leyó las fechas. No podía ser. Gwen llevó el libro y lo lanzó al otro lado de la habitación, rompiéndolo contra la pared, y se puso a llorar. Se dijo a sí misma que era una tontería, los escritos de alguien de siglos atrás. Sin embargo, a pesar de sí misma, Gwen no pudo evitar sentir que todo era verdad.

—¿Mi señora?—, se escuchó una voz desesperada. Gwendolyn girar para ver el rostro preocupado de Aberthol en la puerta, mirando en la habitación.

—Lo siento—, dijo Gwen,

—no quise arrojar el libro—. Aberthol sacudió la cabeza. —No he venido por eso

—, dijo él. —Acabo de recibir noticias urgentes. Me temo que son noticias terribles. Mi señora, debe ir enseguida. Su madre está muriendo—. Gwendolyn sintió una sacudida en sus palabras. Ella saltó de la mesa y corrió fuera de la habitación, más allá de Aberthol. Ella sentía un dolor horrible en el estómago, mientras bajaba los escalones de piedra de tres en tres, y siguió corriendo por el pasillo. Salió por la puerta principal, al aire fresco, limpiándose las lágrimas, tratando de alejar los pensamientos macabros. Corrió a través de los campos, yendo hacia el castillo de su madre, desesperada por llegar lo suficientemente rápido. Su madre muriendo. ¿Cómo era posible?, se preguntó.

Ella tenía la intención de pasar más tiempo con ella. Lo quería hacer todos los días, pero ella había estado tan ocupada con los asuntos de la corte. Gwendolyn corrió y corrió, sin querer perderse el último aliento de su madre, obligándose a ir más y más rápido. De repente, un dolor terrible desgarró su estómago.

Gwen se derrumbó en medio de los campos, sola, gritando. Yacía allí, mirando el cielo, mientras su estómago le dolía más que lo que podría decir. Ella casi no podía respirar, cuando sintió grandes calambres, en ondas, uno tras otro. El bebé se movía como un loco, el dolor era tan intenso que no podía moverse. Gwen se inclinó de nuevo y gritó a los cielos, ahí tirada, sola, completamente sola, experimentando una agonía más allá de lo que podría

describir. Quería que alguien viniera por ella. Pero ella sabía que nadie lo haría, no aquí afuera.

Tendría que suceder aquí, en este lugar, sin ayuda. Estaba llena de pánico mientras se preguntaba si el bebé iba a sobrevivir. Si ella sobreviviría. Pero nada podía detenerlos. Gwen se inclinó de nuevo y gritó y gritó, hasta que sus gritos fueron escuchados, por los chillidos de un pájaro, en lo alto del cielo. Su bebé estaba por llegar.